







XIX

80(v)



LOS MISTERIOS

DE PARÍS,

PARIS

1854

LOS MISTERIOS

DE PARÍS.



814

LOS MISTRIOS

DE FALTA



R. 124

LOS MISTERIOS
DE PARÍS,

POR M. EUGENIO SUÈ,

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. M. G.



Ermitio y anales de...

TOMO QUINTO.

VALENCIA:

IMPRENTA DE D. JOSE MATEU CERVERA,

A CARGO DE V. LLUCH. = 1845.

LOS MISTERIOS

DE PARRAS,

POR M. EUGENIO SUE.

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. M. G.

Es propiedad del Editor.



TOMO QUINTO

VALENCIA

IMPRESA DE D. JOSE MATEU CERVAS

A CARGO DE A. FLECHER. = 1842.

CAPÍTULO I.

—NON—

RODOLEO Y SARAH.

Una crisis saludable acababa de arrancar á la condesa Mac-Gregor de un delirio y del sufrimiento, que infundieran durante muchos dias serios temores por su vida.

El dia empezaba á caer. Sarah, sentada en un gran sillón, y sostenida por su hermano Tomás Seyton, se miraba con una atencion profunda en un espejo que sostenia una de sus camareras de rodillas delante de ella.

Esta escena tenia lugar en el salón en que la Mochuelo cometió su tentativa de asesinato.

La condesa estaba pálida como un mármol, circunstancia que daba mayor realce al negro barnizado de sus ojos, cejas y pelo. Un gran peinador de muselina blanca, la envolvía enteramente.

—Dadme la diadema de coral , dijo á una de sus criadas con voz débil , pero imperiosa y breve.

—Betty os la pondrá , dijo Tomás Seyton ; vais á fatigaros ; ha sido mucha imprudencia el....

—¡Mi diadema , mi diadema! repuso Sarah con impaciencia tomando el adorno , y colocándolo con soltura al rededor de su frente ; ahora prendédme-lo , y dejadme , dijo á sus criadas.

Al momento en que estas se retiraron , añadió:

—Hareis entrar al señor escribano Ferrand , en la salita azul ; y cuando llegue , añadió con una expresion de orgullo mal disimulada , S. A. R. el gran duque de Gerolstein , lo introducireis aqui.

—Por fin , dijo Sarah asi que estuvo sola con su hermano: por fin toco ya á esta corona que ha sido el ensueño de mi vida.... ¡la prediccion va á cumplirse!

—Sarah , calmad vuestra exaltacion , le dijo severamente su hermano. Ayer no daba esperanzas vuestra vida , y un último desengaño seria para vos un golpe mortal.

—Teneis razon , Tom ; esta caida seria terrible ; porque jamás han estado mas próximas á realizarse mis esperanzas. Estoy segura de que lo que me ha impedido sucumbir á mis dolores , ha sido el pensamiento constante de aprovechar la omnipotente revelacion que me hizo aquella muger en el momento de asesinar-me.

—Esa era durante vuestro delirio , vuestra única idea.

—Porque esta idea sola sostenia mi vida vacilante. ¡Qué esperanza! ¡princesa soberana , casi reina! añadió con entusiasmo.

—Sarah , por Dios , cuidado con esos sueños insensatos ; el despertar seria terrible.

—¿Sueños insensatos , decís? ¿Cómo? cuando Ro-

dolfo sabrá que esta jóven, hoy dia prisionera en San Lázaro (1), y confiada antes al escribano que la ha hecho pasar por muerta, es nuestra hija, ¿creeis que...?

Seyton interrumpió á su hermana.

—Lo que creo, replicó con amargura, es que los príncipes anteponen la razon de estado y la conveniencia política, á los deberes naturales.

—¿Y contais tan poco con mi talento?

—El príncipe no es ya el jóven cándido y apasionado á quien sedujisteis en otro tiempo; tiempo que está muy lejos de él.... y de vos, hermana.

Sarah se encogió ligeramente de hombros, y dijo:

—¿Sabeis por qué razon he querido adornarme la cabeza con esta diadema de corales, y me he puesto este vestido blanco? Pues es porque la primera vez que Rodolfo me vió en la córte de Gerolstein, estaba vestida de blanco, y traía en la cabeza esta misma diadema.

—¿Cómo! dijo Tomas Seyton mirando sorprendido á su hermana: ¿quereis evocar esos recuerdos, y no temeis, al contrario, su influencia?

—Conozco á Rodolfo mejor que vos. Seguramente que mis facciones, cambiadas hoy dia por la edad y por las penas, no son ya las de la jóven de diez y seis años á quien amó con delirio.... la sola á quien ha amado.... porque yo he sido su primer amor. Y este amor único en la vida del hombre, deja siempre en su corazon una huella indeleble. Creedme, pues, hermano; la vista de este trage despertará en

(1) El lector no habrá olvidado que la Mochuelo, un momento antes de herir á Sarah, creía y la habia dicho que la Guillabaora estaba todavía en San Lázaro, ignorando que el mismo dia la habia hecho conducir el escribano Ferrand, por la señora Serafina, á la isla del Devastador.

Rodolfo no solamente los recuerdos de su amor, sino los de su juventud.... Y para los hombres son siempre dulces y preciosos.

—Pero á estos recuerdos dulces van unidos otros terribles: ¿y el siniestro desenlace de vuestro amor? ¿y la odiosa conducta del padre de Rodolfo con vos? ¿y vuestro obstinado silencio cuando el príncipe os reclama despues de vuestro matrimonio con el conde Mac Gregor, á vuestra hija, entonces niña todavía? ¿y vuestra hija cuya muerte le participasteis en una carta fria é indiferente, hace diez y seis años?... ¿Olvidais que desde entonces el príncipe no ha sentido por vos mas que desprecio y odio?

—El odio ha dado lugar á la compasion asi que ha tenido noticia del riesgo de mi vida.... todos los dias ha enviado al baron de Graun á informarse de mi estado.

—Por humanidad....

—Hace un momento me ha hecho contestar que iba á venir aqui.... esta concesion es inmensa, hermano mio.

—Os cree moribunda, supone que se trata de una última despedida, y viene.... Habeis hecho mal en no escribirle la revelacion que vais á hacerle.

—Ya sé yo por qué obro asi. Esta revelacion le llenará de sorpresa y de alegria; yo estaré á su lado para aprovechar el primer movimiento de ternura. Hoy me dice, ó ya no me lo dirá jamás: «Un matrimonio debe legitimar el nacimiento de nuestra hija.» Si lo dice, su palabra es sagrada, y la esperanza de toda mi vida se habrá realizado al fin.

—Si os hace esta promesa, sí.

—Y para que la haga no hay que despreciar nada en esta ocasion decisiva.... Conozco á Rodolfo, y sé que me aborrece, aunque no adivino el motivo de

su odio, porque jamás he faltado delante de él al papel que me impuse.

—Quizás sí, porque él no es hombre que odie sin motivo.

—¡No importa! Cuando esté cierto de haber encontrado á su hija, se hará superior á su aversion por mí, no retrocederá ante ningun sacrificio para asegurar á su hija la suerte mas envidiable, á fin de hacerla tan magníficamente dichosa, cuanto habrá sido hasta entonces infeliz.

—Que él asegure á vuestra hija la suerte mas brillante, lo concibo.... pero entre esta reparacion y la resolucion de casarse con vos y legitimar el nacimiento de esta hija.... hay un abismo.

—Su amor de padre lo llenará.

—Pero aquella infeliz habrá vivido seguramente hasta ahora en un estado precario ó miserable.

—Cuanto mas abatida habrá estado, tanto mas querrá Rodolfo elevarla.

—¡Pero pensad, que colocarla en el rango de las familias soberanas de la Europa!... ¡reconocerla por su hija, delante de esos príncipes y de esos reyes, sus parientes ó aliados!...

—¿No conocéis su carácter extraordinario, impetuoso y resuelto? ¿No conocéis su exagerada caballerosidad por todo lo que él mira como justo y prescrito por el deber?

—Pero esta infeliz criatura habrá sido quizás tan viciada por la miseria en que necesariamente habrá vivido, que el príncipe, en lugar de sentirse inclinado á ella....

—¿Qué decís? exclamó Sarah interrumpiendo á su hermano: ¿no es tan hermosa jóven, como lo era niña? ¿no se habia interesado Rodolfo por ella, sin conocerla lo bastante, para querer encargarse de su porvenir? ¿No la habia enviado á la quinta de Bou-

queval, de donde la hemos hecho nosotros robar....

—Sí, gracias á vuestra pertinacia en querer romper todos los lazos afectuosos del príncipe, con la necia esperanza de recobrar un día su afecto.

—Y no obstante, sin esta necia esperanza, no hubiera descubierto, á riesgo de mi vida, el secreto de la existencia de mi hija.... Recordad, en fin, que la misma muger que la robara de la quinta, me ha hecho conocer la infame falsedad del indigno Santiago Ferrand.

—Lástima ha sido que me hayan negado esta mañana la entrada en San Lázaro, donde está, segun nos han dicho, esta desgraciada criatura; á pesar de mis vivas instancias, no han querido contestar á ninguna de las preguntas que les he dirigido, por la razon de que no tenia carta de introduccion para el director del establecimiento. He escrito en vuestro nombre al prefecto, pero probablemente no tendré hasta mañana su respuesta, y el príncipe va á venir aqui al momento. Repito que siento el que no podais presentarle vos mismo á su hija: mejor hubiera sido aguardar su salida de la cárcel, antes de llamar aqui al gran duque.

—¡Esperar! ¿Y sé yo si la crisis saludable en que me encuentro, durará solamente hasta mañana? Quizás no esté mas que momentáneamente sostenida por la sola energia de mi ambicion.

—Pero ¿qué pruebas dareis al príncipe para que os crea?

—Me creerá cuando haya leído el principio de la revelacion que escribia, dictándome aquella muger cuando me hirió, revelacion de la que, por fortuna, no he olvidado ninguna circunstancia; me creerá cuando habré leído nuestra correspondencia con la señora Serafina y Santiago Ferrand hasta la supuesta muerte de la niña; me creerá cuando habrá oido

la confesion del escribano que , aterrado por mis amenazas , estará aqui al momento : y me creerá cuando haya visto el retrato de mi hija , á la edad de seis años , que , como me ha dicho aquella muger , se la parece todavía maravillosamente en la actualidad. Tantas pruebas, bastarán para manifestar al príncipe que digo la verdad , y para decidir en él ese primer movimiento que puede hacer de mí.... casi una reina. ¡Ah , aunque no fuese mas que por un dia , por una hora!... Al menos moriré contenta.

En este momento se oyó el ruido de un coche que entraba en el patio.

— El es , Rodolfo , dijo Sarah á Tom Seyton.

Este se acercó precipitadamente á una ventana, corrió la cortina, y contestó:

— Sí , es el príncipe ; ya baja del coche.

— Dejadme sola, he aqui el momento decisivo.... dijo Sarah con una sangre fria inalterable , porque el único móvil de aquella muger habia sido siempre, y era todavía, una ambicion monstruosa y un egoismo implacable. En la especie de resurreccion milagrosa de su hija, no veía ella mas que el medio de alcanzar, por fin, el constante objeto de su vida.

Despues de haber resistido un momento á salir del cuarto , Tom Seyton , acercándose repentinamente á su hermana , la dijo:

— Yo soy quien revelaré al príncipe que vuestra hija , que habiamos creido muerta, está en salvo.... Esta conversacion seria demasiado peligrosa para vos.... Una emocion tan violenta os mataría, y despues de una separacion tan larga, la vista del príncipe, los recuerdos de aquel tiempo....

— ¡Vuestra mano , hermano! dijo Sarah. Y apoyando sobre su corazon impasible la mano de Tom

Seyton, añadió con una sonrisa siniestra y glacial: ¿Estoy conmovida?

— No.... nada.... nada.... ni una sola pulsacion precipitada, dijo Seyton con estupor; conozco el imperio que teneis sobre vos misma; pero en semejante momento, cuando se trata para vos de una corona ó de la muerte.... porque os lo repito, pensadlo bien.... la pérdida de esta última esperanza os seria mortal.... ¡Os aseguro que vuestra calma me confunde!

— ¿A qué viene esa sorpresa, hermano mio? No sabeis que hasta aqui nada.... no, nada ha hecho jamás latir este corazon de mármol?... ¡No palpitará sino el dia en que sentiré colocar sobre mi frente la corona soberana!... Pero oigo á Rodolfo, dejadme.

— Pero....

— ¡Dejadme! exclamó Sarah con un tono tan imperioso y resuelto, que su hermano salió de la habitacion algunos momentos antes de que fuera introducido el príncipe.

Cuando Rodolfo entró en la sala, su mirada expresaba la compasion; pero viendo á Sarah sentada en su sillón, y casi adornada, retrocedió sorprendido, y su fisonomía se volvió un momento sombría y desconfiada.

La condesa, adivinando su pensamiento, le dijo con voz dulce y débil:

— ¿Creiais encontrarme moribunda, y veniais para recibir mi último adios?

— Siempre he considerado sagrados los últimos deseos de los moribundos; pero aqui veo que se trata de un engaño sacrílego.

— Tranquilizaos, dijo Sarah interrumpiendo á Rodolfo; tranquilizaos, no os he engañado; creo

que me dan pocas horas de vida.... perdonadme, pues, mi última coquetería. He querido evitaros el siniestro aspecto que acompaña ordinariamente á la agonía; he querido morir vestida como lo estaba la primera vez que os ví.... ¡Oh.... héos aquí, pues, despues de diez años de separacion!... ¡gracias.... oh.... gracias!... pero á vuestra vez dad tambien gracias á Dios por haberos inspirado el pensamiento de oír mi última súplica. Si os hubieseis negado, encerraba conmigo en la tumba un secreto que va á ser la alegría, la felicidad de vuestra vida.... alegría mezclada con alguna tristeza.... felicidad envuelta en algunas lágrimas.... como todas las felicidades humanas; pero felicidad que comprariais todavía al precio de la mitad de los dias que os quedan que vivir.

—¿Qué quereis decir? preguntó el príncipe sorprendido.

—Sí, Rodolfo; si no hubieseis venido, este secreto hubiera bajado conmigo al sepulcro.... esta hubiera sido mi sola venganza.... pero no, no hubiera tenido ese valor.... aunque me hayais hecho sufrir mucho, hubiera partido con vos esta suprema felicidad de que, mas feliz que yo, gozareis vos largo tiempo.... muy largo tiempo, lo espero.

—Pero decid, señora, ¿de qué se trata?

—Cuando lo sabreis.... no podreis comprender la lentitud con que os instruyo de ella, porque habeis de mirar esta revelacion como un milagro del cielo. Pero ¡cosa estraña! yo, que con una sola palabra puedo causaros la mayor felicidad que hayais probado en toda vuestra vida.... siento, aunque los minutos de mi vida están contados, siento una satisfaccion indefinible en prolongar vuestra ansiedad.... y ademas, conozco vuestra sensibilidad, y á pesar de la firmeza de vuestro carácter, temo anun-

ciaros sin preparacion un descubrimiento tan increíble.... las emociones de una alegría súbita tienen tambien sus riesgos.

—Vuestra palidéz aumenta.... pareceis contener apenas una violenta agitacion, dijo Rodolfo; pareceme que todo esto es grave y solemne.

—Grave y solemne, repuso Sarah con voz conmovida; porque á pesar de su acostumbrada impassibilidad, se sentia mas conmovida que habia creido estarlo, al pensar en el inmenso valor de la revelacion que iba á hacer á Rodolfo; asi, pues, no pudiendo contenerse por mas tiempo, esclamó:

—¡Rodolfo, nuestra hija existe!

--¡Nuestra hija!...

—Vive.... os digo.

Estas palabras, y el acento verdadero con que fueron pronunciadas, conmovieron á Rodolfo hasta el fondo de las entrañas.

—¡Nuestra hija! repitió acercándose precipitadamente al sillón de Sarah; ¡nuestra hija! ¡mi hija!...

—No ha muerto.... tengo pruebas irrecusables.... sé dónde está, y mañana la vereis.

—¡Mi hija.... mi hija!... repitió Rodolfo con estupor; ¿será verdad? ¡vive!

Luego, reflexionando de repente sobre la inverosimilitud de este suceso, y temiendo ser engañado por una nueva trama de Sarah, esclamó:

—No, no.... esto es un sueño.... es imposible.... me engañais.... esto no es mas que una trama y una mentira indigna.

—Rodolfo, oidme.

—No; conozco vuestra ambicion.... sé de lo que sois capáz.... y adivino el objeto de esta trama.

—Pues bien; teneis razon, soy capáz de todo.... Si, habia querido engañaros algunos dias antes de ser herida de un golpe mortal; habia querido en-

contrar una jóven para presentárosla en lugar de nuestra hija, cuya pérdida llorabais con tan amargas lágrimas.

—Basta, ¡oh! basta, señora.

—Despues de esta confesion me creereis quízás, ó por mejor decir, os vereis obligado á rendiros á la evidencia.

—¡A la evidencia!...

—Sí, Rodolfo, lo repito.... habia querido engañaros, sustituyendo una jóven de un nacimiento oscuro, á la que los dos llorábamos; pero Dios ha querido que en el momento que hacia este trato sacrílego, fuese herida de muerte.

—¡Vos, en aquel momento!

—Dios ha querido todavía que me fuera propuesta para representar este papel de mentira.... ¿quién diriais?... nuestra hija....

—¿Pero, delirais? En nombre del cielo....

—No deliro, Rodolfo: en esta cajita encontrareis, entre otros papeles y un retrato que os probarán la verdad de lo que os digo, un papel manchado con mi sangre....

—¿Con vuestra sangre?

—La muger que me ha revelado que nuestra hija vivia, me dictaba esta revelacion, cuando he sido herida de una puñalada.

—¿Pero quién es ella? ¿Cómo sabia?...

—Ella era á quien fué confiada nuestra hija cuando niña, despues de haberla hecho pasar por muerta.

—¿Pero quién es esa muger? ¿su nombre?... ¿Puede creérsela? ¿dónde la habeis conocido?

—Ya os he dicho, Rodolfo, que todo esto es fatal y providencial.... Algunos meses ha sacasteis de la miseria á una jóven para enviarla al campo, ¿no es verdad?

—Sí, la envié á Bouqueval.

—El odio y los celos me trastornaron.... é hice robar á la jóven por la muger de quien os hablo.

—Y la jóven fué conducida á San Lázaro.

—Donde está todavía.

—¡Ya no está!... ¡Ah! vos no sabeis, señora, el horrible mal que habeis causado al sacar aquella infeliz del retiro donde yo la colocara.... pero....

—¿La jóven no está ya en San Lázaro? exclamó Sarah aterrada: ¿y hablais de una desgracia horrible?

—Un mónstruo de avaricia tenía interés en su pérdida, y la ha hecho ahogar; pero responded, señora.... deciais que....

—¡Mi hija! exclamó Sarah interrumpiendo á Rodolfo y levantándose derecha, inmóvil como una estatua de mármol.

—¿Qué es lo que decís? ¡Dios mio! exclamó Rodolfo.

—¡Mi hija! repitió Sarah, cuyo rostro se puso lívido y espantoso de desesperacion: ¡han muerto á mi hija!

—¡La Guillabaora era vuestra hija! exclamó Rodolfo, retrocediendo horrorizado.

—La Guillabaora, sí.... este es el nombre que me dijo aquella muger á quien llamaban la Mochuelo.... ¡Muerta, muerta!... repitió Sarah siempre inmóvil y siempre fijos los ojos..... ¡la han muerto!

—¡Sarah! repuso Rodolfo, tan pálido, tan aturrido como ella; volved en vos, y contestadme..... La Guillabaora, aquella jóven que hicisteis robar de Bouqueval por la Mochuelo.... era....

—¡Nuestra hija!

—¿Ella?...

—¡Y la han muerto!

—¡Oh! no, no, vos delirais, esto no puede ser, vos no sabeis, no, no sabeis cuán horrible seria esto.... Sarah, volved en vos.... habladme con calma.... sentaos.... tranquilizaos.... Hay á veces semejanzas y apariencias que engañan: ¡nos sentimos tan inclinados á creer lo que deseamos! Esto no es que os haga una reconvencion; pero esplicadme bien, decidme todas las razones que os inclinan á creer esto.... porque esto no puede ser.... no, no es menester que no sea.... no, ¿no es verdad?...

Despues de un momento de silencio, la condesa reunió sus ideas, y dijo á Rodolfo con voz desfallecida:

—Al saber vuestro casamiento, tratando tambien yo el mio, no pude guardar junto á mí á mi hija: tenia entonces cuatro años.

—Pero en aquella época os la reclamé yo con súplicas, exclamó Rodolfo con un acento que partia el alma, y habeis dejado sin contestacion mis cartas... ¡La única que me escribisteis me participaba su muerte!

—Quería vengarme de vuestro desprecio, negándoos á vuestra hija.... esto era indigno.... pero oidme, siento que desfallezco.... este último golpe me ha aterrado.

—¡No, no; no os creo!... ¡No quiero creerlos!... La Guillabaora mi hija, ¡oh, Dios mio, vos no queriais esto!

—Os digo que me escuchéis.... Cuando tuvo la niña cuatro años, mi hermano encargó á la señora Serafina, viuda de un antiguo criado suyo, que la educára hasta que estuviese en edad de entrar en un colegio.... La suma destinada á asegurar el porvenir de vuestra hija, fué depositada en manos de un escribano, famoso por su probidad. Las cartas de este hombre y de la señora Serafina, dirigidas á

mi hermano y á mi en aquella época, están ahí, en esa cajita.... Al cabo de un año me escribió que la salud de mi hija se alteraba.... y ocho meses despues, que estaba muerta, y me envió su partida de defuncion. En aquella época, la señora Serafina entró al servicio de Santiago Ferrand, despues de haber entregado á la Mochuelo vuestra hija, por medio de un miserable que está hoy dia en el presidio de Rochefort. Empezaba á escribir esta declaracion de la Mochuelo, cuando esta me ha dado una puñalada.... Este papel está ahí con un retrato de nuestra hija en la edad de cuatro años.... Examinadlo todo.... cartas, declaracion, retrato; y vos que la habeis conocido á la infeliz.... juzgad....

Dichas estas palabras, que apuraron sus fuerzas, Sarah cayó desvanecida en su sillón.

Rodolfo quedó como asombrado con aquella revelacion.

Hay desgracias tan imprevistas, tan horrorosas, que uno procura no creerlas, hasta que la desconsoladora evidencia le fuerza á ello.... Rodolfo, persuadido de la muerte de Flor Celeste, no tenia mas que una esperanza, la de convencerse de que no era su hija.

Con una calma fria que espantó á Sarah, se acercó á la mesa, abrió la cajita, y se puso á leer una por una las cartas, y examinar con una atencion escrupulosa los papeles que estaban entre ellas.

Aquellas cartas tenian el sello del correo, y estaban escritas á Sarah y á su hermano por el escribano Santiago Ferrand y por la señora Serafina, y se referian á la infancia de Flor Celeste y á la colocacion de los fondos que se la destinaban.

Rodolfo no podia dudar de la autenticidad de aquella correspondencia.

La declaracion de la Mochuelo, estaba confirma-

da por las noticias de que hemos hablado al principio de esta historia; noticias tomadas por orden de Rodolfo, y que indicaban á un hombre llamado Pedro Tournemine, presidiario entonces en Rochefort, como el hombre que habia recibido á Flor Celeste de manos de la señora Serafina, para entregarla á la Mochuelo.... á quien la infeliz habia reconocido mas tarde en presencia de Rodolfo, en la tasca del Conejo Blanco.

Rodolfo no podia dudar ya de la identidad de estos personajes, y de la de la Guillabaora.

La fé de muerte parecia en regla; pero Ferrand habia confesado él mismo á Cecilia, que aquel falso documento le habia servido para el despojo de una suma considerable, depositada en otro tiempo como renta vitalicia sobre la jóven que habia hecho ahogar por Marcial, en la isla del Devastador.

Rodolfo, pues, adquirió á su pesar, y con una creciente y espantosa angustia, la terrible conviccion de que la Guillabaora era su hija, y de que estaba muerta.

Desgraciadamente para él, todo confirmaba esta creencia.

Antes de condenar á Santiago Ferrand, por las pruebas que él mismo viera en poder de Cecilia, el príncipe, habiendo hecho tomar informes en Asnieres, movido del vivo interés que sentia por la Guillabaora, habia sabido que efectivamente dos mugeres una vieja y otra jóven, vestida de aldeana se habian anegado al pasar á la isla del Devastador, y que la voz pública acusaba de este nuevo crimen á los Marcial.

Digamos ya que, á pesar de los cuidados del doctor Griffon, del conde Saint-Remy y de la Loba, Flor Celeste, cuyo estado habia sido desesperado largo tiempo, entraba apenas en convalecencia; y

era tal todavía su debilidad física y moral, que hasta entonces no había podido advertir de su posición á Rodolfo ni á la señora Jacinta.

Este concurso de circunstancias no podía dejar al príncipe la mas mínima esperanza, pero aun le estaba reservada una última prueba.

Por fin clavó los ojos en el retrato, que casi había temido mirar.... Este golpe fué terrible....

En aquella cara infantil y encantadora, llena ya de aquella belleza divina que se atribuye á los querubines, encontró de una manera maravillosa las facciones de Flor Celeste.... su nariz afilada y recta, su frente noble, y su boca chiquita y un poco seria.... Puesto que, decia la señora Serafina á Sarah, en una de las cartas que Rodolfo acababa de leer: «La niña pregunta siempre por su madre, y está bien triste.» Eran tambien sus grandes ojos de un azul tan puro y suave.... de un azul de cielo, como había dicho la Mochuelo á Sarah, reconociendo en aquella miniatura las facciones de la infeliz, á quien había ella perseguido con el nombre de Alondra cuando niña, y con el de la Guillabaora cuando jóven.

A la vista de aquel retrato, Rodolfo anegó en sus propias lágrimas, sus tumultuosos y violentos sentimientos. Echóse anonadado en un sillón, y ocultó sollozando la cara entre sus manos.

Mientras que Rodolfo lloraba amargamente, las facciones de Sarah, sufrían una violenta descomposición. En el momento de ver realizado por fin el sueño de su vida ambiciosa, la última esperanza que hasta entonces la sostuviera, se le escapaba para siempre.

Este horrible desengaño debía obrar sobre su salud, momentáneamente mejorada, una reacción mortal. Echada de espaldas en el sillón, agitada por

un temblor febril, con las dos manos crispadas y cruzadas sobre sus rodillas, y con la mirada fija, aguardaba la condesa con temor la primera palabra de Rodolfo.

Conociendo la impetuosidad del carácter del príncipe, presentia ella que al dolor que arrancaba tantas lágrimas á aquel hombre tan resuelto como inflexible, debia suceder algun impetu terrible.

De repente Rodolfo alzó la cabeza, enjugó sus lágrimas, se levantó de pie, y acercándose á Sarah con los brazos cruzados sobre el pecho, y el aire amenazador y desapiadado, la contempló algunos momentos en silencio, y la dijo despues con voz sorda.

— Asi debia ser.... yo saqué la espada contra mi padre.... ahora me veo herido en mi propia hija.... ¡Justo castigo del parricidio!... Oidme, señora.

— ¡Parricida!... ¡vos, gran Dios! ¡oh, dia funesto! ¿Qué es lo que vais á descubrirme todavía?

— Es menester que sepais en este momento solemne, todos los males de que ha sido causa vuestra inesplicable ambicion, vuestro egoismo feróz.... ¿Lo oís, muger sin alma y sin fé? ¿oís, madre desnaturalizada?

— ¡Perdon! Rodolfo....

— No hay perdon para vos, que sin piedad por un amor sin freno, esplotabais friamente en otro tiempo, por el interés de vuestro execrable orgullo, una pasion generosa y llena de afecto, á que fingiais corresponder.... ¡No hay perdon para vos, que habeis armado al hijo contra su padre!... ¡No hay perdon para vos, que en vez de velar piadosamente sobre vuestra hija, la abandonásteis á manos mercenarias, para satisfacer vuestra avaricia con un rico matrimonio.... lo mismo que antes habiais satisfecho vuestra ambicion desenfrenada, arrastrándome

hasta el altar! ¡No hay perdón para vos, que después de haber negado á mi ternura mi hija, acabais de causar su muerte por vuestras tramas sacrílegas! ¡Maldición sobre vos.... genio del maligno perseguidor de mi raza!

— ¡Oh.... Dios mio!.... ¡no tiene piedad de mí!.... ¡dejadme.... dejadme!....

— ¡Me oireis, os digo! ¿Os acordais del último día que os vi.... hace diez y siete años? No podiais ocultar ya mas las consecuencias de nuestra union secreta, que creia yo, como vos, indisoluble.... Conocia el carácter inflexible de mi padre.... tenia conocimiento del importante matrimonio político que proyectaba para mí.... Arrostrando su indignacion, le declaré que vos erais mi esposa ante Dios y ante los hombres, y que dentro de poco dariais á luz á un hijo, fruto de nuestro amor.... La cólera de mi padre fué terrible.... no queria creer en mi matrimonio.... porque tanta audacia le parecia imposible.... me amenazó con su cólera si me permitia hablarle todavía de semejante locura.... entonces yo os amaba como un loco, víctima de vuestras seducciones, y creia que vuestro corazón de bronce habia latido por mí.... Contesté, pues, á mi padre que jamás tendria otra esposa que vos.... al oír estas palabras, su cólera no tuvo límites, os prodigó los nombres mas ultrajantes, exclamó que vuestro matrimonio era nulo, y que en castigo de vuestra audacia, iba á mandaros atar á la picota pública.... Cediendo á mi loca pasión y á la violencia de mi carácter.... me atreví á prohibir á mi padre, á mi soberano, el hablar así de mi esposa.... me atreví á amenazarle. Exasperado por este insulto, mi padre alzó sobre mí su mano, la rabia me cegó, saqué la espada, y me precipité sobre él.... á no ser por Murph que llegó á tiempo y desvió el golpe.... era

yo parricida de hecho, como lo soy de intencion...

¿Oís?... ¡parricida!... ¡y para defenderos á vos!...

—¡Ah, no sabia yo esta desgracia!...

—En vano creí hasta ahora expiar mi crimen....

el golpe que he recibido hoy es mi castigo....

—¿Y yo, no he sufrido tambien mucho por la crueldad de vuestro padre que anuló nuestro matrimonio? ¿Por qué me acusais de no haberos amado, cuando...?

—¿Por qué?... exclamó Rodolfo interrumpiendo á Sarah, y clavando en ella una mirada de terrible desesperacion.... Sabedlo ya, y no os estrañe mas el horror que me inspirais.... Despues de aquella escena funesta en que habia amenazado á mi padre, rendí mi espada y fui puesto en la mas absoluta incomunicacion. Polidori, con cuya mediacion se habia hecho nuestro matrimonio, fué arrestado tambien; y probó que esta union era nula, que el ministro que la bendijera no era tal, y que vos, vuestro hermano y yo habíamos sido engañados. Para desarmar la cólera de mi padre con respecto á él, Polidori hizo mas; le entregó una de vuestras cartas dirigidas á vuestro hermano cuando el viage que hizo á Inglaterra.

—¡Cielos! ¿seria posible?

—¿Podeis comprender ahora mi desprecio?

—¡Oh! basta, basta.

—En aquella carta descubriais vuestros proyectos ambiciosos con un cinismo escandaloso.... Me tratabais con un desdén glacial y me sacrificabais á vuestro infernal orgullo: no era yo mas que el instrumento de la fortuna soberana que se os habia vaticinado.... y por fin deciais que mi padre.... vivia mucho.

—¡Infeliz de mí! ahora lo conozco todo.

—¡Y para defenderos á vos, habia amenazado la

vida de un padre!... Cuando al día siguiente sin dirigirme ninguna reconvencion, me enseñó aquella carta.... aquella carta que encerraba en cada línea uno de los negros pliegues de vuestra alma, no pude menos que caer á sus pies y pedirle perdón. Desde aquel día, no ha dejado de perseguirme un remordimiento inexorable. Muy luego, salí de Alemania para un largo viage; y entonces empezó la expiacion que me habia impuesto, y que no acabará sino con mi vida.... Recompensar el bien, perseguir el mal, consolar á los que padecen, y sondear todas las llagas de la humanidad para procurar arrancar á la perdicion algunas almas.... tal es la mision que me he impuesto.

—Noble y santa, y muy digna de vos.

—Si os hablo de este voto, repuso Rodolfo, con tanto desdén como amargura, de este voto, que he cumplido lo mejor que he podido, por todas partes donde he estado, no es para que me alabeis.... Oidme, pues.... llegado últimamente á Francia, mi permanencia en este pais no debia ser inútil para la expiacion. Al mismo tiempo que queria socorrer á los desgraciados hourados, quise tambien conocer esas clases que la miseria postra, embrutece y deprava, sabiendo que un socorro dado á tiempo.... que algunas palabras generosas, bastan á menudo á sacar de un abismo á un infeliz.... A fin de juzgar por mí mismo, tomé el exterior, y aprendí el lenguaje de las gentes que deseaba observar.... En una de esas exploraciones fué donde.... encontré.... encontré por la vez primera.... Mas como si retrocediera de repente ante aquella revelacion horrible, Rodolfo añadió despues de repugnar un buen espacio: No, no; ¡no tengo fuerzas para tanto!

—¿Qué es lo que teneis que decirme todavia?... ¡Dios mio!

—Demasiado pronto lo sabreis.... pero, repuso con una horrible ironía, teneis por lo pasado tanto interés, que debo hablaros tambien de los sucesos que precedieron á mi vuelta á Francia.... Despues de un largo viage, regresé á Alemania, y me apresuré á obedecer á la voluntad de mi padre, casándome con una princesa de Prusia.... Durante mi ausencia, habiais sido echada vos del granducado. Sabiendo mas tarde que habiais casado con el conde Mac-Gregor, os reclamé con instancia mi hija, y no me contestasteis; á pesar de cuantas investigaciones hice, no pude saber dónde habiais colocado á aquella hija infeliz, cuya suerte habia mi padre liberalmente procurado. Diez años há que la única carta que he recibido de vos, me participó que nuestra hija habia muerto.... ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que hubiese muerto entonces!... No hubiera tenido al menos el incurable dolor que desde hoy será la desesperacion de mi vida.

—Ahora, dijo Sarah con voz desfallecida, no es extraño ya la aversion que me habeis tenido, sabiendo que leisteis aquella carta. ¡Ah! conozco que no sobreviviré á este último golpe.... pues bien.... ¡sí, el orgullo y la ambicion me han perdido!... Bajo un exterior apasionado ocultaba un corazon de hielo.... Afectaba la franqueza y el afecto, y no era toda yo otra cosa que falsedad y egoismo.... No sabiendo cuánto derecho teniais para despreciarme y aborrecerme, mis locas esperanzas habian vuelto mas ardientes que nunca.... Desde que una doble viudéz nos hacia libres á los dos, habia vuelto á creer de nuevo en la prediccion que me habia prometido una corona.... y cuando la casualidad me ha hecho encontrar á mi hija, me ha parecido ver en esta fortuna inesperada una voluntad providencial. Si, llegaba á creer que vuestra aversion hácia

mí, cedería á vuestro amor por vuestra hija.... y que me daríais la mano, para restituirla al rango que la es debido.

—Pues bien; ¡que vuestra execrable ambición sea satisfecha y castigada! Sí, á pesar del horror que me inspiráis, sí, por afecto, ¡qué digo! por respeto á la desgracia de mi hija.... habria.... aunque decidido á vivir en seguida separado de vos.... habria vuelto por medio de un matrimonio que legitimase el nacimiento de nuestra hija, tan elevada su posición, como miserable habia sido.

—¡Conque no me habia engañado!... ¡maldición, maldición.... es tarde ya!

—¡Oh! lo sé; no es la muerte de vuestra hija lo que llorais, lo sé; es la de ese rango que habíais soñado con una inflexible terquedad. Pues bien; este pesar infame será vuestro último castigo.

—Sí, el último, porque no le sobreviviré.

—Pero antes de morir, sabreis cuál ha sido la existencia de vuestra hija desde que la abandonasteis.

—¡Pobre niña! ¡bien miserable habrá sido seguramente!

—¿Os acordais, repuso Rodolfo con una calma espantosa.... os acordais de una noche en que vos y vuestro hermano, me habeis seguido á una de las guaridas de la Cité?

—Me acuerdo, ¿pero á qué viene esta pregunta? vuestra mirada me hiela.

—Al ir á aquella guarida, habreis visto en las esquinas de aquellas calles obscenas, unas criaturas perdidas que.... pero no.... no, no me atrevo, dijo Rodolfo ocultando la cara entre sus manos, mis palabras me espantan.

—Y á mí tambien.... ¿Pero qué es esto, Dios mio?

—Las visteis, ¿no es verdad? repuso Rodolfo, haciendo sobre sí mismo un terrible esfuerzo; ¿visteis á

aquellas mugeres, mengua de su sexo? Pues bien; ¡entre ellas habeis reparado en una hermosa jóven de diez y seis años, hermosa! ¡oh! ¡hermosa, como pintan á los ángeles! Una criatura infeliz que en medio de la degradacion en que la habian sumido, de algunas semanas á aquella parte, conservaba una fisonomía tan cándida, tan virginal y pura, que los asesinos y ladrones de la Cité que la tuteaban, la llamaron Flor Celeste: ¿habeis reparado, señora, en aquella jóven? ¡decid! ¡decid, tierna madre!

— No, no reparé en ella, dijo Sarah casi maquinalmente, sintiéndose oprimida por un temor vago.

— ¿De veras? exclamó Rodolfo con una carcajada sardónica.... Es extraño, pues yo si que reparé. Y ved cómo, escuchad: en una de las exploraciones de que os hablaba hace un momento, y que tenia entonces un doble objeto (1), me hallaba en la Cité: no lejos de la guarida á que me seguisteis, un hombre queria pegar á una de aquellas infelices; yo la defendí contra la brutalidad de aquel hombre....

¿No adivináis quién fuese aquella criatura? ¡Decid, madre santa y previsora, decid.... no lo adivináis?

— No.... no adivino.... no adivino.... ¡Oh! ¡dejadme.... dejadme!

— ¡Aquella infeliz era Flor Celeste!...

— ¿Y no adivináis tampoco quién fuese Flor Celeste, madre irrepreensible?

— ¡Oh! ¡matadme.... matadme!

— Era la Guillabaora.... ¡era vuestra hija!... exclamó Rodolfo con una esplosion de dolor capaz de despedazar el alma.... ¡Sí, la infeliz que arranqué yo de manos de un bandido, era hija mia!... ¡de Rodolfo de Gerolstein!... ¡Oh! en aquel encuentro con mi hija, á quien salvaba sin conocerla, habia

(1) El hallar noticias de German, hijo de la señora Jacinta.

algo de fatal, de providencial.... una recompensa para el hombre que procuró socorrer á sus hermanos.... un castigo para el parricida.

— ¡Muero maldita y condenada!... murmuró Sarah dejándose caer en el respaldo de su sillón, y ocultando la cara entre sus manos.

— Entonces, prosiguió Rodolfo, dominando á pesar suyo su resentimiento, y tratando en vano de comprimir los sollozos que de tiempo en tiempo ahogaban su voz; cuando la hube sustraído á los malos tratamientos de que estaba amenazada, sorprendido de la inesprimible dulzura de su acento.... de la espresion angelical de sus facciones.... me fué imposible dejar de interesarme por ella.... ¡Con qué emocion profunda escuché la relacion ingenua é interesante de aquella vida de abandono y de miseria! Porque habeis de saber, señora, que hay algo de espantoso en la vida de vuestra hija.... ¡Oh! fuerza es que sepais los tormentos que ha pasado vuestra hija. Sí, señora condesa, mientras que rodeada de opulencia, soñabais en una corona.... vuestra hija, niña entonces, iba de noche cubierta de harapos á mendigar por las calles, padeciendo frio y hambre. Durante las noches de invierno, tiritaba echada en un poco de paja en el rincon de un desvan, y despues cuando la horrible muger que le atormentaba se habia cansado de pegarla, no sabiendo qué imaginar para darla tormento.... ¿sabeis lo que hacia, señora? ¡La arrancaba los dientes!...

— ¡Oh, quisiera morir!... ¡esto es una agonía atróz!

— ¡Oid, oid! Escapando, por fin, de manos de la Mochuelo, errante, sin pan y sin abrigo, de edad de ocho años apenas, es arrestada como vagabunda y metida en la cárcel.... ¡Ah! este fué el mejor

tiempo de la vida de vuestra hija, señora.... Sí, en el calabozo daba gracias á Dios todos los dias por no padecer mas frio y hambre, ni sufrir mas golpes. Y en una cárcel es donde ha pasado los mejores dias de la juventud, de esos años que una madre tierna acaricia siempre con una solicitud tan piadosa y celosa: sí, en lugar de cumplir sus diez y seis años rodeada de cuidados tutelares y de nobles ejemplos, vuestra hija no ha conocido otra cosa que la brutal indiferencia de los carceleros: y despues un dia la sociedad en su feróz descuido, la echó inocente y pura, cándida y hermosa, en medio del fango de la gran ciudad.... ¡Infeliz criatura, abandonada, sin apoyo, sin consejo, entregada á todos los azares de la miseria y del vicio! ¡Oh! exclamó Rodolfo, dando libre curso á los sollozos que le ahogaban.... vuestro corazon está endurecido, vuestro egoismo es desapiadado, pero hubierais llorado.... sí.... hubierais llorado al oír la relacion lastimosa de vuestra hija. ¡Pobre niña! Manchada, pero no corrompida, casta todavía, en medio de aquella horrible degradacion, que era para ella un sueño horroroso, porque cada palabra espresaba su horror por aquella vida á que estaba fatalmente encadenada: ¡oh, si supierais como á cada momento se revelaban en ella instintos adorables!... ¡Qué de bondad! ¡Qué de caridad interesante!... Sí, porque para consolar un infortunio mayor que el suyo, gastó la infeliz el poco dinero que la quedaba y la separaba del abismo en que la sumieron.... Sí, porque vino un dia terrible, en que sin trabajo, sin pan y sin asilo.... la encontraron unas mugeres horribles estenuada de debilidad y de hambre.... la embriagaron y.... Rodolfo no pudo concluir, y dió un grito lastimero, exclamando: ¡Y era mi hija, mi hija!

— ¡Maldicion sobre mí! exclamó Sarah ocultando la cara entre sus manos, como si temiese ver la luz.

— Sí, repitió Rodolfo, ¡maldicion sobre vos! porque vuestro abandono es el que ha causado tantas desgracias. ¡Maldicion sobre vos! porque cuando despues de haberla sacado del fango, la habia colocado en un retiro pacífico, vos la habeis hecho arrancar de él por vuestros miserables cómplices. ¡Maldicion sobre vos! porque este rapto la ha puesto en poder de Santiago Ferrand....

Al pronunciar estas palabras, Rodolfo calló bruscamente.... y tembló como si lo hubiese pronunciado por primera vez. Y era que efectivamente era la primera en que lo pronunciaba desde que sabia que su hija era víctima de aquel mónstruo.

Las facciones del príncipe tomaron entonces una espantosa espresion de rabia y de odio. Mudo é inmóvil, parecia abismado en el pensamiento de que el asesino de su hija vivia todavía.

Sarah, á pesar de su debilidad que iba en aumento, y del trastorno que acababa de causarle su conversacion con Rodolfo, quedó sorprendida de su gesto siniestro, y tuvo miedo por sí.

— ¡Ah! ¿Qué es lo que teneis? murmuró con voz trémula. ¿No he sufrido lo bastante, Dios mio?

— No, ¡no basta, no basta! dijo Rodolfo hablando consigo mismo, y contestando á su propio pensamiento. ¡Jamás habia sentido yo esto, jamás! ¡Qué ardor de venganza!... ¡qué sed de sangre!... ¡qué rabia feróz y concentrada!... Cuando no sabia que una de las víctimas del escribano era mi hija, me decia yo.... La muerte de este hombre será estéril, mientras que su vida seria fecunda, si para su rescate aceptaba las condiciones que le impongo yo.... Condenarlo á la caridad para expiar sus crímenes, me parecia justo.... Y luego la vida sin oro, la vida

sin poder saciar su sensualidad frenética, debía ser una larga y doble tortura.... Pero es mi hija, á quien ha entregado niña á todos los horrores de la miseria, y jóven á los de la infancia.... exclamó Rodolfo animándose poco á poco.... ¡Es mi hija á quien ha hecho asesinar!.... ¡Yo le mataré! y el príncipe se lanzó hácia la puerta.

— ¿A dónde vais? ¡no me abandoneis! exclamó Sarah esforzándose para levantarse un poco, y tendiendo á Rodolfo sus manos suplicantes.... ¡No me dejéis sola! Voy á morir.

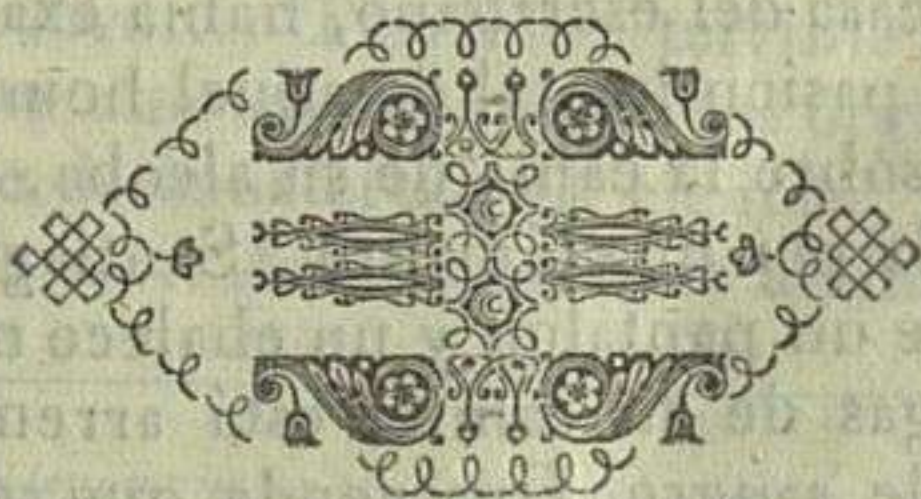
— ¡Sola! no, no, os dejo con el espectro de vuestra hija, cuya muerte habeis causado.

Sarah, abatida, se echó de rodillas lanzando un grito de espanto, como si se le hubiese aparecido un espantoso espectro.

— ¡Piedad, me muero!...

— ¡Muere pues, maldita! repuso Rodolfo, espantoso por el furor que le dominaba.... ¡Ahora necesito la vida de vuestro cómplice, porque vos sois la que habeis entregado á vuestra hija al verdugo!....

.....
Y salió mandando que le llevaran á todo escape á la casa del escribano Santiago Ferrand.





CAPÍTULO II.

—NON—

FURENS AMORIS.

Habia entrado la noche, mientras que Rodolfo iba á casa del escribano. El pabellon ocupado por Santiago Ferrand está en completa oscuridad. El viento ruge.... y llueve....

Rugia el viento y llovía también durante aquella siniestra noche en que Cécilia, antes de salir para siempre de casa del escribano, había exaltado hasta el frenesí la pasión brutal de aquel hombre.

Tendido sobre la cama de su alcoba, débilmente alumbrada por una lámpara, Santiago Ferrand va vestido de un pantalón y un chaleco negros; una de las mangas de su camisa está arremangada y manchada de sangre. Una venda que se distingue sobre su nervudo brazo, anuncia que acaba de ser sangrado por Polidori. Este, de pie junto á la cama,

apoya en la cabecera una mano, y parece que contempla con inquietud las facciones de su cómplice.

Nada mas espantoso que la cara del escribano, sumido entonces en aquel entorpecimiento soñoliento que sucede ordinariamente á las grandes crisis.

Su cara, de una palidéz violácea, que destaca sobre la sombra de la alcoba, inundada de un sudor frio, ha llegado al último grado de consuncion: sus pupilas fijas están de tal modo hinchadas é inyectadas de sangre, que parecen dos lóbulos rojizos en medio de aquella cara de una lividéz cadavérica.

—Con otro acceso tan violento como el de hace un momento, muere sin remedio, dijo Polidori en voz baja. *Areteo* (1) lo ha dicho: la mayor parte de los que están atacados de esta espantosa enfermedad, mueren el séptimo dia, y el de hoy hace seis que la infernal criolla encendió el fuego inestinguible que devora á este hombre.

Despues de algunos momentos de meditacion y silencio, Polidori se separó de la cama, y se puso á pasear lentamente por el cuarto.

—Hace un momento, repuso deteniéndose, que durante la crisis que ha estado á punto de llevarse á Santiago, me creía sujeto á la obsesion de un sueño, oyéndole describir una por una, y con voz anhelante, las monstruosas alucinaciones que pasaban por su cerebro.... Terrible, terrible enfermedad que somete uno trás otro todos los órganos á fenómenos que desconciertan la ciencia, y espantan á la naturaleza.... Asi es que hace un instante que el

(1) *Nam plerumque in septima die, hominem consumit (Areteo).* Véase tambien la traduccion de Baldassar (*Cas. med. lib. III salacitas nitro urata*). Véanse tambien las admirables páginas de Ambrosio Pareo sobre la *satyriasis*, esta estraña y espantosa enfermedad que se parece tanto, como dice él, á un castigo de Dios.

oído de Santiago tenía una sensibilidad tan esquisita, tan increíblemente dolorosa, que aunque le hablaba tan bajo como podía, mis palabras herían hasta tal punto en su tímpano, que le parecía, decía él, que su cráneo era una campana, y que un enorme badajo de bronce puesto en movimiento, al mas mínimo sonido le martilleaba la cabeza de una á otra sien con un ruido espantoso y atroces vibraciones.

Polidori quedó pensativo otra vez delante de la cama de Santiago Ferrand, al cual se acercó de nuevo.

La tempestad rugía por defuera, y muy pronto reventó en largos silbidos y violentas ráfagas de viento y de lluvia que sacudieron todas las ventanas de aquella casa antigua.

A pesar de su audáz perversidad, era Polidori supersticioso; agitado por negros presentimientos, sentía una inquietud indefinible; los bramidos de la tempestad que turbaban el triste silencio de la noche, le inspiraban un terror vago, el cual trataba en vano de desechar.

Para distraerse de aquellas sombrías ideas, se entretuvo á examinar las facciones de su cómplice.

—Ahora, dijo inclinándose hácia él, sus pupilas se inyectan. No parece sino que su sangre calcinada afluye, y se concentra en ellas. El órgano de la vista va á ofrecer seguramente algun extraordinario fenómeno como el que hace poco ha presentado su oído.... ¡Qué padecimientos.... y cómo duran!... ¡cuántas variedades ofrecen!... ¡oh! añadió con una sonrisa amarga, cuando la naturaleza da en ser cruel y en jugar el papel de atormentador, desafía á las mas feroces combinaciones de los hombres. Asi es que en esta enfermedad, causada por un frenesí erótico, somete cada sentido á torturas desconoci-

das, sobrehumanas.... y desarrolla la sensibilidad de cada órgano hasta lo ideal, para que la atrocidad de los dolores sea ideal tambien.

Despues de haber contemplado durante algunos momentos las facciones de su cómplice, se estremeció de horror, retrocedió, y dijo:

—¡Ah.... qué horrible mascarilla!... esos temblores rápidos que la recorren, y la arrugan á veces, la hacen espantosa.

El huracán redoblaba su furia á la parte de afuera.

—¡Qué tempestad! repuso Polidori dejándose caer en un sillón, y apoyando la frente contra ambas manos; ¡qué noche.... qué noche! No podia ser mas funesta para el estado de Santiago. Despues de un largo silencio prosiguió: No sé si el príncipe, instruido de la infernal influencia de las seducciones de Cecilia, y de la fogosidad de los sentidos de Santiago, habrá previsto que en un hombre de temple tan enérgico, y de una organizacion tan vigorosa, el ardor de una pasión ardiente y no satisfecha, complicada con una especie de furor de avaricia, desarrollaria la espantosa neurosis de que es víctima Santiago; pero esta consecuencia era normal y forzosa. ¡Oh! sí.... dijo levantándose bruscamente, y como si le hubiese aterrado aquella idea; sí, el príncipe lo habia seguramente previsto.... su rara y vasta inteligencia abraza todas las ciencias.... su profunda ojeada se apodera de la causa y del efecto de todas las cosas.... desapiadado en su justicia, ha debido sentar y calcular con seguridad el castigo de Santiago, sobre el desarrollo lógico y sucesivo de una pasión brutal, exasperada hasta el furor. Hizo una larga pausa, y repuso: Cuando pienso en lo pasado, cuando pienso en los ambiciosos proyectos que, de acuerdo con Sarah, habia fundado en otro tiempo

sobre la juventud del príncipe.... ¡qué de sucesos! ¡por qué degradaciones he caído hasta la abyección criminal en que vivo! ¡Yo, que había creído afeminar á ese príncipe y hacer de él un dócil instrumento del poder que había yo soñado!... De preceptor contaba hacerme ministro.... y á pesar de mi talento, de atentado en atentado he llegado al último escalón de la infamia.... Héme aquí, por fin, hecho el carcelero de mi cómplice. Polidori se abismó en siniestras reflexiones que le condujeron al recuerdo de Rodolfo. Le temo y le odio al príncipe, repuso; pero me veo obligado á inclinarme temblando delante de aquella imaginación, delante de aquella voluntad omnipotente que se lanza en un solo salto mas allá de las sendas conocidas.... ¡qué singular contraste en ese hombre!... tan tierno y caritativo para fundar el banco de los artesanos que no tienen trabajo, y tan feróz para arrancar del cadalso á Ferrand, á fin de entregarlo á todas las furias vengativas de la lujuria. Y por otra parte, nada mas ortodoxo que él, añadió Polidori con una sombría ironía. Entre las pinturas que Miguel Angel ha hecho de los siete pecados mortales en su *Día del juicio* de la capilla Sixtina, he visto la terrible pena con que castiga á la lujuria (1); pero las espantosas máscaras convulsivas de aquellos condenados de la carne, que se retuercen bajo el agudo diente de las serpientes, son menos espantosas que lo era la cara de Santiago, durante su último acceso.... ¡me ha dado miedo! Y Polidori se estremeció

(1) Arrastrado por su objeto, y estraviada su imaginación por ocho años de meditaciones continuas, sobre un día tan terrible para un creyente, Miguel Angel, elevado á la dignidad de predicador, y no pensando mas que en su salud, ha querido castigar de la manera mas terrible el vicio mas en moda entonces. El horror de este suplicio me parece alcanza á lo sublime del género. (Hendhal, *Historia de la pintura de Italia*, 22, pág. 354.)

como si tuviera todavía á la vista aquella vision formidable. ¡Oh, sí! repuso con un abatimiento lleno de espanto, el príncipe es desapiadado.... ¡Mas le hubiera valido mil veces á Ferrand el que hubiese caido su cabeza sobre el cadalso, mas le hubiera valido el suplicio del fuego, del potro, ó del plomo derretido que quema y taladra los miembros, que el que está sufriendo este miserable!... A fuerza de verle sufrir, acabo por tener miedo de mi propia suerte.... ¿Qué va á decidir acerca de mí? ¿Qué me reserva á mí, cómplice de Santiago? Ser su carcelero no puede bastarle á la venganza del príncipe.... No me ha librado del cadalso para dejarme vivir.... quizás una prision perpétua me espere en Alemania.... Mas valdria esto que la muerte. La única probabilidad de salvacion que tenia era la de entregarme ciegamente á la discrecion del príncipe.... Hay veces en que, á pesar de su promesa, me sobrecoge el temor de que quizás me entregue al verdugo, si Santiago sucumbe. Alzár el cadalso para mí viviendo él, seria alzarlo tambien para él que es mi cómplice: pero cuando haya muerto.... Con todo, sé muy bien que la palabra del príncipe es sagrada.... Pero yo que tantas veces he violado las leyes divinas y humanas, ¿podré invocar la promesa jurada?... ¡No importa! Lo mismo que estaba en mis intereses el que Santiago no escapara, lo está tambien el prolongar sus dias.... pero á cada instante los síntomas de su enfermedad se agravan, y se necesitaria casi un milagro para salvarle.... ¿qué haré, qué haré?

En este momento la tempestad estaba en todo su furor, y una chimenea peligrosa ya por lo vieja, sacudida por la violencia del viento, cayó sobre el techo, y de alli al patio, con el estruendo horrisono del rayo.

Santiago Ferrand, bruscamente arrancado á su soporoso entorpecimiento, hizo un movimiento en la cama.

Polidori se sentia, cada vez mas, bajo el influjo del vago terror que le dominaba.

— Es una tontería el creer en presentimientos, dijo con voz turbada; pero esta noche me parece que ha de ser siniestra....

Un sordo gemido del escribano llamó su atención.

— Sale de su entorpecimiento..... dijo para sí acercándose lentamente á la cama; quizás va á entrar en una nueva crisis.

— Polidori..... murmuró Santiago Ferrand sin moverse de como estaba tendido sobre el lecho, y con los ojos cerrados; Polidori.... ¿qué ruido es ese?...

— Una chimenea que se ha caido, contestó este con voz baja, temiendo herir con demasiada viveza el oido de su cómplice; un horroroso huracán sacude la casa hasta en sus cimientos.... ¡la noche está horrible, horrible!

El escribano no lo oyó, y repuso volviendo la cabeza:

— Polidori, ¿no estás aqui?

— Sí, sí, aqui estoy, dijo Polidori en voz alta; pero te he contestado bajo, temiendo causarte el dolor que hace poco te daba al oido el que hablase alto.

— No, ahora tu voz llega á él sin hacerme sentir los atroces dolores que antes; porque al menor ruido me parecia que resonaba un trueno en mi cráneo... y con todo, en medio de aquel estrépito y de aquellos dolores sin nombre, distinguia la apasionada voz de Cecilia que me llamaba....

— Siempre esa muger infernal, siempre... Arroja de una vez esas ideas, que te matarán.

—Estas ideas son mi vida, y como ella resisten á mis tormentos.

—Pero mira, insensato, esas ideas solas son las que producen tus tormentos. Te lo repito, tu enfermedad no es otra cosa que un frenesí sensual llegado á su última exasperacion. Arroja por Dios de tu cerebro esas imágenes mortales de lascivia, ó morirás....

—¡Arrojar estas imágenes! exclamó Santiago Ferrand con exaltacion: ¡oh, jamás, jamás! Todo mi temor es de que mi pensamiento se agote evocándolas.... Pero, ¡ira de Dios! no se agotará. Cuanto mas se aparecen, este ardiente espejo mas se asemeja á la realidad.... así que me deja el dolor un momento de reposo, así que puedo combinar dos ideas.... Cecilia, ese demonio que adoro y maldigo se alza ante mis ojos....

—¡Qué indómito furor!... Me espanta.

—Mira, mira ahora, dijo el escribano con voz frenética, y clavada la vista obstinadamente en un punto oscuro de su alcoba.... ya veo allí dibujarse una cosa como una forma incierta.... allí.... allí.

Y estendió su dedo velloso y descarnado en la direccion de la vision.

—Calla, infeliz.

—¡Ah! Hela allí.

—Santiago.... eso es la muerte.

—¡Oh! la veo, añadió Ferrand con los dientes apretados, sin contestar á Polidori.... ¡hela allí! ¡qué hermosa es.... qué hermosa es!... ¡Cómo flotan sus negros cabellos en desorden sobre sus hombros!... ¡Y sus dientecitos menudos que se distinguen entre los labios entreabiertos!... entre sus labios, tan encarnados y tan húmedos, ¡qué perlas! ¡Oh!... Sus grandes ojos parecen radiantes y moribundos alternativamente.... ¡Cecilia! añadió con

una exaltacion inesplicable.... ¡Cecilia.... yo te adoro!...

—¡Santiago.... escucha, escucha!

—¡Oh, la eterna condenacion, y verla asi durante una eternidad!

—¡Santiago! exclamó Polidori alarmado; no escites tu vista con esas fantasmas.

—No es una fantasma....

—Cuidado.... acuérdate que hace un momento te imaginabas tambien oír el canto voluptuoso de aquella muger, y de repente has sentido en tu oído un dolor espantoso.... ¡cuidado!

—¡Déjame! exclamó el escribano con un impaciente furor, ¡déjame!... ¿Para qué me ha de servir el oído sino para oírla? ¿Y para qué la vista sino para verla?

—¿Pero y los tormentos que se siguen de esto, miserable loco?

—¡Puedo arrostrar los tormentos por una ilusion, como he arrostrado la muerte por una realidad! ¿Qué me importa?... Además de que esta ardiente imágen es para mí realidad.... ¡Oh, Cecilia! ¡qué hermosa eres!... Tu lo sabes bien, mónstruo, que eres seductora.... ¿á qué viene esa coqueteria infernal que me abrasa todavía? ¡Oh, execrable furia! ¿quieres que yo muera?... Cesa.... cesa.... ó te ahogo.... exclamó el escribano delirante.

—Mira que te estás matando, miserable, exclamó Polidori sacudiendo bruscamente al escribano para arrancarlo de su éstasis. ¡Inútiles esfuerzos! Santiago continuó con mayor exaltacion.

—¡Oh reina querida, demonio voluptuoso!... Jamás he visto.... El escribano no pudo concluir la frase, y soltó un grito súbito de dolor, tirándose hácia atrás.

—¿Qué tienes? preguntó Polidori asustado.

— Apaga esa luz, su brillo se hace demasiado vivo, no puedo soportarlo, me mata.

— ¿Cómo? dijo Polidori cada vez mas sorprendido, no hay aqui mas que una lámpara cubierta con su pantalla, y su luz es muy débil.

— Te digo que la claridad aumenta aqui; mira.... todavía, todavía.... ¡Oh! eso es demasiado.... eso se hace intolerable, añadió Santiago Ferrand cerrando los ojos con una espresion de dolor.

— Estás loco, este cuarto está apenas alumbrado, te digo al contrario, que acabo de abajar la lámpara; abre los ojos y verás....

— ¡Abrir los ojos!... No, me cegarian los torrentes de luz que inundan cada vez mas esta pieza.... aqui.... allá.... por todas partes.... ¡esos son chorros de fuego!... ¡millares de chispas resplandecientes!... exclamó el escribano sentándose en la cama; y despues lanzando un nuevo grito de dolor atróz, llevó ambas manos á los ojos, y prosiguió: Pero yo estoy ciego.... esta luz tórrida atraviesa mis párpados cerrados.... me quema.... me devora.... ¡Ah! ¡ahora mis manos me libran un poco de ella!... Pero apaga esa luz, está echando una llama infernal.

— No hay duda.... dijo Polidori, su vista está afectada de la extraordinaria sensibilidad de que lo estaba su oido hace poco... luego seguirá una crisis de alucinacion.... está perdido.... sangrarlo de nuevo en este estado le seria mortal.... ¡está perdido, está perdido!

Un nuevo grito agudo, terrible, de Santiago Ferrand, resonó en el cuarto.

— ¡Verdugo! ¡apaga de una vez esa lámpara! su brillo abrasa, penetra al través de mis manos que ha vuelto transparentes.... Veo circular mi sangre en el tejido de las venas.... Aunque cierre mis párpados con toda la fuerza, esta lava ardiente se infil-

tra en ellos.... ¡Oh! ¡qué tormento! esta luz me traspasa como si me entraran en las órbitas un hierro agudo encandecido al fuego.... ¡Socorro, Dios mio! ¡socorro! exclamó revolcándose en su cama, presa de horribles convulsiones de dolor.

Polidori, espantado por la violencia de aquel acceso, apagó bruscamente la luz, y los dos se encontraron en la oscuridad mas profunda.

En este momento se oyó el ruido de un coche que paraba en la puerta de la calle.

Cuando las tinieblas hubieron invadido el aposento en que estaba Polidori, los agudos dolores de Santiago Ferrand cedieron un poco.

— ¡Por qué has tardado tanto en apagar esa luz? dijo Santiago Ferrand. ¡Era para hacerme sufrir los tormentos del infierno? ¡Oh! ¡cuánto he sufrido! ¡Dios mio, cuánto he sufrido!

— ¡Y ahora sufres menos?

— Siento todavía una irritacion violenta; pero no es nada en comparacion de lo que sufría hace un momento.

— Ya te lo habia dicho yo, que cuando el recuerdo de esa muger escitara uno de tus sentidos, casi al instante este sentido sufriría uno de esos terribles fenómenos que desconciertan la ciencia, y que los creyentes pudieran tomar por un castigo de Dios.

— No me hables de Dios, exclamó el mónstruo rechinando los dientes.

— Te hablaba de él solamente por memoria; pero puesto que quieres tanto á tu vida, por miserable que sea, te repito que pienses bien que en una de esas crisis furiosas acabará contigo, si las provocas todavía.

— Quiero la vida, sí, porque el recuerdo de Cecilia es toda la vida para mí.

—Pero este recuerdo te mata, te aniquila y te consume.

—No quiero ni puedo sustraerme á él.... estoy encarnado con Cecilia como la sangre con el cuerpo.... Aquel hombre que se ha apoderado de toda mi fortuna, no ha podido arrancarme la ardiente é imperiosa imágen de esta encantadora; esta imágen es mia; á todas horas está aqui como mi esclava.... dice lo que yo quiero.... me mira como yo quiero, y me adora como yo quiero.... exclamó el escribano en un nuevo acceso de pasion frenética.

—Santiago, no te exaltes.... acuérdate de la crisis que acabas de pasar....

El escribano no oyó ya á su cómplice, quien previó una nueva alucinacion.

En efecto, Santiago Ferrand repuso soltando una carcajada convulsiva y sardónica.

—¡Robarme á Cecilia!... ¿no saben ellos que se llega á alcanzar lo imposible, concentrando el poder de todas las facultades propias en un solo objeto?... asi que inmediatamente voy á subir al cuarto de Cecilia, adonde no me he atrevido á ir desde su marcha. ¡Oh! ver, tocar los vestidos que han sido suyos.... mirarse en el espejo, delante del cual se vestia, esto será verla á ella misma.... sí, clavando enérgicamente mis ojos en aquel espejo, veré pronto aparecerse en él á Cecilia.... y no será una ilusion, será ella misma... la encontraré alli como el escultor encuentra una estatua en un pedazo de mármol.... pero por todos los fuegos del infierno en que me abraso, no será una pálida y fria Galatea.

—¿A dónde vas? dijo de repente Polidori, oyendo que Ferrand se levantaba, porque seguia reinando la mayor oscuridad en el aposento.

—Voy á buscar á Cecilia.

—No irás; la vista de aquel aposento te mataria.

—Cecilia me espera arriba.

—Digo que no irás; yo te tengo, y no te dejaré, dijo Polidori cogiendo al escribano por el brazo.

Santiago Ferrand, llegado al último grado de abatimiento, no podía luchar contra Polidori, que lo sujetaba con mano vigorosa.

—¿Quieres impedirme que vaya á encontrar á Cecilia?

—Sí.... y ademas hay una lámpara alumbrada en la antesala; sabes el efecto que ha producido hace un momento una luz en tus ojos.

—Cecilia está arriba, y me espera.... atravesaria un horno ardiente para ir á juntarme con ella.... déjame.... ella ha dicho que soy un tigre.... cuidado conmigo, porque mis garras están bien afiladas.

—No saldrás.... antes te ataré á la cama como un furioso.

—Polidori, escucha; yo no soy loco, tengo todo mi juicio; ya sé que Cecilia no está corporalmente arriba.... pero para mí las fantasmas de mi imaginacion valen lo que las realidades.

—¡Silencio! exclamó de repente Polidori, poniendo el oido en acecho: hace un momento creí oír el ruido de un coche que se paraba en la puerta..... no me habia engañado, ahora oigo un ruido de voces en el patio.

—Quieres distraerme de mi idea, pero el lazo es muy grosero.

—Te digo que oigo hablar, y creo reconocer....

—Quieres burlarte de mí, dijo Santiago Ferrand interrumpiendo á Polidori; pero no me engañas.

—Pero, miserable, escucha pues, escucha.... ¿no oyes nada?

—Déjame, Cecilia está arriba, y me llama; no me hagas enfurecer.... tambien te digo yo á mi vez: ¡cuidado contigo!... ¿entiendes? ¡cuidado contigo!

—No saldrás.

—¡Cuidado contigo!

—No saldrás de aquí; mi interés exige que no te muevas.

—Quieres impedirme que vaya á encontrar á Cecilia, pues mi interés quiere que mueras.... ¡Toma pues! dijo el escribano con voz sorda.

Polidori dió un grito.

—¡Malvado! me has herido en el brazo, pero tu mano era mal segura y la herida es insignificante; no me escaparás.

—Tu herida es mortal.... es el puñal envenenado de Cecilia el que te ha herido, y yo lo llevo siempre encima; espera el efecto del veneno..... ¡Ah! me sueltas por fin, vas á morir.... Ya te he dicho que no me impedirias el ir á encontrar arriba á Cecilia, añadió Santiago Ferrand, buscando á tientas por la oscuridad cómo abrir la puerta.

—¡Oh! murmuró Polidori, mi brazo se hincha... un frio mortal me sobrecoge.... mis rodillas tiemblan.... la sangre se me para en las venas.... ¡Oh! qué vértigo.... ¡Socorro!... gritó el cómplice de Santiago Ferrand, recogiendo todas sus fuerzas en aquel último grito: ¡socorro!... ¡yo muero!... y cayó aplomado sobre sí mismo.

El estrépito de una puerta vidriera, abierta con tanta violencia que muchos de los cristales saltaron hechos pedazos, la voz sonora de Rodolfo y un ruido de pasos precipitados, parecieron contestar al grito de agonía de Polidori.

Santiago Ferrand, habiendo por fin encontrado en la oscuridad el cerrojo, abrió bruscamente la puerta de la antesala, y se precipitó en ella, teniendo en la mano su terrible puñal.

En el momento mismo.... el príncipe, amenazador y formidable como el genio de la venganza,

entraba en aquella pieza por el lado opuesto.

— ¡Mónstruo! exclamó Rodolfo adelantándose hacia el escribano.... ¡has muerto á mi hija!... vas....

El príncipe no concluyó, y retrocedió espantado.

Dijérase que sus palabras habian sido un rayo para Santiago Ferrand.... que tirando su puñal y llevando ambas manos á los ojos, cayó ¡miserable! de cara contra el suelo, soltando un grito que nada tenia de humano.

A consecuencia del fenómeno de que hemos hablado, y cuyo efecto suspendiera la oscuridad, cuando Santiago Ferrand entró en aquel aposento vivamente alumbrado, le sobrecogió un desvanecimiento vertiginoso é intolerable, como si hubiese sido echado en medio de un torrente de luz tan candente como la del disco del sol.

Fué un espectáculo espantoso el de la agonía de aquel hombre que se revolcaba preso de espantosas convulsiones, arañando el suelo con las uñas, como si hubiese querido abrirse un hoyo para escapar á los tormentos atroces que le causaba aquella claridad ígnea.

Rodolfo, uno de sus lacayos y el portero de la casa que se habia visto obligado á conducir al príncipe hasta la puerta de aquel aposento, quedaron horrorizados.

A pesar de su justo odio, sintió Rodolfo un movimiento de compasion por los dolores inauditos de Santiago Ferrand, y dió orden de que le colocasen sobre un canapé, lo que se alcanzó con dificultad, porque de miedo de encontrarse sujeto á la accion directa de la lámpara, el escribano se debatió con violencia; pero cuando se le inundó de luz la cara, dió un nuevo grito.... un grito que heló de terror á Rodolfo.

Despues de nuevas y largas torturas, el fenóme-

no cesó por su misma violencia. Habiendo alcanzado el último límite de lo posible, sin que siguiera la muerte, el dolor visual cesó; pero siguiendo la marcha normal de aquella enfermedad, sucedió á esta crisis una nueva alucinacion de delirio.

De repente se puso tieso Santiago Ferrand como un cataléptico; sus párpados, cerrados con obstinacion hasta entonces, se abrieron bruscamente, y en lugar de huir la luz, sus ojos se clavaron en ella inseparablemente: sus pupilas, en un estado de dilatacion y de fijeza extraordinarias, parecian fosfóricas é interiormente iluminadas.

Parecia el escribano embebido en una especie de contemplacion estática; su cuerpo y sus miembros permanecian en una inmovilidad completa; solo sus facciones se agitaban incesantemente con estremecimientos nerviosos.

Su odioso rostro, contraido y contorneado de aquel modo, no tenia nada de humano; parecia que los apetitos bestiales, ofuscando la inteligencia del hombre, imprimian á la fisonomia de aquel miserable un carácter absolutamente brutal.

Llegado el período mortal de su delirio, recordaba á través de esta última alucinacion las palabras de Cecilia, que le habia llamado su tigre; poco á poco su razon se estravió, y se imaginó ser un tigre.

Sus palabras entrecortadas y guturales, pintaban el desórden de su cerebro, y la aberracion singular que se habia apoderado de él. Poco á poco, sus miembros, hasta entonces encogidos é inmóviles, sufrieron una tension, y un movimiento brusco le hizo caer del canapé; quiso levantarse y andar; pero faltándole las fuerzas, se arrastraba unas veces como un reptil, caminando otras sobre sus manos y rodillas á gatas.... yendo, viniendo por

una parte ó por otra, segun le inclinaban ó le dominaban sus visiones.

Acurrucado en uno de los ángulos del aposento, como un tigre en su guarida, sus gritos roncós y furiosos, sus rechinamientos de dientes, las contorsiones convulsivas de los músculos de su frente y cara, y su mirada fosfórica, le daban á veces una vaga y espantosa semejanza con aquella fiera.

— ¡Tigre.... tigre.... soy tigre! decia con voz entrecortada.... ¡Sí, tigre!... ¡Cuánta sangre en mi caverna!... ¡Cadáveres destrozados!... La Guilla-baora.... el hermano de esa viuda.... un niño recién nacido.... el hijo de Luisa.... ¡cuántos cadáveres!... mi hembra Cecilia tomará su parte.... luego, mirando sus dedos descarnados, cuyas uñas habian crecido desmesuradamente durante su enfermedad, añadió estas palabras entrecortadas: ¡Oh, mis uñas cortan bien!... ¡cortantes y agudas!... Soy un tigre viejo, yo; pero mas ducho, mas fuerte, mas atrevido.... ¿quién se atrevería á disputarme á mi hembra Cecilia?... ¡Ah, ella me llama.... ella me llama! dijo adelantando el oido.

Despues de un momento de silencio, volvió de nuevo á acurrucarse á lo largo de la pared, diciendo:

— No.... habia creido oirla.... mas no está.... pero la veo.... ¡oh, siempre, siempre!... ¡Ah, héla allí.... me llama.... está rugiendo, rugiendo ahí bajo.... allá voy, allá voy!...

Y se arrastró hácia el medio del aposento sobre sus manos y rodillas. Aunque sus fuerzas estaban acabadas, abanzaba de cuando en cuando por un sobresalto de convulsion, y luego se paraba afectando escuchar con atencion.

— ¿Dónde está.... dónde esta?... Me acerco, y se aleja.... ¡ah, allá abajo!... ¡Oh, me está esperando.... bah, bah!... muerde la arena, soltando esos

rugidos lastimeros.... ¡Oh, sus grandes ojos feroces se vuelven plañideros.... imploran!... Cecilia, tu tigre viejo es tuyo. Esclamó, y en un postrer sacudimiento, tuvo fuerza para levantarse y enderezarse sobre sus rodillas.

Pero de repente, cayendo hácia atrás con espanto, doblado hasta tocar con el cuerpo á los talones, erizado el pelo, y la boca contraída de terror, con las dos manos estendidas hácia adelante, pareció luchar con rabia contra un objeto invisible, pronunciando palabras incoherentes, y esclamando con voz entrecortada:

— ¡Que me muerde, socorro! nudos helados.... mis brazos se rompen.... no puedo soportarlo.... ¡qué agudos dientes!... No, no, ¡oh! los ojos no.... socorro.... una serpiente negra.... ¡oh! su cabeza chata.... sus ojos de fuego.... me mira.... es el demonio.... ¡ah!... me reconoce.... Santiago Ferrand.... en la iglesia.... santo varon.... siempre en la iglesia.... vete.... por la señal de la cruz.... vete. Y el escribano enderezándose un poco, apoyado con una mano contra el suelo, procuró con la otra persignarse.

Su frente lívida estaba inundada de sudor frio, sus ojos empezaban á perder la transparencia, y se volvian empañados y verduscos. Todos los síntomas de una muerte cercana se manifestaban en él.

Rodolfo y los otros testigos de esta escena, permanecian inmóviles y mudos, como si estuvieran bajo el influjo de un sueño abominable.

— ¡Ah!... repuso Santiago Ferrand siempre medio estendido sobre el suelo, y sosteniéndose con una mano: el demonio ha desaparecido.... voy á la iglesia.... soy un santo varon.... hago mis oraciones.... ¿eh? no lo sabrán.... ¿no es verdad?... No, no, tentador.... no lo sabrán á buen seguro.... mi

secreto.... Pues bien; que vengan esas mugeres.... todas, si, todas.... no lo han de saber.

Y en la fisonomía de aquel mártir réprobo de la lujuria, se podían seguir las últimas convulsiones de la agonía sensual.... con ambos pies en la tumba que le abriera su frenética pasión, poseído por su horrible delirio, evocaba todavía las imágenes de una concupiscencia mortal.

— ¡Ah! repuso con voz anhelante.... esas mugeres, esas mugeres.... pero el secreto.... soy un santo varón.... el secreto.... ¡Ah! hélas ah.... tres.... son tres.... ¿Qué dice esta?... Soy Luisa Morel.... ¡oh! sí.... Luisa Morel.... lo sé.... yo no soy mas que una hija del pueblo.... ¿vés, Santiago.... que bosque de cabellos castaños se esparce sobre mis hombros?... ¿Encontrabas hermosa mi cara?... toma.... tómala.... guárdala.... ¿Qué es lo que me da?... Su cabeza cortada.... por el verdugo.... esta cabeza muerta, me mira.... me habla.... sus lábios amoratados, se mueven.... ven.... ven.... ven.... lo mismo que Cecilia.... no.... no quiero.... no quiero, demonio.... déjame.... vete.... vete.... ¿Y esa otra muger?... ¡Oh! hermosa.... hermosa.... Santiago.... soy la duquesa de Lucenay.... mira mi talle de diosa.... mi sonrisa.... mis ojos atrevidos... ven.... ven.... sí.... voy.... pero aguarda.... ¿Y esta que vuelve la cara? ¡Oh! Cecilia.... Cecilia.... sí.... Santiago.... soy Cecilia.... estás viendo á tus tres gracias.... Luisa.... la duquesa y yo.... escoge.... belleza del pueblo.... belleza aristocrática.... belleza salvaje de los trópicos.... el infierno está con nosotras.... ven.... ven....

— ¡El infierno está con vosotras! Sí, exclamó Santiago Ferrand levantándose sobre sus rodillas, y estendiendo los brazos para agarrar á aquellas fantasmas.

Este último esfuerzo convulsivo fué seguido de una conmocion mortal. Volvió á caer luego hácia atrás tieso y exánime: los ojos parecian salirsele de sus órbitas; atroces convulsiones imprimian en sus facciones contorsiones sobrenaturales, semejantes á las que la pila voltaica arranca á las caras de los muertos; una espuma sangrienta inundaba sus labios; su voz era un silbido, estrangulada como la de un hidrófobo; porque en su último paroxismo, aquella terrible enfermedad, castigo espantoso de la lujuria, presenta los mismos síntomas que la rabia.

La vida del mónstruo se apagó en medio de una postrera y horrible vision, porque pronunció estas palabras:

—Negra noche.... negra.... espectros.... esqueletos de bronce enrojecidos al fuego.... me abrazan.... sus dedos son de fuego.... mi carne humea.... mis tuétanos se calcinan.... espectro carnívoro.... no.... no.... Cecilia.... fuego... Cecilia....

Tales fueron las últimas palabras de Santiago Ferrand. Rodolfo se salió horrorizado.



CAPÍTULO III.

—NON—

EL HOSPITAL (1).

El lector se acordará que Flor Celeste, salvada por la Loba, habia sido trasladada no lejos de la isla del Devastador, á la casa de campo del doctor Griffon, uno de los médicos del hospital civil, á do vamos á conducirle.

(1) El nombre que tengo el honor de llevar, y que mi padre, mi abuelo, su hermano y mi bisabuelo (uno de los hombres mas eruditos del siglo XVII) hicieron famoso por medio de grandes é inteligentes trabajos prácticos y teóricos en todos los ramos de la ciencia de curar, me impediria dirigir el menor ataque ó alusion irreflexiva con respecto á los médicos, aun cuando la gravedad del asunto que estoy tratando, y la inmensa celebridad de la escuela médica francesa no se opusiesen á ello: en la creacion del doctor Griffon, he querido únicamente personifi-

Este sábio profesor, que habia obtenido, á favor de elevadas recomendaciones, una plaza en dicho hospital, consideraba sus salas como una especie de lugar de ensayo, en donde experimentaba sobre los pobres los medicamentos que aplicaba enseguida á sus clientes ricos, no atreviéndose nunca á emplear con estos un nuevo medio curativo, cuya aplicacion no hubiese probado y repetido antes muchas veces *in anima vili*, como decia él, con esa especie de barbarie sencilla á que puede conducir la ciega pasion del arte, y especialmente el hábito y la facultad de ejercer sin temor y sin fiscalizacion en una criatura de Dios todas las caprichosas tentativas, todos los sabios antojos de un espíritu inventor.

Asi es que si, por ejemplo, el doctor queria asegurarse del efecto comparativo de una nueva medicacion bastante atrevida, para poder deducir consecuencias favorables á tal ó cual sistema, tomaba entonces un cierto número de enfermos y trataba á estos por el nuevo método, á aquellos por el antiguo.... En algunas circunstancias abandonaba los otros á los solos esfuerzos de la naturaleza.... Despues de lo cual, contaba los que habian sobrevivido.

Estas terribles esperiencias, puede decirse muy propiamente que eran un sacrificio humano, hecho sobre el altar de la ciencia (1).

car uno de esos hombres por otra parte respetables, pero que pueden dejarse arrastrar alguna vez por su pasion al arte, y los *experimentos*, á graves abusos del poder médico, si es lícito esplicarse asi, olvidando que hay algo mas sagrado que la ciencia, la *humanidad*.

(1) Por una coincidencia de que nos felicitamos en nombre de la verdad, estas líneas estaban en prensa hacia algunos dias, cuando apareció en el *Siècle* (6 de agosto de 1843) un artículo firmado por muchos cirujanos de los

Semejante idea no se le habia ocurrido al doctor Griffon. A los ojos de este *principe de la ciencia*, como se dice en nuestros dias, los enfermos de su hospital no eran mas que la materia de estudio y

hospitales de París, en el que vimos los siguientes párrafos:

«Las intrusiones que deploramos (háblase de médicos que han obtenido por favor *salas* en los hospitales civiles), deben ademas ser examinadas bajo otro punto de vista, el de la moralidad. Hase pronunciado una palabra fatal, la palabra *ensayo*. Decretos espeditos creando plazas contra el espíritu y letra del reglamento, disponen que esta medida tiene por objeto el autorizar á esta ó aquella persona á que haga el ensayo de su método de tratamiento. Semejante lenguaje asombra en una época como la nuestra, en la que nadie tiene derecho de considerar á los enfermos pobres como una materia de ensayo de cualquier género que este sea. Ademas, ¿estos ensayos cuánto tiempo deben durar? ¿cuántos enfermos deben ser sometidos á ellos? ¿No deben estar constantemente vigilados por una comision permanente, obligada á dar á conocer sus resultados? Seria una grande incuria el dejar sin resolucion semejantes cuestiones. Y luego, una vez lanzados en esa desgraciada carrera de ensayos, ¿quién sabe á do se irá á parar? Todos los pretendidos métodos nuevos, ¿no vendrán á pedir á su turno el hacer sus experimentos en una sala del hospital? entonces todos ellos, no hay que dudarlo, reclamarán su derecho de ensayo.»

Y luego añadíase:

«Hanse hecho gastos muy considerables con utilidad muy problemática para esos servicios, verdaderas superfetaciones en los hospitales, que no siempre están provistos de todo lo necesario. Asi, mientras que la administracion se ve reducida á economizar el agua de Seltz, en los jarabes necesarios para la tisana de los pobres calenturientos, las hilas, etc., se conceden para gastos extraordinarios, para compras de aparatos, unas sumas considerables, atendida la poca ventaja que se saca de ellos.»

de esperiencia ; y como , por último , resultaba á veces de sus ensayos un hecho útil, ó un descubrimiento adquirido en favor de la ciencia , el doctor se mostraba tan ingénuamente satisfecho y triunfante , como un general despues de una victoria asáz cara de soldados.

La homeopatía , en la época en que hablamos, no tuvo adversario mas encarnizado que él: trataba este método de absurdo , funesto y homicida ; de modo , que firme en su conviccion , y queriendo poner á los homeópatas al pie de la estacada, como se suele decir , les ofreció con caballerosa lealtad abandonarles un cierto número de enfermos, sobre los cuales se ensayaria la homeopatía ; empero, afirmaba anticipadamente , seguro de no quedar desmentido, que de veinte enfermos sometidos á este tratamiento solo sobrevivirian cinco á lo mas.

Los homeópatas eludieron la proposicion con gran pesar de nuestro doctor , que sintió perder esta ocasion de probar por medio de cifras la vanidad del tratamiento homeopático.

El doctor Griffon se hubiera quedado estupefacto , si se le hubiese dicho á propósito de esa libre y autocrática disposicion de sus súbditos.

«Semejante estado de cosas, haria que se echase de menos la barbarie de aquellos tiempos , en que se entregaban los condenados á muerte para que se les hiciesen sufrir operaciones quirúrgicas recientemente descubiertas.... pero que no se atrevian á practicar aun sobre el vivo.... Si la operacion tenia buen éxito, el criminal quedaba perdonado.

«Comparada con lo que vosotros haceis, esa barbarie era caridad, caballero; pues, bien considerado todo, se daban probabilidades de vida á un miserable á quien esperaba el verdugo, y se ejecutaba un experimento útil quizás á la salud general.

«¿Pero ensayar vuestras aventuradas medicaciones en infelices artesanos, cuyo único refugio, cuando la enfermedad les agobia, es el hospital..... ensayar un tratamiento funesto tal vez, con gentes que la miseria os entrega confiadas y desarmadas.... á vos, su sola esperanza, á vos, que solo á Dios respondeis de su vida.... ¿sabeis que esto seria llevar el amor á la ciencia hasta la inhumanidad, caballero?»

«¡Cómo! las clases pobres pueblan ya los talleres, los campos y el ejército, solo conocen en este mundo la miseria y las privaciones, y cuando á la violencia de eternas fatigas y sufrimientos, caen estenuados y semimuertos.... ¿la enfermedad misma no les preservaria de una última y sacrilega exploracion?...

«Apelo á vuestro corazon, caballero, ¿no seria eso injusto y cruel?»

¡Ay! estas severas palabras hubieran quizá conmovido al doctor Griffon, pero no convencido.

Tal es el hombre; el capitán se habitua tambien á no considerar á sus soldados, mas que como á los peones de ese sangriento juego, que se llama una batalla.

Y por esa misma razon de que el hombre es asi, la sociedad debe proteger á los que la suerte espone á sufrir la reaccion de esas necesidades humanas.

Ahora bien; una vez admitido el carácter del doctor Griffon (y puede admitirse sin mucha hipérbole) la poblacion de su hospital no tenia, pues, garantia alguna, ni recursos, contra la barbaridad científica de sus experimentos, pues que existe un sensible vacío en la organizacion de los hospitales civiles.

Nosotros lo señalamos aqui.... ojalá se nos comprendiese.

Los hospitales militares reciben cada dia la visita de un oficial superior, encargado de oír las quejas de los soldados enfermos, y de ponerles remedio si le pareciesen razonables. Esta vigilancia contradictoria, completamente distinta de la administracion y del servicio sanitario, es escelente, y ha producido siempre los mejores resultados. Es imposible, por otra parte, ver establecimientos mejor asistidos que los hospitales militares; cuidase en ellos á los soldados con una estremada dulzura, y se les trata, nos atreveríamos casi á decir, con una piedad respetuosa.

¿Por qué no se ejerce, pues, una vigilancia análoga á la de que hablamos, en los hospitales civiles, por hombres enteramente independientes de la administracion y del servicio sanitario, por una comision escogida, si bien parece, entre los alcaldes y sus adjuntos, y en una palabra, de entre todos los que ejercen los diversos cargos de la edilidad parisiense, cargos tan ardientemente anhelados siempre? Las reclamaciones del pobre (si fuesen fundadas) tendrian asi un órgano imparcial; mientras que en el dia, lo repetimos, ese órgano falta absolutamente, pues no existe ninguna fiscalizacion contradictoria en el servicio de los hospitales.

Esto nos parece terrible.

Asi es que luego de cerrada la puerta de las salas del doctor Griffon, el enfermo pertenece en cuerpo y alma á la ciencia.... Ningun oído amigo ó desinteresado puede escuchar sus quejas.

Decíasele claramente que habiendo sido admitido en el hospital por caridad, formaba en adelante parte del dominio experimental del doctor, y que enfermo y enfermedad debian servir de objeto de estudio, de observacion y de análisis, ó enseñanza

para los jóvenes discípulos que seguían asiduamente la visita del señor Griffon.

En efecto, pronto el enfermo tenía que responder á los interrogatorios á menudo mas dolorosos y sensibles, y esto no á solas con el médico, como un confesor llena su sacerdocio, y tiene derecho á saberlo todo, no; érale preciso hacerlo en alta voz, ante una multitud ávida y curiosa.

Sí, en ese pandemium de la ciencia, el viejo ó el joven, la niña ó la muger, estaban obligados á abjurar todo sentimiento de pudor ó de vergüenza, y á hacer las revelaciones mas íntimas, y someterse á las investigaciones materiales mas penosas ante un numeroso público, y crueles formalidades que agravaban siempre la enfermedad.

Y esto no era ni humano ni justo; porque por lo mismo que el pobre entra en el hospital en el nombre santo y sagrado de la caridad, debe ser tratado con compasion y respeto; pues la desgracia tiene su magestad (1).

(1) Nada de cuanto acabamos de decir es exagerado: tomamos los siguientes párrafos de un artículo del *Constitucional* (19 enero de 1836). Este artículo intitulado: *Una visita de hospital*, está firmado por Z., y nosotros sabemos que esta inicial oculta el nombre de una de nuestras celebridades médicas, que no puede ser acusada de parcialidad en la cuestion de los hospitales civiles.

«En cuanto un enfermo llega al hospital, se tiene cuidado de inscribir en seguida sobre una tablilla su nombre, número de la cama, designacion de la dolencia, edad, profesion, morada actual: esta tablilla se cuelga al momento en una de las estremidades del lecho. Esta medida no deja de tener graves inconvenientes para aquellos á quienes reveses imprevistos les obligan temporalmente á participar del último refugio del pobre. ¿Creeríais, por ejemplo,

« Cuando se lean las siguientes líneas, se comprenderá el motivo por qué hemos hecho que las precediesen algunas reflexiones.....

.....
 « A lo largo de sus paredes sombrías, horadadas aquí y allá por ventanas enrejadas como las de las cárceles, se estendian dos hileras de camas paralelas

que esa circunstancia fué indiferente para su curacion á Gilberto? He visto jóvenes, he visto ancianos á quienes inspiraba una grande tristeza esa divulgacion de su miseria y de su apellido.

« Es una dura servidumbre para un enfermo el dia en que se le admite en un hospital. Júzguese si el enfermo debe hallarse fatigado el dia siguiente de su entrada: en el espacio de veinticuatro horas se ha visto sucesivamente interrogado: 1.º por su propio médico: 2.º por los médicos de la oficina de la administracion: 3.º por el profesor de guardia: 4.º por el interno de la sala: 5.º por el médico sedentario del hospital; y finalmente, 6.º, por el médico gefe del servicio, asi como por diez, veinte ó mas discípulos estudiosos que siguen la clínica pública. Sin duda esto es tan provechoso para la esperiencia, actualmente tan precoz de los jóvenes médicos, como por los progresos del arte; pero agrava la enfermedad, ó retarda cuando menos sin duda alguna la curacion del enfermo....

« Uno de esos infelices me decia un dia:

« Aun cuando fuese un reo criminal, no hubiera tenido en quince dias tantos interrogatorios: cincuenta personas desde ayer me han agobiado á preguntas casi todas semejantes. Al entrar aqui no tenia mas que una pleuresía; pero temo mucho que la insaciable curiosidad de tantas personas, no me haya ocasionado al fin una tisis.

« Una muger me decia:

« Cada instante se me está atormentando: quieren saber mi edad, mi temperamento, mi constitucion, el color de mis cabellos, si tengo el cútis blanco ó moreno, mi régimen de vida, mis costumbres, la salud de mis padres, las circunstancias bajo que nací, mi fortuna, mi posicion, mis

vagamente iluminadas por la luz sepulcral de una lámpara colgada del techo.

La atmósfera de semejantes parajes es tan nauseabunda, pesada y mefítica, que los nuevos enfermos no se aclimatan á menudo sin peligro; este exceso de sufrimiento es una especie de prima que todo recién llegado paga inevitablemente á la siniestra permanencia en el hospital.

mas secretas afecciones, y hasta el motivo supuesto de mis pesares; se llega hasta á escudriñar mi conducta, y espiar los sentimientos que yo debería cuidadosamente encerrar en mi corazón, y cuya sola sospecha me hace ruborizar. Y despues añadió: Golpean mi pecho en veinte parages diferentes, y ante todo el mundo; hacen en él sucias señales de tinta para indicar seguramente el progreso de las obstrucciones que han invadido mis entrañas. Los médicos del día, continuó, se parecen á los inquisidores de antaño, curan actualmente como se castigaba en otro tiempo, y esto me apesadumbra.»

Mas adelante, despues de haber descrito las formalidades de la visita, M. Z. añade:

«El médico no hace mas que presentarse en la cama de los antiguos enfermos que están en camino de curacion ó convalecientes; pero en llegando á una de las camas ocupadas por enfermos nuevos ó en peligro, no le seria posible acercarse á ellas, sin haber atravesado la doble hilera de estudiantes, que conservan allí pacientemente desde por la mañana su puesto de observadores vigilantes. En cuanto al enfermo, permanece mudo y silencioso en medio de esa turba curiosa y atenta, y á menudo la enfermedad se agrava en proporcion de esa afluencia, que indica siempre el peligro y motiva la inquietud. Mientras que el paciente contempla al médico con esa emocion que participa de confianza y ansiedad, este dirige circularmente á los asistentes una mirada de recogimiento y circunspeccion que se ilumina de repente en su rostro al acercarse al enfermo, cuya turbacion interior llega así á su colmo.»

Al cabo de algun tiempo, una cierta lividez morbosa anuncia que el enfermo ha sufrido la primera influencia de ese medio deletéreo, y que está, como ya hemos dicho, aclimatado (1).

El aire de esta inmensa sala es, pues, denso y fétido.

El silencio de la noche que en ella reina, es interrumpido de tanto en tanto, ya por gemidos dolorosos, ya por profundos suspiros arrancados por el insomnio febril.... Despues, todo vuelve á quedar callado, y no se oye mas que el movimiento monótono y regular del péndulo de un grande relox, que señala y anuncia las horas tan largas, tan eternas para el dolor que vela.

Una de las estremidades de esta sala, está casi sumida en la oscuridad.

De repente se oye hácia aquel lado un especie de tumulto y ruido de pasos precipitados; abrióse y cerróse una puerta muchas veces; una hermana, cuya grande gorra blanca y vestido negro, se distinguian á beneficio de la claridad que despedia una luz que llevaba en la mano, se acercó á una de las últimas camas de la hilera derecha.

Algunas enfermas, despertadas sobresaltadamente, se incorporaron sobre su lecho atentas á lo que acontecia.

Un momento despues se abrieron las dos hojas de la puerta, y entró un sacerdote con un crucifijo.... las dos hermanas se arrodillaron.

A la claridad de la luz que rodeaba aquel lecho de una pálida aureola, mientras que las demas partes de la sala permanecian en la oscuridad, podia

(1) A menos de una necesidad muy urgente, no se practican nunca operaciones graves quirúrgicas antes de que esté aclimatado el enfermo.

verse al capellan del hospital, inclinarse hácia el lecho de la miseria, pronunciando algunas palabras cuyo débil sonido se perdía en el silencio de la noche. Al cabo de un cuarto de hora, levantó la estremidad de un paño, con el que cubrió completamente la almohada de la cama. Luego salió.

Una de las hermanas que estaban arrodilladas, se levantó, corrió las cortinas, cuyos anillos rechinaron en las barras, y fué á orar junto á su compañera y todo quedó en silencio.

Una de las enfermas acababa de morir.

Entre las mugeres que no dormían y que habían asistido á esta escena muda, se contaban tres personas, cuyos nombres han sido pronunciados en el curso de esta historia:

La señora de Fermont, hija de la desgraciada viuda arruinada por la codicia de Santiago Ferrand.

La pobre lavandera á quien Flor Celeste había dado el poco dinero que la quedaba, y Juana Dupont, hermana de Vinagrillo, el narrador de cuentos de la Fuerza.

Conocemos ya á la señorita de Fermont y á la hermana de Vinagrillo.... En cuanto á la lavandera, era una muger de mas de veinte años, de rostro benigno y regular, pero en extremo pálida y descarnada; estaba en el último grado de una tisis, y no quedaba esperanza alguna de salvarla, ella lo sabía, y se iba estinguendo lentamente.

La distancia que separaba las camas de estas dos enfermas era tan poca, que podían hablar en voz baja, sin ser oídas de las hermanas.

— Hé ahí otra que se vá, dijo á media voz la lavandera, pensando en la muerte y hablando consigo misma. ¡Ya no sufrirá mas!... ¡qué feliz es!

— Sí, muy feliz.... si no tiene hijos.... añadió Juana.

— ¡Hola! no dormís.... vecina, dijo la lavandera. ¿Cómo os prueba la primera noche, en esta casa? Ayer noche, así que entrasteis, os hicieron acostar, y no me atreví á hablaros porque os oía sollozar.

— ¡Oh, sí, sí, mucho he llorado!...

— ¿Teneis, pues, algun mal muy grave?

— Sí, pero no es el mal el que me hace llorar, sino el pesar.... sin embargo, habia logrado dormirme, y estaba soñando cuando el ruido de las puertas me ha despertado.... Al ver que el sacerdote entraba, y que las buenas hermanas se arrodillaban, conocí al instante que era una muger que moria.... entonces recéla un Padre nuestro y una ave María....

— Tambien yo.... y como tengo la misma enfermedad que la muger que acaba de morir, no he podido prescindir de exclamar: ¡Hé ahí una que no padecerá mas: es muy feliz!...

— Sí, como os decia yo.... si no tiene hijos....

— ¿Vos los teneis?

— Tres.... dijo la hermana de Vinagrillo con un suspiro. ¿Y vos?

— Tuve una niña.... pero con el desconsuelo de llevarla poco tiempo en mis brazos.... La pobre criatura estaba condenada á morir antes de nacer; habia sufrido yo mucha miseria durante mi preñez. Soy lavandera, y trabajaba tanto, que me iba ganando bastante bien la vida.... Pero todo tiene fin en este mundo; cuando me faltó la fuerza, me faltó tambien el pan; me arrojaron del cuarto que habitaba; y no sé lo que hubiera sido de mí, á no ser por una pobre muger que me recogió en una cueva, en donde se ocultaba de su marido que la queria matar. Allí es donde parí sobre un monton

de paja ; pero por fortuna , aquella buena muger conocia á una jóven hermosa , y caritativa como un ángel , y aquella jóven tenia un poco de dinero ; me sacó de la cueva , me colocó en un gabinete amueblado que pagó por anticipado un mes.... dándome además una cuna de miñbres para mi hija , y cuarenta francos para mí , con un poco de ropa blanca ; gracias á ella me repuse , y pude volver á trabajar....

— ¡Qué buena muchacha!... mirad , tambien encontré yo , por casualidad , como si dijésemos una parecida , una jóven costurera muy servicial. Habia ido á ver á mi pobre hermano que está preso , dijo Juana despues de un momento de vacilacion , y encontré en el locutorio esa costurera , de quien os hablo.... habiéndome oido decir á mi hermano que no era feliz , se vino hácia mí con mucho embarazo , para ofrecérseme en cuanto pudiese serme útil.

— ¡Oh.... cuánto le honra ese proceder!

— Yo acepté.... me dió las señas de su casa , y dos dias despues , esa querida señorita Rigolette , que este es su nombre , me habia ya encontrado trabajo.

— ¡Rigolette! exclamó la lavandera ; mirad lo que son las cosas....

— ¿Qué.... la conoceis?

— No ; pero la jóven que fué tan generosa conmigo , pronunció muchas veces ese nombre delante de mí.... eran muy amigas al parecer.

— Pues bien , dijo Juana sonriéndose tristemente ; puesto que somos vecinas de cama , deberíamos ser amigas como nuestras dos bienhechoras.

— Con mucho gusto ; yo me llamo Anita Gerbier , dijo la lavandera.

— Y yo Juana Duport , cordonera.... ¡Ah! es tan bueno hallar en el hospital alguna persona que no nos sea del todo estraña , especialmente cuando es

la primera vez que se viene.... ¡y se tienen tantas penas!... pero no quiero pensar en esto. Decidme, Anita, ¿y cómo se llama la jóven que fué tan buena con vos?

—La Guillabaora.... todo mi sentimiento es no haberla vuelto á ver hace mucho tiempo.... Era hermosa como una virgen, con preciosos cabellos rubios, y unos ojos tan dulces, tan dulces.... Desgraciadamente mi hija murió, á pesar de su socorro, á los dos meses.... era tan delicada.... no tenia mas que el aliento.... y la lavandera enjugó una lágrima que rodaba por su megilla.

—¿Y vuestro marido?

—No estoy casada.... lavaba en casa de una rica aldeana de mi pais; yo habia sido muy prudente, pero me dejé embaucar por el hijo de la casa, y entonces....

—¡Ah! sí.... comprendo.

—Cuando ví el estado en que me hallaba, no me atreví á permanecer alli por mas tiempo; el señor Julio, este era mi seductor, me dió cincuenta francos para venir á París, diciéndome que me haria entregar otros veinte mensuales para mi canastillo y mi parto; pero desde que salí de su casa no he recibido de él nada, ni aun noticias suyas; escribíle una vez, y no me contestó.... no me atreví á repetirlo, pues conocí que no queria oír hablar mas de mí.

—Y sin embargo, es él quien os perdió.... ¿y es rico?

—Su madre tiene bastantes bienes en nuestro pueblo; pero ¿qué quereis? yo no estaba alli ya.... y se olvidó de mí.

—Pero á lo menos.... él no hubiera debido olvidaros, siquiera por su hijo.

—Al contrario.... esto es lo que le hizo ser malo

conmigo ; se enfadaria porque estaba embarazada, pues que seria para él un estorbo.

— ¡Pobre Anita!

— Lloro á mi hija , por mí , no por ella ; ¡pobre criatura! hubiera sufrido mucha miseria, y hubiera quedado muy pronto huérfana.... porque me quedan pocos dias de vida.

— A vuestra edad no se deben tener esas ideas.... ¿Hace mucho tiempo que estais enferma?

— Cerca de tres meses. ¡Caramba! Cuando tuve que ganar para mí y para mi hija , pensé que era cosa de redoblar mi trabajo , y volví á él antes de tiempo ; el invierno era muy frio, y gané una enfermedad de pecho : entonces es cuando perdí mi niña. Velándola, descuidé el cuidarme.... y luego despues el pesar sobre todo esto.... por último, estoy tísica, condenada á morir.... como la actriz que acaba de salir de esta vida.

— A vuestra edad siempre hay esperanza.

— La actriz solo tenia dos años mas que yo, y ya veis.

— ¿Era una actriz la que están velando ahora las buenas hermanas?

— Sí, Dios mio; mirad lo que es la suerte.... Habia sido ella hermosa como la mañana; habia tenido mucho dinero, coches y diamantes; pero desgraciadamente la viruela la desfiguró: entonces empezaron la escasez, las desgracias, la miseria, para venir por último á morir en el hospital. Por lo demas no era orgullosa; al contrario, era muy cariñosa, y se portaba muy bien con todos los de la sala.... Nunca vino nadie á verla ; sin embargo, hace cuatro ó cinco dias nos decia que habia escrito á un sugeto á quien habia conocido en sus dias felices, y que la habia querido mucho : habíalo hecho para rogarle que viniese á reclamar su cuerpo despues de muer-

ta, porque la horrorizaba la idea de que la hubiesen de disecar y cortar en pedazos.

--¿Y vino ese sugeto?

—No.

—¡Ah, qué desgracia!

—La pobre muger preguntaba por él á cada instante.... diciendo siempre: ¡Oh, vendrá; va á venir, estoy segura de ello!... y sin embargo ha muerto sin tener ese consuelo.

—Su fin habrá sido mas penoso aun.

—¡Oh! sí, porque lo que tanto temia ella, le sucederá á su cuerpo...

—¡Despues de haber sido rica y feliz, morir aqui! ¡qué idea tan triste! al menos nosotras no hacemos mas que cambiar de miserias.

—A propósito de lo que hablamos, dijo la lavandera, despues de un momento de vacilacion; quisiera que me hicieseis un favor.

—Hablad.

—Si muriese, como es probable, antes de que salieseis de aqui, quisiera que reclamaseis mi cuerpo.... Tengo el mismo temor que la actriz.... y tengo ahí guardado el poco dinero que me queda para hacerme enterrar.

—No tengais esas ideas.

—Lo mismo da, ¿me lo prometéis?

—Si Dios quiere, eso no sucederá.

—Bien; pero para el caso de que así fuese, gracias á vos no tendré ya que temer me suceda la misma desgracia que á la actriz.

—¡Pobre señora, despues de haber sido rica, morir así!

—¡Oh! la actriz no es la única que ha sido rica de los que hay en la sala, señora Juana.

—Llamadme Juana, como yo os llamo Anita.

—Sois muy bondadosa.

—¿Quién mas.... ha sido rica?

—Una jóven de unos quince años á lo mas, que entraron ayer aqui antes de que vois llegaseis. Estaba tan débil, que no ha podido venir por su pie... La hermana dice que esta jóven y su madre son personas muy distinguidas que han quedado arruinadas.

—¿Su madre está tambien aqui?

—No, la madre está tan mala, tan mala que no han podido traerla.... La pobre jóven no queria separarse de ella; pero se aprovecharon de su desmayo para conducirla aqui.... el dueño de la mezquina casa en que viven, es el que ha ido á buscar al comisario, para declararle lo que sucedia, temiendo que muriesen en ella.

—¿Y en dónde está?

—Mirad.... ahí.... en la cama que está enfrente de la vuestra.

—¿Y tiene quince años?

—Eso será lo mas.

—¡La edad de mi hija mayor!... dijo Juana, no pudiendo contener sus lágrimas.

Juana Duport se habia echado á llorar amargamente al acordarse de su hija.

—Perdonad, la dijo Anita contristada, perdonadme si os he dado sentimiento sin pensarlo hablándoos de vuestros hijos: ¿quizás están tambien enfermos?

—¡Ah, Dios mio! ¡no sé lo que va á ser de ellos si estoy aqui mas de ocho dias!

—¿Y vuestro marido?

Despues de un momento de silencio, repuso Juana enjugando sus lágrimas:

Ya que somos amigas y estamos juntas, Anita, puedo contaros mis penas, como vos me habeis contado las vuestras. Esto me aliviara.... Mi marido

era un buen artesano; despues se extravió y me dejó á mí y á mis hijos cuando hubo vendido todo lo que teniamos: yo me volví á poner á trabajar con la ayuda de algunas buenas personas, y empezaba ya á estar un poco al corriente, y educaba á mi familia lo mejor que podia, cuando volvió mi marido con una mala muger que era su querida, á quitarme segunda vez cuanto tenia, y fué preciso empezar de nuevo.

— ¡Pobre Juana! ¿y no pudisteis impedirlo?

— Hubiera tenido que separarme por la ley, y la ley es muy cara, como dice mi hermano.... ¡Ah, Dios mio! ahora vais á ver el perjuicio que es para nosotros los pobres el que la ley sea demasiado cara.... Hace algunos dias volví á ver á mi hermano, y me dió tres francos que habia recogido contando cuentos á los demas presos.

— Se conoce que sois buena gente toda la familia, dijo la lavandera, que por una rara delicadeza de instinto, no preguntó á Juana una palabra sobre la causa de la prision de su hermano.

— Con esto vuelvo con valor al trabajo, creyendo que mi marido tardaria mucho en venir, porque se habia llevado de casa todo lo que podia llevarse, pero ¡ah, me engaño! añadió estremeciéndose la infeliz.... ¡faltábale llevarse á mi hija, á mi pobre Catalina!

— ¿Vuestra hija?

— Vais á ver, vais á ver. Hace hoy tres dias, que estando trabajando rodeada de mis hijos, entró mi marido; por su solo gesto conocí que estaba bebiendo. — Vengo á buscar á Catalina, me dijo. — Sin advertirlo, cogí el brazo de mi hija, y contesté á Duport: ¿A dónde quieres llevártela? — Eso no te importa á tí, es mi hija: que arregle su hatillo, y me siga. — Al oír aquello, me dió un salto el cora-

zon ; porque figuraos , Anita , que la mala muger que está con mi marido.... miedo me dá el pensar , pero al fin es asi.... hace tiempo que lo importuna para que saque partido de nuestra hija , que es jóven y bonita.... Decid: ¿no es un mónstruo esa muger?

— ¡Oh! ¡sí , un verdadero mónstruo!

— ¡Llévate á Catalina! contesto yo á Duport; jamás , ya sé lo que esa mala muger quiere hacer de ella.—Mira , me dijo mi marido , cuyos lábios estaban ya blancos de cólera ; no me contradigas , ó te mato. Y coje del brazo á mi hija , diciéndola: ¡Anda , Catalina!—La pobre criatura , anegada en lágrimas , me salta al cuello , gritando: Quiero quedarme con mamá. Viendo esto , Duport viene furioso , arranca de mis brazos á Catalina , me da un puñetazo en el estómago que me echa por tierra ; una vez por tierra.... Pero mirad , Anita , dijo la infeliz interrumpiéndose ; á buen seguro que no fué tan malo , sino porque estaba bebido.... por fin , empezó á pisotearme llenándome de dicterios.

— ¡Dios mio , qué malo!

— Mis pobres niños se echan á sus pies pidiendo perdon , y Catalina tambien : entonces dijo á mi hija jurando como un furioso: ¡Si no te vienes conmigo , acabo de matar á tu madre!.... Yo estaba echando sangre por la boca , y no podia hacer el mas mínimo movimiento ; pero grité á Catalina: ¡Deja antes que me mate , que seguir á tu padre!—¿No callarás? me dijo Duport dándome otra patada que me dejó sin conocimiento.

— ¡Qué infamia , qué infamia!

— Cuando volví en mí , encontré á mis dos hijos llorando.

— ¿Y vuestra hija?

— ¡Habia marchado! exclamó la madre infeliz con

acento y sollozos capaces de partir el alma.... Sí, había marchado.... Mis niños me dijeron además, que su padre la había pegado, y amenazándola de que me dejaría en el sitio: entonces, ¡ya se vé! la pobre muchacha perdió la cabeza; se echó sobre mí para abrazarme, abrazó también llorando á sus hermanos.... y luego mi marido se la llevó. ¡Ah, estoy segura que su mala muger le estaba esperando en la escalera.

— ¿Y vos no podiais quejaros al comisario?

— En los primeros momentos no tenia mas pena que la de saber que Catalina había marchado; pero luego sentí agudos dolores en el cuerpo, y no podía andar.... ¡Ah, Dios mio!... lo que tanto temia yo, había llegado.... sí, yo se lo había dicho á mi hermano: un dia mi marido me pegará tan fuerte, tan fuerte, que tendré que ir al hospital; y entonces, ¿qué será de mis hijos?... y héme aqui hoy en el hospital, y pensando: ¿Qué será ahora de mis hijos?

— ¡Pero, Dios bueno! ¿no hay justicia, segun eso, para los pobres?

— Es demasiado cara, demasiado cara para nosotros, como dice mi hermano, repuso amargamente Juana Duport. Los vecinos habían ido á buscar al comisario.... su secretario fué el que vino.... á mí me repugnaba el denunciar á mi esposo, pero á causa de mi hija lo hice.... mas únicamente dije que en una disputa que había tenido con él, porque quería llevarse á mi hija, me había dado un empujon.... y que aquello no seria nada; pero que quería recobrar á Catalina, porque temia que una mala muger, con quien vivia mi marido, no me la perdiera.

— ¿Y qué os dijo el secretario?

— Que mi marido estaba en su derecho para llevarse á mi hija no estando separado de mí, que se-

ría una desgracia el que se perdiera mi hija por malos consejos que la dieran; pero que esto no eran mas que suposiciones, que no bastaban para entablar quejas contra mi marido: No teneis mas que un medio, añadió, entablad un divorcio, pedid una separacion, y entonces, los golpes que os ha dado vuestro marido, y su conducta con una muger perdida, estarán en vuestro favor, y se le obligará á que os vuelva vuestra hija: sin esto, está en su derecho de conservarla á su lado.— ¡Pleito! dije yo; no tengo con qué sostenerlo.... ¡Dios mio! mis hijos se mueren casi de necesidad.— ¿Y qué quereis que yo remedie? dijo el secretario. No puedo hacer nada.— Sí, repuso Juana sollozando, tenia razon el buen hombre.... dentro de tres meses será quizás mi hija una muger pública.... mientras que si hubiese tenido con qué pleitear para separarme de mi marido no hubiera sucedido esto.

— Pero tampoco sucederá eso; ¡vuestra hija debe amarnos tanto!

— ¡Pero es tan jóven! á su edad no hay defensa.... y luego el miedo, los malos tratamientos, los malos consejos y ejemplos, y el encarnizamiento con que procurarán obligarla á hacer el mal.... Mi pobre hermano habia previsto todo lo que sucede, y me decia:— ¿Crees tú que si esa infame muger y tu marido se empeñan en perder á tu hija, no tendrá que pasar por ello? (1).— ¡Dios mio, Dios mio! ¡pobre Catalina, tan dulce, tan amable!

— ¡Ah, grande es vuestra desgracia!... ¡y yo me quejaba! dijo la lavandera enjugándose las lágrimas.... ¿Y los demas hijos?

— Por causa de ellos, hice lo que pude para ven-

(1) Recordaremos al lector que el padre ó la madre pueden hacer inscribir á su hija en el libro de prostitucion en la oficina de Costumbres públicas.

ver el dolor y no entrar en el hospital, mas no he podido resistir: echaba sangre tres ó cuatro veces al dia, tenia una calentura que parecia me rompiese brazos y piernas, y no podia trabajar.... Al menos, si curo pronto, podré volver al lado de mis hijos.... si antes no han muerto de hambre, ó no los han metido en la reclusion como mendigos. ¿Estando yo aqui, quién ha de tener cuidado de ellos y mantenerlos?

— ¡Oh, eso es terrible!... ¿Conque no teneis buenos vecinos?

— Son tan pobres como yo, y tienen ya cinco hijos. ¡Ya veis que dos bocas mas, es demasiado! con todo, me han prometido alimentarlos un poco, durante ocho dias: es todo lo que pueden hacer, y todavia tomando al fiado el pan, que no les sobra: es menester que esté curada dentro de ocho dias. ¡Oh! curada ó no, saldré de aqui.

— Pero, ahora que me acuerdo, ¿cómo no habeis pensado en aquella buena señorita Rigolette, que encontrasteis en la cárcel? seguramente que ella os hubiese cuidado vuestros hijos.

— Ya lo he pensado; y aunque la pobre muchacha no esté quizás muy abundante, la he mandado decir mi situacion por una vecina; pero por desgracia está en el campo, donde ha dicho la portera de su casa que iba á casarse.

— Asi, pues, dentro de ocho dias, vuestros pobres hijos.... pero no, vuestros vecinos no tendrán valor para abandonarlos.

— ¿Qué quereis que hagan? Los pobres no comen siempre que tienen ganas, y todavia tendrán que quitarlo á los suyos para darlo á los míos. No, no; ya veis que tengo que estar curada dentro de ocho dias. Lo he preguntado ya á todos los médicos que me han visitado desde ayer, pero me contestan

riendo, que á quien debo dirigirme es al médico mayor. ¿Cuándo vendrá este médico mayor, Anita?

— Chis.... Creo que está aquí. No hay que hablar mientras él pasa la visita, dijo en voz baja la lavandera.

En efecto, durante la conversacion de las dos mugeres, el dia habia entrado poco á poco.

Un movimiento tumultuoso, anunció la llegada del doctor Griffon, que entró luego en la sala acompañado de su amigo el conde de Saint-Remy, quien, se acordará el lector de que tenia un vivo interés por la señora de Fermont y su hija, y estaba muy lejos de creer encontrarse á esta infeliz niña en el hospital.

Las facciones frias y severas del doctor Griffon, pareció que se animaban así que entró en la sala; echando en rededor una mirada de satisfaccion y autoridad, contestó con una protectora inclinacion de cabeza á las muestras de deferencia con que le recibieron las hermanas.

En la áspera y austera fisonomía del viejo conde de Saint-Remy estaba pintada una profunda tristeza. La inutilidad de sus tentativas para encontrar á la señora de Fermont, y la ignominiosa cobardía del vizconde, que habia preferido á la muerte una vida infame, le tenian abatido y desazonado.

— ¡Vaya! dijo al conde el doctor Griffon con aire triunfante, ¿qué pensais de mi hospital?

— En verdad, contestó Saint-Remy, que no sé por qué he accedido á vuestro deseo: no hay cosa que me cause mas pena que el aspecto de estas salas llenas de enfermos. Desde que he entrado aqui tengo el corazon cruelmente oprimido.

— ¡Bah, bah! dentro de un cuarto de hora ya no os acordareis: vos que sois filósofo, encontrareis aqui larga materia para vuestras observaciones; y

luego era vergonzoso que uno de mis mas antiguos amigos no conociese todavía el teatro de mis glorias y trabajos, y no me hubiese visto obrar. Sabeis que pongo todo mi orgullo en mi profesion; ¿es esto una falta?

—Ciertamente que no; y despues de los escelentes cuidados que habeis prodigado á Flor Celeste, á quien salvasteis, nada podia yo negaros. ¡Pobre niña! ¿qué encanto han conservado sus facciones, á pesar de una enfermedad!

—Sabed que me ha proporcionado un caso médico muy curioso; estoy encantado de ella. Y á propósito, ¿cómo ha pasado esta última noche? ¿La habeis visto antes de salir de Asnieres?

—No, pero la Loba que la asiste con un cuidado sin igual, me ha dicho que habia dormido perfectamente. ¿Se la podrá permitir hoy que escriba?

Despues de un momento de duda, contestó el médico:

—Sí, mientras la enferma no ha estado completamente restablecida, he temido que tuviera la menor emocion, la mas mínima tension de espíritu. Pero ahora no hallo ya ningun inconveniente en que escriba.

—Al menos podrá avisar á las personas que se interesan por ella....

—Seguramente. Y decidme, ¿habeis sabido algo de nuevo acerca la suerte de las señoras de Fermont?

—Nada, dijo Saint-Remy suspirando. Mis constantes indagaciones no han producido resultado alguno. No tengo mas esperanza que en la señora marquesa de Harville, que me han dicho se interesa vivamente por esas dos infelices: quizás tenga ella algunas noticias que puedan abrirme camino para hallarlas. Hace tres dias que estuve en su casa,

y me dijeron que se la esperaba de un momento á otro. La he escrito sobre este asunto, suplicándole me conteste lo mas antes posible.

Durante la conversacion de Saint-Remy y el doctor, habíanse formado poco á poco muchos grupos al rededor de una gran mesa que ocupaba el centro de una sala: sobre ella habia un registro en el que los discípulos agregados al hospital, fáciles de reconocer por su largo delantal blanco, iban á firmar la hoja de asistencia. Llegaban continuamente de fuera gran número de jóvenes estudiosos, para engrosar el séquito científico del doctor Griffon, que habiendo adelantado algunos minutos á la hora acostumbrada de su visita, estaba esperando que esta llegase.

—Ya veis, querido Saint-Remy, qué numeroso estado mayor tengo, dijo con orgullo el doctor Griffon, señalando la muchedumbre que iba á asistir á sus lecciones prácticas.

—¿Y todos estos jóvenes os siguen á la cama de los enfermos?

—No vienen por otra cosa.

—¿Pero todas estas camas están ocupadas por mujeres?

—Y bien.

—La presencia de tantos hombres debe causarlas una confusion penosa.

—¡Ca! los enfermos no tienen sexo.

—A vuestros ojos quizás, pero á los suyos.... el pudor, la vergüenza....

—Estas cosas es preciso dejarlas allá á la puerta, querido Alcestes; aqui empezamos sobre la vida nuestras esperiencias y estudios, y los concluimos en la cátedra sobre el cadáver.

—Mirad, doctor, vos sois el mejor y el mas honrado de los hombres, os debo la vida, y reconozco

vuestras excelentes prendas; pero la costumbre y el amor de vuestro arte os hacen considerar ciertas cuestiones bajo un aspecto que me escandaliza..... Os dejo, pues, dijo el conde dando un paso para salir de la sala.

— ¡Qué tontería! exclamó el doctor Griffon deteniéndolo.

— No, no, hay cosas que me causan pena é indignación, y preveo que seria un suplicio para mí el asistir á vuestra visita.... No me iré, enhorabuena; pero aguardaré aqui junto á esa mesa.

— ¡Qué diantres de hombre sois con vuestros escrúpulos! Pero no estais desquitado conmigo. Admito que seria fastidioso para vos el ir de cama en cama; permitiré de consiguiente que os quedeis aqui; y os llamaré para dos ó tres casos curiosos.

— Ya que os empeñais, sea enbuena hora. Me bastarán los casos que decis, y por otra parte....

En aquel momento dieron las siete y media.

— ¡Vamos, señores! dijo el doctor Griffon, y empezó su visita seguido de su numeroso auditorio.

Al llegar á la primera cama de la hilera de la derecha, cuyas cortinas estaban corridas, la hermana le dijo al doctor:

— Señor, el número 1, ha muerto esta noche á las cuatro y media.

— ¿Tan tarde? Esto me sorprende: ayer mañana no creía que llagara á la noche: ¿han reclamado su cuerpo?

— No, señor doctor.

— Tanto mejor porque es hermoso; no se hará autopsia; voy hacer feliz á alguno. Luego dirigiéndose á uno de los discípulos de su séquito: querido Danoyer, le dijo, hace tiempo que me habeis pedido un cuerpo, y estais inscrito el primero: ahí teneis ese.

— ¡Ah! señor, cuanta bondad.

— Quisiera recompensar mas á menudo vuestro celo, querido amigo: pero marcad vuestro cuerpo, y tomad posesion: ¡hay tantos tunos por ahí detrás!

Y el doctor pasó adelante.

El discípulo grabó con mucha delicadeza con su escalpelo una F. y una D. (Francisco Dunoyer) sobre el brazo de la actriz difunta, para tomar posesion, como decia el doctor.

Y la visita continuó.

— Anita, dijo en voz baja Juana Duport á su vecina: ¿qué es toda esa gente que sigue al médico?

— Son discípulos y estudiantes.

— ¡Dios mio! ¿Y todos esos jóvenes estarán presentes cuando el médico me preguntará y me mirará?

— ¡Ah! sí.

— Pero es que yo tengo el mal en el pecho.... no creo que me examine delante de todos esos hombres!

— Vaya si os examinará, no hay mas, asi lo quieren.... bastante lloré la primera vez porque me moria de vergüenza; pero cuando vieron que me resistia, me amenazaron con echarme de la casa. Fuerza me fué conformarme; pero esto me causó tal revolucion, que me puse mucho mas enferma. ¡Juzgad vos misma.... casi desnuda como estaba, y delante de todo el mundo!

— Delante del médico solo, vaya con Dios, si es necesario, y todavía asi cuesta mucho; ¿pero por qué han de estar delante todos esos jóvenes?

— Para que aprendan: les enseñan sobre nuestros cuerpos. ¿Qué quereis? Estamos aqui para esto y bajo esta conviccion se nos recibe en el hospital.

— ¡Ah! comprendo, dijo con amargura Juana Duport; no nos dan nada gratis á nosotras. Pero con

todo hay ocasiones en que esto no puede ser. ¡Y si mi pobre hija Catalina, que tiene quince años, viniese al hospital, se atreverían á querer delante de todos esos jóvenes?... ¡Oh! yo creo que preferiría verla morir en mi casa.

—Si viniese, fuerza seria que se resignase como las demas, como vos y como yo. Pero callemos; si esta pobre señorita que está allí enfrente, y que dicen que era rica os oyese.... ¡Cuando la pobre quizás no haya salido en su vida del regazo de su madre! Y tambien la llegará el turno.... ¡Pensad qué confusa, qué avergonzada va á estar!

—¡Es verdad, buen Dios! es verdad; solo en pensarlo tiemblo por ella. ¡Pobre niña!

—Silencio, Juana; hé aqui al médico.

Despues de haber visitado rápidamente muchos enfermos que nada de curioso é interesante le ofrecieron, el doctor Griffon llegó por fin á Juana Duport.

A la vista de aquella muchedumbre presurosa que, ávida de ver y saber, de conocer y estudiar, se estrechaba junto á su cama, la pobre muger se sobrecogió temblando de miedo y de vergüenza, y se envolvió estrechamente con su cubierta.

La cara severa y meditabunda del doctor Griffon, su mirada penetrante, sus cejas siempre fruncidas por la costumbre de la reflexion, y su decir breve, impaciente y brusco, aumentaban todavia el temor de Juana.

—Un caso nuevo, dijo el doctor recorriendo la tablilla en que estaba escrito el género de enfermedad del entrante, despues de cuyo exámen clavó en Juana una larga é investigadora mirada.

Hubo un profundo silencio, durante el cual, los oyentes, á imitacion del príncipe de la ciencia, clavaron curiosamente sus ojos en la enferma. Esta,

para sustraerse en cuanto la fuese posible á la penosa emoci3n que la causaban todos aquellos ojos fijos en ella, no apart3 los suyos de los del m3dico, á quien contemplaba con angustia. Despues de un buen rato de atencion, reparando el doctor algo excepcional en la tinta amarillenta del globo del ojo de la paciente, se acerc3 mas á ella, y levantándole con la punta del dedo el párpado, examin3 en silencio el cristalino.

Despues de él, muchos discípulos, contestando á una especie de invitacion muda de su profesor, fueron alternativamente á ver el ojo de Juana.

En seguida procedió el doctor al siguiente interrogatorio:

—¿Vuestro nombre?

—Juana Dupont, contestó la enferma cada vez mas aturdida.

—¿Vuestra edad?

—Treinta y seis años y medio.

—Hablad mas alto.... ¿Lugar de vuestro nacimiento?

—París.

—¿Vuestro estado?

—Pasamanera.

—¿Sois casada?

—¡Ah! sí señor, respondió Juana soltando un profundo suspiro.

—¿Cuántos años hace?

—Diez y ocho, señor.

—¿Teneis hijos?

Aqui, en lugar de contestar, la pobre madre dió curso á su llanto, largo tiempo comprimido.

—Aqui no se trata de llorar, sino de responder.

¿Teneis hijos?

—Sí señor.... dos niños chiquitos todavía, y una hija de diez y seis años.

Aquí siguieron muchas preguntas que nos es imposible repetir, y á las que no contestó Juana sino balbuceando, y despues de muchas y severas reprensiones del doctor; la pobre muger se moria de vergüenza, obligada á contestar en alta voz á semejantes preguntas, delante de tan numeroso auditorio.

El doctor, completamente absorto en su preocupacion científica, no pensó en la cruel confusion de Juana, y repuso:

—¿Cuánto tiempo hace que estais enferma?

—Cuatro dias, señor, dijo Juana enjugándose sus lágrimas.

—Contadnos cómo os ha venido la enfermedad.

—Es que.... señor.... hay tanta gente.... no me atrevo.

—¡Hola! ¿de dónde salís, amiguita? dijo el doctor con impaciencia. ¿Quereis que mande traer aquí un confesonario?... ¡Ea, hablad, y despachemos!

—¡Dios mio! señor, es que son cosas de familia.

—No tengais cuidado, muger; aqui estamos en familia, ya lo veis, añadió el príncipe de la ciencia, que casualmente estaba aquel dia muy alegre. ¡Ea, acabemos!

Juana, cada vez mas intimidada, dijo balbuceando, y repugnando á cada palabra.

—Habia tenido, señor... una disputa con mi marido... acerca de nuestros hijos... quiero decir, de mi hija mayor, que quería él llevarse.... Yo, como vos comprendereis, señor, no lo queria, por una mala muger con quien él vivia, y que podia dar malos ejemplos á mi hija: entonces mi marido que estaba bebido.... ¡oh! sí, señor, bebido.... porque á no ser así.... no lo hubiera hecho.... me pegó muy fuerte. Caí, y poco tiempo despues empecé á echar sangre.

—Ta, ta, ta.... vuestro marido os ha pegado, y

habeis caido.... buena nos la dais. Algo mas habrá hecho que pegaros. Buenos golpes, y no pocos, os habrá dado en el estómago.... quizás os habrá pisoteado.... vamos, decid la verdad.

— ¡Ah, señor! os aseguro que estaba bebido; á no ser por eso no hubiera sido tan malo.

— Bueno ó malo, bebido ó por beber, no se trata de esto buena muger; yo no soy juez que os recibe declaracion; no hago mas que asegurarme del hecho; os ha tumbado y pisoteado con furor, ¿no es verdad?

— ¡Ah! sí señor, dijo Juana rompiendo en llanto; y con todo, jamás le he dado un motivo de queja; trabajaba cuanto podia, y....

— El epigastrio os hará mal, ¿no es verdad? debeis sentir en él un gran calor, dijo el doctor interrumpiendo á Juana; debeis sentir inquietud, debilidad, náuseas.

— Sí, señor.... no he venido aqui hasta el último extremo, cuando las fuerzas me han faltado enteramente; sin esto no hubiera abandonado á mis hijos, que me causarán mucha inquietud, porque no tienen mas que á mí en el mundo.... y luego Catalina.... ¡ah! ella es la que me da mas cuidado, señor; si supierais....

— ¡Vuestra lengua!! dijo el doctor Griffon interrumpiendo de nuevo á la enferma.

Esta órden le pareció tan estraña á Juana, que habia creído mover la compasion del doctor, que estuvo un buen rato sin contestar, contemplándolo aturdida.

— Veamos esa lengua, de que os servis tan bien, dijo sonriendo el doctor; y luego con la yema del dedo bajó la mandíbula inferior de Juana.

Después de haber hecho tentar y examinar larga y sucesivamente por sus discipulos la lengua de la

enferma , para que se aseguraran de su color y sequedad , el doctor se recogió un momento, y Juana, venciendo su temor, le dijo:

—Señor, voy á contaros.... unos vecinos , tan pobres como yo , han querido encargarse de mis dos hijos ; pero solamente por ocho dias , y han hecho mucho.... pasado este tiempo , es fuerza que esté de vuelta en mi casa.... Asi, os suplico por el amor de Dios que me cureis lo mas pronto posible.... ó que me dejéis en estado solamente de que pueda levantarme , y trabajar.... no tengo mas que ocho dias , porque....

—Cara descolorida , estado de postracion completa ; no obstante , el pulso está fuerte , duro y frecuente , dijo el imperturbable doctor señalando á Juana ; observadlo bien , señores ; opresion y calor en el epigastrio , síntomas todos que anuncian con certeza una hematemesis.... probablemente complicada con una epatitis , producida por disgustos domésticos , como lo indica el color amarillento del globo del ojo ; el enfermo ha recibido violentos golpes en las regiones del epigastrio y del abdomen ; el vómito de sangre ha sido necesariamente producido por una lesion orgánica en alguna de las vísceras.... A propósito de esto, llamaré vuestra atencion sobre un punto curioso , muy curioso : las aberturas cadavéricas de los que han muerto de la afeccion de que está atacado el enfermo , ofrecen resultados singularmente variables ; la enfermedad , muy aguda y grave á menudo , se lleva al enfermo en pocos dias , y no se encuentra despues señal ninguna de la existencia de la enfermedad : otras veces el bazo , el hígado y el pancreas presentan lesiones mas ó menos profundas.... Es probable que en el caso que nos ocupa ha sufrido el enfermo alguna de estas lesiones ; vamos á

tratar de asegurarnos de esto, y vosotros mismos os asegurareis con un atento exámen del enfermo.

Y echando el doctor Griffon con un movimiento rápido la cubierta al pie de la cama, descubrió casi enteramente á Juana.

Nos repugna el pintar la especie de dolorosa lucha que sostuvo aquella infeliz sollozando, cubierta de vergüenza, implorando al doctor y á su auditorio.

Pero á la amenaza de.... *Se os va á echar fuera del hospital, si no os sometéis á los usos establecidos*, amenaza tan terrible para los que no tienen otro refugio que el hospital. Juana se sometió á una investigación pública que duró largo tiempo, porque el doctor Griffon, analizaba y esplicaba cada uno de los síntomas, y los mas estudiosos de entre los oyentes quisieron en seguida unir la práctica á la teoría y asegurarse por sí mismos del estado físico de la enferma.

En seguida de esta escena cruel, Juana fué atacada de una conmocion tan violenta, que cayó en una crisis nerviosa, para templar la cual, dió el doctor Griffon una órden suplementaria.

La visita continuó.

Pronto hubo llegado el médico á la cama de la señorita Clara de Fermont, víctima como su madre de la avaricia de Santiago Ferrand. Terrible y nuevo ejemplo de las siniestras consecuencias que trae consigo un abuso de confianza, delito tan débilmente castigado por la ley.

La señorita de Fermont traía un gorro de lienzo que daba el hospital, y apoyaba lánguidamente su cabeza sobre la almohada de la cama: distinguíanse á través de la enfermedad en aquella cara cándida y apacible, muestras de una belleza llena de distincion.

Despues de una noche de agudos dolores, la pobre niña habia caido en una especie de entorpecimiento febril, y cuando el doctor entrara en la sala con su acompañamiento científico, el ruido de la visita no la habia despertado.

— ¡Un caso nuevo, señores! dijo el principe de la ciencia recorriendo con la vista la tablilla que le presentó uno de los alumnos: Enfermedad, calentura lenta nerviosa.... ¡Cáspita! exclamó el doctor con satisfaccion profunda: si el interno de servicio no se ha equivocado en su diagnóstico, es una escelerente entrada; tiempo hace que deseaba una calentura lenta nerviosa, porque esta, por lo general, no es una enfermedad de pobres. Estas afecciones nacen casi siempre á consecuencia de graves trastornos en la posicion social del enfermo, y es fácil de suponer que cuanto mas elevado es el rango, tanto mas profundo es el trastorno. Por otra parte, es una de las afecciones mas notables por sus caracteres particulares. Es enfermedad que se remonta á la mas remota antigüedad; los escritos de Hipócrates no dejan duda alguna en el particular, y es cosa muy clara: esta calentura, como he dicho ya, trae ordinariamente su origen de disgustos violentos; el disgusto es tan antiguo como el mundo.... Con todo, ¡cosa singular! antes del siglo diez y ocho, esta enfermedad no habia sido descrita exactamente por ningun autor: Huxham, que por tantos títulos honra la medicina de aquella época, fué el primero que dió una monografía que ha llegado á ser clásica: y con todo, era una enfermedad que contaba fecha, añadió riendo el doctor. ¡Ha, ha, ha! como que pertenecia á esa numerosa, antigua é ilustre familia *febris*, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Pero no nos alegremos demasiado pronto, examinemos antes si efectivamente tenemos la suerte de

poseer aquí una muestra de esta curiosa afección. Esto sería tanto más de desear, cuanto que hace ya tiempo que deseo ensayar la aplicación interna del fósforo: es un experimento muy curioso que voy á probar.... es atrevido; pero, *audaces fortuna juvat*.... y la ocasión será excelente. Vamos primeramente á examinar si el enfermo presenta en todas las partes de su cuerpo, y principalmente en el pecho, la erupción miliar, tan sintomática según Huxham.... y vosotros mismos os asegurareis palpando el enfermo, de la especie de rugosidad que esta erupción produce.... Pero no guisemos la liebre antes de cazarla, añadió el príncipe de la ciencia, que estaba enteramente decidido á chancearse. Y sacudió ligeramente el hombro de la señorita, para despertarla.

La jóven se estremeció, y abrió sus grandes ojos hundidos por la enfermedad.

Júzguese de su sorpresa y espanto.

Mientras que una turba de hombres rodeaba su cama, y la cobijaba bajo sus ojos, sintió la mano del doctor apartar la cubierta de su cama, y deslizarse en ella á fin de cogerla la mano para tomarla el pulso.

Reuniendo todas sus fuerzas en un grito de angustia y de terror, exclamó:

—¡Socorro, madre mia, socorro!

Por una casualidad casi providencial, al momento en que el grito de la señorita de Fermont hacia saltar en su asiento al conde de Saint-Remy, por que reconoció aquella voz, abrióse la puerta de la sala, y entró precipitadamente una señora jóven vestida de luto, acompañada del director del hospital.

Era la marquesa de Harville.

—Por Dios, señor, dijo al director con la mayor

ansiedad; conducidme á la cama de la señorita de Fermont.

—Dignaos de seguirme, señora marquesa, contestó respetuosamente el director: la señorita por quien preguntais, ocupa el número 17 de esta sala.

—¡Pobre niña! ¡aquí, aquí! dijo la marquesa enjugando sus lágrimas: ¡ah, esto es horrible!

Precedida por el director, se acercaba rápidamente la marquesa al grupo formado al rededor de la cama de la señorita de Fermont, cuando se oyeron estas palabras pronunciadas con indignacion:

—Os digo que esto es un asesinato infame, la matareis, señor.

—Pero, querido Saint-Remy, escuchadme....

—Os repito, señor, que vuestra conducta es atroz. Considero la señorita de Fermont como hija mia, y os prohibo que os acerqueis: voy á hacerla sacar inmediatamente de aquí.

—Pero, amigo mio, es un caso de calentura lenta nerviosa muy raro.... Yo queria ensayar el fósforo, y era esta una ocasion única. Prometedme al menos que yo la visitaré en cualquier parte adonde os la lleveis, toda vez que privais á mi clinica de un caso tan precioso.

—Si no fuerais un loco, seriais un mónstruo, contestó el conde de Saint-Remy.

Clementina escuchaba estas palabras con creciente angustia; pero la muchedumbre era tan compacta al rededor de la cama, que el director tuvo que decir en alta voz:

—Paso, señores, paso á la señora marquesa de Harville, que viene á visitar el número 17.

Al oír estas palabras, los alumnos abrieron sitio apresuradamente y con una respetuosa admiracion al ver el rostro encantador de Clementina, que la emocion coloreaba con las mas vivas tintas.

— ¡Señora marquesa! exclamó el conde de Saint-Remy, apartando de un empujon al doctor, y precipitándose hácia Clementina. ¡Ah, Dios envia uno de sus ángeles! Señora, sabia que os interesabais por estas dos infelices. Mas afortunada que yo, las habeis encontrado; mientras que á mí la sola casualidad es la que me ha conducido aqui para asistir á una escena de una barbarie inaudita... ¡Infeliz criatura!... Mirad, señora, mirad.... Y vosotros, señores, en nombre de vuestras hijas ó de vuestras hermanas, os pido tengais piedad de una niña de diez y seis años, y la dejeis sola con la señora y estas buenas religiosas. Cuando habrá recobrado su conocimiento, la haré trasladar á otra parte.

— ¡Sea enbuenahora! firmaré el permiso, exclamó el doctor; pero seguiré sus pasos, y me agarraré á vos. Es un caso que me pertenece, y por mas que os empeñeis la visitaré.... No ansayaré el fósforo, os lo prometo; pero pasaré las noches si es menester como las pasé junto á vos, ingrato Saint-Remy; porque esta calentura es tan curiosa como lo era la vuestra. Son dos hermanas que tiene el mismo derecho á mi interés.

— Maldito hombre, ¿por qué teneis tanta ciencia? dijo el conde sabiendo que en efecto no podia confiar la señorita de Fermont á manos mas hábiles.

— ¡Toma! ¡esto es muy sencillo! le dijo al oido el doctor, sé mucho porque estudio, porque ensayo, y porque arriesgo y practico mucho sobre mis enfermos.... Vamos claros.... Conque, ¿tendré mi calentura lenta, maldito tacaño?

— Sí; ¿pero esta jóven está en estado de que se la traslade?

— Seguramente que sí.

— ¡Entonces, retiraos, por Dios!

— Vamos, señores, dijo el príncipe de la ciencia,

nuestra clínica se verá privada de un estudio precioso.... pero os tendré al corriente.

Y el doctor Griffon acompañado de su auditorio, continuó la visita, dejando con la señorita de Fermont al conde y á la marquesa de Harville.

Durante la escena que acabamos de contar, la señorita de Fermont, que habia seguido desmayada, quedó entregada al cuidado afectuoso de Clementina y de las dos religiosas: una de estas sostenia la cabeza pálida y pesada de la jóven, mientras que la marquesa de Harville, inclinada sobre su cama, enjugaba con su pañuelo, el helado sudor que inundaba la frente de la enferma.

El conde de Saint-Remy, contemplaba profundamente conmovido aquel cuadro interesante, cuando atravesándole de repente el espíritu una idea funesta, acercóse á Clementina, y le preguntó en voz baja:

—¿Y la madre de esta infeliz, señora marquesa?

La marquesa volvió la cabeza hácia Saint-Remy, y le contestó tristemente afectada:

—Esta niña no tiene ya madre, caballero....

—¡Gran Dios!.... ¡muerta!

—Hasta ayer tarde á mi vuelta, no supe la morada de la señora de Fermont, y su desesperada situación. A la una de la madrugada estaba en su casa con mi médico.... ¡Ah! señor, ¡qué cuadro!... La miseria en todo su horror, y ninguna esperanza de salvar aquella pobre madre agonizante.

—¡Oh! ¡qué horrible habrá sido su agonía, si se la ha representado la idea de su hija!

—¡Su última palabra ha sido por ella!

—¡Qué muerte, Dios mio!... Una madre tan tierna y afectuosa.... Eso es espantoso.

Una de las religiosas interrumpió la conversacion de Saint-Remy y la marquesa, diciendo:

—La señorita está muy débil, apenas oye: dentro de poco quizás recobre sus sentidos, porque esta sacudida la ha postrado.... sino tuvierais aprension, señora, en quedaros aqui mientras que la enferma vuelve enteramente en sí, os ofreceria mi silla.

—Dadmela, dijo Clementina sentándose á la cabecera; no me separo de la señorita de Fermont, porque vea al menos una cara amiga cuando abra los ojos.... despues me la llevaré conmigo toda vez que afortunadamente dice el médico que puede trasportársela sin riesgo.

—¡Ah! señora, bendígaos Dios por el bien que haceis, dijo Saint-Remy; pero perdonad, señora, el que no os haya dicho todavía mi nombre: ¡tantos disgustos, tantas emociones!... Soy el conde de Saint-Remy, señora: el esposo de la señora de Fermont era mi mas íntimo amigo.... vivia yo en Angers, y salí de aquella poblacion por la inquietud que me causaba el no tener ninguna noticia de esas dos nobles y dignas señoras, que habian vivido alli hasta entonces, y que se decia estaban enteramente arruinadas, siendo su posicion tanto mas amarga, cuanto que hasta entonces habian vivido con bastante abundancia.

—¡Ah, señor! No lo sabeis todo aun: la señora de Fermont ha sido victima de un infame robo.

—¿De su escribano quizás? llegué un momento á sospecharlo.

—Aquel hombre era un mónstruo, caballero. ¡Ah! no es este el solo crimen que cometió. Pero por fortuna, dijo Clementina con exaltacion pensando en Rodolfo, afortunadamente un génio providencial ha hecho justicia contra él, y he podido cerrar los ojos á la señora de Fermont tranquilizándola sobre el porvenir de su hija. Su muerte ha sido menos cruel así....

—Lo comprendo, sabiendo que su hija tenía un apoyo tal como el vuestro, señora, mi pobre amiga habrá muerto mas tranquila.

—No solamente ha adquirido para siempre la señorita de Fermont mi mas vivo interés, sino que su fortuna le será devuelta.

—¡Su fortuna! ¿Cómo, el escribano?...

—Ha sido obligado á restituir la cantidad que se habia apropiado por un crimen horrible.

—¿Un crimen?

—Sí, aquel hombre habia asesinado al hermano de la señora de Fermont, para hacer creer que el infeliz se suicidó despues de haber disipado la fortuna de su hermana.

—¡Eso es horroroso! ¡es increíble! Y con todo, por consecuencia de mis sospechas contra el escribano, conservaba yo una duda vaga sobre la realidad de ese suicidio: porque Renneville era el honor y la lealtad personificados. ¿Y la suma que el escribano ha restituido?...

—Está depositada en casa del venerable cura de Buena Nueva, y será entregada á la señorita Fermont.

—¡Esta restitucion no basta para la justicia de los hombres, señora! el cadalso reclama á ese escribano, porque no ha cometido un solo asesinato sino dos.... ¡La muerte de la señora de Fermont, y las penas que pasa su hija en la cama de este hospital, han sido causadas por el infame abuso de confianza de ese miserable!

—Y ese miserable ha cometido todavía otro asesinato tan horroroso, y tan atrózmente combinado.

—¿Qué decís, señora?

—Si se ha deshecho del hermano de la señora de Fermont por medio de un pretendido suicidio, á fin de asegurarse de la impunidad, y pocos dias ha

se ha deshecho tambien de una infeliz jóven....
cuya pérdida le interesaba, haciéndola anegar....
seguro de que se atribuiria esta muerte á un acci-
dente.

Saint-Remy se estremeció, miró con sorpresa á
la marquesa de Harville pensando en Flor Celeste,
y exclamó:

— ¡Ah, señora! ¡qué estraña semejanza!

— ¿Qué teneis caballero?

— ¡Esa jóven! ¿Dónde se la quiso anegar?

— En el Sena, junto á Asnieres, segun me han
dicho.

— ¡Ella es, ella es! exclamó el conde.

— ¿De quién hablais, conde?

— De la jóven que ese mónstruo tenia interés en
perder....

— ¡De Flor Celeste!

— ¿La conoceis, señora?

— ¡Pobre niña, la amaba tiernamente! ¡Ah, si su-
pierais cuán bella é interesante era! ¿Pero cómo es
qué...?

— El doctor Griffon y yo la hemos suministrado
los primeros socorros.

— ¡Los primeros socorros! ¿á ella, y dónde?

— En la isla del Devastador, cuando se la salvó.

— ¿Salvada? ¿Flor Celeste, salvada?

— Sí, por una valiente muger que con riesgo de
su vida la sacó del Sena.... Pero, ¿qué teneis, se-
ñora?

— ¡Ah, señor! no me atrevo á creer todavía en
tanta dicha; temo ser víctima de un error. Decid-
me, por Dios, decidme, ¿cómo es esa jóven?

— De una admirable belleza.... una cara de
ángel.

— ¿Grandes ojos azules, y pelo rubio?

— Sí, señora.

— ¿Y cuando la han echado al agua, iba con una muger de edad?

-- En efecto, ayer que empezó á hablar, porque estaba todavía muy débil, nos ha enterado de esa circunstancia.... La acompañaba una muger de edad.

— ¡Bendito sea Dios! exclamó Clementina, juntando las manos con fervor, podré hacerle saber á él, que su protegida vive todavía (1). ¡Qué alegría para él, que en su última carta me hablaba de esa pobre jóven con tanto sentimiento! ¡Perdonadme, señor conde; pero si supierais cuán feliz me hace lo que acabais de decirme, no solo por mí, sino tambien por otra persona, que mas que yo todavía, ha querido y protegido á Flor Celeste!... Pero por favor, decidme: ¿dónde está en este momento?

— Junto á Asnieres, en casa de uno de los médicos de este hospital, el doctor Griffon, que á pesar de ciertos defectos, que deploro, posee escelentes cualidades; porque Flor Celeste fué trasladada allí, y le ha prodigado despues los mas afectuosos cuidados.

— ¿Y está fuera de peligro?

— Sí, señora; hace solo dos ó tres dias, y hoy se la permitirá escribir á sus protectores.

— ¡Oh! yo, señor, me encargaré de este cuidado; ó por mejor decir, yo seré la que tendré el gusto de llevarla junto á aquellos que, creyéndola muerta, la lloran amargamente.

(1) La marquesa de Harville, llegada á Paris la vispera, ignoraba que hubiese descubierto Rodolfo que la Guillabara (á quien creia muerta) fuese su hija. Algunos dias antes, escribiendo el príncipe á la marquesa, le habia dado conocimiento de los nuevos crímenes del escribano, y de las restituciones que le habia obligado á hacer. Por medio del señor Badinot se supo la habitacion de las señoras de Fermont en la calle de la Cerveceria, y Rodolfo la habia comunicado desde luego á la marquesa de Harville.

— Comprendo su pesar, señora, porque es imposible conocer á Flor Celeste, sin sentirse encantado por aquella criatura angelical: su gracia y dulzura, ejercen sobre todos los que la rodean un imperio inesplicable.... la muger que la salvó, y que desde entonces la ha velado dia y noche, como lo hubiera hecho con un hijo, es una persona valiente y afectuosa; pero de un carácter habitualmente tan feróz, que la han llamado la Loba.... Juzgad vos misma.... Pues bien; una sola palabra de Flor Celeste la ha cambiado.... Yo la he visto sollozar y dar desesperados gritos, cuando despues de una crisis temible, el doctor Griffon habia casi desesperado de salvar á Flor Celeste.

— No me sorprende eso, porque conozco á la Loba.

— ¿Vos, señora, dijo Saint-Remy sorprendido, vos conocéis á la Loba? (1).

— En efecto: esto debe hacérseos extraño, señor conde, dijo la marquesa sonriendo con dulzura porque Clementina era feliz, ¡oh! muy feliz al pensar en la grata sorpresa que preparaba al príncipe.

¡Cuál habria sido su entusiasmo si hubiese sabido que la que iba á llevar á Rodolfo era una hija que él lloraba como muerta!

— ¡Ah, señora! dijo el conde, es tan hermoso para mí este dia, que quisiera lo fuese tambien para otros. Paréceme que debe haber aqui muchos honrados infortunios que consolar, y seria esta una bella manera de celebrar la escelente noticia que acabais de darme. Luego, dirigiéndose á la religiosa, que acababa de dar á beber algunas cucharadas de una

(1) En su visita á San Lázaro habia oido la marquesa de Harville hablar de la Loba á la directora, señora Armand.

poción á la señorita de Fermont: ¿qué decís, señora? la dijo; ¿recobra sus sentidos la enferma?

—Todavía no.... está tan débil.... ¡pobre señorita! apenas se siente su pulso.

—Aguardaré para llevármela á que esté en estado de ser trasportada á mi coche. Pero decidme, hermana, ¿entre todas estas infelices enfermas no conocéis algunas que merezcan particularmente interés y compasion, y á las cuales pudiese yo ser útil antes de salir del establecimiento?

—¡Ah, señora! Dios es quien os envia, dijo la hermana; hay alli, añadió señalando la cama de la hermana de Vinagrillo, una pobre muger muy enferma.... y digna de lástima, y que no entró aqui sino cuando hubo agotado sus fuerzas. Se desconsuela sin cesar, porque se ha visto precisada á abandonar dos hijos de tierna edad que no tienen mas sostén que ella en el mundo. Hace un momento le decia al señor doctor, que curada ó no, queria salir dentro de ocho dias, porque sus vecinos le han prometido cuidar de sus hijos una semana, y pasado este tiempo no podrian ya hacerlo.

—Llevadme á su cama, os lo suplico, hermana, dijo la marquesa levantándose, y siguiendo á la religiosa.

Juana Duport, repuesta apenas de la violenta crisis que le causaran las investigaciones del doctor Griffon, no habia reparado en la entrada de Clementina en la sala del hospital.

Cuál seria, pues, su sorpresa cuando, levantando la marquesa la cortina de su cama, la dijo fijando en ella una mirada llena de compasion y de bondad:

—Buena madre, no tengais cuidado por vuestros hijos, porque yo los cuidaré.... no penseis mas que en curaros, para ir á encontrarlos bien pronto.

Juana Duport creía soñar.

En el mismo sitio en que el doctor Griffon y su estudioso auditorio le habian hecho sufrir un interrogatorio cruel, veia á una muger de encantadora belleza acercarse á ella con palabras de piedad, de consuelo y de esperanza.

La emocion de la hermana de Vinagrillo era tan grande, que no pudo pronunciar una palabra; solo juntó las manos como si hubiese estado en oracion, mirando con adoracion á su desconocida bienhechora.

—Juana, Juana, la dijo en voz baja la lavandera, contestad á esta buena señora. Y luego añadió dirigiéndose á la marquesa: ¡Ah, señora, vos la salvais!... hubiera muerto de desesperacion pensando en sus hijos, que se representaba ya como abandonados.... ¿No es verdad, Juana?

—Os repito que os tranquiliceis, buena madre.... no tengais ningun cuidado, repuso la marquesa tomando en sus pequeñas manos delicadas y blancas la mano ardiente de Juana Duport. Tranquilizaos, no paseis cuidado por vuestros hijos.... y si lo preferis, saldreis hoy mismo del hospital, y se os cuidará en vuestra casa, sin que os falte nada; asi no tendreis que separaros de vuestros queridos hijos. Si la habitacion es poco saludable ó demasiado pequeña, se os buscará inmediatamente otra mejor, á fin de que podais estar vos en un cuarto, y vuestros hijos en otro. Tendreis una buena enfermera que cuidará de ellos y de vos. Y por fin, si cuando estareis restablecida os falta trabajo, os ayudaré mientras lo esperais, y desde hoy me encargo del porvenir de vuestros hijos.

—¡Ah, buen Dios, qué es lo que oigo! ¡conque los querubines bajan del cielo como en los libros de la iglesia! dijo Juana Duport temblando, deslumbrada, y atreviéndose apenas á mirar á su bienhechora.

¿Por qué tantas bondades conmigo? ¿Qué he hecho yo para esto?... ¡Oh, no es posible! ¡Salir yo del hospital en que he llorado ya y sufrido tanto! ¡No separarme ya mas de mis hijos! ¡Tener una enfermera! ¡Esto es un milagro de Dios!

Y la pobre muger tenia razon.

¡Si se supiera cuán fácil es y cuán dulce el hacer á veces con muy poco gasto milagros de estos! ¡Ah! para ciertos infelices abandonados ó rechazados de todos.... una salud inmediata, inesperada y acompañada de palabras benévolas y de atenciones tiernamente caritativas, ¿no es fuerza que tenga, no tiene verdaderamente la apariencia sobrenatural de un milagro?... ¿Le era humanamente permitido á Juana Dupont, no digo el esperar, sino el soñar solamente en la probabilidad de la inaudita fortuna que le aseguraba la marquesa de Harville?

—Esto no es un milagro, buena madre, contestó Clementina vivamente conmovida, y lo que yo hago por vos, añadió ruborizándose ligeramente al recuerdo de Rodolfo, lo que hago por vos, me ha sido inspirado por un espíritu generoso que me enseñó á compadecer la desgracia.... á él es á quien debeis agradecer y bendecir.

—¡Ah, señora, yo bendeciré á vos y á los vuestros! dijo Juana Dupont vertiendo lágrimas. Os pido perdón por lo mal que me espreso, pero es porque no estoy acostumbrada á tan grandes satisfacciones.... ¡Es la primera vez que me sucede esto!

—Y bien, ya lo veis, Juana, dijo la lavandera enternecida; tambien entre los ricos se encuentran Rigolettes y Guillabaoras.... mas en grande, es verdad.... pero en cuanto á la bondad del corazon, es la misma cosa.

La marquesa de Harville se volvió sorprendida

hacia la lavandera al oírle pronunciar aquellos dos nombres.

—¿Vos conocéis á la Guillabaora, y á una jóven costurera llamada Rigolette? la preguntó.

—Sí señora.... La Guillabaora es un buen ángel que hizo por mí el año pasado, segun sus pobres alcances, lo que haceis vos por Juana... Sí señora... ¡Oh! esto me da gusto repetirlo á todo el mundo: la Guillabaora me sacó de una cueva en donde acababa de parir sobre la paja; y el buen angelito me colocó á mí y á mi niño en un aposento en que habia una buena cama y una cuna. La Guillabaora habia hecho todos estos gastos por pura caridad, porque apenas me conocia, y era tambien ella pobre.... Esto es hermoso, ¿no es verdad, señora? dijo la lavandera con exaltacion.

—¡Oh, sí! La caridad del pobre para con el pobre es grande y santa, dijo Clementina con los ojos bañados de dulces lágrimas.

—Lo mismo pasó con la señorita Rigolette, que segun lo que alcanzaban sus costuras, repuso Anita, habia dias atrás ofrecido sus servicios á Juana.

—¡Qué singular coincidencia! pensó Clementina cada vez mas conmovida, porque cada uno de estos dos nombres, la Guillabaora y Rigolette, le recordaban una noble accion de Rodolfo. Y á vos, hija mia, ¿en qué puedo aliviáros? preguntó á Anita. Quisiera que los nombres que acabais de pronunciar con tanto reconocimiento, os causasen tambien felicidad.

—Gracias, señora, dijo Anita con una sonrisa de amarga resignacion, tenia un hijo y murió.... soy tísica desahuciada.... y de nada necesito ya.

—Qué siniestra idea á vuestra edad; la juventud tiene siempre recursos.

— ¡Oh! no señora; sé cuál es mi suerte, y no me quejo.... Esta misma noche he visto morir en esta sala á una tísica.... ¡Se muere muy dulcemente!... Os doy gracias por vuestras bondades.

— Exagerais vuestro estado....

— No me equivoco, no, señora; lo sé muy bien... Pero toda vez que sois tan buena.... una gran señora como vos lo puede todo....

— Hablad.... decid, ¿qué quereis?

— Habia pedido á Juana un favor; pero puesto que gracias á Dios y á vos sale de aqui....

— Bien, decid cuál es ese favor.... ¿No puedo prestároslo yo?

— Ciertamente, señora; una palabra vuestra que dijerais á las hermanas ó al médico, lo arreglaría todo.

— Estad segura, que diré esa palabra.... ¿De qué se trata?

— Desde que he visto la actriz que se ha muerto esta noche, tan atormentada por el temor de ser cortada á pedazos despues de su muerte, tengo yo el mismo... Juana me habia prometido reclamar mi cuerpo y hacerme enterrar....

— ¡Ah, esto es horrible! dijo Clementina estreme-ciéndose de espanto; es menester venir aqui para saber que hay para los pobres miserias y terrores aun mas allá de la tumba....

— Perdonad, señora, dijo tímidamente Anita; para una gran señora rica y feliz como vos, mereceís serlo, esta súplica es muy triste, y no hubiera debido yo hacerla.

— Al contrario, os doy gracias, hija mia; ella me ha dado á conocer una miseria que yo ignoraba, y este conocimiento no será estéril.... Quedad descuidada; aunque este momento fatal esté bien lejos,

podeis estar segura cuando llegue, de que descansaréis en tierra santa.

— ¡Oh! gracias, señora, exclamó Anita; si me atreviese á pedirlos permiso para besar vuestra mano...

Clementina la presentó á los disecados lábios de Anita.

— ¡Oh! gracias, señora.... al menos tendré alguien á quien amar y bendecir hasta el fin en compañía de la Guillabaora... Ya no estaré mas triste para despues de mi muerte.

Este desprendimiento de la vida y esos temores, habian afectado penosamente á la marquesa de Harville, que inclinándose al oido de la hermana que iba á avisarle de que la señorita de Fermont habia recobrado enteramente sus sentidos, la dijo:

— ¿Es verdad que el estado de esta jóven sea tan desesperado?

Y con un signo le indicó la cama de la lavandera.

— ¡Ah! sí señora; está desahuciada ya, y quizás no le quedan ocho dias de vida.....

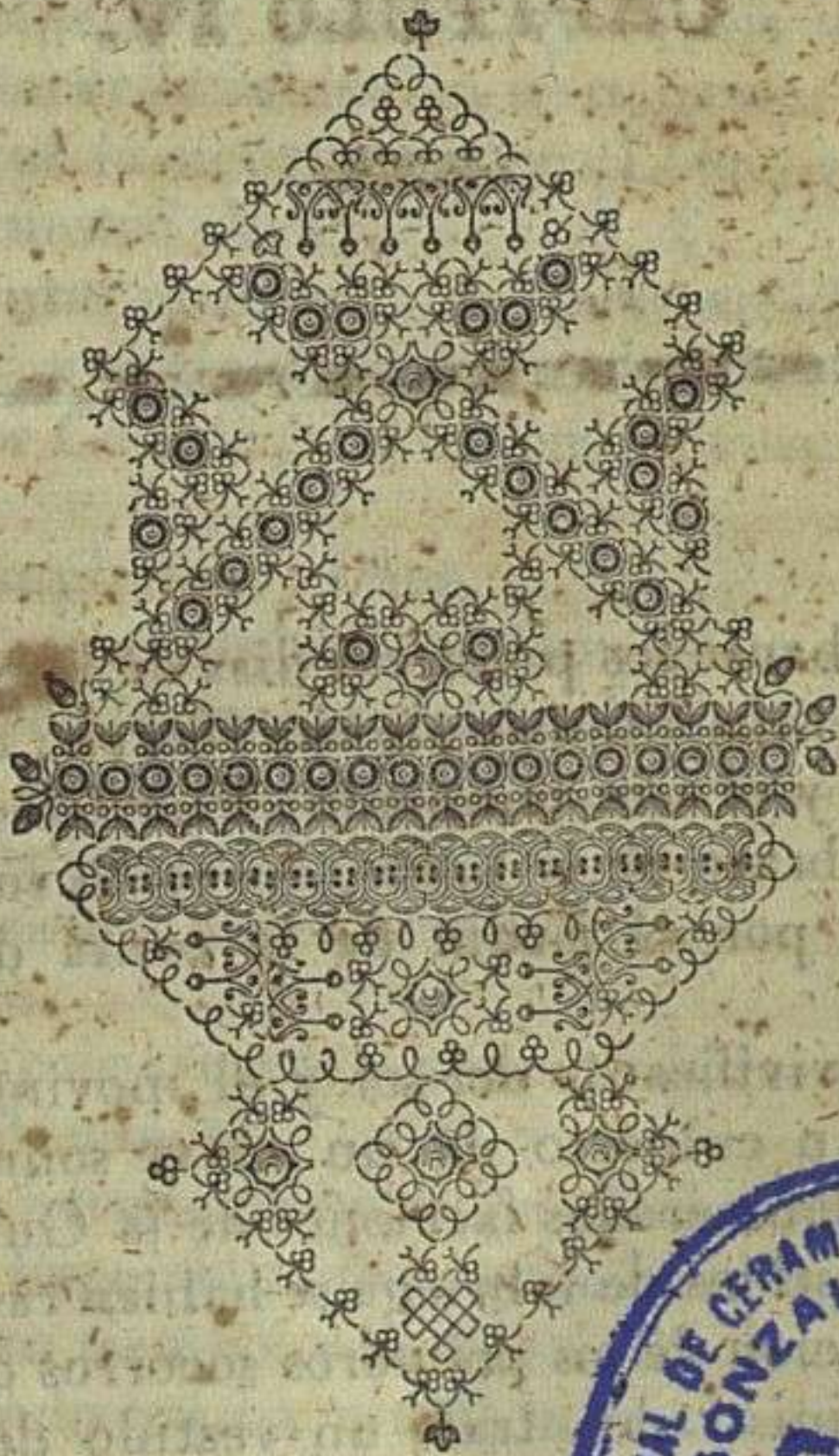
.....

Media hora despues, acompañada del conde de Saint-Remy, se llevaba la marquesa á su casa á la jóven huérfana, á quien habia ocultado la muerte de su madre.

El mismo dia, una persona de la confianza de la marquesa de Harville, despues de haber estado á visitar en la calle de la Barillería, la miserable morada de Juana Duport, y haber tomado sobre ella los mejores informes, alquiló en la calle de l'Ecole un piso con dos cuartos y un gabinete muy ventilado, amuebló en un par de horas aquella modesta y saludable habitacion, y gracias á los recursos improvisados del Temple, aquella misma tarde fué trasladada á él Juana Duport, donde encontró á sus

hijos con una excelente enfermera. La misma persona de confianza estuvo encargada de reclamar y hacer enterrar el cuerpo de Anita cuando sucumbiera á su enfermedad.....

.....
Cuando la marquesa de Harville hubo conducido é instalado en su propia casa á la señorita de Fermont, salió inmediatamente para Asnieres, acompañada del conde de Saint-Remy, á fin de llevarse á Flor Celeste y acompañarla á casa de Rodolfo.




CAPÍTULO IV.

—NON—

ESPERANZA.

A cercábanse los primeros dias de la primavera; el sol empezaba á tomar alguna fuerza; el cielo estaba puro, y el aire templado; Flor Celeste, apoyada en el brazo de la Loba, ensayaba sus fuerzas, paseándose por el jardin de la casita del doctor Griffon.

El calor vivificante del sol y el movimiento del paseo habian cubierto de un suave sonrosado las pálidas y demacradas facciones de la Guillabaora; como sus vestidos de labriega se habian rasgado con la precipitacion de los primeros socorros que se la habian suministrado, traía un vestido de merino azul oscuro, hecho á manera de blusa, y ceñido solamente al rededor de su cintura delicada y fina con un cordon de lana.



— ¡Qué hermoso sol! dijo á la Loba, deteniéndose al pie de un sotito de árboles verdes, espuestos al mediodía, que rodeaban un banquito de piedra.... ¿quereis que nos sentemos un rato aqui, Loba?

— ¿Teneis, acaso, necesidad de preguntarme si quiero? contestó bruscamente la amante de Marcial, encogiéndose de hombros.

Y quitándose de ellos un chal de felpa de seda, le dió cuatro dobleces, lo colocó encima de la arena, un poco húmeda, y dijo á la Guillabaora:

— Poned los pies aqui.

— Pero Loba, dijo Flor Celeste, que habia conocido demasiado tarde la intencion de su compañera para impedirle que la ejecutara, pero Loba, vais á echar á perder vuestro chal.

— No gasteis tantas razones.... la tierra está fresca, dijo la Loba, y cogiendo con autoridad los dos piececitos de Flor Celeste, los colocó encima del chal.

— No me contempleis asi, Loba.

— ¡Hum! no lo mereceis nada; siempre os oponéis á lo que quiero hacer por vuestro bien.... ¿No estais cansada?... hace ya una media hora que andamos; acaban de dar las doce en Asnieres.

— Algo cansada estoy, pero conozco que este paseo me ha hecho bien.

— ¿Lo veis? estabais cansada; ¿no podiais decirme antes que nos sentáramos?

— No me riñais porque no he reparado en mi cansancio.... ¡es tan bueno el andar, cuando se ha estado en cama tanto tiempo! ¡ver el sol, el campo, los árboles, cuando ya ha creído una no verlos jamás!

— Lo cierto es que habeis estado sin esperanza de vida dos dias seguidos, pobre Guillabaora. Sí, ahora puedo deciros ya esto; no dabais esperanza de vida.

—Y luego, figuraos, Loba, que al verme debajo del agua, me acordé, á pesar mio, de una mala muger que me habia atormentado cuando era pequeña, amenazándome siempre con echarme á los peces, y mas tarde habia querido tambien anegarme (1). Entonces pensé: es que soy bien infeliz.... es una fatalidad mia.... á la que no escaparé.

—¡Pobre Guillabaora! ¿fué este vuestro último pensamiento cuando os creisteis perdida?

—¡Oh, no! dijo Flor Celeste con exaltacion: cuando conocí que iba á morir, mi último pensamiento fué por aquel á quien considero como á mi Dios, lo mismo que al sentirme renacer, ha sido para él el primero.

—Es un gusto el haceros bien á vos, porque jamás lo olvidais.

—¡Oh, no! ¿es tan bueno dormirse con el reconocimiento, y despertar con él!

—Asi es que se meteria una en el fuego por vos.

—¡Loba de mi alma! mirad, os aseguro que una de las razones que me hacen grato el vivir, es la esperanza de contribuir á vuestra felicidad, cumpliendo mi promesa. ¿Os acordais de mis castillos en el aire de San Lázaro?

—En cuanto á eso, tiempo queda: por otra parte, estais ya buena, y he hecho ya mi deber, como dice mi hombre.

—Si el señor conde de Saint-Remy me dice luego que el médico me permite escribir á la señora Jacinta, que debe estar inquieta, y quizás el señor Rodolfo tambien.... Añadió la Guillabaora bajando los ojos, y avergonzándose de nuevo al pensar en su Dios. ¡Puede que me crean muerta!

(1) En una de las grutas subterráneas del Zurdillo, en los Campos Elíseos.

—¿Cómo lo creen tambien los que os quisieron hacer anegar, pobre niña!... ¡Malvados!

—¿Conque continuais en la idea de que aquello no fué un accidente?

—¡Un accidente!... Sí, á eso llaman accidentes los Marcial. Cuando digo los Marcial, es dejando aparte á mi hombre, porque él no es de la familia.... lo mismo que tampoco lo serán nunca Francisco y Amandina.

—¿Pero qué interés podian tener en mi muerte? En mi vida he hecho mal á nadie, ni nadie me conoce.

—No importa: si los Marcial son bastante malvados para anegar á alguien, no son tan bestias que lo hagan sin ningun interés.... Algunas palabras que la viuda ha dicho á mi hombre en la cárcel me lo prueban bien.

—¿Conque ha estado á ver á su madre, á esa mujer terrible?

—Sí.... no hay esperanza para ella, ni para Calabaza, ni para Nicolás. Se les habian descubierto muchas cosas; pero ese tuno de Nicolás, con la esperanza de salvar la vida, ha denunciado otro asesinato de su madre y su hermana.... de esto resulta que todos seguirán el mismo camino.... El abogado no tiene ninguna esperanza, y la justicia dice que se necesita un ejemplar.

—¡Ah! esto es horroroso.... casi toda una familia.

—Sí, á menos que no escape Nicolás; está en el mismo calabozo que un mónstruo llamado el Esqueleto, que maquina un complot para escaparse con otros. Nicolás ha mandado á decir esto á Marcial, por un preso que ha salido; porque mi hombre ha sido tan débil, que ha ido á ver á la cárcel al picaro de su hermano, y animado con esta visita aquel miserable, ¡que Dios confunda! ha tenido la poca

vergüenza de mandar á decir á mi hombre que de un momento á otro espera escapar, y que le tenga preparados en casa el señor Micou dinero y un vestido para disfrazarse.

—Tiene muy buen corazon vuestro Marcial.

—Tan bueno como querais, Guillabaora; pero el diablo me lleve si permito que mi hombre ayude á un asesino que quiso matarle. Marcial no denunciará el complot de evasion, y ya hace mucho. A mas de que, ahora que estais ya buena, Guillabaora, vamos á marchar, yo, mi hombre y los niños, y no volveremos á poner en la vida los pies en París; bastante pena era ya para Marcial el oirse llamar.... hijo del guillotinado.... ¿qué seria cuando su madre, hermano y hermana hubiesen andado el mismo camino?

—Pero al menos esperareis á que haya hablado de vosotros al señor Rodolfo, si lo vuelvo á ver.... Os habeis hecho honrada; os dije que os haria recompensar, y os quiero cumplir mi promesa.... sino.... ¿cómo me desquitaría con vos, que me salvasteis la vida, y me habeis prodigado tantos cuidados durante mi enfermedad?

—Sí, cabal.... ahora seria mostrarme interesada, si os permitia que pidieseis para mí á vuestros protectores.... estais salvada, y os repito que he hecho mi deber.

—Tranquilizaos, buena Loba; no sereis vos interesada, sino yo reconocida.

—Escuchad, dijo de repente la Loba, levantándose; parece el ruido de un coche.... sí, sí, se acerca.... mirad.... hélo ahí.... ¿lo habeis visto pasar por frente la reja?... hay una muger dentro.

—¡Ah, Dios mio! exclamó Flor Celeste con emocion; me ha parecido que reconocia....

—¿A quién?

— A una señora joven y linda que ví en San Lázaro, y que fué tan buena para mí....

— ¿Y sabe que estais aquí?

— Lo ignoro; pero conoce á la persona de quien os hablo siempre, y que si quiere, como espero que querrá, podrá realizar nuestros castillos en el aire de la cárcel.

— ¡Una plaza de guarda-bosques para mi hombre, con una cabaña para vivir en medio de los bosques! dijo la Loba suspirando.... Pero todo esto son sueños.... es demasiado bueno, y no puede ser por lo mismo.

Oyóse en esto un ruido de pasos precipitados detrás de la glorieta, y Francisco y Amandina, que gracias á las bondades del conde de Saint-Remy, no se habian separado de la Loba, llegaron desalentados, gritando:

— Loba, aqui está una señora muy hermosa, con el señor de Saint-Remy, que quieren ver luego á Flor Celeste.

— ¡No me habia engañado! dijo la Guillabaora.

Casi en el momento mismo, apareció el conde acompañado de la marquesa de Harville.

Apenas hubo visto á Flor Celeste, corrió á ella, y exclamó estrechándola tiernamente en sus brazos:

— ¡Pobre hija mia, os encuentro salvada.... salvada milagrosamente de una muerte horrible!... ¡qué felicidad siento al estrecharos en mis brazos, cuando os habia creido perdida y os habia llorado tanto con vuestros amigos!

— Tambien soy yo muy feliz en volver á veros, señora; porque jamás he olvidado vuestras bondades! dijo Flor Celeste contestando á las caricias de la marquesa con una modestia y gracia encantadoras.

— ¡Ah! vos no sabeis cuál será la sorpresa, la loca

alegría de vuestros amigos que os lloran tan amargamente á estas horas.

Flor Celeste, cogiendo de la mano á la Loba, que se habia retirado aparte, dijo presentándosela á la marquesa de Harville:

— Puesto que es tan cara mi vida á mis bienhechores, señora, permitidme que os pida intercedais por mi compañera, que me la salvó á riesgo de la suya.

— Quedad tranquila, hija mia, vuestros amigos probarán á la Loba que saben que es á ella á quien deben la dicha de volveros á ver.

La Loba, avergonzada y confusa, no atreviéndose ni á responder, ni á mirar á la marquesa, tanto era lo que la imponia una señora de aquella dignidad, no pudo ocultar su sorpresa al oír á Clementina pronunciar su nombre.

— Pero no hay que perder un momento, añadió la marquesa. Me muero de impaciencia por sacaros de aqui Flor Celeste: en mi coche os he traído un chal y una pañoleta bien calientes: venid, venid, hija mia. ¿Me hareis el favor, señor conde, de dar mi direccion á esta valiente muger, para que pueda despedirse mañana de Flor Celeste? De este modo no podreis menos de venir á vernos, añadió la señora de Harville dirigiéndose á la Loba.

— ¡Oh, señora! ciertamente que iré; puesto que ha de ser para decir adios á la Guillabaora. Me daría mucha pena el no poderla abrazar otra vez.....

.....
Algunos minutos despues, la marquesa y Flor Celeste, iban camino de París.....

.....
Rodolfo, despues de haber asistido á la muerte de Santiago Ferrand, tan horribilmente castigado de sus crímenes, habia vuelto á entrar en su

casa en un estado de abatimiento inesplicable.

Despues de la larga y penosa noche de insomnio, habia llamado á sir Walter Murph para confiar á aquel viejo y digno amigo el terrible descubrimiento que habia hecho la vispera, con respecto á Flor Celeste.

El digno squire quedó aterrado, porque mejor que nadie podia comprender el dolor del príncipe y participar de él. Este, pálido, abatido, inflamados los ojos por recientes lágrimas, acababa de hacer á Murph su dolorosa revelacion.

— ¡Valor!... dijo el squire enjugándose los ojos, porque á pesar de su sangre fria, habia llorado tambien.... ¡Si, valor! monseñor, mucho valor, fuera consuelos vanos, esta pena debe ser incurable.

— Tienes razon..... la que sentia ayer es nada comparada con la que siento hoy.

— Ayer, señor, sentiais el aturdimiento del golpe; pero su reaccion os será mas dolorosa cada dia..... Asi, pues, valor. El porvenir es triste, muy triste.

— Y ayer, ademas, el desprecio y horror que me inspiraba aquella muger.... ¡que Dios tenga piedad de ella! porque á estas horas está delante de él... ayer, por fin, la sorpresa, el odio, el espanto y tantas pasiones violentas, contenian dentro de mí estos arrebatos de ternura paternal desesperada, que ahora no puedo contener..... No podia llorar..... pero al menos junto á tí lo puedo.... Mira, ni fuerza tengo.... soy un cobarde, perdóname.... ¡Lágrimas todavía!... ¡siempre lágrimas!... ¡Oh, pobre hija mia!... ¡pobre hija!

— Llorad, llorad, monseñor.... ¡Ah! es una pérdida irreparable.

— ¡Y tantas atroces miserias que habia que hacerle olvidar! exclamó Rodolfo con sentido acento, des-

pues de lo que habia sufrido.... piensa en la suerte que le esperaba.

— Quizás esta transición hubiese sido demasiado brusca, para la infeliz que tan cruelmente habia padecido.

— ¡Oh! no, no.... ¡Si tú supieses con qué preparativos, con qué reserva, le hubiera hecho conocer su nacimiento!... ¡Cuán suavemente la hubiera preparado á esta revelacion! Era cosa tan sencilla, tan fácil... ¡Oh! si no se hubiese tratado de otra cosa, añadió el príncipe con una sonrisa amarga, hubiera estado bien tranquilo y desembarazado. Poniéndome de rodillas delante de aquella hija idolatrada, la hubiera dicho: Tú, que hasta aqui has vivido tan atormentada.... sé por fin dichosa, y dichosa para siempre.... Eres mi hija.... Pero no, dijo Rodolfo reflexionando, no; esto hubiera sido demasiado brusco, demasiado imprevisto.... Si, me hubiera contenido bien, y la hubiera dicho con aire muy tranquilo: Querida, tengo que comunicaros una cosa que os sorprenderá mucho.... ¡Yo lo creo que os sorprenderá!... Figuraos que se ha descubierto quiénes son vuestros padres.... Vuestro padre existe.... y vuestro padre soy yo.... Aqui se interrumpió de nuevo el príncipe.... ¡No, no! todavía es demasiado brusco y pronto.... Pero no es culpa mia; esta revelacion se me viene luego á la boca.... y es que se necesita tanto imperio sobre sí mismo.... tú lo comprendes.... ¡Estar allí delante de su hija, y contenerse!... Luego dejándose llevar de un nuevo acceso de desesperacion, exclamó Rodolfo: ¿Pero de qué sirven estas palabras vanas? Ya no puedo ni podré decirle nunca una palabra. ¡Oh, lo que es horrible, solo al pensarlo, es el acordarme de que he tenido á mi hija junto á mí durante un dia entero.... sí, durante todo aquel dia maldito para siempre

y sagrado en que la conduje á la quinta , aquel dia en que los tesoros de su alma angélica se han revelado á mí en toda su pureza! He asistido al despertar de aquella naturaleza adorable.... nada me dijo dentro del corazon: Es tu hija.... nada.... nada....

¡Oh.... qué ciego, qué bárbaro y estúpido fui!...

No supe adivinarlo.... ¡Oh, era indigno de ser padre!

—Pero señor....

—Dime, exclamó el príncipe; ¿ha dependido de mí, ó no ha dependido, el no separarme jamás de ella? ¿por qué no la adopté, ya que tanto lloraba á mi hija? ¿por qué en lugar de enviar á aquella infeliz con la señora Jacinta, no la guardé en mi casa?... Hoy no tendria mas que hacer, que tenderla los brazos.... ¿Por qué no lo hice asi? ¿Por qué? ¡Ah! porque jamás se hace el bien, sino á medias; porque no se aprecian jamás las maravillas, sino cuando han brillado y desaparecido para siempre; porque en lugar de ensalzar en seguida á su verdadera altura á aquella jóven admirable, que á pesar de la miseria y del abandono, era mas grande y mas noble por su espíritu y por su corazon, de lo que jamás hubiera llegado á ser quizás por el nacimiento y la educacion; he creido hacer lo bastante por ella colocándola en una quinta, al lado de unas personas honradas.... como lo hubiera hecho con la primer mendiga digna de interés que hubiese encontrado al paso.... ¡Yo tengo la culpa.... yo la tengo! Si lo hubiese hecho asi no habria muerto.... ¡Oh, sí.... bien castigado estoy.... lo he merecido.... mal hijo y mal padre!...

Murph sabia que semejantes dolores son incurables, y por tanto calló. Despues de un largo silencio, repuso Rodolfo con voz alterada:

— No quiero quedarme aquí ; París me es odioso.... mañana marchó....

— Teneis razon, señor.

— Daremos una vuelta, y me detendré en la granja de Bouqueval.... Iré á encerrarme algunas horas en el aposento en que mi hija ha pasado los solos dias felices de su triste vida. Allí recogeremos religiosamente todo lo que queda de ella.... los libros en que empezaba á leer.... los cuadernos en que ha escrito.... los vestidos que ha llevado.... todo.... hasta los muebles.... hasta las colgaduras de aquel aposento, del cual levantaré yo mismo un plano exacto.... Y en Gerolstein, en el parque reservado, donde hice elevar un monumento á la memoria de mi padre ultrajado.... mandaré construir una casita, en la que se colocará este aposento.... y en él irá á llorar á mi hija.... De estos dos monumentos fúnebres, el uno me recordará mi crimen para con mi padre, y el otro el castigo que me ha herido en mi hija.... Despues de un nuevo silencio, añadió Rodolfo: Asi, pues, que todo esté pronto mañana por la mañana.

Queriendo Murph distraer un momento al príncipe de sus siniestras ideas, le dijo:

— Todo estará preparado, monseñor; solo que olvidais que mañana debia tener lugar en Bouqueval el casamiento del hijo de la señora Jacinta, con Rigolette.... y no contento vos con asegurar el porvenir de German, y dotar magníficamente á su novia, les habeis prometido asistir como testigo á su casamiento.... Entonces solamente debian saber el nombre de su bienhechor.

— Es verdad que lo prometí.... ellos están en la quinta, y yo no puedo ir mañana sin asistir á esa fiesta.... y confieso que no tendré valor para ello.

— La dicha de aquellos jóvenes, calmará quizás un poco vuestra pena.

— No, no: el dolor es solitario y egoísta.... Mañana irás á disculparme y á representarme con ellos: rogarás en mi nombre á la señora Jacinta que recoja todo lo que pertenece á mi hija.... y harás levantar el plano del aposento, que recibiré en Alemania.

— ¿Y partireis sin ver tampoco á la señora marquesa de Harville?

Al oír el nombre de Clementina, Rodolfo se estremeció.... Aquel amor sincero vivía siempre en su pecho, ardiente y profundo; pero en aquel momento estaba, por decirlo así, anegado bajo la oleada de amargura que había inundado su corazón.

Por una contradicción singular, conocía el príncipe que el tierno afecto de la marquesa era el solo que pudiera ayudarle á soportar la desgracia que pesaba sobre él, y se echaba en cara este pensamiento como indigno de la rigidez de su dolor paternal.

— Partiré sin ver á la marquesa de Harville, contestó Rodolfo. Pocos días ha que le escribí el dolor que me causaba la muerte de Flor Celeste.... Cuando sabrá que era mi hija.... comprenderá que hay dolores, ó por mejor decir, castigos fatales, que es menester tener el valor de sufrir solo, enteramente solo.... para que sean expiatorios.... Y la expiación que la fatalidad me impone, es terrible.... ¡terrible!.... Porque empieza cabalmente en el momento en que empieza también á declinar mi vida.

Llamaron en este momento ligera y discretamente á la puerta del gabinete de Rodolfo, que hizo un movimiento de impaciencia y disgusto. Murph

se levantó, y fué á abrir. Un edecan del principe dijo al squire algunas palabras en voz baja por la rendija de la puerta.

Este contestó con un movimiento de cabeza, y dijo volviéndose hácia Rodolfo:

—¿Monseñor me permite que salga un momento? Hay una persona que quiere hablarme al instante para el servicio de V. A. R.

—Sí.... respondió el principe.

Apenas hubo salido Murph, cuando Rodolfo, ocultando la cara entre sus manos, lanzó un largo suspiro.

—¡Oh! exclamó, lo que siento en mí es espantoso. La hiel y el odio no caben ya en mi alma; la presencia de mi mejor amigo me incomoda.... el recuerdo de mi noble y puro amor me importuna y me turba.... esto es cobarde y bajo.... ademas.... ayer noche supe con una bárbara satisfaccion la muerte de Sarah.... de esa madre desnaturalizada que fué causa de la pérdida de mi hija; y me complazco en recordar la horrible agonía del mónstruo que la asesinó. ¡Oh, rábía!... llegué tarde.... exclamó saltando de su asiento; con todo, ayer no sentia yo esto, y sabia tan bien como hoy la muerte de mi hija.... ¡Oh, sí! la sabia, pero no me decia ayer estas palabras que emponzoñarán en adelante mi vida: He visto á mi hija.... la he hablado.... he admirado todo lo que habia de adorable en ella.... ¡Oh!... ¡cuánto tiempo he perdido en esa quinta!... y cuando pienso que no he estado en ella mas que tres veces.... sí, tres solamente.... cuando podia ir todos los dias.... cuando podia todos los dias ver á mi hija.... ¿qué digo? podia guardarla para siempre junto á mí.... ¡Oh! esto será un suplicio.... repetirme esto siempre.... siempre.

Y el infeliz encontraba un placer cruel en volver

siempre á este pensamiento desconsolador y sin término, porque la cualidad distintiva de los grandes dolores es el escitarse incesantemente con repeticiones terribles.

De repente, se abrió la puerta del gabinete, y entró Murph muy pálido, tan pálido, que el príncipe se levantó, y exclamó:

—Murph, ¿qué tienes?

—Nada, monseñor.

—Con todo, estás muy pálido.

—Es.... la sorpresa....

—¿Qué sorpresa?

—La marquesa de Harville....

—¡La de Harville.... gran Dios!.... una nueva desgracia.

—No, no, monseñor, tranquilizaos.... está.... está.... allí.... en el salon....

—¡Ella.... aquí.... en mi casa.... esto es incomprendible!....

—Así es, monseñor.... que yo os decía.... la sorpresa.

—¡Semejante paso en ella!... ¿pero qué es lo que hay?... en nombre del cielo.

—No lo sé.... pero.... no puedo explicarme á mí mismo lo que siento....

—Tú me ocultas algo.

—Por mi honor, monseñor.... por mi honor.... os digo que no.... no sé lo que me ha dicho la señora marquesa.

—¿Pero qué es lo que te ha dicho?

—Sir Walter.... (y su voz estaba conmovida, pero su mirada radiante de alegría) mi presencia aquí, debe sorprenderos mucho.... pero hay ciertas circunstancias tan imperiosas, que no dan lugar á pensar en el bien parecer.... Rogad á S. A. que me conceda al instante algunos momentos de audiencia

en presencia vuestra.... porque sé que el príncipe no tiene mejor amigo que vos. Hubiera podido suplicarle que se hubiese dignado venir á mi casa ; pero esto hubiera sido un retardo de una hora quizás, y el príncipe me agradecerá el que no haya retardado un minuto mi entrevista.... añadió con una expresión que me ha hecho estremecer:

—Pero.... dijo Rodolfo con voz alterada, y poniéndose, á su pesar, mas pálido todavía que Murph, no adivino la causa de tu turbacion.... de tu emocion.... de tu palidéz.... aqui hay otra cosa.... esta entrevista....

—Os juro por mi honor que no sé nada mas. Estas solas palabras de la marquesa me han trastornado enteramente. El motivo lo ignoro.... pero vos tambien estais muy pálido, monseñor.

—¿Yo?... dijo Rodolfo apoyándose en un sillón, porque sentia que le flaqueaban las piernas.

—Os digo, monseñor, que estais tan conmovido como yo.... ¿qué teneis?

—Aunque tuviera que morir al verla.... ruega á la marquesa de Harville que entre.... exclamó el príncipe.

Por una estraña simpatía, la visita tan estraordinaria é inesperada de la marquesa habia despertado en Murph y en Rodolfo una misma vaga y loca esperanza ; pero esta esperanza les parecia tan necia, que ni uno ni otro se lo habian querido confesar.

Seguida de Murph, entró la marquesa de Harville en el gabinete del príncipe.



CAPÍTULO V.



El padre y la hija.

Ignorando la marquesa, como hemos dicho, que Flor Celeste fuese hija del príncipe, y entregada enteramente á la alegría de restituirla á su protegida, habia creído podérsela presentar casi sin precaucion alguna: y solo por ignorar si Rodolfo queria darse á conocer por la jóven y recibirla en su casa, la dejó en el coche. Pero observando la profunda alteracion de las facciones de Rodolfo, que indicaban una negra desesperacion, y notando en sus ojos las señales de recientes lágrimas, pensó Clementina que le habria sobrevenido alguna desgracia mucho mayor para él que la muerte de la Guillabaora; y olvidando con esto el objeto de su visita, exclamó:

— ¡Gran Dios! ¿qué teneis, monseñor?

—¿Lo ignorais , señora?... ¡ Ya no hay esperanza!... vuestra precipitacion.... la audiencia que me habeis pedido tan instantáneamente.... me habian hecho creer....

—¡Oh! os suplico que no hablemos del objeto que me traia aqui, monseñor.... En nombre de mi padre , cuya vida habeis salvado , tengo casi el derecho de preguntaros la causa del desconsuelo en que os veo sumido.... vuestro abatimiento y palidéz me espantan... ¡ oh ! hablad , monseñor... sed generoso... tened compasion de mis angustias.

—¿Para qué señora? Mi herida es incurable.

—Ésas palabras redoblan mi espanto, monseñor... esplicaos... sir Walter... ¡Dios mio! ¿qué es lo que hay ?

—¡Pues bien! dijo Rodolfo con voz cortada , haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo... .despues que os participé la muerte de Flor Celeste.... he sabido que era mi hija.

—¡Flor Celeste vuestra hija! exclamó Clementina con un acento imposible de describir.

—Sí, y cuando hace un momento me habeis mandado á decir que queriais verme al instante para darme una noticia que me llenaria de alegría.... compadeceos de mi debilidad... pero un padre loco de dolor por haber perdido á su hija, es capaz de concebir las mas locas esperanzas; creí por un momento que... pero no... ya veo que me habia equivocado... perdonadme... no soy mas que un miserable loco.

Rodolfo, aturdido con la reaccion de una fugitiva esperanza y de un desengaño fatal , cayó en su asiento ocultando la cara entre sus manos.

La marquesa permanecia sorprendida , inmóvil, muda y sin poder apenas respirar; sentia alternativamente una alegría exaltada , y el temor del vio-

lento efecto que debia producir en el príncipe la revelacion que iba á hacerle, y experimentaba finalmente un religioso reconocimiento hácia la Providencia, que la encargaba á ella de hacer saber á Rodolfo que su hija vivia, y que ella se la restituia... agitada por estas emociones tan violentas y tan diversas, no encontraba una palabra.

Murph, despues de haber participado un momento de la loca esperanza del príncipe, parecia tan abatido como él.

De repente la marquesa, cediendo á un movimiento súbito é involuntario, olvidando la presencia de Murph y de Rodolfo, se arrodilló, juntó las manos, y exclamó con la espresion de una ardiente piedad y de una gratitud inefable.

— ¡Gracias, Dios mio! ¡bendito seais! reconozco vuestro poder omnipotente... gracias por haberme escogido á mí para participarle que su hija está salvada.

Aunque dichas en voz baja aquellas palabras pronunciadas con un acento de sinceridad y de santa exaltacion, llegaron á los oidos de Murph y del príncipe, quien levantó vivamente la cabeza al momento en que Clementina se levantaba.

Imposible es pintar la mirada, el gesto y la espresion de la fisonomía de Rodolfo al contemplar á la marquesa de Harville, cuyas adorables facciones, en que estaba marcada una alegría celestial, estaban en aquel momento radiantes con una belleza sobrehumana. Apoyada con una mano sobre una consola de mármol, y comprimiendo con la otra los latidos precipitados de su corazon, contestó con una señal afirmativa de cabeza á otra mirada de Rodolfo, que es tambien imposible pintar.

— ¿Y dónde está? preguntó el príncipe temblando como un azogado.

— Abajo en mi coche.

A no ser por Murph que , ligero como el rayo, se adelantó á Rodolfo, este, desatinado, se hubiera lanzado del aposento.

— Mirad , monseñor , que solo desde ayer está convaleciente. Por respeto á su vida , no cometais una imprudencia, añadió Clementina.

— Teneis razon, dijo Rodolfo conteniéndose apenas.... teneis razon.... estaré tranquilo, y no la veré todavía.... esperaré á que mi primera emocion haya pasado.... ¡Ah, esto es demasiado para un solo dia!... añadió con voz alterada: y dirigiéndose luego á la marquesa de Harville , á quien tendió la mano , exclamó con una efusion de reconocimiento indecible:

— Estoy perdonado , vos sois el ángel de mi redencion.

— Monseñor , vos me habeis vuelto á mi padre, y Dios quiere que os vuelva yo vuestra hija , contestó Clementina. Pero á mi vez os pido tambien perdon de mi debilidad.... Esta revelacion tan repentina é inesperada , me ha trastornado.... Confieso que no tendria valor para ir á buscar á Flor Celeste ; la espantaria mi emocion....

— ¿Y cómo la han salvado? ¿y quién ha sido? exclamó Rodolfo. Ved qué ingrato soy , que no os habia hecho esta pregunta.

— En el momento en que se anegaba, una muger animosa la sacó del agua.

— ¿Y vos la conoceis?

— Mañana vendrá á mi casa....

— La deuda es inmensa , dijo el príncipe ; pero sabré pagarla.

— ¡Qué bella inspiracion he tenido , Dios mio, en no subir con Flor Celeste! dijo la marquesa; esta escena la hubiera sido funesta.

— Teneis razon , señora , dijo Murph , es un azár providencial el que no haya estado aqui.

— Ignoraba si monseñor queria darse á reconocer por ella , y por esta razon no he querido presentársela, sin consultarlo antes.

Ahora , dijo el príncipe que habia pasado algunos minutos en combatir, por decirlo asi, y vencer su agitacion , y cuyas facciones parecian casi enteramente tranquilas; ahora soy dueño de mí mismo, os lo aseguro.... Murph, vé á buscar á mi hija.

Esta palabra mi hija, la dijo Rodolfo con un acento que renunciarnos tambien á pintar.

— ¿Estais seguro de vos mismo , monseñor? dijo Clementina; cuidado con una imprudencia.

— ¡Oh, no lo temais!... Sé el riesgo que ella correria, y no la espondré. Querido Murph , marcha.

— Tranquilizaos , señora , repuso el gentil-hombre , que habia observado atentamente á Rodolfo. Ya puede venir.... monseñor se contendrá.

— Entonces.... vé, vé pronto, amigo mio.

— Sí , señor , voy.... pero os pido solamente un minuto.... ¡no es uno de hierro!... dijo el bravo squire enjugando sus lágrimas; no hay necesidad de que vea que he llorado.

— ¡Escelente hombre! añadió Rodolfo apretando entre las suyas las manos de Murph.

— Ya estoy, ya estoy, monseñor, vedme pronto.... No queria atravesar el salon de servicio llorando como una Magdalena.

Y el squire dió un paso para salir, pero retrocedió y dijo:

— ¿Pero qué voy á decirla?

— ¿Sí, qué la dirá? Preguntó el príncipe á Clementina.

— Que el señor Rodolfo desea verla.... ¿Me parece que nada mas?

— Seguro: que el señor Rodolfo.... desea verla... nada mas, ¿oyes?... Vamos, vé, vé.

— Ciertamente que eso es lo mejor que se la puede decir, repuso Murph, que se sentia á lo menos tan conmovido como la marquesa; la diré sencillamente que el señor Rodolfo.... desea verla.... Esto no la hará pensar ni prever nada.... y en efecto, es lo mas razonable que hay.

Pero Murph no se meneaba.

— Sir Walter, le dijo Clementina sonriendo, vos teneis miedo.

— En verdad que sí, señora marquesa.... á pesar de mis seis pies de estatura y de mi gruesa piel, estoy todavía afectado por una emocion profunda.

— Amigo mio, ten cuidado, le dijo Rodolfo. Aguarda mas bien un momento, si no estás perfectamente seguro de tí.

— Vamos, esta vez me he vencido, dijo el squire despues de haber pasado por los ojos sus dos puños de Hércules. Es evidente que á mis años esta debilidad es perfectamente ridícula.... No temais nada, monseñor....

Y Murph salió con paso firme, y la cara impassible.

Un momento de silencio sucedió á su marcha, y entonces se acordó Clementina avergonzándose de que estaba en casa de Rodolfo, sola con él.

El príncipe se la acercó y le dijo casi con timidez:

— Si escojo este dia, este momento, para haceros una declaracion sincera, es porque la solemnidad de este dia y de este momento, aumentarán todavía la de esta declaracion.... Desde que os ví.... os amo. Mientras he debido ocultar este amor, lo he ocultado.... ahora sois libre y me habeis vuelto á mi hija.... ¿Quereis ser su madre?...

— ¡Yo, monseñor! exclamó la marquesa de Harville. ¿Qué es lo que decís?

— Os suplico que no me desecheis; haced que este día decida de la felicidad de toda mi vida, añadió Rodolfo con ternura.

Clementina amaba también al príncipe largo tiempo hacia, y con pasión: cuando oyó á Rodolfo creyó soñar; aquella confesion, á la vez tan sencilla, tan grave é interesante, y hecha en tal ocasion, la trasportaba con una felicidad inesperada; y le contestó con alguna confusion:

— Monseñor, yo debo recordaros la distancia de nuestras condiciones, y el interés de vuestro estado.

— Dejadme pensar ante todo en el bien de mi corazón, y el de mi hija querida.... Hacednos muy dichosos á los dos.... ¡Oh! bien felices podeis hacernos á ella y á mi.... haced que yo, que hace un momento estaba sin familia, pueda decir.... mi esposa y mi hija.... haced, por fin, que esa pobre niña, que hace un momento estaba sin familia también, pueda también decir.... mi padre, mi madre y mi hermana.... porque vos teneis una hija que lo será mia también.

— ¡Ah, monseñor!... á tan nobles palabras.... no puede contestarse sino con lágrimas de reconocimiento, exclamó Clementina; pero conteniéndose luego, añadió: Monseñor, alguien viene.... es vuestra hija.

— ¡Oh! no me desecheis.... repuso Rodolfo con voz conmovida y suplicante; en nombre de mi amor, decid.... nuestra hija.

— Pues bien.... nuestra.... murmuró Clementina en el momento en que Murph, abriendo la puerta, introducía á Flor Celeste en el cuarto del príncipe.

La jóven, bajada del coche de la marquesa de-

lante del peristilo de aquel palacio inmenso, habia atravesado la primera antesala, llena de lacayos de gran librea, una sala donde estaban los ayudas de cámara, luego el salon de ugieres, y por fin, el de servicio, ocupado por un chambelan y los edecanes del príncipe, todos de grande uniforme. Júzguese, pues, de la sorpresa de la pobre Guillabaora, que no conocia otra magnificencia que la de la granja de Bouqueval, al atravesar aquellas piezas reales, cargadas de oro, de espejos y de pinturas.

Asi que apareció, corrió á ella la marquesa de Harville, la cogió por la mano, y pasándola un brazo alrededor de la cintura, como para sostenerla, la presentó á Rodolfo, que de pié junto á la chimenea, no habia podido dar un paso.

Murph, despues de haber hecho entrega de Flor Celeste á la marquesa, se habia apresurado á ocultarse detrás de uno de los inmensos cortinages de una ventana, no sintiéndose suficientemente seguro de sí mismo.

A la vista de su bienhechor, de su protector, de su Dios, que la contemplaba con mudo éxtasis, Flor Celeste, que estaba ya turbada, se puso á temblar.

—Tranquilizaos, hija mia, la dijo la marquesa de Harville; hé ahí á vuestro amigo el señor Rodolfo, que os esperaba con impaciencia, y ha estado muy en cuidado por vos.

—¡Oh! sí, muy en cuidado.... balbuceó Rodolfo, siempre inmóvil, y cuyo corazon se anegaba en lágrimas al ver el rostro pálido y apacible de su hija. A pesar de su resolucion, se vió obligado un momento á volver la cabeza para ocultar su enternecimiento.

—Venid, hija mia.... estais todavía muy débil.... sentaos aqui, dijo Clementina para distraer la atencion de Flor Celeste, y la condujo á un gran sillón

de madera dorada, en el que la Guillabaora se sentó con precaucion.

La turbacion iba cada vez mas en aumento ; se sentia oprimida ; faltábale la voz , y se desesperaba por no haber podido decir todavia una palabra de gratitud á Rodolfo.

Este , por fin , á una señal de la marquesa que , con el brazo apoyado en el respaldo del sillón , estaba inclinada hácia Flor Celeste , cogiéndola una de sus manos , se acercó despacio por el otro lado del asiento. Mas dueño de sí , dijo entonces á Flor Celeste , que volvió hácia él su cara encantadora:

— Por fin , hija mia , os habeis reunido para siempre á vuestros amigos , y no os separareis de ellos jamás.... Sobre todo , lo que importa es que olvidéis lo que habeis sufrido.

— Sí , querida , el mejor modo de probarnos que nos amais , añadió Clementina , es que olvidéis ese triste pasado.

— Creed , señor Rodolfo , y creed vos tambien , señora , que si alguna vez , á pesar mio , me acuerdo , será para decirme que sin vosotros seria todavia muy infeliz.

— Sí , pero nosotros haremos de modo que no se os recuerden estas tristes ideas. Nuestra ternura no os dejará tiempo para ello , querida María... repuso Rodolfo , ya os acordareis de que os di este nombre en la quinta.

— Sí , señor Rodolfo. ¿ Y la señora Jacinta que me habia permitido llamarla mi madre , está buena ?

— Muy buena , hija mia... Pero sabed que tengo que comunicaros grandes noticias.

— ¿ A mí , señor Rodolfo ?

— Desde que no os habia visto... se han hecho grandes descubrimientos sobre... sobre vuestro nacimiento.

—¿Sobre mi nacimiento?

—Se ha sabido quiénes eran vuestros padres... y el padre vive...

Rodolfo tenía tantas lágrimas en su voz al pronunciar estas palabras, que Flor Celeste se volvió con viveza y muy conmovida hácia él, que afortunadamente pudo volver la cabeza.

Otro incidente semi-burlesco ayudó á distraer á la Guillabaora, é impedir el que notara demasiado la emocion de su padre: el digno gentil-hombre, que no se meneaba de detrás de su cortina aparentando mirar con atencion al jardin, no pudo contenerse de sonarse las narices con un formidable estrépito, porque lloraba como un niño.

—Sí, querida María, se apresuró á decir Clementina, se sabe quien es vuestro padre, y que vive.

—¡Mi padre! exclamó la Guillabaora con una expresion que sujetó el valor de Rodolfo á la última prueba.

—Y un dia, repuso Clementina, quizás luego... le vereis... Lo que os sorprenderá sin duda, es que vuestro padre es de elevada condicion... de origen muy noble.

—¿Y á mi madre la veré, señora?

—Vuestro padre contestará á esta pregunta, hija mia; ¿pero no estareis bien contenta de verle á él?

—¡Oh! sí, contestó Flor Celeste bajando los ojos.

—¡Cuánto le amareis cuando llegueis á conocerle! repuso la marquesa.

—¿Desde entonces empezará para vosotros una nueva vida, no es verdad María? añadió el príncipe.

¡Oh! no, señor Rodolfo, contestó ingénuamente la Guillabaora. Mi nueva vida empezó el dia en que vos os apiadaisteis de mí, y me enviasteis á la granja....

—Pero vuestro padre.... os ama, dijo el príncipe.
 —A mi padre no le conozco, y á vos os lo debo todo, señor Rodolfo.

—Siendo así.... me quereis tanto.... ¿tal vez mas de lo que amariais á vuestro padre?

—Yo os bendigo y respeto como á Dios, señor Rodolfo, porque vos haceis por mí lo que solo Dios pudiera hacer, contestó la Guillabaora con exaltación olvidando su acostumbrada timidez. Cuando la señora tuvo la bondad de hablarme en la cárcel, la dije, lo que decia á todo el mundo. Sí, señor Rodolfo, á las personas que eran muy infelices, las decia: Esperad, el señor Rodolfo consuela á los desdichados. A los que dudaban entre el bien y el mal, les decia: Valor, sed buenos, porque el señor Rodolfo recompensa á los que lo son. Y á los que eran malos, deciales tambien: Tened cuidado; el señor Rodolfo castiga á los perversos. Finalmente, cuando he creido morirme, me he persuadido de que Dios tendria compasion de mí, porque vos, señor Rodolfo, me habiais creido digna de vuestro interés.

Flor Celeste, arrastrada por su reconocimiento hácia su bienhechor, habia dominado su timidez: un ligero encarnado coloreaba sus mejillas, y sus hermosos ojos azules que levantaba al cielo como si estuviese en oracion, brillaban con una suavidad encantadora.

A las palabras entusiastas de Flor Celeste, sucedió un silencio de algunos segundos, porque la emocion de los actores de esta escena era profunda.

—Veo, hija mia, repuso Rodolfo, que apenas podia contener su alegría, que casi he usurpado en vuestro corazon el lugar de vuestro padre.

—No es culpa mia, señor Rodolfo. Quizás hago mal; pero ya os lo he dicho, os conozco á vos y no

conozco á mi padre. Y luego añadió inclinando vergonzosamente la cabeza.... Y luego, vos sabeis lo pasado, señor Rodolfo.... y á pesar de esto me habeis llenado de bondades; pero mi padre no sabe este pasado.... y quizás sienta haberme encontrado, añadió la infeliz estremeciéndose; y como, segun dice la señora, es de elevado nacimiento, se avergonzará sin duda de mí.

—¿Avergonzarse de vos? exclamó Rodolfo poniéndose de pié con la frente altiva y la mirada orgullosa.... Tranquilizaos, pobre niña, vuestro padre os creará una posicion tan brillante y elevada, que los mas grandes entre los grandes de la tierra, no os mirarán desde entonces sino con el mas profundo respeto.... ¿Avergonzarse de vos?... No, no... despues de las reinas, á las cuales estais ligada en parentesco.... marchareis á la par de las nobles princesas de Europa...

—¡Monseñor! exclamaron á la vez Murph y Clementina sorprendidos de la exaltacion de Rodolfo y de la palidéz creciente de Flor Celeste que miraba á su padre con estupor.

—¿Avergonzarse de tí?... continuó el principe... ¡Oh! si alguna vez he tenido orgullo y me he creido dichoso por mi rango soberano... es ahora... porque gracias á este rango, puedo elevarte tanto como has sido abatida... ¿Oyes, querida hija... hija adorada!.... porque soy yo... yo, tu padre.

Y no pudiendo contener por mas tiempo su emocion, se echó á los pies de Flor Celeste, que cubrió de lágrimas y caricias.

—¡Bendito seais, Dios mio! exclamó Flor Celeste juntando las manos. Podia amar á mi bienhechor tanto como le amaba... es mi padre... podré quererle sin remordimiento... bendito... seais... mi...

No pudo concluir: el sacudimiento habia sido

demasiado violento, y se desmayó en los brazos del príncipe.

—Murph corrió á la puerta del salon de servicio, abrióla y dijo:

Al doctor David, que venga al momento de órden de S. A. R....

— ¡Maldicion sobre mí! ¡la he muerto! exclamó Rodolfo sollozando y arrodillado delante de su hija... ¡María!... ¡hija mia!... escúchame... soy tu padre.... Perdon ¡oh! perdon por no haber podido guardar por mas tiempo este secreto.... ¡La he muerto!... ¡Dios mio!... ¡la he muerto!

—Tranquilizaos, monseñor, dijo Clementina; no hay probablemente ningun peligro... Mirad, sus megillas están coloradas... es la sorpresa, solamente... la sorpresa.

—Pero convaleciente apenas, morirá de esto.... ¡Maldicion! ¡oh! ¡maldicion sobre mí!

En este momento entró precipitadamente David el médico negro, llevando en la mano una cagita llena de frascos, y un papel que puso en manos de Murph.

—David, mi hija se muere... Yo te he salvado la vida, tú debes salvar la de mi hija, exclamó Rodolfo.

Aunque sorprendido al oír al príncipe aquellas palabras, corrió el doctor hácia Flor Celeste, que tenia Clementina entre sus brazos. Tomóla el pulso, púsola la mano sobre la frente, y volviéndose hácia Rodolfo que aguardaba su dictámen, pálido y aturdido, le dijo:

—No hay peligro, tranquilícese V. A.

—¿De veras? ¿no hay peligro ninguno?

—Ninguno, monseñor. Algunas gotas de éter, y cesará la crisis.

—¡Oh! gracias David, mi buen David, exclamó

el príncipe con efusion. Y dirigiéndose á Clementina, dijo: Vive nuestra hija... vivirá...

Murph acababa de pasar los ojos por el billete que le entregara David al entrar: su lectura le estremeció, y miró al príncipe con espanto.

—Sí, amigo mio, repuso Rodolfo, dentro de poco podrá mi hija llamar madre á la marquesa de Harville.

—Monseñor, dijo Murph temblando, la noticia de ayer era falsa.

—¿Qué dices?

—Una crisis violenta, seguida de un síncope, habia hecho creer en la muerte de la condesa Sarah.

—¡La condesa!

—Esta mañana hay esperanzas de salvarla.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó el príncipe trastornado, mientras que Clementina le miraba sorprendido, no comprendiendo lo que era aquello.

—Monseñor, dijo David, siempre ocupado en Flor Celeste, no hay que tener la mas minima inquietud.... pero seria urgente trasladarla al aire libre; podriase hacer girar el sillón hácia el terrado, abriendo la puerta del jardín.... el desmayo cesaria enteramente.

Inmediatamente corrió Murph á abrir la puerta-vidriera que daba sobre un inmenso terraplen, formando terrado, y ayudado de David, hizo rodar con la mayor suavidad el sillón en que estaba acostada Flor Celeste, que seguia sin conocimiento.

Rodolfo y Clementina quedaron solos.

—¡Ah, señora! exclamó Rodolfo asi que Murph y David se hubieron alejado; ¿vos no sabeis quién es la condesa Sarah?... es la madre de Flor Celeste....

—¡Gran Dios!

—Y yo la creía muerta.

Hubo un momento de profundo silencio; la mar-

quesa palideció, y su corazón se despedazaba.

—Lo que ignorais también, añadió Rodolfo con amargura, es que esta muger egoísta y ambiciosa, no amando en mí más que al príncipe, me había conducido en mi primera juventud hasta una unión, que más tarde tuve que romper. Queriendo entonces pasar á segundas nupcias, la condesa ha causado todas las desgracias de su hija, abandonándola á manos mercenarias.

—¡Ah! ahora comprendo, monseñor, la aversión que la teneis.

—Y también comprenderéis por qué razón ha querido dos veces perderos por medio de infames delaciones. Devorada continuamente de una implacable ambición, creía obligarme á volver á ella, aislándome de todo afecto.

—¡Oh! ¡qué cálculo tan odioso!

—¡Y no ha muerto!

—Monseñor, ese sentimiento no es digno de vos.

—Es que vos ignorais todos los males que me ha causado.... En este momento todavía, cuando, después de haber encontrado á mi hija, iba á darle una madre digna de ella.... ¡oh! no, no.... esa muger es un demonio vengador.... clavado en todos mis pasos....

—Vamos, valor, monseñor, dijo Clementina enjugando las lágrimas que corrían á su pesar. Teneis un deber grande y santo que cumplir. Vos mismo lo habeis dicho en un justo y generoso arrebató de amor paternal.... desde ahora, la suerte de vuestra hija debe ser tan feliz como había sido miserable; tan elevada, como abatida ha sido.... Para esto, es necesario legitimar su nacimiento.... para esto, es preciso que os caseis con la condesa Mac-Gregor.

—¡Jamás.... jamás!... eso sería recompensar el perjurio, el egoísmo y la feróz ambición de esta

madre desnaturalizada.... Reconoceré á mi hija.... vos la adoptareis.... y encontrará en vos, como he esperado, el afecto de una madre.

— No, monseñor, no hareis eso; no dejareis en la oscuridad el nacimiento de vuestra hija. La condesa Sarah es de noble y antigua familia; para vos, seguramente que esta alianza es desproporcionada.... pero es honrosa. Con este matrimonio, vuestra hija no será legitimada, sino legítima; y sea cual fuere la suerte que le espera, podrá gloriarse de su padre, y pronunciar en alta voz el nombre de su madre.

— Pero renunciar, Dios mio.... ¡eso es imposible, ah, vos no sabeis lo que hubiera sido para mí esa vida dividida entre vos y mi hija, mis dos únicos amores en este mundo!

— Os queda vuestra hija, monseñor.... Dios os la ha vuelto milagrosamente, y sería una ingratitud el que creyeseis incompleta vuestra felicidad.

— ¡Ah, vos no me amais como yo os amo!

— Creedlo así, monseñor, creedlo así.... el sacrificio que haceis á vuestros deberes, os será de este modo menos penoso.

— Pero si me amais, si vuestro pesar es tan amargo como el mio, sereis horriblemente infeliz.... ¿qué os quedará á vos?

— ¡La caridad, monseñor! ese sentimiento admirable que vos habeis despertado en mi corazón; ese sentimiento que hasta ahora me ha hecho olvidar muchas penas, y al que he debido muy dulces consuelos.

— Oidme por favor.... Sea en buenhora, me casaré con esa muger; pero una vez consumado el sacrificio, ¿creeis que podré vivir con ella? ¿Con ella, que no me inspira mas que aversion y desprecio? No; nos separaremos para siempre uno de otro, y

jamás verá á mi hija.... Flor Celeste habrá perdido en vos la mas tierna de las madres.

— Pero le quedará el mas tierno de los padres.... Con ese matrimonio se hará hija legítima de un príncipe soberano de la Europa, y como vos lo habeis dicho, monseñor, su posicion será tan brillante, como oscura habia sido anteriormente.

— Sois implacable.... y yo bien infeliz.

— ¿Os atreveis á hablar asi, vos, tan grande y tan justo, y que comprendeis con tanta nobleza el deber, el sacrificio y la abnegacion?... Hace un momento que antes de esta revelacion providencial, cuando llorabais á vuestra hija con tan amargos sollozos, si os hubiesen dicho: Haced un voto, uno solo, y será cumplido.... hubierais exclamado: Mi hija, ¡oh, mi hija, que viva mi hija!.... y cuando se os cumple este prodigio, cuando vuestra hija os es devuelta ¿os llamais infeliz? ¡Ah, monseñor, que no os oiga Flor Celeste!

— Teneis razon, dijo Rodolfo despues de un largo silencio.... tanta felicidad hubiera sido gozar en la tierra las dichas celestiales, y yo no merezco.... haré lo que debo.... no me arrepiento de mi repugnancia, porque la he debido una nueva prueba de la belleza de vuestra alma.

— Esta alma, sois vos quien la habeis engrandecido y elevado.... Si lo que hago es bueno, á vos es á quien doy gracias, como os las he dado siempre, de los buenos pensamientos que he tenido. Animo, monseñor; asi que Flor Celeste pueda soportar este viage, lleváosla.... y una vez esté en Alemania, en aquel pais tan tranquilo y grave, su trasformacion será completa, y lo pasado no será ya para ella mas que un sueño triste y lejano.

— Pero, ¿y vos, y vos?

— Yo.... ahora puedo deciros esto, porque podré

decirlo siempre con gozo y orgullo.... Mi amor por vos será mi ángel custodio, mi salvador, mi virtud y mi porvenir.... todo lo bueno que haré emanará de él y será para él.... Os escribiré todos los días, perdonadme esta exigencia que es la sola que me permito.... Y vos, señor, me contestareis alguna vez que otra, para darme noticias de aquella á quien por un momento á lo menos he llamado mi hija, y que lo será siempre en mi corazón, dijo Clementina sin poder contener las lágrimas; y por fin, cuando el tiempo nos habrá dado el derecho de confesar altamente el inalterable afecto que nos une.... entonces, os lo juro por vuestra hija.... si lo deseais, iré á vivir á Alemania, en la misma ciudad que vos, para no dejaros nunca, y poner fin de este modo á una vida que hubiera podido ser mas conforme con nuestras pasiones, pero que habrá sido al menos honrada y noble....

—Monseñor, exclamó Murph entrando precipitadamente, la hija que Dios os ha restituido ha recobrado su conocimiento, y renace ya. Su primera palabra ha sido: ¡padre mio!... y desea veros.....

Pocos momentos despues habia salido la marquesa del palacio del príncipe, y este se iba apresuradamente á la casa de la condesa Mac-Gregor acompañado de Murph, el baron de Graun y un edecan.



CAPÍTULO VI.

—KOH—

EL CASAMIENTO.

Despues que Rodolfo la habia participado el asesinato de Flor Celeste, aturdida la condesa Sarah Mac-Gregor por esta revelacion que destruia todas sus esperanzas, y atormentada por un tardío remordimiento, habia sido acometida de violentas crisis nerviosas, y de un delirio espantoso; su herida, medio cicatrizada ya, se abrió, y un largo síncope habia hecho creer momentáneamente en su muerte. Con todo, gracias á la fuerza de su constitucion, no sucumbió todavía á este crudo golpe, y un nuevo rayo de vida la animó aun.

Sentada en un sillón con el fin de sustraerse á la opresion que la sofocaba, Sarah estaba sumergida hacia un rato en tristes reflexiones, echando casi de

menos la muerte, á la que acababa de escapar.

De repente, entró Tom Seyton en el aposento de su hermana, conteniendo apenas una profunda emocion, y con una señal hizo que se marchasen las dos camareras de Sarah, la cual pareció apenas notar la entrada de su hermano.

—¿Cómo os sentis? la dijo este.

—Lo mismo.... siento una gran debilidad, y de cuando en cuando una sofocacion dolorosa.... ¿por qué no me ha quitado Dios del mundo en mi última crisis?

—Sarah, repuso Tom Seyton despues de un momento de silencio, estais entre la vida y la muerte, y una fuerte emocion podria salvaros, y podria mataros tambien.

—Ya no tengo emocion ninguna que probar, hermano.

—Quizás sí.

—No; porque oiria con la mayor indiferencia la muerte de Rodolfo.... el espectro de mi hija anegada, anegada por culpa mia, está allí.... siempre delante de mí.... esto no es una emocion, es un remordimiento incesante.... y soy realmente madre desde que no tengo hija.

—Mas hubiera querido encontrar en vos aquella fria ambicion que os hacia mirar á vuestra hija.... como un medio para realizar el ensueño de vuestra vida.

—Las espantosas reconvenciones del príncipe han muerto esta ambicion.... el sentimiento maternal se ha despertado en mí con la pintura de las atroces miserias de mi hija.

—Pero.... dijo Seyton como dudando y pesando, por decirlo así, cada palabra; si por casualidad.... supongamos una cosa imposible, un milagro.... si por casualidad supierais que vuestra hija vive toda-

via, ¿de qué modo recibiríais este descubrimiento?

—Moriría de vergüenza y desesperación á su vista.

—No lo creáis.... os halagaría demasiado el triunfo de vuestra ambición.... porque, en fin, si vuestra hija hubiese vivido, el príncipe se casaba con vos, él mismo lo ha dicho....

—Admitiendo esta loca suposición, me parece que no tendría derecho de vivir. Después de haber recibido la mano del príncipe, mi deber sería librarle á él de una esposa indigna, y á mi hija de una madre desnaturalizada.

El embarazo de Tom Seyton aumentaba á cada instante. Encargado por Rodolfo, que estaba en la pieza inmediata, de participar á Sarah que Flor Celeste vivía, no sabía qué resolver. La vida de la condesa estaba tan en peligro, que podía acabarse de un instante á otro; no había, pues, momento que perder para verificar un casamiento, *in extremis*, que debía legitimar el nacimiento de Flor Celeste. Para esta ceremonia, el príncipe había llamado á un sacerdote, y traído por testigos á Murph y al baron de Graun. El duque de Lucenay y lord Douglas, avisados apresuradamente por Seyton, debían serlo de la condesa, y acababan de llegar.

El tiempo urgía; pero los remordimientos llenos de ternura maternal, que reemplazaban entonces en Sarah á su desapiadada ambición, hacían más difícil todavía el encargo de Seyton. Toda su esperanza se apoyaba en que creía que su hermana le engañaba, ó se engañaba á sí misma, y que el orgullo de aquella muger se despertaría así que tocase á la corona que había soñado tanto tiempo.

—Hermana, dijo Tom Seyton con voz grave y solemne, estoy en una terrible perplejidad.... Una palabra mia puede volveros la vida, y puede mataros también.

— Os he dicho que no tengo ya que temer á ninguna emocion.

— Una hay con todo....

— ¿Cuál?

— ¿Y si se tratase de vuestra hija?

— Mi hija está muerta....

— ¿Y si no lo estuviese?

— Hemos apurado hace poco esta suposicion.... déjame , hermano.... mis remordimientos.... me bastan.

— Pero , ¿y si no fuese una suposicion?... ¿si por una casualidad increíble , inesperada , vuestra hija hubiese sido arrancada de las manos de la muerte.... si viviese...?

— No habéis de eso.... me haceis mal.

— Pues bien.... Dios me perdone.... y os juzgue á vos.... Vuestra hija vive todavía.

— ¿Mi hija?

— Os digo que vive.... El príncipe está ahí fuera con un sacerdote.... y yo he mandado avisar á dos de vuestros amigos para que os sirvan de testigos.... el voto de vuestra vida se realiza por fin.... la prediccion se cumple.... sois soberana.

Tom Seyton habia pronunciado estas palabras clavando en su hermana una mirada llena de angustia , espiando en su cara toda señal de emocion. Con gran sorpresa suya , las facciones de Sarah permanecieron casi impasibles ; sólo llevó á su corazon ambas manos ; recostándose en su sillón , ahogó un grito que pareció arrancarle un dolor súbito y profundo , y luego recobró su calma.

— ¿Qué teneis , hermana?

— Nada.... la sorpresa.... una alegría inesperada.... Por fin , mis votos se han cumplido.

— No me habia equivocado.... pensó Tom Seyton ; la ambicion la domina.... está salvada. Y di-

rigiéndose á Sarah: Y bien, hermana.... ¿qué os decía yo?

—Tenias razon, repuso esta con una sonrisa amarga, adivinando el pensamiento de su hermano; la ambicion ha ahogado en mí otra vez á la maternidad.

—Vivireis.... y amareis á vuestra hija.

—No dudo que viviré.... mirad qué tranquila estoy.

—¿Y esta tranquilidad es real?

—¿Abatida como estoy, creéis que tendria fuerza para fingir?

—Ahora comprendéis la repugnancia que tenia yo....

—Al contrario, no me sorprendeis, porque conociais mi ambicion.... ¿Dónde está el príncipe?

—Está aqui.

—Quisiera verle antes de la ceremonia. Y luego añadió afectando indiferencia: ¿Mi hija estará tambien?...

—No; la vereis mas tarde.

—En efecto, tiempo me queda.... Hacedme el favor de decir al príncipe que entre.

—Hermana, yo no sé lo que es, pero vuestro aire es estraño y siniestro.

—¿Quereis que me ria?... ¿ó creéis que la ambicion satisfecha tiene una espresion suave y tierna? Haced entrar al príncipe.

—Seyton, á pesar suyo, estaba inquieto por la calma de Sarah. Un momento creyó ver en sus ojos una lágrima comprimida; mas despues de repugnar un rato, abrió una puerta, que dejó abierta, y salió.

—Ahora, dijo Sarah, con tal que pueda ver y abrazar á mi hija, estaré satisfecha.... Será muy difícil el que lo obtenga, porque para castigarme

se negará Rodolfo.... pero lo alcanzaré.... ¡Oh, sí, lo alcanzaré!... Pero ya está aquí.

Rodolfo entró, en efecto, y cerró tras sí la puerta.

— ¿Vuestro hermano os lo ha dicho todo? preguntó friamente á Sarah.

— Todo....

— ¿Está satisfecha vuestra ambicion?

— Lo está....

— El sacerdote y los testigos están aquí.

— Lo sé....

— ¿Creo que pueden entrar?

— Una palabra antes, monseñor.

— Hablad, señora....

— Quisiera ver á mi hija.

— Imposible.

— Os digo, monseñor, que quiero ver á mi hija.

— Está apenas convaleciente, y esta mañana ha sufrido ya un violento sacudimiento.... esta entrevista la seria fatal.

— Pero al menos, habrá abrazado á su madre.

— ¿Para qué? si ya sois princesa soberana....

— No lo soy todavía, ni lo seré, hasta que haya abrazado á mi hija.

Rodolfo miró á la condesa con profunda sorpresa.

— ¡Cómo! exclamó, ¿posponeis la satisfaccion de vuestro orgullo?...

— A la de mi ternura maternal.... ¿Esto os sorprende, monseñor?

— ¡Ah, sí!

— ¿Veré á mi hija?

— Pero....

— Cuidado, monseñor... los momentos me están tal vez contados. Esta crisis, como ha dicho mi hermano, puede salvarme, y matarme tambien.... En este

momento , reuno todas mis fuerzas , toda mi energía , y os aseguro que necesito mucha para luchar contra el sobrecogimiento de tal nueva.... Quiero ver á mi hija , ó sino rehusó vuestra mano.... y si muero, su nacimiento no será legitimado.

— Flor Celeste no está aquí, y habrá que enviarla á buscar á mi casa.

— Enviad por ella al momento , y consiento en todo.... Como los momentos me están tal vez contados , como os he dicho ya , se celebrará el matrimonio en el tiempo que tardará Flor Celeste en estar aquí.

— Aunque este sentimiento me sorprende en vos, es demasiado laudable para que no trate de satisfacerlo. Vereis , pues , á Flor Celeste, voy á escribirla.

— Escribid allí , en aquel despacho en que fui yo herida.

Mientras que Rodolfo escribía apresuradamente algunas palabras, la condesa enjugó el sudor frío que cubría su frente , y sus facciones , tranquilas hasta entonces, dejaron ver su pesar violento y oculto: parecía que Sarah, cesando de fingir, descansaba de la fatiga de un disimulo pesado.

Cuando hubo escrito su carta, levantóse Rodolfo, y dijo á la condesa:

— Voy á mandar esta carta á mi hija, por uno de mis edecanes. Dentro de media hora estará ella aquí.... ¿Puedo salir por el sacerdote y los testigos?

— Sí, podeis.... ó mejor será que llameis.... os suplico que no me dejéis sola.... Encargad á sir Walter esta comision, y que acompañe al sacerdote y testigos.

Rodolfo llamó , y apareció una de las camareras de Sarah.

— Decid á mi hermano , que envíe aquí á sir Walter Murph.

La camarera salió.

— Esta union es triste.... Rodolfo.... dijo con amargura la condesa.... triste para mí.... pero será feliz para vos.

El príncipe hizo un movimiento.

— Si , será feliz para vos , Rodolfo.... porque no sobreviviré á ella.

En este momento entró Murph.

— Amigo , le dijo Rodolfo , envia al instante esta carta á mi hija por el coronel , que la conducirá en mi coche.... Ruega tambien al sacerdote y á los testigos que entren en la sala vecina.

— ¡Dios mio! exclamó Sarah en tono suplicante cuando Murph hubo salido.... ¡haced que me queden fuerzas bastantes para verla.... que no muera antes que llegue!

— ¡Ah , por qué no fuisteis siempre tan buena madre!

— Al menós , gracias á vos , conozco el arrepentimiento.... el sacrificio.... y la abnegacion.... Sí , porque cuando un momento ha , me ha participado mi hermano que nuestra hija vivia.... dejad que diga nuestra.... no lo diré mucho tiempo.... he sentido un golpe horrible.... me he sentido herida de muerte , y lo he ocultado.... pero era feliz.... considerando que nuestra hija seria legitimada.... y que moriria en seguida.

— No habéis asi.

— ¡Oh! esta vez no me equivoco.... ya lo vereis....

— ¿Y no queda vestigio de esa ambicion implacable que os ha perdido? ¿Por qué ha querido la fatalidad que vuestro arrepentimiento fuese tan tardío?

— Tardío es ; pero profundo y sincero , os lo juro.

Si en este momento solemne doy gracias á Dios porque me quita de este mundo, es porque mi vida hubiera sido para vos un peso horrible.

— Perdon, Sarah.

— Rodolfo, una última súplica.... dadme vuestra mano....

Rodolfo, volviendo la cara, alargó su mano á la condesa, que la tomó con efusion entre las suyas.

— ¡Ah, las vuestras están heladas! exclamó Rodolfo con espanto.

— Sí, me siento morir; tal vez Dios, en último castigo, no quiera que abrace á mi hija.

— ¡Oh, sí, sí! tendrá piedad de vuestro remordimiento.

— ¿Y vos, amigo mio, me teneis compasion? ¿me perdonais? ¡Oh, decidíos por favor!... Cuando dentro de un momento estará ahí vuestra hija; si es que llega á tiempo, no podreis perdonarme delante de ella.... esto seria hacerla saber.... cuán culpable he sido, y esto, no lo quereis vos. Cuando yo esté muerta ¿qué os importa que me ame?

— Tranquilizaos, nada sabrá.

— ¡Perdon, Rodolfo, oh, perdon. Tened compasion de mí! ¿No soy ya bastante infeliz?

— Pues bien; ¡que Dios os perdone el mal que habeis hecho á vuestra hija, como os perdono yo el que me habeis hecho á mí, muger infeliz!

— ¿Me perdonais de corazon?

— ¡De corazon! dijo el príncipe con voz conmovida.

La condesa apretó vivamente sus lábios desfallecidos contra la mano de Rodolfo, en un arrebatado de reconocimiento y de alegría, y le dijo:

— Haced entrar el sacerdote, amigo mio.... y decidle que despues no se aleje, porque me siento muy débil.

Esta escena era desconsoladora: Rodolfo abrió las dos hojas de la puerta del fondo, y entró el sacerdote, seguido de Murph y del baron de Graun, como testigos de Rodolfo; y del duque de Lucenay y de lord Douglás, como testigos de la condesa. Tom Seyton seguía detrás de ellos.

Todos los actores de aquella dolorosa escena, estaban graves, tristes y recogidos: hasta el duque de Lucenay había olvidado su acostumbrada petulancia.

El contrato de matrimonio entre el muy alto y muy poderoso príncipe S. A. R. Gustavo Rodolfo V, gran duque reinante de Gerolstein, y Sarah Seyton de Halsbury, condesa Mac-Gregor (contrato que legitima el nacimiento de Flor Celeste) que había sido minuciosamente preparado por el baron de Graun, fué leído por este y firmado por las partes contratantes y los testigos.

Cuando el sacerdote hubo dicho á Rodolfo con voz solemne: «Vuestra alteza consiente en tomar por esposa á la señora Sarah Seyton de Halsbury, condesa de Mac-Gregor? y hubo el príncipe contestado: Sí, con voz alta y firme; la mirada moribunda de la condesa fué brillante á pesar de su arrepentimiento, y una espresion rápida y fugitiva de orgulloso triunfo atravesó su fisonomía lívida... Era el último rayo de la ambicion que moría con ella.

Ni una sola palabra se digieron los asistentes mientras duró esta escena triste é imponente. Cuando hubo terminado, los testigos de la condesa, el duque de Lucenay y lord Douglás, saludaron profundamente y en silencio al príncipe, y se retiraron.

Murph y el baron de Graun hicieron lo mismo á una seña de Rodolfo.

—Hermano, dijo Sarah en voz muy baja, rogad

al sacerdote que os acompañe á la antesala , y que tenga la bondad de aguardar en ella un momento.

—¿Cómo os sentis hermana? estais muy pálida.

—Ahora estoy segura de vivir : ¿no veis que soy gran duquesa de Gerolstein? añadió ella con una sonrisa amarga.

Cuando hubo quedado sola con Rodolfo , Sarah murmuró con voz abatida , mientras que sus facciones se iban descomponiendo de una manera espantosa.

—Mis fuerzas están... agotadas... me siento morir... no a veré...

—Sí, sí, tranquilizaos Sarah, la vereis.

—Ya no tengo esta esperanza.... esta opresion.... ¡oh! se necesitaba una fuerza sobrehumana.... Mi vista se turba... ya...

—¡Sarah! dijo el príncipe acercándose con viveza á la condesa ; y tomándola entre las suyas ambas manos. Va á venir... ahora no puede tardar ya.

—No querrá Dios concederme este último consuelo....

—¡Sarah!.... escuchad.... escuchad.... paréceme que oigo un coche... sí.... es ella.... ¡ahí teneis á vuestra hija!

—¡Rodolfo, ah! no la digais que era yo una mala madre.... articuló lentamente la condesa , que no oia ya.

El ruido de un coche resonó en el sonoro empedrado del patio.

La condesa no lo percibió. Sus palabras se hacian cada vez mas incoherentes ; y Rodolfo , que estaba inclinado hácia ella con ansia , vió oscurecerse sus pupilas.

—¡Perdon!... ¡hija mia!... ¡perdon! ver á mi hija al menos.... Despues de muerta... los honores de mi rango... murmuró.

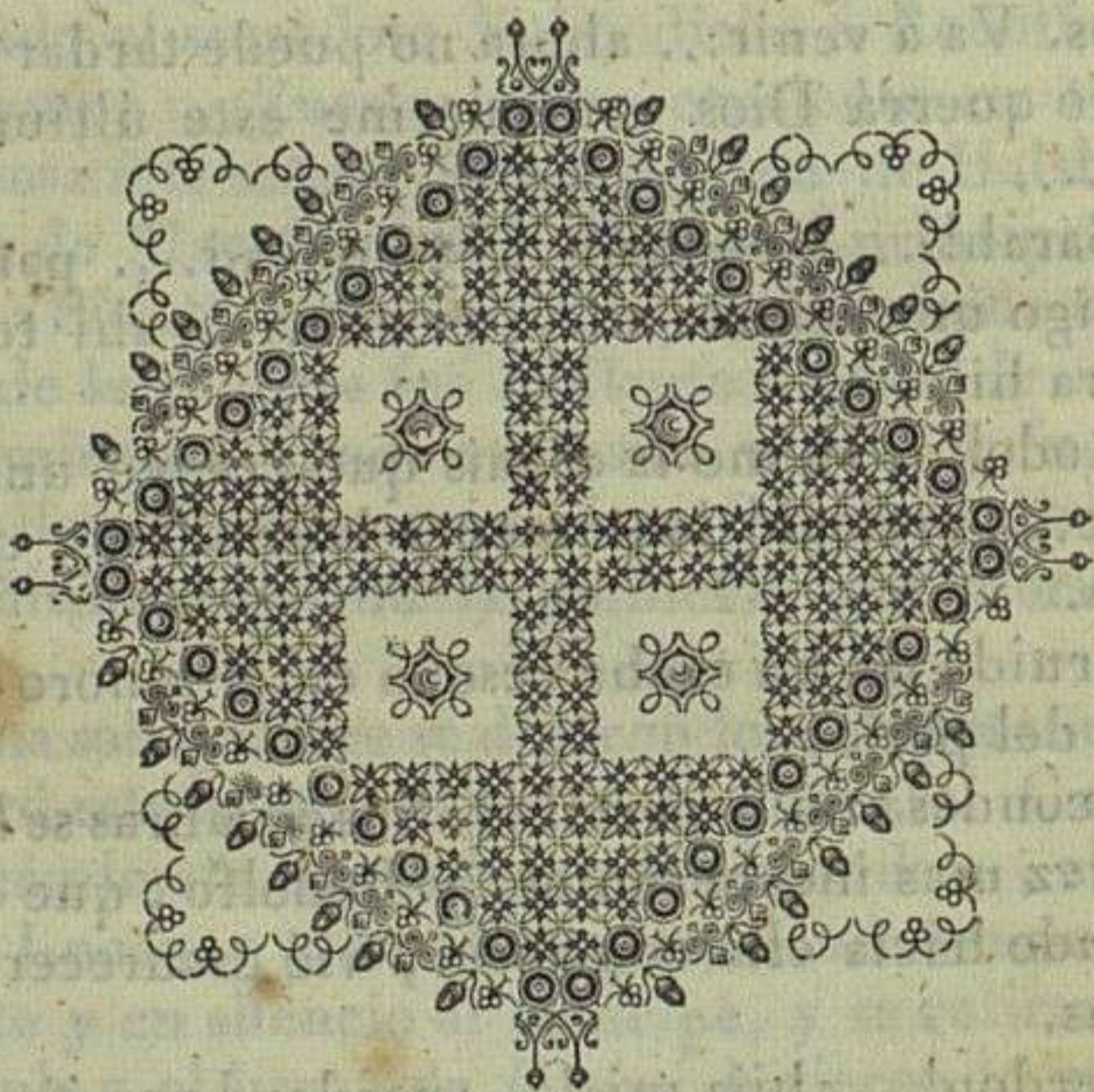
Tales fueron las últimas palabras inteligibles de Sarah... La idea fija y dominante de toda su vida habia vuelto á presentarse á pesar de su sincero arrepentimiento.

De repente entró Murph.

—Monseñor, la princesa María.

—No; esclamó con viveza Rodolfo, que no entre... Decid á Seyton que haga entrar el sacerdote.... Y señalando luego á Sarah, que espiraba en lenta agonía, añadió: ¡Dios la niega el último consuelo de abrazar á su hija!

Media hora despues la condesa Sarah Mac-Gregor habia acabado de existir.



CAPÍTULO VII.



BICETRA.

Quince dias habian pasado desde que Rodolfo con su matrimonio *in extremis* con Sarah habia legitimado el nacimiento de Flor Celeste.

Era uno de los dias de Carnaval. Establecida esta fecha, conduciremos al lector á Bicetra. Este inmenso hospital destinado, como todos saben, á la curacion de los locos, sirve tambien de lugar de refugio á siete ú ochocientos viejos pobres, que son admitidos en esta especie de casa de inválidos civiles (1) cuando tienen la edad de setenta años, ó están atacados de enfermedades muy graves.

(1) No nos cansaremos de repetir que en la última sesion ha sido desechada en medio de la risa general de la Cámara una peticion apoyada en los sentimientos y votos mas honrados, con objeto de pedir la fundacion de *casas de inválidos civiles para los trabajadores.*

Se entra en Bicetra por un vasto patio plantado de grandes árboles, dividido en cuadros adornados de flores en verano. Nada mas risueño, ni mas tranquilo y saludable que este lugar de recreo, destinado especialmente á los pobres de que hemos hablado. Rodea los edificios, en que se encuentran en el primer piso espaciosos dormitorios bien ventilados y guarnecidos de buenas camas, y en el entresuelo refectorios de admirable limpieza, en que los pensionistas de Bicetra toman juntos un alimento sano, abundante, agradable y preparado con esmero, gracias á la paternal solicitud de los administradores de este bello establecimiento.

Semejante asilo seria el ensueño del artesano viudo ó célibe que despues de una larga vida de privaciones, de trabajo y de probidad, encontraria en él el reposo y el bienestar que jamás ha conocido.

Por desgracia el favoritismo, que en nuestros dias se estiende á todo y todo lo invade, se ha apoderado de las entradas de Bicetra; de modo que en la mayor parte son criados antiguos los que gozan de aquel retiro, gracias á la influencia de sus últimos amos.

Esto nos parece una cosa escandalosa.

Nada mas meritorio que los largos honrados servicios domésticos, nada mas digno de recompensa que estos criados, que despues de largos años de cumplidos y fieles servicios, acababan en otro tiempo por formar casi parte de la familia; pero por laudables que sean tales antecedentes, es el amo y no el estado el que saca provecho de ellos, y quien debe remunerarlos.

¿No seria justo, moral y humano, que las plazas de Bicetra y las de otros establecimientos semejantes perteneciesen de derecho á artesanos escogidos.

entre los que justificaran mejor conducta y mayor necesidad?

Para ellos, estos retiros, por limitado que fuese su número, serian al menos su lejana esperanza que aligeraría un poco su fatiga y miseria diaria; saludable esperanza que los animaría al bien, mostrándoles en un porvenir, lejano seguramente, pero cierto al fin, un poco de calma y de felicidad por recompensa. Y como que no podrían optar á estos retiros sino acreditando una conducta irrepreensible, su moralizacion se haria por decirlo así forzosa.

¿Es demasiado pedir quizás, el pedir que el corto número de trabajadores que alcanzan tan avanzada edad á través de toda clase de privaciones, tengan al menos la suerte de obtener un día en Becetra un pedazo de pan, el descanso y un abrigo para su vejez consumida?

Verdad es que semejante medida escluiria para siempre de este establecimiento á los literatos, á los sábios y artistas de avanzada edad que no tienen otro refugio... Porque en nuestros días hombres cuyos talentos, cuyo saber é inteligencia han sido estimados en su tiempo, obtienen á duras penas un lugar entre esos viejos criados que el crédito de sus amos envia á Bicetra.

¿Es demasiado pedir, el pedir en nombre de los hombres que han concurrido á las glorias y á los placeres de la Francia, de los hombres cuya reputacion ha sido consagrada por el voto popular el que se asegure á su vejez un retiro modesto pero honrado?

Seguramente que es demasiado... Y con todo citemos un ejemplo entre mil: se han gastado ocho ó diez millones en el monumento de la Magdalena, que no es ni un templo ni una iglesia. ¡Cuánto bien podria hacerse con esta cantidad enorme! ¿No podia

fundarse, por ejemplo, una casa de asilo en que doscientas cincuenta ó trescientas personas que se hubiesen hecho notables como sábios, poetas, músicos, médicos, abogados, etc., etc. (puesto que casi todas estas profesiones tienen respectivamente sus representantes entre los pensionistas de Bicetra), hubiesen encontrado un retiro honroso?

Seguramente que era esto una cuestión de humanidad, de pudor y de dignidad nacional para un país que pretende marchar al frente de las artes, de la inteligencia y la civilización; pero no le ha ocurrido á nadie...

Hejesipo Moreau y tantos otros raros ingenios han muerto en el hospital ó en la indigencia... Algunas inteligencias elevadas que han lucido en otro tiempo con un brillo puro y radiante, visten hoy día en Bicetra la hopalanda de los demás pobres... aquí no tenemos como en Lóndres un establecimiento de caridad (1), en que un extranjero sin recursos encuentra al menos por una noche un abrigo, una cama y un pedazo de pan...

Los obreros que van á la plaza de Greve á buscar trabajo ó á esperar quien los emplee, no tienen siquiera para guardarse de la intemperie de las estaciones un cobertizo semejante al que en las ferias abriga al ganado que está para vender (2) Con todo

(1) *Sociedad de beneficencia* fundada en Lóndres por el conde de Orsay, uno de nuestros compatriotas, que continua dispensando á esta noble y grande obra su protección tan generosa como ilustrada.

(2) Conocemos la actividad y celo del señor prefecto del Sena y de la policía, y su excelente voluntad en favor de las clases pobres y proletarias. Esperamos que esta reclamación llegará á sus oídos, y que su iniciativa en el consejo municipal cambiará este estado de cosas. El gasto se-

Greve es la Bolsa de los operarios que no tienen trabajo ; Bolsa en la que no se hacen mas que transacciones honrosas que no tienen otro fin que el de obtener un trabajo impropio y un salario insuficiente, con el que el artesano paga su pan bien amargo.

Porque....

Pero seria nunca acabar el querer hacer la enumeracion de todas las fundaciones útiles sacrificadas á esa grotesca imaginacion de templo griego, que se ha acabado por destinar al culto católico....

.....

Pero volviendo á Bicetra , diremos para enumerar los diferentes destinos de aquel establecimiento, que en la época de esta relacion, eran conducidos allí los condenados á muerte despues de haberseles leído la sentencia. En una de las piezas de este edificio estaban entonces la viuda Marcial y su hija Calabaza , esperando el momento de su ejecucion fijada para el dia siguiente ; ni una ni otra habian pretendido mejorar su sentencia ni en apelacion ni en súplica. Nicolás, el Esqueleto y muchos otros bandidos habian logrado escapar de la prision la vispera de su traslacion á Bicetra.

ria insignificante y reportaria un gran beneficio. Lo mismo podia hacerse con respecto á los préstamos gratuitos del Monte de Piedad cuando la suma que se pidiera fuera menor, por ejemplo, de tres ó cuatro francos. ¿No deberia tambien, lo repetimos, reducirse el exorbitante importe del interés? ¿Cómo es que la ciudad de París tan poderosamente rica, no hace gozar á las clases pobres de las ventajas que les ofrecen como he dicho, muchas ciudades del Norte y del Mediodía de la Francia prestando gratuitamente, ó al tres ó cuatro por ciento? (Véase en la excelente obra de Mr. Blayse sobre la estadística y la organizacion del Monte de Piedad, obra llena de hechos curiosos y de apreciaciones sinceras, elocuentes y elevadas.

Nada mas risueño, hemos dicho ya, que la entrada en este edificio por el patio de los pobres viniendo de París.

Como la primavera se habia adelantado, los olmos y los tilos estaban ya cubiertos de verdes retoños; los céspedes del piso estaban estremadamente frescos, y los cuadros empezaban á esmaltarse de primaveras, de campanillas y de azucenas de vivos y variados colores; el sol doraba la brillante arena de los pasillos y andenes. Los viejos pensionistas, vestidos de hopalandas grises, se paseaban acá y acullá, ó conversaban sentados en los bancos: su fisonomía serena indicaba generalmente la calma, la quietud, y una especie de indolencia tranquila.

Un relox de la casa acababa de dar las once, cuando pararon dos coches delante de la verja exterior, y bajaron del primero la señora Jacinta, German y Rigolette; del segundo, Luisa Morel y su madre.

German y Rigolette estaban casados hacia quince dias. Figúrese el lector la exaltada alegría y la turbulenta felicidad que brillaban en el rostro alegre de la griseta, cuyos floridos lábios no se abrian mas que para reir, sonreir, ó llamar madre á la señora Jacinta, dándola estrechos abrazos.

Las facciones de German indicaban una felicidad mas tranquila, mas reflexiva y grave; mezclábase en ella un sentimiento de reconocimiento profundo, que llegaba casi á respeto, hácia aquella buena y animosa jóven, que le habia prodigado en la cárcel consuelos tan caritativos y encantadores, de lo que Rigolette no parecia acordarse lo mas mínimo; de modo que cuando su querido German hacia girar sobre aquello la conversacion, hablaba luego de otra cosa, pretestando que aquel recuerdo la entristecia. A pesar de que era ya la señora German,

y de que Rodolfo la hubiese dotado con cuarenta mil francos, no habia querido Rigolette cambiar por un sombrero su tocado, y su marido habia sido tambien de este parecer. Seguramente que jamás habia dado la humildad mas realce á una inocente coquetería, porque nada habia mas gracioso ni mas elegante que su papalina de guarniciones chafadas, algo parecidas á lo aldeana, adornada en cada lado con dos grandes lazos de color de naranja, que realizaban el negro luciente de su cabello, que traía largo y rizado desde que tenia tiempo para empapelarlo; un cuello ricamente bordado rodeaba la encantadora garganta de la jóven desposada; una pañoleta de cachemira del mismo color de las cintas de la papalina, velaba á medias su talle delgado y fino; y aunque iba sin corsé, segun su costumbre, (á pesar de que tenia entonces tiempo para abrochárselo), su vestido de tafetan de color de malva no hacia un solo pliegue sobre aquel cuerpo esbelto y torneado, como el de la Galatea de mármol.

La señora Jacinta contemplaba á su hijo y á Rigolette con una felicidad profunda.

Luisa Morel, despues de haber sufrido los largos trámites de una sumaria minuciosa, y hecha la autopsia de su hijo, habia sido puesta en libertad por la sala del crimen; las bellas facciones de la hija del lapidario, marchitadas por el pesar, revelaban una especie de resignacion dulce y triste; su madre, gracias á la generosidad de Rodolfo, y á los cuidados que la habia hecho prodigar, habia recobrado la salud.

El conserge de la puerta exterior preguntó á la señora Jacinta lo que queria, y cuando esta hubo contestado que uno de los médicos de las salas de locos la habia citado para las once y media, junto con las personas que la acompañaban, dejó á su

eleccion el que esperara al doctor en una salita que le indicó , ó en el gran patio plantado de árboles, de que hemos hablado. Prefirió ella este último partido; apoyóse del brazo de su hijo, y continuando su conversacion con la muger del lapidario, recorrió los andenes del jardin , siguiéndola de cerca Luisa y Rigolette.

—¡Qué contenta estoy con volveros á ver, querida Luisa! dijo la griseta. Cuando hemos estado á buscaros en la calle del Temple al llegar de Bouqueval , queria subir á vuestra casa ; pero mi marido no quiso , porque dijo que estaba demasiado alto, y he tenido que esperar en el coche; habeis entrado en el vuestro , que nos ha seguido , y de ahí es que os veo por primera vez desde que....

—Desde que venisteis á consolarme á la cárcel.... ¡Ah ; señorita Rigolette! exclamó Luisa enternecida ; ¡qué buen corazon!... qué....

—Alto ahí , querida Luisa , dijo la griseta interrumpiendo alegremente á la hija del lapidario, con el fin de librarse de su agradecimiento ; ya no me llamo señorita Rigolette , sino señora German.... creo que lo sabeis , y os advierto que me gusta conservar mis títulos.

—Sí.... sabia que estabais casada.... pero dejadme que os dé gracias por....

—Lo que ignorais seguramente , mi buena Luisa , replicó la señora German, interrumpiendo de nuevo á su compañera , á fin de cambiar el curso de sus ideas , lo que ignorais es , que si me he casado , lo debo á la generosidad de aquel que ha sido la providencia de todos nosotros , de vos , de vuestra familia , de mí , de German y de su madre.

—¡El señor Rodolfo!... ¡oh! nosotros le bendecimos todos los dias.... Cuando salí de la cárcel , el abogado que habia venido de su parte á verme , á acon-

sejarme y darme ánimo, me dijo, que gracias al señor Rodolfo, que habia ya hecho tanto por nosotros, el escribano Ferrand.... y la infeliz no pudo pronunciar este nombre sin estremecerse.... el señor Ferrand habia asegurado, para reparar sus crueldades, una renta para mí, y otra para mi padre.... que continúa aqui, pero que, gracias á Dios, va mejorando.

—¿Y volverá hoy á París con vos, si se realiza la esperanza de este buen médico?

—¡Quiera Dios que sea así!

—Y Dios querrá.... ¡vuestro padre es tan bueno y tan honrado!... Por mi parte estoy segura de que nos lo llevaremos. El médico piensa que es necesario causarle una gran impresion, y que la presencia imprevista de las personas que acostumbraba ver todos los dias, antes de perder el juicio, podria concluir su curacion.... y á mí, en mi corto juicio, me parece esto cierto.

—Yo no me atrevo á creer en ello todavía, señorita.

—Decid señora German, si no es que os incomode, mi buena Luisa; pero volviendo á lo que os decia, ¿quién diriais que es el señor Rodolfo?

—Es la providencia de los infelices.

—Bien.... eso sí; pero ¿y ademas.... lo ignorais? Pues bien; yo voy á deciroslo.... y dirigiéndose en seguida á su marido, que iba delante de ella dando el brazo á la señora Jacinta, y hablando con la mujer del lapidario, le dijo: No vayas aprisa, amigo mio; cansas á mamá, y luego á mí me gusta verte mas cerca.

German volvió la cabeza, acortó un poco el paso, y dirigió una sonrisa á Rigolette, la cual le envió furtivamente un beso.

—¡Qué lindo es mi querido German!... ¿no es

verdad, Luisa?... con su aire tan distinguido y su lindo talle.... ¿no es verdad que tenia razon de preferirlo á mis otros vecinos, el señor Girandeaü, el comisionista, y el señor Cabrion?... ¡Ay, Dios mio! ahora que me acuerdo de Cabrion.... ¿dónde está el señor Pipelet y su esposa? El médico habia dicho que debia venir tambien, porque parece que vuestro padre le ha nombrado muchas veces.

—No pueden tardar, porque cuando yo salí de casa, estaban ellos fuera ya hacia rato.

—¡Oh! entonces no faltarán á la cita.... en cuanto á la exactitud, el señor Pipelet es un verdadero reloj.... Pero volvamos á mi casamiento, y al señor Rodolfo: figuraos primeramente, Luisa, que él fué quien me envió á llevar á German la orden de su libertad.... ¡figuraos nuestra alegría al salir de aquella maldita prision!... Llegamos á casa, y allí, con la ayuda de German, hago una comida de verdaderos tragones; verdad es que no nos sirvió mucho, porque cuando estuvo servida, ni uno ni otro comimos; estábamos demasiado contentos. A las once se fué German, despues de habernos dado cita para la mañana siguiente.... A las cinco estaba yo trabajando, porque estaba atrasada de dos dias al menos de trabajo. A las ocho llamaron.... voy á abrir.... ¿y á quién me veo? al señor Rodolfo. Empecé por darle gracias con el fondo del alma por lo que habia hecho en favor de German; mas no me dejó concluir. — Vecinita, me dijo, German va á venir, y os encargo que le entregueis esta carta.... Tomareis ambos un coche, é ireis luego á un pueblecito llamado Bouqueval, junto á Ecoüen, en la carretera de San Dionisio. Cuando esteis allí, preguntareis por la señora Jacinta.... y divertíos.... — Voy á deciros, señor Rodolfo, contesté yo, eso será un dia de mas que habré perdido, que hará tres. —

Tranquilizaos, vecinita; encontrareis trabajo en casa de la señora Jacinta; es una excelente parroquiana que os doy. — Siendo así, sea enbuenhora, señor Rodolfo. — Adios, vecinita. — Adios, vecino, y muchas gracias.... Partió; llegó German al momento, y le conté lo sucedido: el señor Rodolfo no podía engañarnos. Subimos, pues, á un coche, alegres como dos locos, cuando la víspera estábamos tan tristes.... juzgad vos misma, querida.... ¡Ah, mi buena Luisa!... mirad, á mi pesar se me vienen las lágrimas á los ojos.... Aquella señora Jacinta que va allí delante de nosotros, era la madre de German.

— ¡Su madre!

— Sí, su madre, ¡Dios mío! su madre á quien la habian quitado cuando niño y que no esperaba ver mas. ¡Pensad la dicha de ambos! Cuando la señora Jacinta hubo llorado bastante y abrazado á su hijo, entonces entré yo. El señor Rodolfo la habia escrito seguramente muy buenas cosas de mí; porque me dijo estrechándome en sus brazos, que sabia mi conducta para con su hijo. — Y si vos quereis, madre mia, la dijo German, Rigolette será tambien vuestra hija. — ¿Si lo quiero, hijos míos? y con toda el alma: ya sé que no puedes encontrar una muger mejor ni mas linda.... Henos ahí pues instalados en una hermosa quinta con German, su madre y mis pájaros, que habia yo mandado traer, para que fueran tambien de la partida; ¡pobres animalitos! Aunque no soy aficionada á la campiña, se me pasaban tan de prisa los dias, que parecia un sueño; yo no trabajaba sino por diversion, ayudaba á la señora Jacinta, me paseaba con German, y cantaba y saltaba como una loca... Por fin, fijóse el dia de mi casamiento para ayer hizo quince dias.... La víspera llegó una hermosa carretela con un gran señor

calvo que tenia un escelente aire de bondad, y me traia de parte del señor Rodolfo un regalo de boda. Figuraos, Luisa, un gran cofre de caoba, con estas palabras escritas en letras de oro sobre una placa de porcelana azul: *Trabajo y virtud, amor y felicidad*. Abro el cofre, ¿y qué es lo que encuentro? Papalinas de blondas como esta que traigo puesta, cortes de vestido, guantes, esta pañoleta, un hermoso chal, en fin, era un cuento de hadas.

—Teneis razon que parece esto un cuento de hadas, pero ved qué bien os ha ido con ser buena y laboriosa.

—En cuanto á ser laboriosa y buena, querida Luisa, no lo he hecho á propósito... estaba de Dios... tanto mejor para mí. Pero no pára ahí... en el fondo del cofre me encuentro con una rica cartera con este mote: *El vecino á la vecina*: la abro, y veo que contenia dos pliegos, uno para German, y otro para mí: en el de German encuentro un papel que le nombraba director del Banco de los pobres, con 4,000 francos de sueldo; y en el pliego que venia dirigido á mí, encuentro un billete contra... contra el tesoro de 40,000 francos... sí, era mi dote. Quise rehusarlo; pero la señora Jacinta que habia hablado con el gran señor calvo y con German, me dijo: —Hija mia, podeis y debeis aceptar: es la recompensa de vuestra laboriosidad, de vuestra virtud... y de vuestro interés por los que padecen. Porque habeis sido tan buena, que para consolar á vuestros infelices amigos tomabais trabajo para las noches, á riesgo de perder los únicos medios de sosten con que contabais.

—¡Oh! eso es muy cierto, exclamó Luisa, no hay otra como vos en el mundo, señori... señora German.

—¡Bien, bien! le dijo al gran señor calvo, que lo

que habia yo hecho lo habia hecho por placer; y él me contestó:—No importa.... el señor Rodolfo es inmensamente rico, y vuestra dote es una demostracion de aprecio y de amistad que os hace: si os negaseis á aceptarla, le causariais un gran pesar; por otra parte como él mismo asistirá á vuestro casamiento, os obligará á que acepteis.

—¡Qué dicha es que las riquezas caigan en manos de una persona tan caritativa como el señor Rodolfo!

—Seguramente que es bien rico; ¡pero si no fuese mas que eso! ¡Ah! querida Luisa, ¡si supieseis lo que es el señor Rodolfo!... ¡Y yo que le hacia llevar mis paquetes!... Pero paciencia, vais á ver. La vispera del casamiento, por la tarde, muy tarde ya, el gran señor calvo llega en posta: el señor Rodolfo no podia venir, porque no estaba bueno, y el señor calvo debia representarlo... Entonces solamente es cuando hemos sabido que vuestro bienhechor y nuestro era... ¿á que no lo adivinais?... ¡Un príncipe!

—¿Un príncipe?

—¿Qué es lo que digo, un príncipe?... Una alteza real, un gran duque reinante, un rey en pequeño... German me ha explicado esto.

—¿El señor Rodolfo?

—¡Eh! querida, ¡y yo le habia pedido que limpiara mi aposento!

—¡Un príncipe, casi un rey! Por eso es porque tiene tanto poder para hacer bien.

—Ya comprendéis mi confusion, querida Luisa. Así que, viendo que era casi un rey, no quise rehusar la dote. Nos casamos pues. Hace ocho dias nos mandó á decir el señor Rodolfo, á mí, á German y á la señora Jacinta, que tendria mucho gusto en que le hiciéramos una visita de boda: con que fui-

mos. ¡Caramba! ¡podeis pensar qué saltos me daba el corazon! Llegamos á la calle de Plumet, y entramos en un palacio. Atravesamos salones llenos de criados cargados de galones, de señores vestidos de negro con cadenas de plata al pecho y espada en el cinto, de oficiales de grande uniforme, ¡qué se yo.....! y luego dorados y mas dorados por todas partes, que deslumbraban. Encontramos por fin al gran señor calvo en un salon con otros señores, todos con alamares y bordados, quien nos introdujo en una pieza muy grande donde estaba el señor Rodolfo.... es decir el principe, vestido con mucha sencillez, con un aire tan bueno, tan franco, tan poco altivo... en fin, el aire del señor Rodolfo de antes, que luego me sentí con ánimo, acordándome que le habia hecho clavar un alfiler en mi chal, cortarme plumas y darme el brazo por las calles.

—¿Y no tuvisteis mas miedo? ¡oh! ¡cómo hubiera temblado yo!

—¡Pues yo no temblé! Despues de haber recibido á la señora Jacinta con una bondad sin igual, y dando la mano á German, me dijo á mí:—¿Y bien, vecinita, cómo están Papá Crestudo y Ramoneta? (estos son los nombres de mis pájaros, y es menester que sea muy amable para haberse acordado de ellos).—Estoy seguro, añadió, que ahora vos y German apostais á cantar á vuestros dos pajaritos. Sí, monseñor (la señora Jacinta nos habia ido dando leccion todo el camino á mí y á German, diciéndonos que debíamos tratar de monseñor al principe). Sí, monseñor, nuestra dicha es muy grande y nos parece mas dulce y mas grande todavía porque la debemos á V. A.—No es á mí á quien la debeis; querida, sino á vuestras escelentes cualidades y á las de German, etc., etc. Paso por alto todos sus demas cumplimientos. Por fin dejamos á aquel se-

ñor con el corazón no poco conmovido, porque no le veremos ya más. Nos dijo que se volvía á Alemania dentro de pocos días, quizás haya marchado ya; pero que haya marchado que no, su recuerdo estará siempre con nosotros.

— ¡Qué felices deben ser los súbditos que él tiene!

— ¡Ya podeis pensar! á nosotros que no le somos nada, nos ha hecho tanto bien... Olvidaba deciros que en aquella quinta habia habitado una de mis antiguas compañeras de prision, una muchacha muy buena y honrada, que para su dicha habia encontrado tambien al señor Rodolfo; pero la señora Jacinta me recomendó mucho el que no hablara de ella al príncipe; yo no sé por qué á él no le gusta que hablen del bien que hace... lo cierto es, que parece que la buena Guillabaora ha encontrado á sus padres, que se la han llevado lejos, muy lejos: lo que yo siento es no haberla podido dar un abrazo antes de que marchara.

— Dejadla, dijo amargamente Luisa, tambien ella es feliz.

— Perdon, mi buena Luisa, soy una egoista que no os hablo mas que de felicidad, á vos que teneis tantas razones todavia para estar triste.

— ¡Al menos si mi hijo viviese! dijo tristemente Luisa, interrumpiendo á Rigolette, él me hubiera consolado; porque ahora ¿quién seria el hombre honrado que me quisiese aunque tenga dinero?

— Al contrario, Luisa, yo digo que solo un hombre honrado puede comprender vuestra posicion; sí, cuando lo sabrá todo, y os conocerá, no podrá menos de teneros compasion y estimaros, y estará bien seguro de tener en vos una buena y honrada muger.

— Esto lo decis para consolarme.

— No ; lo digo porque es verded.

— Por fin, que sea verdad ó no, siempre me hace bien, y os doy gracias... Pero ¿quién viene allí? ¡Hola! son el señor Pipelet y su esposa... ¡Dios mio, y qué contento parece estar él! Pues estos dias pasados estaba siempre triste por causa de las bromas de Cabrion.

En efecto, el señor Pipelet y su esposa se adelantaban alegremente. Alfredo siempre con su inamovible sombrero de campana, traia una magnífica casaca de paño verde claro, en todo su lustre; su corbata de puntas bordadas daba paso á un formidable cuello de camisa, que le ocultaba á medias las orejas; un gran chaleco de fondo amarillo subido con rayas de color de castaña; un pantalon negro algo corto de piernas; unas medias de deslumbrante blancura, y unos zapatos lustrados con clara de huevo, completaban su equipage.

Anastasia se pavoneaba con un vestido de merino color de amaranto, sobre el cual resaltaba un chal azul oscuro... Esponia con orgullo á los ojos de todos su peluca recién rizada, y traia colgada del brazo por las cintas de color verde su papalina, á manera de ridículo.

La fisonomía de Alfredo, por lo regular tan grave y recogida, y tan abatida últimamente, estaba radiante y alegre. Desde lo mas lejos que percibió á Luisa y á Rigolette, corrió á ellas gritando con su voz de bajo:

¡Estoy libre... ha partido!

— ¡Dios mio! ¡señor Pipelet, dijo Rigolette, qué aire tan bullicioso traeis! ¿qué hay? ¿qué hay?

— Ha partido... señorita, ó mejor diré, quiero decir, puedo decir, debo decir señora; porque ahora sois exactamente como Anastasia, gracias al *conjun-*

go, lo mismo que vuestro marido, el señor German, es exactamente lo mismo que yo.

— Sois muy bueno, señor Pipelet, dijo Rigolette sonriendo; pero ¿quién es el que ha partido?

— ¡Cabrion! exclamó el señor Pipelet respirando y aspirando el aire con indecible satisfacción, como si se le hubiera quitado un peso enorme... ¡Sale de Francia para siempre, para toda la vida, para una eternidad!... Por fin ha partido.

— ¿Estais bien seguro?

— Yo mismo lo he visto... estos ojos lo han visto subir en la diligencia, camino de Stransburgo, él, su equipage y todos sus efectos; es decir, una caja de sombrero, un palo de caballete y una caja de colores.

— ¿Qué es lo que os cuenta mi viejecito? dijo Anastasia llegando sin aliento, porque habia tenido muchos trabajos en seguir la precipitada corrida de su Alfredo. ¿Apuesto á que os habla de la marcha de Cabrion? Todo el camino ha venido charlando de lo mismo.

— Anastasia, ya lo sabes, ahora me parece que no toco en el suelo... Antes me parecía que mi sombrero estaba forrado de plomo; pues ahora yo diria que el aire me levanta hácia el firmamento. ¡Por fin, ha partido! ¡ha partido, y no volverá mas!

— No volverá por fortuna el picaruelo.

— Anastasia... respetad á los ausentes... La dicha me hace clemente, y diré solamente que era un digno truan.

— ¿Y cómo habeis sabido que iba á Alemania? preguntó Rigolette.

— Por un amigo de mi rey de los inquilinos.... Y á propósito de ese querido muchacho, ¿vosotros no sabeis que, gracias á los buenos informes que ha dado de nosotros, ha sido nombrado Alfredo primer

conserge de un Monte pio y Banco de caridad, fundados en nuestra casa por una buena alma, que yo tengo para mí, que ha de ser aquella de quien era Rodolfo comisionista para limosnas?

—Pues esto se combina bien, repuso Rigolette; mi marido es director de este Banco tambien por el crédito del señor Rodolfo.

—¡Vaya, vaya! ¡tanto mejor! exclamó alegremente la señora Pipelet. Mas valen los conocidos que los forasteros; mas valen caras vistas que caras nuevas... Pero volviendo á Cabrion, figuraos que cuando vino un gran señor gordo y calvo á hacernos saber el nombramiento de Alfredo de conserge, nos preguntó si habia vivido en nuestra casa un pintor de mucho talento llamado Cabrion. Al oír este nombre ya teneis á mi viejecito con su bata al aire y con la pataleta. Afortunadamente, añadió el calvo, este jóven pintor va á marchar á Alemania, dondo se lo lleva una persona muy rica, para encargarle unos trabajos que le detendrán muchos años, y quizás se fige en el estrangero para toda su vida. En fé de lo cual el calvo dió á leer á mi viejecito el dia de la marcha de Cabrion, y el billete de la diligencia.

—Y tuve la dicha de leer en él: «El señor Cabrion, artista pintor, sale para Strasburgo á diligencias.»

—La marcha estaba fijada para esta mañana.

—Y me fui á la casa de postas con mi esposa.

—Y vimos al tunantuelo subir al pescante al lado del mayoral.

—Y por fin al momento de arrancar el coche, me ve Cabrion, me reconoce, vuelve la cabeza y me grita: «me voy para siempre... tuyo eternamente.» Por fortuna la trompeta del conductor ahogó casi estas últimas palabras, y aquel tuteo indecoroso que desprecio... en fin, gracias á Dios, ha partido.

—Y partido para siempre, creedlo, señor Pipe-

let, dijo Rigolette conteniendo una violenta gana de reirse. Pero lo que vos no sabeis, y que va á sorprenderos mucho.... es que el señor Rodolfo era...

—¿Qué era?

—Un príncipe disfrazado... una alteza real.

—¡Vaya, vaya, qué farsa! dijo Anastasia.

—Os lo juro por mi marido, dijo muy seriamente Rigolette.

—Mi rey de los inquilinos... ¡Una alteza real! exclamó Anastasia. ¡Vaya! ¡vaya! y yo que le encargué guardara la casa! ¡Perdon.... perdon.... perdon....!

Y al hacer estas exclamaciones, volvió á ponerse maquinalmente la papalina, como si aquel tocado hubiese sido mas propio para hablar de un príncipe.

Por una manifestacion diametralmente opuesta en cuanto á la forma, pero en el fondo igual, Alfredo se descubrió completamente, contra su costumbre, y saludó con reverencia el vacío, exclamando: ¡Un príncipe.... una alteza real en mi habitacion!... ¡Y me ha visto entre sábanas, cuando estaba en cama por las tunanterias de Cabrion!

En este momento volvió la cabeza la señora Jacinta, y dijo á su hijo y á Rigolette:

—Hijos míos, hé aqui el señor doctor.

El doctor Herbin, hombre de avanzada edad, tenia una fisonomía distinguida, y que indicaba mucho talento; una mirada notable por su extraordinaria sagacidad, y una sonrisa de bondad estremada. Su voz, naturalmente armoniosa, era casi cariñosa cuando se dirigia á los dementes; de modo que la suavidad de su acento y la mansedumbre de sus palabras, parecian muchas veces calmar la natural irritabilidad en aquellos desgraciados. Era uno de los primeros que habian sustituido en el tratamiento de los locos la compasion y la benevolencia,

á los terribles medios coercitivos adoptados antes: nada de cadenas, nada de golpes, nada de chorros de agua, y sobre todo, nada de aislamiento (salvo algun caso excepcional.)

Su alta inteligencia habia comprendido que la monomanía, la insensatez y el furor se exaltan con la coaccion y el tratamiento brutal; y que, al contrario, sometiendo á los dementes á la vida comun, mil distracciones é incidentes de todos los momentos, les impiden abismarse en una idea fija, tanto mas funesta, cuanto que está concentrada por la soledad y la intimidacion.

Asi es que la esperiencia prueba que el aislamiento es tan funesto para los dementes, cuanto saludable para los reos criminales, creciendo con la soledad la perturbacion mental de los primeros, lo mismo que la perturbacion, ó por mejor decir, la subversion moral de los segundos aumenta, y se hace incurable con la compañía de sus semejantes en corrupcion.

El sistema penitenciario actual con sus cárceles en comun, verdaderas escuelas de infamia, sus presidios, sus cadenas, sus picotas y sus cadalsos, será reputado seguramente dentro de algunos años por tan vicioso, tan salvage y atróz, como parece absurdo y atróz, en la actualidad, el tratamiento que antiguamente se daba á los locos.....

.....
—Señor, dijo la señora Jacinta (1) al doctor, he querido acompañar á mi hijo y á mi nuera, aunque no conozco á Morel. La posicion de este escelente hombre me ha parecido tan interesante, que no he

(1) Sabemos que las mugeres son admitidas con dificultad en las casas de locos; pero pedimos perdon al lector de esta irregularidad, necesaria á nuestra fábula.

podido contener el deseo de asistir con mis hijos al completo restablecimiento de su razon, que me han dicho esperais le volverá en seguida de la prueba á que vais á someterle.

—A lo menos, señora, cuento mucho con la impresion favorable que debe causarle la vista de su hija y de las personas que acostumbraba ver.

—Cuando vinieron á prender á mi marido, dijo conmovida la muger del lapidario, señalando al doctor á Rigolette, nuestra buena vecinita estaba ocupada en socorrernos á mí y á mis hijos.

—Papá conocia tambien mucho al señor German, que ha sido siempre muy bueno para nosotros, añadió Luisa. Y señalando despues á Alfredo y Anastasia, añadió: Los señores son los porteros de nuestra casa, y habian tambien ausiliado á menudo á nuestra familia en lo que podian.

—Os doy gracias, señor, dijo el doctor á Alfredo, porque os hayais incomodado en venir; pero con lo que me dicen de vos, conozco que esta visita no os habrá costado mucho.

—Caballero, dijo Alfredo inclinándose con gravedad, los hombres debemos ayudarnos recíprocamente, porque somos hermanos.... sin contar con que Morel era la flor de los hombres honrados, antes de que perdiera el juicio por su arresto y el de Luisa.

—Y siempre me ha dolido, siempre, el que la cazuela de sopas calientes que les eché á los corchetes, no hubiese sido plomo derretido.... ¿no es verdad, viejecito? plomo derretido debia ser.

—Es verdad; debo dar este justo testimonio del afecto que mi esposa tenia á los Morel.

—Si no teneis miedo, señora, dijo el doctor Herbin á la madre de German, á la vista de los locos; atravesaremos muchas salas para llegar al edificio

exterior en que he juzgado á propósito mandar conducir á Morel , á quien he dado orden esta mañana de que no lo llevaran á la granja , como acostumbra ir.

—¿A la granja , señor?... ¿hay aquí una granja?... dijo la señora Jacinta.

—¿Os sorprende esto , señora?... lo concibo. Sí , tenemos aquí una granja , cuyos productos son un grande recurso para la casa , y la trabajan los locos (1).

—¿Trabajan en libertad?

—Ciertamente ; y el trabajo , la calma del campo , y la vista de la naturaleza , son uno de nuestros medios curativos. Un solo guardian los acompaña allá , y no hay casi un ejemplo de evasion. Van allí con una verdadera satisfaccion , y el corto salario que ganan , sirve para mejorar su suerte , y procurarles pequeños goces.... Pero hémos ahí llegados á una de las salas.... Y luego , notando en la fisonomía de la señora Jacinta una ligera tinta de aprension , añadió el doctor : Nada temais , señora ; dentro de algunos minutos estareis tan confiada como yo.

—Os sigo , señor ; venid , hijos.

—Anastasia , dijo en voz baja el señor Pipelet , que se habia quedado un poco atrás con su esposa ; cuando pienso que si la infernal persecucion de Cabrion hubiese continuado.... tu Alfredo se volvía loco , y como tal , hubiera venido á aumentar el número de estos infelices que vamos á ver , vestidos con trages los mas extravagantes , encadenados por mitad del cuerpo , ó encerrados en jaulas como las fieras del jardin botánico....

—No me lo digas , viejecito mio ; dicen que los locos por amor son unos verdaderos monos cuando

(1) Esta granja , admirable institucion curativa , está situada á corta distancia de Bicetra.

ven á una muger, y se arrojan á las barras de las jaulas, dando espantosos rugidos.... y sus guardianes tienen que aplacarlos á latigazos, y echándoles á la cabeza grandes cubos de agua helada, que caen de cien pies de alto.... y todavía no basta para refrescarlos.

—No os acerqueis demasiado á las jaulas de esos locos, Anastasia, dijo Alfredo con gravedad; una desgracia sucede en un momento.

—Sin contar con que no seria generoso en mí el provocarlos; porque, dijo Anastasia con melancólico acento, al fin son nuestras gracias las que ponen á los hombres de ese modo. Mira, me estremezco, Alfredo, cuando pienso que si te hubiese negado tu dicha, estarías probablemente á estas horas loco de amor, como uno de esos furiosos, y que te empuñarías en los hierros de tu jaula cuando vieses una muger, y te echarías luego á rugir, pobre viejecito.... tú que huyes cuando te hacen un guiño.

—Mi pudor es suspicáz, es verdad, y no me ha ido mal con él; pero, Anastasia, la puerta se abre, yo me estremezco.... Vamos á ver abominables caras, y á oír ruido de cadenas, y rechinamiento de dientes....

No habiendo oído Pipelet y su esposa, como habrá conocido el lector, la conversacion del médico, conservaban las preocupaciones populares que existen todavía, respecto á los hospitales de locos, preocupaciones, por otra parte, que eran realidades espantosas cuarenta años atrás.

La puerta del patio se abrió.

Este formaba un largo paralelógramo, plantado de árboles, y rodeado de bancos; á cada lado se levantaba una galería de elegante construccion, á la cual salian las celdas sumamente ventiladas; unos cincuenta hombres, uniformemente vestidos de

gris, se paseaban, conversaban, ó permanecían silenciosos y contemplativos, sentados al sol.

No podía ofrecerse mayor contraste con la idea que se tiene generalmente de las rarezas de trages y fisonomías de los dementes; necesitábase una larga costumbre de observacion para descubrir en muchos de ellos las señales ciertas de la locura.

Así que entró el doctor Herbin, presentáronse á su rededor un gran número de locos alegres y presurosos, ofreciéndole sus manos con una interesante espresion de confianza y gratitud, á la que respondió él cordialmente, diciéndoles:

— Buenos dias, hijos míos.

Algunos de aquellos infelices, demasiado distantes del doctor para tomarle la mano, fueron á ofrecerla, con una especie de repugnancia miedosa, á las personas que le acompañaban.

— Buenos dias, amigos, les dijo German con una bondad que parecia encantarlos.

— Señor, dijo la señora Jacinta al doctor, ¿son estos locos?

— Y casi los mas furiosos de la casa, contestó este sonriendo; se les deja juntos de dia, y solamente se les cierra de noche en las celdas, cuyas puertas veis abiertas.

— ¡Cómo!... ¿esos hombres son completamente locos?... pero entonces, ¿cuándo están furicosos?

— Al principio de la enfermedad, cuando los traen aqui; luego el tratamiento obra, y la vista de sus compañeros los calma y distrae; la dulzura los aplaca, y sus crisis violentas, muy frecuentes al principio, van haciéndose cada vez mas raras.... mirad, ahí teneis á uno de los peores.

Era un hombre robusto y nervioso, de unos cuarenta años, de largos cabellos negros, frente espaciosa, color bilioso, penetrante mirada, y de una

fisonomía de las mas inteligentes. Acercóse al médico, y le dijo en tono de esquisita urbanidad, aunque algo comprimido:

—Señor doctor, tambien debo yo entrar en turno para entretener y pasear al ciego: tendré el honor de haceros observar que se comete una manifiesta injusticia en privar á aquel infeliz de mi conversacion, para dejarlo entregado (y sonrió el loco con amargo desden) á las divagaciones estúpidas de un idiota, completamente falto de razon, y no creo correr riesgo de que me desmientan, y de toda nocion de ciencia alguna, mientras que mi conversacion distraería al ciego. De modo que, añadió con estremada volubilidad, yo le hubiera espuesto mi opinion sobre las superficies isothermas y ortogonales, haciéndole observar que las ecuaciones de diferencias parciales, cuya interpretacion geométrica se resume en dos faces ortogonales, no pueden generalmente ser integradas á causa de su complicacion.... Le hubiera probado que las superficies conjuntas son necesariamente todas isothermas, y hubiéramos buscado juntos, cuáles son las superficies capaces de formar un sistema triplemente isothermo. Si es que no me hago yo ilusion, señor, comparad este recreo á las estupideces de que anda rodeado el ciego, añadió el loco cobrando aliento, y decidme si no es un asesinato el privarle de mi conversacion.

—No tomeis lo que acaba de decir, señora, por disparates de un loco, dijo en voz baja el doctor. Aborda de este modo, muy á menudo, las mas altas cuestiones de geometría ó de astronomía, con una sagacidad que haria honor á los sábios mas ilustres. Su saber es inmenso; habla todos los idiomas vivos; mas ¡ah! es mártir del deseo y del orgullo de saberlo todo. Se imagina que ha absorbido en sí solo todos

los conocimientos humanos, y que deteniéndolo aquí, se vuelve á sumir á la humanidad en las tinieblas de la mas profunda ignorancia.

Y contestando al loco, que parecia aguardar su respuesta con respetuosa ansiedad, le dijo:

—Querido señor Carlos, vuestra reclamacion me parece muy justa, y conozco que ese pobre ciego, que por desgracia es mudo, pero no sordo, tendria un placer indecible en la conversacion de un hombre tan erudito como vos.... Voy á mandar se os haga justicia.

—Pero vos insistís siempre en detenerme aqui para privar al universo de todos los conocimientos humanos que me he apropiado yo, asimilándomelos.... dijo el loco animándose poco á poco, y empezando á gesticular con estremada agitacion.

—Vamos, calmaos, querido señor Carlos.... por fortuna, el mundo no ha conocido todavía lo que le falta; luego que os reclame, nos apresuraremos á satisfacerle; en cualquiera situacion puede un hombre como vos prestar eminentes servicios.

—Pero yo soy, con respecto á la ciencia, lo que era el arca de Noé, con respecto á la naturaleza física, exclamó rechinando los dientes y con torva mirada.

—Lo sé, amigo mio....

—Vos quereis meter la luz debajo del vaso, exclamó el insensato cerrando los puños. Pero entonces yo os romperé como un vidrio, añadió con gesto amenazador, colorada de cólera la cara, y con las venas hinchadas á punto de rompersele.

—¡Ah, señor Carlos! contestó el doctor clavando en el loco una mirada tranquila, fija y penetrante, y dando á la voz un acento cariñoso y adulator; creia que erais el hombre mas sábio de los tiempos modernos.

— Y de los antiguos... exclamó el loco olvidando de repente su cólera por su orgullo.

— No me dejais acabar.... Decia que os creo el hombre mas sábio de los tiempos pasados... presentes....

— Y futuros.... añadió el loco orgulloso.

— ¡Oh! el maldito charlatan me interrumpe siempre, dijo el médico sonriendo y dándole golpecitos en el hombro. ¡No parece sino que no sepa yo toda la admiracion que escitais y mereceis! Vamos á ver al ciego, vamos, llevadme adonde esté.

— Sois un buen hombre, doctor, venid, venid; vais á ver lo que le haré oír cuando pueda decirle buenas cosas, dijo el loco completamente calmado, y andando delante del médico con aire satisfecho.

— Confiésoos, señor, dijo German que se habia acercado á su madre y esposa, cuyo pavor habia notado cuando el loco habia hablado y gesticulado con tanta violencia; confiésoos que hubo un momento en que temí una crisis.

— ¡Ca, señor! antes á la primera palabra de exaltacion, al primer gesto de amenaza de este infeliz, los guardianes se le hubieran echado encima, le hubieran agarrotado, llenado de golpes, é inundado de agua fria.... Juzgad vos mismo del efecto de semejante tratamiento sobre una naturaleza irritable, cuya fuerza de expansion es tanto mas violenta, cuanto mas comprimida está. Entonces hubiese caido en uno de aquellos espantosos accesos de furor que desafiaban á las mas poderosas ataduras, se exasperaban por su frecuencia, y se hacian casi incurables; mientras que vos lo habeis visto, no comprimiendo en su principio esta efervescencia momentánea, ó distrayéndola con ayuda de la escésiva movilidad del espíritu que se nota en muchos

locos, estos hervores efimeros se aplacan casi con tanta prontitud como se levantan.

— ¿Y quién es ese ciego de quien habla; es una fantasma de su imaginacion? preguntó la señora Jacinta.

— No señora, es una historia muy estraña, contestó el médico. Ese ciego fué recogido en una guarida de los Campos Elíseos, donde se capturó á una cuadrilla de ladrones asesinos: se le encontró encadenado dentro de una cueva subterránea, junto al cadáver de una muger tan horriblemente mutilada, que no fué posible reconocerla.

— ¡Ah, eso es horrible! dijo la señora Jacinta estremecida (1).

— Ese hombre es una fealdad horrible, toda su cara está corroida por el vitriolo. Desde su llegada aqui no ha pronunciado una sola palabra. No sé si es realmente mudo, ó si finge serlo.... Por una singular casualidad, han sido siempre, durante mi ausencia y de noche, las solas crisis que ha tenido. Todas las preguntas que se le dirigen quedan por desgracia sin respuesta: de modo que es imposible adquirir noticia alguna acerca de su posición; sus accesos parecen causados por un furor, cuya causa es impenetrable; porque no pronuncia una sola palabra. Los otros dementes le guardan muchas atenciones, guían sus pasos, y toman gusto en conversar con él, ¡ah! segun el grado de su inteligencia.... Mirad.... ¡hélo ahí!

Todos los que acompañaban al médico, retrocedieron espantados al ver al Dómine, porque era él. No estaba loco; pero se fingia mudo y demente.

(1) Rodolfo habia dejado ignorar siempre á la señora Jacinta al suerte del Dómine, desde que habia escapado del presidio de Rochefort.

Habia asesinado á la Mochuelo en un acceso, no de locura, sino de fiebre ardiente, semejante al que habia tenido cuando su terrible vision en la granja de Bouqueval.

En seguida de su arresto en la taberna de los Campos Elíseos, saliendo de su delirio momentáneo, habia despertado en una de las celdas del depósito de la Conserjería, donde se encierra provisionalmente á los locos. Oyendo decir en derredor suyo: Es un loco furioso, resolvió continuar representando este papel, y se impuso un mudismo completo, á fin de no comprometerse con sus respuestas, en caso que se dudara de su pretendida locura.

Esta estratagemata le salió bien. Conducido á Bicetra, aparentó de tiempo en tiempo violentos accesos de furor, teniendo cuidado de escoger siempre la noche para estas manifestaciones, á fin de escapar á la penetrante observacion del médico director, no llegando casi siempre hasta el fin de la crisis el cirujano, despertado y llamado precipitadamente.

El cortísimo número de cómplices del Dómine que sabian su verdadero nombre y su evasion del presidio de Rochefort, ignoraban lo que se habia hecho de él, y no tenian por otra parte ningun interés en denunciarlo: de modo que no era fácil comprobar la identidad de su persona, y esperaba él pasar en Bicetra el resto de sus dias, continuando su papel de mudo y loco.

Siempre.... sí.... este era entonces el único voto, el solo deseo de aquel hombre, gracias á la imposibilidad de hacer mal, que paralizaba sus perversas inclinaciones. El lector sabe ya, que con el aislamiento en que habia vivido en la caverna del Zurdillo, el remordimiento se habia apoderado poco á poco de aquel hombre.

A fuerza de concentrar su espíritu en una incessante meditación del recuerdo de sus crímenes pasados; privado de toda comunicación con el mundo exterior, sus ideas acababan á menudo por tomar cuerpo, y formarse imágenes en su cerebro, como dijera él mismo á la Mochuelo: entonces se le aparecían algunas veces las facciones de sus víctimas; pero no era aquello locura, sino la fuerza de sus recuerdos elevada á su último grado.

Así, pues, aquel hombre todavía en la fuerza de su edad, y de constitución atlética, aquel hombre que debía vivir todavía largos años, y que gozaba de toda la plenitud de su razón, debía pasar esos numerosos años entre locos, y mudo enteramente... Sino, era descubierto y llevado al cadalso por sus nuevos asesinatos, ó condenado á perpétua reclusión entre bandidos, los cuales le inspiraban un horror que aumentaba en razón de su arrepentimiento.

Estaba el Dómine sentado en un banco; un bosque de largos y erizados cabellos cubría su cabeza enorme, y apoyado de codos sobre sus rodillas, descansaba su barba en una mano. En aquella mascarilla horrible, aunque privada de la vista, aunque reemplazasen á sus narices dos agujeros, aunque su boca fuese disforme, se manifestaba todavía una desesperación sombría é incurable.

Un loco de cara triste, benévola y juvenil, arrodillado delante del Dómine, le tenía cogida con ambas manos la suya robusta, le miraba con ternura, repetía continuamente con voz suave estas solas palabras:

— Fresas.... fresas.... fresas....

— Ahí teneis, dijo con gravedad el loco sábio, la sola conversacion que el idiota sabe dar al ciego. Si tiene cerrados los ojos del cuerpo, no dejará de te-

ner abiertos los del alma, y me agradecerá el que me ponga en comunicacion con él.

— No lo dudo, dijo el doctor mientras que el pobre demente de cara melancólica, contemplaba compadecido la abominable del Dómine, y repetía con su voz melosa.

— ¡Fresas... fresas... fresas!

— Desde que entró aquí este pobre loco no ha pronunciado otras palabras que estas, dijo el médico á la señora Jacinta que miraba al Dómine con horror. Que misterioso lance irá unido á las solas palabras que dice, es lo que no puedo penetrar.

— ¡Buen Dios, madre mia, dijo German á la señora Jacinta, qué abatido parece este pobre ciego!

— Es verdad, hijo mio, contestó esta; me siento el corazon oprimido á mi pesar... su vista me hace mal. ¡Oh! qué triste es ver á la humanidad bajo este aspecto siniestro!

Apenas hubo pronunciado la señora Jacinta estas palabras, el Dómine se estremeció: su cara llena de costuras palideció bajo sus cicatrices, y levantó tan tristemente la cabeza por el lado de la señora German, que esta no pudo contener un grito de espanto, aunque ignoraba quién fuese aquel miserable. El Dómine habia reconocido la voz de su esposa... cuyas palabras le hacian conocer que hablaba con su hijo.

— ¿Qué teneis, madre? preguntó German.

— Nada, hijo mio; pero el movimiento de este hombre... la espresion de su cara, todo me espanta... Perdonad, señor, mi debilidad, añadió dirigiéndose al doctor; casi me arrepiento de haber cedido á la curiosidad de acompañar á mi hijo.

— ¡Oh! por una vez, madre, no hay temor ninguno.

— Ciertamente que mamá no volverá aquí en su

vida, ni vos tampoco, queridita, ¿no es verdad? dijo Rigolette... es tan triste esto, tan desconsolador.

—Vamos que sois una miedosa, ¿no es verdad señor doctor? dijo German sonriendo. ¿No es verdad que mi muger es una miedosa?

—Confieso, contestó el médico, que la vista de ese infeliz ciego y mudo me impresionó... ¡á mi que he visto miserias!

—¿Qué cara! ¿eh, viejecito? dijo Anastasia en voz baja. Pues mira, comparados contigo, todos los hombres me parecen tan feos como ese buen hombre... Por eso nadie puede alabarse tampoco de... ¿entiendes Alfredo mio?

—Anastasia, yo soñaré con esa cara... A buen seguro... tendré la pesadilla.

—Amigo, dijo el doctor al Dómine, ¿cómo os sentís?

El Dómine no contestó.

—¿No me ois? repuso el doctor dándole un golpecito en el hombro.

Tampoco contestó, bajó la cabeza, y al cabo de un corto espacio cayó una lágrima de sus ojos sin luz.

—Llora... dijo el doctor.

—¡Pobre hombre! añadió German compadecido.

—El Dómine se estremeció: oía de nuevo la voz de su hijo... Su hijo sentía por él un movimiento de compasion.

—¿Qué teneis? ¿qué pena os aflige? preguntó el doctor.

Sin contestar, ocultó el infeliz la cara entre sus manos.

—No sacaremos nada, dijo el médico.

—Dejadme hacer á mi, voy á consolarle, repuso el loco sábio con aire grave y presumido. Voy á demostrarle que todas las superficies orthogonales, en

las cuales están incluidos los tres sistemas isothermos, á saber: primero, los de las superficies de segundo orden: segundo, los de las elipsóides de revolución al rededor del grande y del pequeño eje: tercero, los... pero no, no, añadió el loco deteniéndose para reflexionar, lo entretendré con el sistema planetario. Dirigiéndose al jóven loco que estaba arrodillado delante del Dómine, le dijo: Quitate de ahí con tus fresas.

— Chico, dijo el doctor al jóven loco, es menester que entreis todos en turno para entretener y acompañar á este pobre hombre. Dejad, pues, al compañero que tome vuestro lugar.

— El jóven obedeció inmediatamente, se levantó, miró tímidamente al doctor fijando en él sus dos grandes ojos azules, le manifestó su deferencia con un saludo, hizo una seña de despedida al Dómine, y se alejó repitiendo su tema de: fresas... fresas... fresas...

El médico, conociendo la penosa impresion que esta escena causaba á la señora Jacinta, la dijo:

— Por fortuna, señora, vamos ya á ver á Morel; y si mi esperanza se realiza, vuestra alma se consolará al ver á ese escelente hombre devuelto á la ternura de su esposa é hija.

— Y se alejó de aquel sitio, seguido de cuantos le acompañaban.

El Dómine quedó solo con el loco sábio que empezó á esplicarle con mucho saber y elocuencia la marcha imponente de los astros, que describen en silencio su curva inmensa en el espacio, cuyo estado normal es la noche. Pero el Dómine su oyente no le escuchaba. Pensaba con una desesperacion profunda que ya no habia de oír mas la voz de su hijo y de su muger. Persuadido del justo horror que les inspiraba, de la desgracia, vergüenza y espanto en

que les hubiera sumido la revelacion de su nombre; hubiera antes sufrido mil muertes que descubrirse á ellos... Un solo y último consuelo le quedaba, y era el haber inspirado un momento de compasion á su hijo.

Y á su pesar se acordaba de aquellas palabras que le habia dicho Rodolfo antes de imponerle un castigo terrible: «Cada palabra tuya es una blasfemia, cada una de ellas será despues una súplica; eres audáz y cruel porque eres fuerte, serás dulce y humilde, porque serás débil; tu corazon está cerrado al arrepentimiento, un dia llorará tus víctimas.... Te has vuelto de hombre fiero, un dia tu inteligencia despertará con la expiacion.... No has respetado hasta lo que respetan las bestias salvages, su hembra y sus cachorros.... despues de una larga vida consagrada á la redencion de tus crímenes, tu última plegaria será para pedir á Dios te conceda la inesperada dicha de morir entre tu muger y tu hijo.....

—Vamos á pasar por frente del patio de los idiotas, y llegaremos al sitio en que está Morel, dijo el doctor saliendo del patio en que estaba el Dómine.

—Apesar de la tristeza que le habia causado la vista de los locos, la señora Jacinta no pudo dejar de pararse un momento al pasar delante de las verjas de un patio en que estaban encerrados los idiotas incurables.

Pobres séres que no tienen muchas veces ni el instinto animal, y cuyo origen se ignora casi siempre; que desconocidos de todos y hasta de sí mismos, atraviesan la vida absolutamente estraños á todo lo que es sentimiento é imaginacion, conociendo solo las mas limitadas necesidades animales...

El asqueroso amontonamiento de la miseria y del desórden en lo profundo de infectas guaridas, cau-

sa generalmente esta espantosa degradacion de la especie, que en lo general no alcanza mas que á las clases pobres.

Asi como generalmente la locura no se manifiesta á primera vista á los ojos del observador superficial á la sola inspeccion de la fisonomia del demente, son al contrario muy fáciles de reconocer los caracteres físicos del idiotismo.

No tuvo necesidad el doctor Herbin de hacer notar á la señora Jacinta la espresion de embrutecimiento salvage, de estúpida insensibilidad ó de embobamiento imbécil, que daba á las facciones de aquellos infelices un caracter penoso á la vista. Casi todos iban vestidos con largas zamarras sucias y hechas girones; porque ni con toda la vigilancia imaginable puede impedirse á aquellos seres faltos absolutamente de instinto y de razon, el que destrocen y empuerquen sus vestidos, arrastrándose y rodando como bestias por el fango de los patios (1) en que permanecen durante el dia.

Los unos, agazapados en los mas oscuros rincones de un cobertizo que los abrigaba, apretados y comprimidos unos sobre otros, como animales en sus guaridas, hacian oír un refunfuño sordo y continuo.

Otros, apoyados en la pared, en pié, inmóviles y mudos, miraban de hito en hito al sol.

(1) Diremos con este motivo que es imposible ver sin una profunda admiracion hácia los hombres inteligentes y caritativos, que han combinado con tanto esmero de limpieza higiénica, los dormitorios y las camas, destinados á los idiotas. Al pensar que en otro tiempo estaban amontonados estos infelices en una paja infecta, y que hoy dia tienen escelentes camas mantenidas en un estado de salubridad perfecta por medios verdaderamente maravillosos, no se puede menos, lo repetimos, de glorificar á aquellos que se han dedicado á endulzar tales miserias, sin poder

Un viejo de disforme obesidad, sentado en una silla de palo, tragaba su pitanza con una voracidad animal, echando á uno y otro lado miradas oblicuas y sobresaltadas.

Otros marchaban en circulo y muy de prisa en un corto espacio que iban limitándose, sin interrumpir aquel extraño ejercicio durante horas enteras.

Algunos, sentados por el suelo, se balanceaban sin cesar, echando adelante y atrás la parte superior de su cuerpo, cesando en aquel movimiento de una monotonía vertiginosa, solamente para reir á carcajadas con aquella risa ruidosa y gutural, propia del idiotismo.

Otros, por fin, sumidos en un completo anondamiento, no abrian los ojos sino á las horas de la comida, y permanecian todo lo demas del tiempo inertes, exánimes, sordos muchos y ciegos, sin que un grito ni un solo movimiento diesen fé de su existencia.

La completa falta de comunicacion verbal ó inteligible es uno de los caractéres mas siniestros de una reunion de idiotas; los locos al menos, á pesar de la incoherencia de sus palabras é ideas, se hablan, se reconocen y se buscan; pero entre aquellos reina una indiferencia estúpida, y un aislamiento feróz.

esperar recompensa ninguna, ni aun la gratitud del animal por su amo. Es solamente una buena accion practicada solo por ser buena y en el santo nombre de la humanidad, y asi es todavía mas noble y mas grande. Nunca serán bastante alabados los señores administradores y médicos de Bicetra dignamente sostenidos por la alta y justa autoridad del célebre doctor Ferrus, encargado de la inspeccion general de los hospitales de locos, y al cual debe la escelente *Ley sobre los dementes*, ley apoyada en sus sábias y profundas observaciones.

Jamás se les oye hablar una palabra articulada, y solo de cuando en cuando prorumpir en alguna risa salvaje, ó gemidos y gritos que nada tienen de humano. Muy corto es el número de ellos que reconocan á sus guardianes. Y con todo, lo repetimos con admiracion, por respeto á la humanidad, esos desgraciados que no parecen ya pertenecer á nuestra especie, ni aun á la de los animales, por la completa desaparicion de sus facultades intelectuales; estos seres incurablemente enfermos, que tienen mas del molusco que del animal, y que frecuentemente atraviesan de este modo todas las edades de una larga vida, están rodeados de cuidados y esmeros, y de un bienestar que ni ellos mismos conocen.

Sin duda que es hermoso el respetar de este modo el principio de la dignidad humana hasta en estos infelices que no tienen de hombre mas que la corteza.... Pero no nos cansemos de repetir, deberia pensarse en la dignidad de aquellos que, dotados de toda su inteligencia, y llenos de celo y actividad, son la fuerza viva de la nacion; deberia inspirárseles el conocimiento de esta dignidad, fomentándola y recompensándola cuando se hubiese manifestado con el amor al trabajo, la resignacion y la probidad; y no decir, por fin, con un egoismo medio ortodoxo: Castiguemos en este mundo.... que Dios premiará en el otro.....

.....
— ¡Pobres gentes! dijo la señora Jacinta acompañando al doctor, despues de haber echado una mirada de despedida al patio de los idiotas: ¡qué triste es el pensar que su mal no tiene remedio!

— ¡Ah! no lo hay, señora, contestó el doctor, sobre todo cuando han llegado á esta edad; porque en el dia, gracias á los progresos de la ciencia, los niños idiotas reciben una especie de educacion que desar-

rolla al menos el átomo de inteligencia incompleta de que á veces están dotados. Tenemos aqui una escuela (1), dirigida con tanta perseverancia como ilustrada paciencia, que presenta ya los resultados mas satisfactorios; por medios muy ingeniosos y esclusivamente apropiados á su estado, se ejercita á la vez la parte física y la moral de esas infelices criaturas, y muchas de ellas llegan á conocer las letras y cifras, y á juzgar de los colores; hasta se ha llegado á enseñarles á cantar en coro; y os aseguro, señora, que hay una especie de encanto singular, triste á la par que interesante, en oír aquellas voces aturdidas, quejumbrosas, y hasta dolientes á veces, elevarse al cielo en un canto, cuyas palabras, aunque francesas, les son casi todas desconocidas.... Pero ya hemos llegado á la parte del edificio donde está Morel.... he encargado que lo dejasen solo esta mañana, á fin de que el efecto que espero producir sobre él tenga mas eficaz acción.

—¿Y cuál es su locura, señor doctor? dijo la señora Jacinta en voz baja para que Luisa no lo oyera.

—Se figura que no ha ganado todavía mil trescientos francos para pagar una deuda que contrajo con un escribano llamado Ferrand, y que Luisa debe morir en un patíbulo por crimen de infanticidio....

—¡Ah, señor! ese escribano era un mónstruo, exclamó la señora Jacinta, que tenia noticia de la rabia del escribano contra German. Luisa Morel y su padre no son sus solas víctimas; ha perseguido tambien á mi hijo con un encarnizamiento desapiadado.

—Luisa me lo ha dicho todo, señora, contestó el doctor; gracias á Dios, ese escribano ha dejado de existir.... Pero hacedme el favor de esperar un mo-

(1) Esta escuela es tambien una de las instituciones mas curiosas é interesantes.

mento con estas buenas gentes.... voy á ver cómo se encuentra Morel. Y dirigiéndose á la hija del lapidario, la dijo: Suplícoos, Luisa, que esteis con mucha atencion; al momento en que yo diga.... venid.... entrad, pero sola.... cuando segunda vez diré.... venid.... entrarán los demas.

—¡Ah, señor! me falta el ánimo, dijo Luisa enjugando sus lágrimas; ¡pobre padre si esta prueba fuese inútil!

—Espero que le salvará, porque hace tiempo que la preparo.... Vamos, tranquilizaos, y acordaos de lo que os tengo recomendado.

Y dejando á las personas que le acompañaban, entró el doctor en un aposento, cuyas ventanas con rejas de hierro daban á un jardin.

Gracias al descanso, al saludable régimen, y al esmero con que se le cuidaba, las facciones de Morel no estaban ya pálidas ni macilentas, ni mostraban ya una flaqueza enfermiza; su cara llena y un poco colorada, se animaba por la vuelta de la salud, pero una sonrisa melancólica, y cierta fijeza que á menudo inmovilizaba todavía su mirada, indicaban que su razon no estaba del todo restablecida.

Cuando el doctor entró, Morel, sentado y encorvado sobre una mesa, figuraba el ejercicio de su oficio de lapidario, diciendo:

—Mil trescientos francos.... mil trescientos francos.... sino Luisa va al patíbulo.... mil trescientos francos.... trabajemos.... trabajemos... trabajemos.

Esta aberracion, cuyos accesos eran ya menos frecuentes cada dia, habia sido siempre el síntoma primordial de su locura. El médico sintió al principio encontrar á Morel en aquel momento bajo la influencia de su monomanía, mas esperó bien pronto sacar partido de esta circunstancia en favor de su proyecto; sacó de la faltriquera un bolsillo que

contenia sesenta y cinco luises, los cuales habia colocado en ella á propósito, cogió en la mano este dinero, y dijo bruscamente á Morel, que absorto en su simulacro de trabajo, no habia reparado en la entrada del doctor:

—Amigo Morel, ya habeis trabajado bastante.... habeis ganado por fin los mil trescientos francos que os hacian falta para salvar á Luisa..... aqui los teneis....

Y echó el doctor sobre la mesa un puñado de oro.

—¡Luisa está salvada! exclamó el lapidario recogiendo con avidéz las monedas. Corro á casa del escribano, y levantándose precipitadamente, corrió hácia la puerta.

—¡Venid! gritó el doctor con viva angustia, porque la curacion instantánea del lapidario podia depender de aquella primera impresion.

Apenas hubo dicho venid, apareció Luisa en la puerta al momento mismo en que iba su padre á abrirla.

Morel sorprendido retrocedió dos pasos, y dejó caer el oro de la mano.... Durante algunos minutos contempló á Luisa con una sorpresa profunda, no acabando de reconocerla... Parecía con todo que reuniera sus ideas; y luego acercándose á ella poco á poco, la miró con una curiosidad inquieta y temerosa.

Luisa temblando de emocion contenia difícilmente sus lágrimas, mientras que el doctor la recomendaba con un gesto que estuviese muda, y espiaba atenta y silenciosamente todos los movimientos de la fisonomía del lapidario.

Este, inclinado hácia su hija, empezó á palidecer; pasó ambas manos por su frente inundada de sudor, y dando otro paso hácia ella quiso hablarla... pero su palabra espiró en sus labios, su palidéz au-

mentó, y miró al rededor de sí con sorpresa como si saliera poco á poco de un sueño.

— Bien... muy bien, dijo en voz baja el doctor á Luisa: cuando diré: venid, echaos en sus brazos llamándole padre.

El lapidario llevó al pecho sus manos, mirándose, si es que puede decirse así, de pies á cabeza, para convencerse bien de su identidad. Sus facciones expresaban una incertidumbre dolorosa, y en lugar de fijar en su hija los ojos, parecia quererse sustraer á su vista. Entonces dijo para sí en voz baja y entrecortada:

— ¡No!... ¡No!... Un sueño... ¿dónde estoy?... Imposible, es un sueño... no es ella... Y viendo luego las monedas de oro esparcidas por el suelo, añadió: ¿Y este oro?... Yo no recuerdo... ¿despierto yo acaso?... La cabeza se me va.... no me atrevo á mirar... tengo vergüenza... esta no es Luisa...

— ¡Venid! exclamó el doctor en voz alta.

— ¡Padre mio! Conocedme... ¡soy Luisa, vuestra hija Luisa! exclamó esta desechá en llanto y echándose en brazos del lapidario en el momento en que entraba su esposa con Rigolette, la señora Jacinta, German y los Pipelet.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¿Dónde estoy? decia Morel á quien llenaba Luisa de caricias... ¿qué me queréis?... qué es lo que me pasa aqui?... Yo no puedo creer... Y luego despues de algunos momentos de silencio cogió bruscamente con ambas manos la cabeza de Luisa, la miró con atencion, y exclamó despues de algunos instantes de creciente emocion.

— ¡Luisa!....

— ¡Está salvado! dijo el doctor.

— ¡Esposo mio, mi pobre Morel! exclamó la muger del lapidario reuniéndose á Luisa.

— ¡Mi muger! repuso Morel. ¡Mi muger y mi hija!

—Y yo tambien, señor Morel... dijo Rigolette: todos vuestros amigos nos hemos citado hoy en este sitio.

—Todos vuestros amigos, señor Morel, vednos aqui! añadió German.

—¡La señorita Rigolette! ¡El señor German! dijo el lapidario reconociendo á cada uno de ellos con nueva sorpresa.

—¡Y los viejos amigos de la casa! Pues... dijo Anastasia acercándose á su vez con Alfredo.... aqui los teneis á los Pipelet.... los viejos Pipelet.... amigos hasta la muerte.... vaya, pues... señor Morel, buen dia es este.

—¡El señor Pipelet y su esposa!.... ¡Tanta gente en rededor de mí! Me parece que hace tanto tiempo.... pero.... pero por fin eres tú Luisa, ¿no es verdad? exclamó con entusiasmo estrechando en sus brazos á su hija... ¿eres tú, Luisa? ¿eres de veras tú?

—Yo soy... sí, padre mio, yo soy... aqui teneis á mi madre... á vuestros amigos.... y no os dejaremos nunca.... no tendreis ya mas pena.... porque todos seremos felices ahora... ¡todos!

—¡Todos felices!.... Pero aguarda á que recuerde.... ¿felices todos? ¡me parece no obstante que habian venido á buscarte para llevarte á la cárcel, Luisa!

—Sí, padre mio... pero he salido ya libre.... ya lo veis... ¡cuando estoy aqui junto á vos!....

—Aguardad, aguardad... ahora me va volviendo la memoria... y luego añadió aterrado... ¿Y el escribano?

—Ha muerto, ha muerto, padre mio, murmuró Luisa.

—¡Ha muerto el escribano!... ¡Oh! entonces os creo; podemos ser felices... ¿Pero en dónde estoy?

¿Cómo es que estoy aquí? ¿Cuánto tiempo hace y por qué?... Yo no recuerdo bien...

—Habeis estado tan enfermo, señor, dijo el médico, que os hemos trasportado aquí... al campo... Habeis tenido una calentura muy violenta y delirio.

—Sí, sí, sí... me acuerdo de lo último que hice antes de mi enfermedad... estaba hablando con mi hija.... ¿Y con quién mas?... ¿con quién mas?..... ¡Ah!... con un hombre bien generoso, con el señor Rodolfo, que habia impedido que me llevaran preso... Despues no me acuerdo de nada.

—Vuestra enfermedad estaba complicada con una falta de memoria dijo el médico. La vista de vuestra hija, de vuestra esposa y de vuestros amigos, os la han vuelto.

—¿Y cuál es, pues, esta casa en que estoy?

Es de un amigo del señor Rodolfo, se apresuró á decir German; se pensó que el cambio de aire os seria favorable.

—Muy bien dicho, dijo el doctor en voz baja; y dirigiéndose á un criado de la casa, le dijo: envid el coche al extremo de la calle del jardin, para que no tenga de atravesar los patios ni salir por la puerta principal.

Como acostumbra á suceder en los casos de locura, Morel ningun recuerdo ni conocimiento conservaba de la enagenacion mental que habia sufrido.

Algunos momentos despues subia Morel al coche apoyado en los brazos de su esposa y de su hija, y acompañado de un practicante de cirugia, que para mayor precaucion habia comisionado el doctor para que le acompañara hasta París, y salia de Bicetra sin sospechar siquiera que habia estado encerrado alli como loco.....

—¿Creeis doctor, que este pobre hombre esté completamente curado? decia la señora Jacinta al médico que la acompañaba hasta la puerta principal de Bicetra.

—Sí lo creo señora, y espresamente he querido dejarlo bajo la saludable influencia de esta union con su familia, de la cual hubiera temido separarle. Por otra parte, va con él uno de mis discípulos, que no lo dejará hasta su casa, é indicará el régimen que debe seguirse. Yo iré á visitarlo todos los dias hasta que su curacion esté enteramente consolidada; porque no solamente me interesa mucho, sino que me fué particularmente recomendado el dia de su entrada en el hospital por el señor encargado de negocios del gran ducado de Gerolstein.

German y su madre se miraron recíprocamente con una mirada significativa.

—Os doy las gracias, señor doctor, dijo la señora Jacinta, por la bondad con que os habeis dignado permitirme visitar este hermoso establecimiento, y me felicito de haber asistido á la interesante escena que vuestro saber ha previsto y anunciado tan hábilmente.

—Yo, señora, me felicito doblemente por este suceso, que restituye á la ternura de su familia á un hombre tan escelente.....

Profundamente conmovidas todavía por lo que acababan de presenciar, la señora Jacinta, Rigolette y German, tomaron el camino de París, lo mismo que los Pipelet.

Al momento en que volvía á entrar el doctor Herbin en los patios, encontró un empleado superior de la casa, que le dijo:

—¡Ah, querido señor Herbin, nunca diriais qué

escena acabo de presenciarse!... Para un observador como vos, hubiera sido un caudal.

— ¡Cómo! ¿qué escena es esa?

— Sabéis que tenemos aquí dos mugeres condenadas á muerte.... madre é hija, que serán ejecutadas mañana.

— Lo sé.

— Pues bien ; en mi vida he visto audacia y sangre fria como las de la madre.... Es una muger infernal.

— ¿No es la viuda de Marcial , que mostró tanto cinismo en los interrogatorios?

— La misma.

— ¿Y qué mas ha hecho?

— Habia pedido que la encerraran en el mismo calabozo que á su hija, hasta el momento de la ejecucion, y se accedió á su demanda. Su hija, mucho menos endurecida que ella , parece que se ablanda á medida que se acerca el momento fatal, mientras que la diabólica tranquilidad de la viuda aumenta todavía , si es posible.... Hace un momento ha entrado en su calabozo el venerable limosnero de la cárcel para ofrecerles los últimos consuelos de la religion. La hija se preparaba á aceptarlos, cuando su madre, sin perder un solo momento su sangre fria glacial , les ha llenado á ella y al sacerdote de los mas indignos sarcasmos: tanto, que el venerable señor ha tenido que salir del calabozo, despues de haber intentado en vano hacer oír algunas palabras de consuelo á aquella muger indomable.

— ¡La víspera de subir al cadalso!... semejante audacia, es verdaderamente espantosa.... dijo el doctor.

— Parece , por otra parte, una de esas familias perseguidas por la antigua fatalidad. El padre murió en el cadalso.... otro de los hijos está en presi-

dio.... otro condenado tambien á muerte , ha escapado últimamente.... Solo el hijo mayor y dos niños se han librado del espantoso contagio.... Con todo , la viuda ha mandado llamar á su hijo mayor , el solo hombre de bien de su execrable familia , pidiéndole que venga mañana por la mañana á recibir sus últimas órdenes.

— ¡Qué entrevista!

— ¿No teneis la curiosidad de asistir á ella?

— Francamente no. Vos sabeis mis principios con respecto á la pena de muerte , y no tengo necesidad de tan horrible espectáculo para confirmarme mas todavía en mi juicio. Si esa horrible muger lleva hasta el cadalso su carácter indómito , ¡qué deplorable ejemplo para el pueblo!

— Hay todavía algo que me parece muy singular en esta doble ejecucion , y es el dia que se ha escogido para ella.

— ¿Cómo?

— Hoy es carnaval.

— ¿Y bien?

— Mañana tiene lugar á las siete la ejecucion.... y como las bandas de gentes disfrazadas , habrán pasado esta noche en los bailes de los arrabales , mañana al entrar en París , habrán de cruzarse por fuerza con el acompañamiento fúnebre.

— Teneis razon , será un horrible contraste.

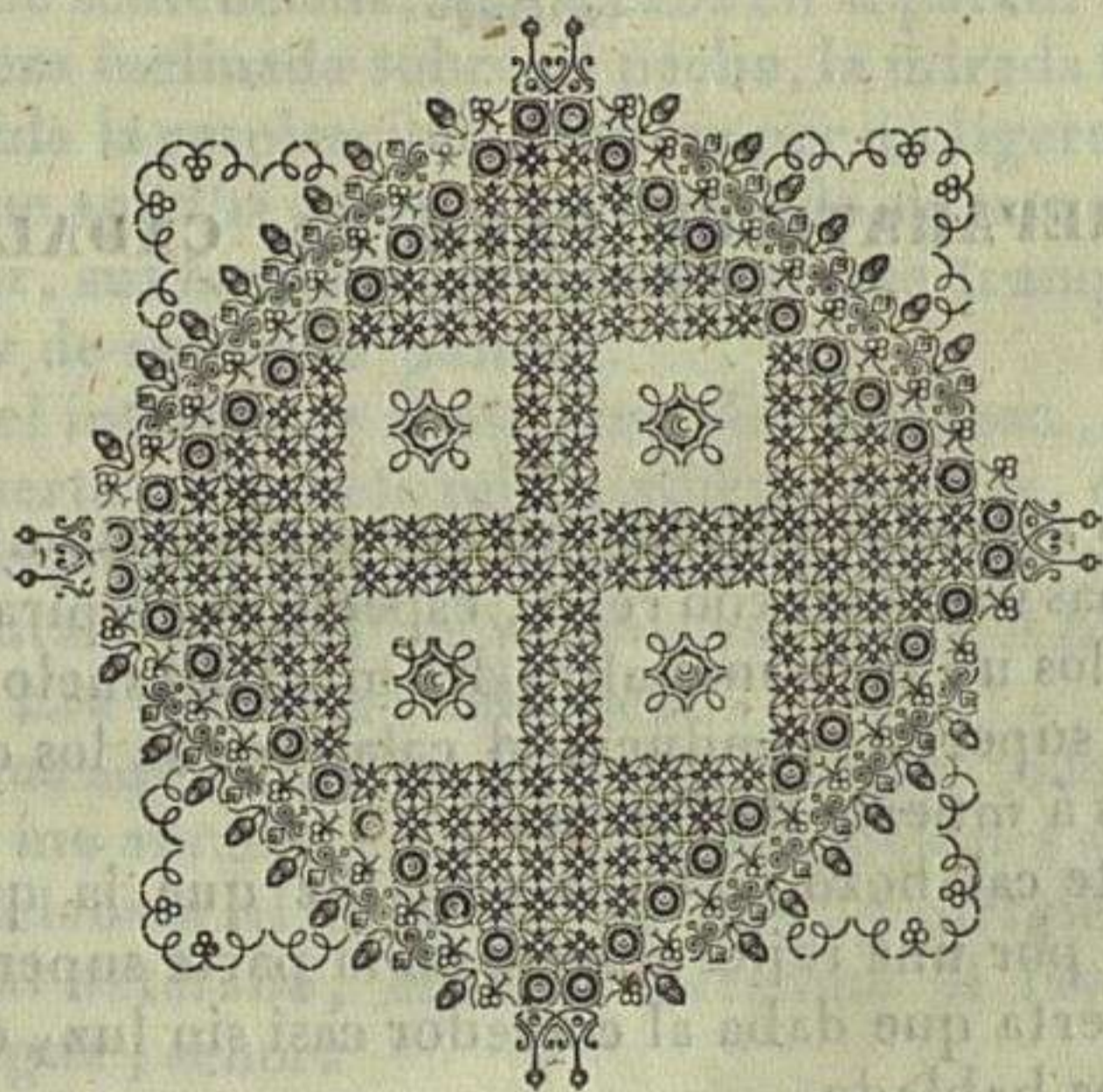
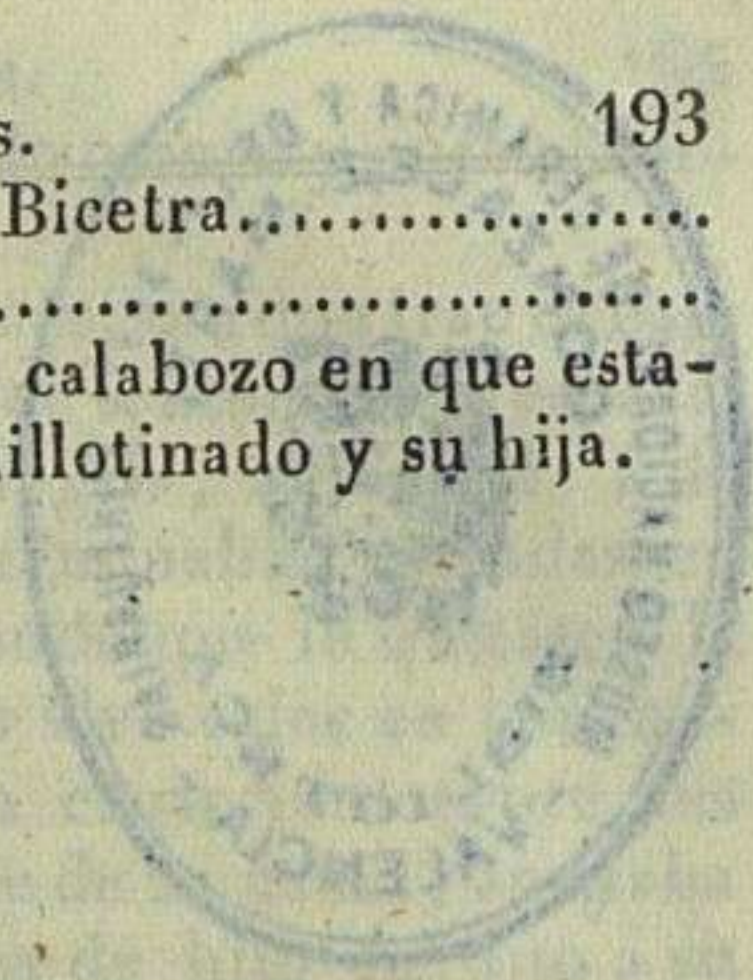
— Sin contar , que desde la plaza de la ejecucion , en el Arrabal de San Jaime , se oirá á lo lejos la música de los figones que están por alli , en los cuales se baila hasta las diez y las once de la mañana , para celebrar el último dia de carnaval.....

.....
Al dia siguiente salió el sol radiante y puro.

A las cuatro de la mañana se tendieron muchos piquetes de infantería y caballería , rodeando y

guardando las avenidas de Bicetra.....

Conduciremos al lector al calabozo en que estaban reunidas la viuda del guillotinado y su hija.





CAPÍTULO VIII.



PREPARATIVOS PARA EL CADALSO.

Un corredor sombrío en que estaban sembradas algunas ventanas con rejas, especie de respiraderos, situados un poco más altos del nivel del suelo de un patio superior, conducía al calabozo de los condenados á muerte de Bicetra.

Este calabozo no tenía otra luz que la que entraba por una rejita abierta en la parte superior de la puerta que daba al corredor casi sin luz, de que hemos hablado.

En este calabozo, de techo hundido, paredes húmedas y verduscas, y cuyo suelo estaba empedrado de losas frías como las del sepulcro, están encerradas la viuda de Marcial y su hija.

La cara angulosa de la viuda del guillotinado se destaca dura, impasible y pálida como una masca-

rilla de mármol sobre el fondo oscuro y poco alumbrado del calabozo.

Privada del uso de sus manos, porque trae debajo de su vestido negro la almilla de sentenciada, especie de casaca larga de tela basta gris, abrochada á la espalda, y cuyas mangas terminaban cerradas en forma de saco, estaba gritando que le quitasen la caperuza, quejándose de un vivo calor en la cabeza. Sus cabellos grises caían esparcidos sobre sus hombros, y sentada al borde de su cama, apoyaba los pies en el suelo, y miraba de hito en hito á su hija Calabaza, separada de ella todo lo largo del calabozo.

Esta, medio acostada, vestida tambien con la almilla de sentenciada, se apoyaba en la pared. Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, la mirada fija, y oprimida la respiracion. A no ser por un ligero temblor que agitaba de cuando en cuando su mandibula inferior, sus facciones parecian bastante tranquilas, á pesar de su lívida palidéz.

En el interior, y al extremo del calabozo, junto á la puerta, y bajo la rejilla abierta en ella, estaba sentado en una silla un veterano con uniforme, de cara dura y atezada, cráneo calvo, y largos bigotes grises. Era el centinela de vista.

—Hace aqui un frio glacial.... y con todo, los ojos se me abrasan.... y tengo sed, siempre sed.... dijo Calabaza al cabo de un rato; y dirigiéndose luego al veterano, añadió: Hacedme el favor de traer agua, señor.

El soldado se levantó, tomó sobre un escabel un cántaro de estaño lleno de agua, llenó un vaso, se acercó á Calabaza, y la dió de beber lentamente, por impedir la almilla á la condenada el servirse de sus manos.

Despues de haber bebido con avidéz, le dijo:

— Gracias, señor.

— ¿Quereis beber vos?... preguntó el soldado á la viuda.

Esta contestó con una señal negativa, y el veterano volvió á sentarse.

Hubo un nuevo silencio.

— ¿Qué hora es, señor? preguntó.

— Las cuatro y media, contestó el soldado.

— ¡Dentro de tres horas!... repuso Calabaza con una sonrisa sardónica y siniestra, haciendo alusion al momento fijado para su ejecución; ¡dentro de tres horas!...

No se atrevió á concluir la frase.

La viuda se encogió de hombros. Su hija comprendió su pensamiento, y añadió:

— Vos teneis mas valor que yo, madre.... vos no cejais jamás.

— ¡Jamás!

— Lo sé bien, y bien lo estoy viendo.... vuestra cara está tan tranquila como si estuvieseis sentada junto al fuego de nuestra cocina, ocupada en coser.... ¡ah! está lejos aquel buen tiempo.... muy lejos....

— Charlatana.

— Verdad es... en lugar de estarme aqui ocupada en pensar.... sin decir una palabra, prefiero hablar.... prefiero....

— Prefieres atontarte, cobarde.

— Y aunque fuese asi, madre, no todos tienen vuestro valor.... He hecho lo que he podido para imitaros; ya no escuché al sacerdote porque vos no lo quisisteis. Y esto no impide que quizás haya hecho mal... porque, en fin.... añadió la sentenciada estremeciéndose.... despues.... ¿Quién sabe?... Y ese despues está muy cerca.... es dentro....

— Dentro de tres horas.

— ¡Con qué frialdad lo decís, madre! ¡Dios mio, Dios mio! Y tan cierto como es.... que estamos aquí las dos, que no estamos enfermas ni quisiéramos morir.... ¡y que con todo, dentro de tres horas!...

— Dentro de tres horas habrás acabado como una verdadera Marcial.... habrás tenido la vista negra.... Helo ahí todo.... ¡Valor, hija mia!

— Eso no está bien, que habléis así á vuestra hija, dijo el veterano con voz lenta y grave; mejor hubierais hecho en haberla dejado que escuchara al sacerdote.

La viuda encogió de nuevo los hombros con un desdén feróz, y añadió dirigiéndose á su hija sin volver solamente la cabeza hácia el veterano:

— Valor, hija mia.... hemos de mostrar que hay mugeres que tienen mas corazon que los hombres.... con sus clérigos.... ¡cobardes!...

— El comandante Leblond era el mas valiente oficial del tercero de cazadores de infantería.... y yo le ví atravesado de balas en la brecha de Zaragoza, morir haciendo la señal de la cruz, dijo el veterano.

— ¿Erais vos su sacristan? preguntó la viuda dando una carcajada salvaje.

— Era su soldado, repuso el veterano con suavidad, y os lo he dicho solo para haceros ver que se puede morir rogando á Dios sin ser cobarde.

Miró Calabaza á aquel hombre de cara atezada, tipo perfecto y popular del soldado del imperio, cuya megilla izquierda atravesaba una profunda cicatriz que se perdía en su poblado bigote. Las sencillas palabras de este veterano, cuyas facciones, heridas, y la cinta roja de su pecho, parecían indicar el valor tranquilo y probado en los combates, hicieron una profunda impresion en la

hija de la viuda, que habia rehusado los auxilios del sacerdote, mas por falsa honrilla y por temor á los sarcasmos de su madre, que por endurecimiento y perversidad. En su pensamiento incierto y moribundo, opuso á las chanzas sacrílegas de su madre el asentimiento del soldado; y fuerte con este testimonio, creyó poder escuchar, sin ser cobarde, instintos religiosos á los cuales habian obedecido hombres intrépidos.

— En verdad, dijo con angustia, que no sé por qué no quise oír al sacerdote. No habia en ello debilidad; y por otra parte, siempre me hubiera aliviado algo..... A mas de que..... despues..... ¿quién sabe?

— ¡Todavía! dijo la viuda con un tono de desprecio terrible.... Lástima que te falte el tiempo, porque serias monja. La llegada de tu hermano Marcial concluirá tu conversion.... Pero no vendrá.... ¡El hombre honrado, el buen hijo!

En el momento en que la viuda acababa de pronunciar estas palabras, resonó con ruido el enorme cerrojo del calabozo, y se abrió la puerta.

— ¡Tan pronto! exclamó la hija de la viuda dando un salto convulsivo: ¡Oh, Dios mio, han adelantado la hora, nos engañaban!

Y sus facciones empezaron á descomponerse de una manera espantosa.

— Tanto mejor.... si el reloj del verdugo adelanta, no me deshonorarás con tu charla.

— Señora, dijo un empleado de la cárcel á la sentenciada, con aquella especie de compasion melosa que huele á muerte, vuestro hijo está esperando ¿Quereis verle?

— Sí, respondió la viuda sin volver la cabeza.

— Entrad, señor, dijo el hombre, y Marcial entró.

El veterano no se movió del calabozo, cuya puerta quedó abierta por precaucion. Veíanse á través de la sombra del corredor, medio alumbrado por la luz del naciente dia y por la de un reverbero, muchos soldados y criados de la cárcel, unos sentados en un banco y otros de pie.

Marcial estaba tan pálido como su madre, sus fæcciones espresaban una angustia y un horror profundo, y le temblaban las piernas. A pesar de los crímenes de aquella muger y de la aversion con que le habia tratado siempre, creyóse obligado á obedecer á su última voluntad.

Asi que entró en el calabozo, la viuda clavó en él una penetrante mirada, y le dijo con voz sorda y enfadada como si quisiera despertar en el alma de su hijo una rabia profunda.

— ¿Ves.... lo que van á hacer de tu madre y hermana?

— ¡Ah, madre, eso es horroroso; pero ya os lo habia dicho yo! ¡Ah, ya os lo habia dicho!

La viuda cerró con cólera sus lábios blanquecinos. Su hijo no comprendió aquel movimiento, y ella repuso:

— Van á matarnos como mataron á tu padre....

— ¡Dios mio, Dios mio! Yo no puedo hacer nada ya por vosotras.... Todo está acabado.... ¿Qué queréis mandarme ahora?... ¿Por qué no me escuchasteis ni vos ni mi hermana?... No os veriais asi....

— ¡Ah.... eso es!.... repuso la viuda con su acostumbrada y feróz ironía.... ¿parece que lo encuentras bien esto?

— Madre.

— Ya estás contento.... Podrás decir sin mentir que tu madre es muerta.... y no te avergonzarás mas por ella.

— Si fuese mal hijo, contestó Marcial brusca-

mente, y ofendido por la injusta dureza de su madre, si fuese mal hijo, no estaria aqui.

-- Has venido por curiosidad.

— He venido por obedeceros.

— ¡Ah, si te hubiese creído, Marcial, en lugar de creer á mi madre, no me veria aqui! exclamó su hermana con sentido acento, y cediendo, por fin, á sus angustias y terrores, que comprimiera hasta entonces por la influencia de la viuda.... Vos tenéis la culpa, madre.... ¡maldita seais!

— ¡Se arrepiente y me acusa! ¡Qué contento estarás! ¿no es verdad? dijo la viuda á su hijo con una risotada diabólica.

Marcial, sin contestarla, se acercó á su hermana, cuya agonía empezaba, y la dijo compadecido:

— ¡Pobre hermana! es tarde ya.

— ¡Jamás es tarde para ser cobarde! dijo la madre con un furor frio.... ¡Oh, qué raza! Por fortuna Nicolás ha escapado.... y por fortuna, Francisco y Amandina escapan también.... Tienen ya el germen del vicio.... y la miseria hará lo demás.

— ¡Ah, Marcial, vela bien por ellos, porque sino acabarán como mi madre y yo!... Les cortarán también la cabeza.... Esclamó la infeliz jóven dando sordos gemidos.

— ¡Puede velarlos bien! exclamó la viuda con una exaltacion feróz.... el vicio y la miseria serán mas fuertes que él.... Y un dia vengarán á su padre, á su madre y hermana.

— Vuestra horrible esperanza será fallida, madre, contestó Nicolás indignado; ni ellos ni yo tendremos que temer ya mas la miseria.... La Loba salvó á la jóven que Marcial queria anegar, y sus parientes nos han ofrecido, ó mucho dinero, ó menos oro y mas tierras en Argel, al lado de una quinta que han dado ya á un hombre que les habia

prestado tambien grandes servicios. Nosotros hemos preferido las tierras. Algun peligro hay.... pero á la Loba y á mí poco nos importa.... Mañana marcharemos con los chicos, y en nuestra vida volveremos á Europa.

— ¿Es verdad lo que dices? preguntó la viuda Marcial en tono de sorpresa y enfado.

— Nunca miento.

— Mientes hoy para darme rabia á mí.

— ¿Rabia, porque la suerte de vuestros hijos mejora?

Sí, porque de lobeznos los convertireis en corderos.... y la sangre de tu padre, de tu hermana y mia no será vengada.

— ¡No habéis asi en este momento!

— He muerto, y me matan... estamos en paz.

— Madre... el arrepentimiento...

La viuda soltó una nueva carcajada.

— Treinta años hace, dijo, que vivo en el crimen, y para arrepentirme de treinta años me dan tres dias... con la muerte al cabo... ¿Te parece que tengo tiempo?... No, no; cuando mi cabeza caerá... rechinará de rabia y de odio.

— Socorro, hermano.... llévate de aqui...

— Van á venir, murmuró la hija de la viuda con voz desfallecida, porque la miserable empezaba ya á delirar.

— ¿Quieres callar? dijo la viuda exasperada por la debilidad de su hija. ¿Quieres callar?... ¡Oh! ¡la infame!.... ¡y es mi hija!....

— ¡Madre! ¡madre! exclamó Marcial con el corazón despedazado por aquella horrible escena.... ¿por qué me habeis hecho venir aqui?

— Porque creia darte ánimo é inspirarte rabia.... pero al que no tiene lo primero.... no hay que irle con lo segundo... cobarde...

— ¡Madre!

— Cobarde.... cobarde.... cobarde....

En este momento oyóse gran ruido de pasos en el corredor.

El veterano sacó su reloj, y miró la hora.

El sol levantándose á la parte de afuera puro y radiante, echó de repente un rayo de luz dorada por el respiradero abierto en el corredor frente la puerta del calabozo... Abrióse esta, y la entrada del calabozo quedó vivamente alumbrada. Atravesando aquella zona luminosa, los dependientes de la cárcel trágeron dos sillas (1), y luego el carcelero se presentó y dijo á la viuda con voz conmovida:

— Señora, es hora ya.

La sentenciada se levantó derecha é impasible; mas su hija dió agudos gritos.

Cuatro hombres entraron... tres de ellos bastante mal vestidos, tenían en las manos lios de cuerda muy delgada, pero muy fuerte. El mas alto de los cuatro, vestido escrupulosamente de negro con corbata blanca y sombrero redondo, entregó un papel al carcelero.

Este hombre era el verdugo, y aquel papel un recibo de las dos mugeres aptas para guillotinar.... El verdugo tomaba posesion de aquellas dos criaturas de Dios, y desde entonces respondia solo de ellas.

Al desesperado espanto de Calabaza, habia sucedido un entorpecimiento brutal. Dos de los criados del verdugo tuvieron que sentarla en su cama y sostenerla. Sus mandíbulas, convulsivamente cerradas, le permitian apenas pronunciar algunas palabras; en consecuencia giraba en su rededor sus

(1) Ordinariamente el tocador de los condenados tiene lugar en el vestibulo; pero algunas reparaciones indispensables precisaban á hacerlo entonces en el calabozo.

ojos empañados ya y sin brillo.... La barba le tocaba al pecho, y sin la ayuda de los dos criados, su cuerpo hubiera caído adelante como una masa inerte.

Marcial, después de haber abrazado otra vez á esta infeliz, permaneció inmóvil, aterrado, sin atreverse ni poder dar un paso, y como fascinado por aquella escena terrible.

La fría audacia de la viuda no se desmintió un solo punto; ella misma con la cabeza enhiesta, ayudaba á quitarse la almilla de forzado que contenía sus movimientos. Cayó aquel trage, y quedó vestida con uno viejo de lana negra.

—¿Dónde tengo que ponerme? preguntó con voz firme.

—Tened la bondad de sentaros en una de estas sillas, la dijo el verdugo indicándola una de las dos que estaban colocadas en la entrada del calabozo, cuya puerta abierta permitía ver en el corredor muchos guardias, el alcaide de la cárcel, y algunos curiosos privilegiados.

Dirigiase la viuda con paso seguro hácia la silla que se la habia indicado, cuando pasando por delante de su hija, se paró, se acercó á ella, y la dijo con voz ligeramente conmovida:

—Hija mia, abrázame.

Al oír la voz de su madre, Calabaza salió de su apatía, se sentó en la cama, y exclamó con un gesto de maldición:

—Si hay un infierno.... ¡sea para vos, maldita!

—¡Abrázame, hija mia! repitió la viuda adelantando un paso.

—¡No os acerqueis!... vos me habeis perdido.... murmuró la infeliz echando adelante ambas manos para rechazar á su madre.

—¡Perdóname!

—No, no, dijo con voz convulsiva; y agotadas sus fuerzas con este nuevo esfuerzo, cayó casi sin conocimiento en brazos de los ayudantes del verdugo.

Una nube atravesó la frente indomable de la viuda, y sus ojos secos y ardientes se humedecieron. En aquel momento, encontró la mirada de su hijo. Después de un momento de repugnancia, y como si cediera al esfuerzo de una lucha interior, le dijo:

—¿Y tú?

Marcial se precipitó sollozando en los brazos de su madre.

—¡Basta! dijo la viuda dominando su emoción y desprendiéndose de los brazos de su hijo.... El señor espera, añadió señalando al verdugo, y se fué rápidamente á la silla en que se sentó resuelta.

La llama de sensibilidad maternal que habia alumbrado un momento las negras profundidades de aquella alma abominable, se apagó súbitamente.

—Señor, dijo el veterano á Marcial, acercándosele con interés; no os quedeis aqui... venid, venid...

Marcial, trastornado por el horror y espanto, siguió maquinalmente al soldado.

Dos ayudantes habian colocado en la silla á Calabaza moribunda, y el uno la sostenia privada ya casi enteramente de sentido; mientras que el otro le ataba con nudos intrincados las manos á la espalda con cuerdas de vihuela muy delgadas pero fuertes y largas, y le anudaba á los tobillos otra cuerda larga lo bastante para que pudiese andar á pasos cortos.

Aquella operacion era estraña y horrible á la vez: dijérase que las sutiles y largas cuerdas que se distinguian apenas en la oscuridad, y con las cuales daban vueltas y agarrotaban aquellos hombres

silenciosos las manos de la sentenciada con tanta rapidéz como destreza , salian de las suyas , como la araña envuelve con su hilo á su presa antes de devorarla.

El verdugo y el otro ayudante , envolvian con igual destreza á la viuda , sin que las facciones de aquella muger manifestasen la mas minima alteracion : solo de cuando en cuando, tosía ligeramente.

Cuando la sentenciada estuvo puesta de aquel modo en la imposibilidad de hacer un movimiento, la dijo el verdugo con urbanidad, sacando del bolsillo un par de largas tigas:

—Haced el favor de bajar la cabeza, señora.

—La viuda la bajó diciendo : Somos buenas parroquianas.... ya habeis rasurado á mi marido , y heos equi á su muger é hija.

El verdugo cogió con su mano izquierda , sin contestar palabra , los largos cabellos grises de la sentenciada, y se puso á cortarlos muy rasos, muy rasos, sobre todo en la cima.

—Con esta van tres veces que me adornan la cabeza: el dia de mi primera comunión cuando me puse el velo ; el dia de mi casamiento cuando me puse la flor de azahar, y hoy... ¿No es verdad, peluquero de la muerte? dijo la viuda con un sarcasmo siniestro.

El verdugo no contestó.

Como el cabello de la sentenciada fuese espeso y largo, la operacion fué tan larga, que cuando la cabellera de la hija cayó al suelo, la de la madre no estaba mas que á medio cortar.

—¿No diriais en qué pienso? dijo la viuda al verdugo despues de haber contemplado de nuevo á su hija.

Este siguió guardando silencio.

En aquel momento vióse en el corredor á un clé-

rigo de venerable aspecto, que se acercó al alcaide y habló con él en voz baja. El santo ministro iba á probar por última vez á arrancar á su endurecimiento el alma de la viuda.

— Pienso, repuso esta al cabo de algunos momentos viendo que el verdugo no la contestaba, pienso que á la edad de cinco años, mi hija, á quien vais á cortar la cabeza, era la criatura mas hermosa que pueda verse. Tenia el pelo rubio, y las mejillas blancas y sonrosadas.... ¡Quién la habia de decir entonces que...! Y despues de un nuevo silencio, exclamó soltando una carcajada, y con una espression indescriptible. ¡Qué comedia es la suerte!

En aquel momento cayeron sobre los hombros de la sentenciada los últimos mechones de su pelo gris.

— Estamos listos, señora, dijo con urbanidad el verdugo.

— Gracias, os recomiendo á mi hijo Nicolás, dijo la viuda, á quien peinareis un dia de estos.

Un dependiente se presentó, y dijo algunas palabras al oido de la sentenciada.

— No; ya os he dicho que no: contestó esta bruscamente.

El sacerdote oyó estas palabras, levantó al cielo los ojos, juntó las manos y desapareció.

— Señora, vamos á partir; ¿quereis tomar algo? dijo obsequiosamente el verdugo.

— Gracias, esta tarde beberé un sorbo de tierra.

Y despues de este nuevo sarcasmo se puso de pie con las manos atadas á la espalda y un lazo en las piernas bastante flojo para que pudiese andar. Aunque fuese su paso firme y resuelto, el verdugo y un ayudante quisieron por cortesía sostenerla; mas ella hizo un gesto de impaciencia, y dijo con voz imperiosa y dura:

— No me toqueis: tengo buenos pies y buenos ojos.... Cuando estaré en el cadalso, se verá si tengo buena voz.... y si sé decir buenas palabras de arrepentimiento.

Y flanqueada por el verdugo y un ayudante de este, salió del calabozo y entró en el corredor.

Los otros dos ayudantes tuvieron que trasportar á Calabaza en la silla, porque estaba desfallecida.

Despues de haber atravesado el largo corredor, subió el fúnebre acompañamiento una escalera que daba á un patio exterior.

El sol inundaba con su ardiente y dorada luz las cimas de las paredes blancas que rodeaban el patio y destacaban sobre el límpido azul del cielo: el ambiente estaba suave y tibio.... jamás hubo un día de primavera mas risueño y magnífico. Veíase en el patio un piquete de gendarmeria departamental, y un fiacre y un coche largo y estrecho de caja amarilla, tirado por tres grandes caballos, que relinchaban alegremente, y hacian resonar el pavimento con sus sonoros cascos. Subíase á aquel coche como á un ómnibus, por una portezuela que se abria á la trasera. Esta semejanza inspiró una nueva chanza á la viuda:

— No dirá el conductor ¡lleno! dijo, y subió con toda la ligereza que le permitian sus ligaduras.

Calabaza, moribunda y sostenida por uno de los ayudantes, fué colocada en el coche frente á su madre, y cerraron la portezuela.

El verdugo sacudió al cochero del fiacre que se habia dormido.

— Perdonad, patron, dijo este despertando y bajando con pesadéz de su asiento; pero una noche de día de Ceniza es siempre pesada. Venia cabalmente de llevar á la taberna de Bourgogne una cuadrilla de marineros y marineras que cantaban

la cancion de la tia Godichon , cuando me habeis embargado.

— Bien ; bueno es esto , seguid á ese coche , y al arrabal de Saint-Jacques.

— ¡Vaya! patron: una hora hace iba camino de las tabernas, ¡ahora á la guillotina! esto prueba que los paseos van seguidos, mas no se parecen, como decia el otro.

Los dos coches, precedidos y seguidos de un piquete de gendarmería, salieron por la puerta exterior de Bicetra y tomaron á gran trote el camino de París.....

.....
Hemos presentado en toda su espantosa verdad el cuadro del tocador de los condenados á muerte, porque nos parece que esta pintura arroja poderosos argumentos. Contra la pena de muerte. Contra el modo con que se aplica esta. Contra el efecto que se promete de ella como ejemplo dado al pueblo.

Aun sin ese aparato formidable al par que religioso que deberia al menos rodear todos los actos de supremo castigo que la ley impone en nombre de la vindicta pública, el tocador es lo que hay mas espantoso en la ejecucion de la pena capital , y es lo que se oculta á la muchedumbre.

En España, por ejemplo, es al contrario: el condenado permanece de manifiesto durante tres dias en una capilla mortuoria , con el féretro continuamente á la vista ; los clérigos rezan las oraciones de los agonizantes ; y las campanas de la poblacion redoblan dia y noche su fúnebre sonido (1). Desde luego se conoce que esta especie de prelude de una muerte cercana, puede imponer á los mas endure-

(1) Asi sucedia en España antiguamente.

cidos criminales, é inspirar un saludable terror á la muchedumbre que se agolpa sobre las rejas de la capilla mortuoria. Luego, el dia de la ejecucion es un dia de duelo público: las campanas de todas las parroquias tocan á muerto; el condenado es conducido lentamente al patíbulo con una pompa imponente y lúgubre, con el ataud que marcha siempre delante de él, y los clérigos á ambos lados cantando el psalmo de difuntos; en seguida vienen las cofradías religiosas, y por fin, hermanos mendigantes pidiendo á la muchedumbre limosna para cuidar por el alma del sentenciado, llamamiento á que jamás se muestra aquella indiferente.

Seguramente que todo esto es espantoso, pero es lógico é imponente, y muestra que no se quita del mundo á una criatura de Dios llena de vida y de fuerza, lo mismo que se mata á un buey. Esto hace pensar á la muchedumbre, que juzga siempre del crimen por la magnitud de la pena, que el homicidio es un crimen muy abominable, puesto que su castigo trastorna y contrista á toda una ciudad.

Lo repetimos, este imponente espectáculo puede producir graves reflexiones, é inspirar un provechoso temor.... y á lo menos lo que tiene de bárbaro un sacrificio humano, está cubierto con la terrible magestad de su ejecucion. Pero procediéndose exactamente del modo que hemos referido, (y algunas veces todavía con menos gravedad) ¿qué ejemplo, preguntamos, puede dar esto?

Cogen de mañanita al reo, le agarrotan, échanlo en un coche cerrado, el postillon sacude el látigo, toca al patíbulo, muévase un resorte, y un cesto recoge una cabeza, en medio de las atroces bullas del mas corrompido populacho.

Lo repetimos, ¿dónde está el ejemplo en estas

ejecuciones rápidas y furtivas? ¿dónde está el ejemplo? ¿dónde el terror?

Y además, como la ejecución tiene lugar á ojos cerrados, por decirlo así, en un sitio enteramente apartado, con una precipitación disimulada, toda la ciudad ignora aquel acto sangriento y solemne, pues nada le anuncia que se mata á un hombre.... En los teatros se ríe y se canta, y la muchedumbre zumba y recorre las calles indolente y bulliciosa.

Y con todo, bajo el punto de vista social, religioso y humano, este homicidio jurídico perpetrado en nombre del interés de todos, es cosa que á todos debería interesar.

Por fin, repitámoslo otra vez, repitámoslo siempre, lo único que se vé aquí, es la cuchilla; ¿pero dónde está la corona? Muéstrese al lado del castigo la recompensa, y solamente entonces será la lección completa y fecunda.... Si al día siguiente á aquel de duelo y de muerte, viese el pueblo, como ha visto la víspera enrojecerse el cadalso con la sangre de un gran criminal, remunerar y ensalzar á un hombre de bien, temería tanto más el suplicio del primero, cuanto ambicionaria el triunfo del segundo. El terror impide alguna vez el crimen, pero jamás inspira la virtud.

¿Quiere considerarse la pena de muerte por su efecto sobre el mismo criminal?

O la arrostra con un cinismo audáz.... ó la sufre exánime y medio muerto de terror.... ó entrega su cabeza con un profundo y sincero arrepentimiento....

Luego es insuficiente la pena para los que la desprecian, inútil para los que están moralmente muertos, y exagerada para los que se arrepienten.

La sociedad no mata al asesino, ni para hacerlo padecer, ni para imponerle la pena del talion....

Lo mata para imposibilitarlo de hacer daño.... y para que el ejemplo de su castigo sirva de freno á los asesinos futuros.... Creemos que la pena es demasiado bárbara, y que no infunde bastante terror.... Creemos que en ciertos crímenes, como por ejemplo, el parricidio, la ceguera y un aislamiento completo, pondrán al criminal en la imposibilidad de hacer daño, y sería un castigo mil veces mas terrible y que le dejaria al mismo tiempo espacio para el arrepentimiento y rehabilitacion.

Si se dudase de este aserto, citaríamos muchos hechos en comprobacion del horror invencible que sienten por el aislamiento los criminales mas endurecidos.... Algunos han cometido asesinatos solo por ser condenados á muerte, prefiriendo este suplicio al encierro. ¿Cuál sería, pues, su terror cuando unida al aislamiento la ceguera, les quitara toda esperanza de evasion, esperanza que conservan, y que realizan algunas veces aun dentro de un calabozo y cargados de hierros?

Y á propósito de esto, pensamos tambien que una de las consecuencias forzosas del aislamiento penitenciario sería la abolicion de la pena capital, supuesto que este aislamiento inspira tanto horror á la generacion que puebla en el dia las cárceles y presidios, que muchos de estos incurables bandidos prefieren sufrir la última pena, al encarcelamiento celular. Sin duda que debiera entonces suprimirse la pena de muerte, para quitarles esta última y espantosa alternativa.....



CAPÍTULO IX.



MARCIAL Y EL TERRIBLE.

Antes de proseguir nuestra relacion , digamos algunas palabras sobre las relaciones que recientemente se habian establecido entre el Terrible y Marcial.

Cuando hubo salido German de la prision, el Terrible probó fácilmente que se habia robado á sí mismo, confesó al juez de la causa el objeto de esta singular impostura, y fué puesto en libertad, despues de haber sido amonestado severamente por este magistrado.

No habiendo entonces Rodolfo encontrado á Flor Celeste , queriendo recompensar por este nuevo servicio al Terrible, á quien debia la vida.... y para llenar los deseos de su protegido ; le admitió en su palacio de la calle de Plumet , prometiéndole lle-

varlo en su comitiva cuando volviese á Alemania. Ya hemos dicho que el Terrible sentia por Rodolfo el ciego y obstinado afecto del perro por su amo. Vivir bajo el mismo techo del príncipe, verle algunas veces, y aguardar con impaciencia una nueva ocasion de sacrificarse por él ó por los suyos, á esto se limitaban la ambicion y felicidad del Terrible, que preferia mil veces esta condicion al oro y á la posesion de Argel que Rodolfo le ofreciera.

Mas asi que el príncipe hubo encontrado á su hija todo cambió; á pesar de su vivo reconocimiento por el hombre que le habia salvado la vida, no pudo resolverse á llevar consigo á Alemania este testigo de la primera abyeccion de Flor Celeste. Bien decidido por otra parte á llenar los deseos del Terrible, lo hizo venir por última vez y le dijo que esperaba de él un nuevo servicio. Al oír esto la fisonomía del Terrible se puso radiante; mas conturbóse bien pronto cuando oyó que no solamente no podria seguir al príncipe á Alemania, sino que le era preciso salir del palacio aquel mismo dia.

Ocioso es decir las brillantes compensaciones que le ofreció Rodolfo... El producto de la venta de la posesion de Argel, mas todavia si quisiera.... todo estaba á su disposicion. El Terrible, herido en el corazon, lo rehusó todo, y quizás por la primera vez de su vida lloró. Fueron menester las mayores instancias por parte de Rodolfo, para decidirle á aceptar sus primeros dones.

Al dia siguiente mandó llamar el príncipe á la Loba y á Marcial, sin decirles que Flor Celeste fuese su hija, les preguntó qué es lo que podia hacer por ellos, bajo el supuesto de que todos sus deseos serian satisfechos: viendo su repugnancia, y acordándose de lo que le refiriera Flor Celeste sobre los gustos algo salvages de la Loba y su marido, les

propuso una cantidad de dinero considerable, ó bien la mitad de ella y la propiedad de unas tierras dependientes de una quinta lindante con la que habia comprado para el Terrible, cuya quinta estaba en venta. Al hacer esta oferta pensaba tambien el príncipe en que Marcial y el Terrible, ambos rudos y enérgicos, y dotados de buenos y valientes instintos, simpalizarian tanto mas, cuanto que tambien los dos tenian motivo de buscar la soledad, el uno á causa de su vida pasada, y el otro á causa de los crímenes de su familia.

No se engañaba: Marcial y la Loba aceptaron llenos de alegría; y habiéndose puesto despues con la mediacion de Murph en relaciones con el Terrible, pronto se felicitaron los tres de la ventura que les prometia su vecindad en Africa.

A pesar de la profunda tristeza de que estaba sumido, ó quizás mas bien con motivo de esta tristeza misma, las cordiales y sinceras ofertas de Marcial y su esposa, interesaron al Terrible, que contestó á ellas con efusion; y bien pronto unió á los futuros colonos una sincera amistad. Las gentes de ese temple se juzgan y se quieren pronto. Asi que la Loba y Marcial, no habiendo podido sacar á su nuevo amigo del sombrío letargo en que le veían, á pesar de todos sus esfuerzos, no contaban ya para distraerle mas que con el movimiento del viage y la actividad de la vida en que iban á entrar; porque una vez establecidos en Argel, veríanse obligados á ponerse al corriente en el cultivo de las tierras que se les habian dado, y cuyos propietarios debian, segun lo estipulado en contrato de venta, trabajar aquellas tierras durante un año á fin de que los nuevos poseedores se enteraran por si mismos para poder vigilar mas tarde el laboreo.

Establecidos estos preliminares, se comprende-

rá fácilmente como el Terrible, enterado de la penosa entrevista á que debia ir Marcial para obedecer á la última voluntad de su madre, quiso acompañar á su nuevo amigo hasta la puerta de Bicetra, donde le esperaba el coche que les habia llevado y que los volvió á París despues que Marcial hubo salido aterrado del calabozo en que se hacian los terribles preparativos para la ejecucion de su madre y hermana.

La fisonomía del Terrible estaba completamente de mudada: la espresion de audacia y buen humor que caracterizaba ordinariamente sus facciones, habia cedido á un abatimiento sombrío; hasta su voz habia perdido algo de su rudeza, y un dolor del alma, hasta entonces desconocido para él, habia desecho y aniquilado aquella naturaleza enérgica.

Miraba compadecido á Marcial, y le decia:

—¡Valor, amigo mio! Habeis hecho lo que podia hacer un hombre honrado.... y se acabó.... Pensad ahora en vuestra muger, y en esos chiquillos que vos habeis impedido fueran unos miserables como vuestro padre y madre.... Y luego, al fin y al cabo, esta tarde habremos salido de París para no volver mas, y ya no oiréis hablar en vuestra vida de lo que os oflige.

—¡Ah! no es esto lo que me da pena.... A pesar de todo, eran mi madre y mi hermana.

—Por fin, ¿qué quereis ahora?... ya está hecho, y cuando las cosas están hechas.... es preciso conformarse.... dijo el Terrible comprimiendo un suspiro.

Despues de un momento de silencio, díjole cordialmente Marcial.

—Tambien yo deberia consolaros, pobre amigo.... siempre con esta tristeza.

—Siempre, Marcial....

—Por fin, mi muger y yo contamos que cuando estemos fuera de París os pasará esto.

—Si.... dijo el Terrible al cabo de algunos momentos, estremeciéndose á su pesar.... me pasará, si es que salgo de París.

—¿Cómo! salimos esta tarde.

—Es decir, vosotros os vais esta tarde.

—¿Y vos? ¿habeis quizás cambiado de pensamiento?

—Pues entonces....

El Terrible calló de nuevo, y continuó despues haciendo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Mirad, Marcial, vais á encogeros de hombros.... pero prefiero deciroslo.... si me sucede algo, esto probará á lo menos que no me habia equivocado.

—¿Qué hay, pues?

—Cuando el señor Rodolfo nos mandó preguntar si nos convendria partir juntos para Argel, y ser alli vecinos, no quise engañaros.... ni á vos ni á vuestra muger.... y os dije... lo que yo habia sido...

—No hablemos de esto: habeis pasado vuestra condena, y sois tan bueno y tan honrado como el primero.... Pero concibo que habeis de preferir lo mismo que yo el vivir lejos.... gracias á nuestro generoso protector.... á quedaros aqui, donde por honrados que fuéramos, se nos echaria siempre en cara, á vos una falta que habeis pagado, y de la cual no obstante os arrepentís todavia.... y á mí los crímenes de mis parientes, de los que no soy responsable.... pero de vos á nosotros, lo pasado pasado.... y olvidado enteramente.... vivid tranquilo; nosotros contamos con vos, lo mismo que podeis contar con nosotros.

—De vos á mí, lo pasado pasado está bien; pero,

como decia el señor Rodolfo.... mirad , Marcial.... hay allá arriba alguna cosa.... y yo he muerto á un hombre.

—Es una gran desgracia; pero por fin en aquel momento no sabiais lo que haciais , porque estabais como loco.... y ademas habeis salvado la vida á otras personas , y esto se os debe tener en cuenta.

— Oid , Marcial.... si vuelvo á hablaros de mi desgracia, es por esto.... En otro tiempo tenia muy á menudo un sueño, en el cual veía.... al sargento que maté.... Tiempo hacia ya que no me habia venido este sueño.... y esta noche lo he tenido....

— Eso es una casualidad.

— No.... esto me indica una desgracia para hoy.

— No teneis razon, amigo mio.

— Tengo un presentimiento de que no saldré de París.

— Vamos, os repito que no teneis sentido comun.... el disgusto de dejar á vuestro bienhechor , la idea de acompañarme hoy á Bicetra donde me esperaban tan tristes cosas.... todo esto os habrá agitado por la noche, y os habrá vuelto el sueño.

El Terrible meneó tristemente la cabeza.

— Me ha vuelto cabalmente la vispera de la marcha del señor Rodolfo, porque este marcha hoy.

— ¿Hoy marcha?

— Sí, ayer mandé un recado á su palacio, no atreviéndome á ir yo mismo porque me lo tenia privado, digeron que el príncipe partia esta mañana á las once por la barrera de Charenton. De modo que asi que lleguemos á París, me apostaré allí para verle... ¡será la última vez!... ¡la última!

— ¡Parece tan bueno , que comprendo muy bien el que le ameis.

— ¡Si le amo!... exclamó el Terrible con una emocion profunda y concentrada.... ¡Oh! ¡sí!.... sí....

mirad Marcial, todo lo que le pedia.... era que me dejase acostar en el suelo , comer pan negro, y ser su perro.... pero estar donde estuviese él.... sería demasiado.... porque no ha querido.

—¡Ha sido tan generoso con vos!

—No es por esta razón porque le quiero yo tanto... es porque me dijo que yo tenía corazón y honor.... Sí, y en un tiempo en que era yo feroz como un vestia salvaje, y en que me despreciaba á mí mismo como la hez de la canalla.... él me hizo conocer que quedaba algo bueno en mí, puesto que cumplida mi pena me había arrepentido, y después de haber sufrido la última miseria sin robar, había trabajado con buen ánimo para ganar honradamente mi vida sin hacer mal á nadie, á pesar de que todo el mundo me había tratado como un presidiario cumplido, cosa que no dá mucho ánimo.

—Esa es mucha verdad, algunas veces no se necesitan mas que algunas palabras que le den á uno ánimo y le ensalcen, para sostenerle ó hacerle entrar en el buen camino.

—¿No es así Marcial? Así fué que cuando el señor Rodolfo me las hubo dicho á mí esas palabras, ¡cás-pita! El corazón me saltaba de orgullo y satisfacción... desde entonces me dejaría quemar para hacer bien.... Que vengan ocasiones y se verá... ¿y á quién lo debo?... al señor Rodolfo.

—Pues, cabalmente porque sois mil veces mejor que lo que erais, no debéis tener malos presentimientos... Vuestro sueño nada significa.

—Por fin, allá veremos... no es que yo busque á propósito una desgracia, ninguna mayor podría sucederme que la que me está pasando... no ver mas al señor Rodolfo, cuando no creía separarme ya de él.... Hubiera estado allí para servirle, en mi clase

se entiende, con cuerpo y alma, y siempre pronto... ¿pero qué hemos de hacer? Quizá no tiene razón... mirad, Marcial, no soy mas que un gusano de tierra comparado con él.... pues bien, á veces sucede que los mas chicos pueden ser útiles á los mas grandes... Si esto debiese suceder, no le perdonaria en mi vida el haberse privado de mí.

—¿Quién sabe? Quizás un dia le volvereis á ver...

—¡Oh, no! él me ha dicho: amigo mio, es menester que me prometas que no tratarás de verme jamás, porque me harás un servicio en ello. Lo comprendeis, Marcial, lo he prometido... y á fé de hombre no faltaré á mi palabra..... pero es bien duro.

—Una vez pasemos el mar, olvidareis quizá esas penas. Trabajaremos y viviremos solos y tranquilos como buenos labradores, salvos algunos fusilazos con los árabes de cuando en cuando... ¡Tanto mejor! A la Loba y á mi nos gustará esto, porque la Loba es valiente como un hombre.

—Cuando se trate de disparar el fusil, dijo el Terrible algo menos abatido, será cosa mia, ¡Marcial! Yo soy soltero y he sido soldado.

—Yo soy ladron de caza!

—Pero vos teneis á vuestra muger y á esos dos chicos á quienes servis de padre. Yo no tengo mas que mi pellejo... y puesto que no puede servir para hacer un escudo para el señor Rodolfo, ya no lo aprecio en nada. Asi, pues, si hay algun confite ha de ser para mí.

—Será para los dos.

—No, para mí solo... ¡ira de Dios!... ¡que vengan los beduinos!

—¡Enhorabuena! mas quiero oiros hablar asi que como hablabais antes. Vamos, amigo, viviremos como buenos hermanos, y vos podreis entretenernos

contándonos vuestras penas si durasen todavía, porque yo tendré también las mias. Por mucho tiempo he de conservar en la memoria este día, porque, en verdad, no ve uno morir á su madre y hermana como yo lo he visto sin acordarse de ello á menudo... Vos y yo nos parecemos en muchas cosas, para que no nos sea bueno el vivir juntos. Ni uno ni otro tememos el peligro; pues bien, seremos medio labradores y medio soldados... Por allí habrá caza... ¡pues cazaremos! Si vos quereis vivir solo en vuestra casa, vivireis y nos trataremos como vecinos; sino, podeis estar con nosotros. Educaremos á los chicos enseñándoles á ser honrados, y vos sereis casi su tío, puesto que seremos hermanos. ¿Os place así? dijo Marcial tendiendo su mano al Terrible.

—Me place, bien, Marcial.... y luego.... ¡qué diantre! ó la pena me matará ó yo la mataré á ella, como suelen decir.

—No os matará, no.... Nosotros os cuidaremos allí en nuestro desierto, y todas las noches nos despediremos diciéndonos: Hermano, Dios haga bien al señor Rodolfo.... esta será nuestra oracion por él.

—Mirad, Marcial, me habeis echado un bálsamo en las venas.

—Me alegro.... ¿No os acordareis mas de ese sueño, es verdad?

—Lo procuraré.

—Bien.... ¿vendreis á buscarnos á las cuatro? A las cinco marcha la diligencia.

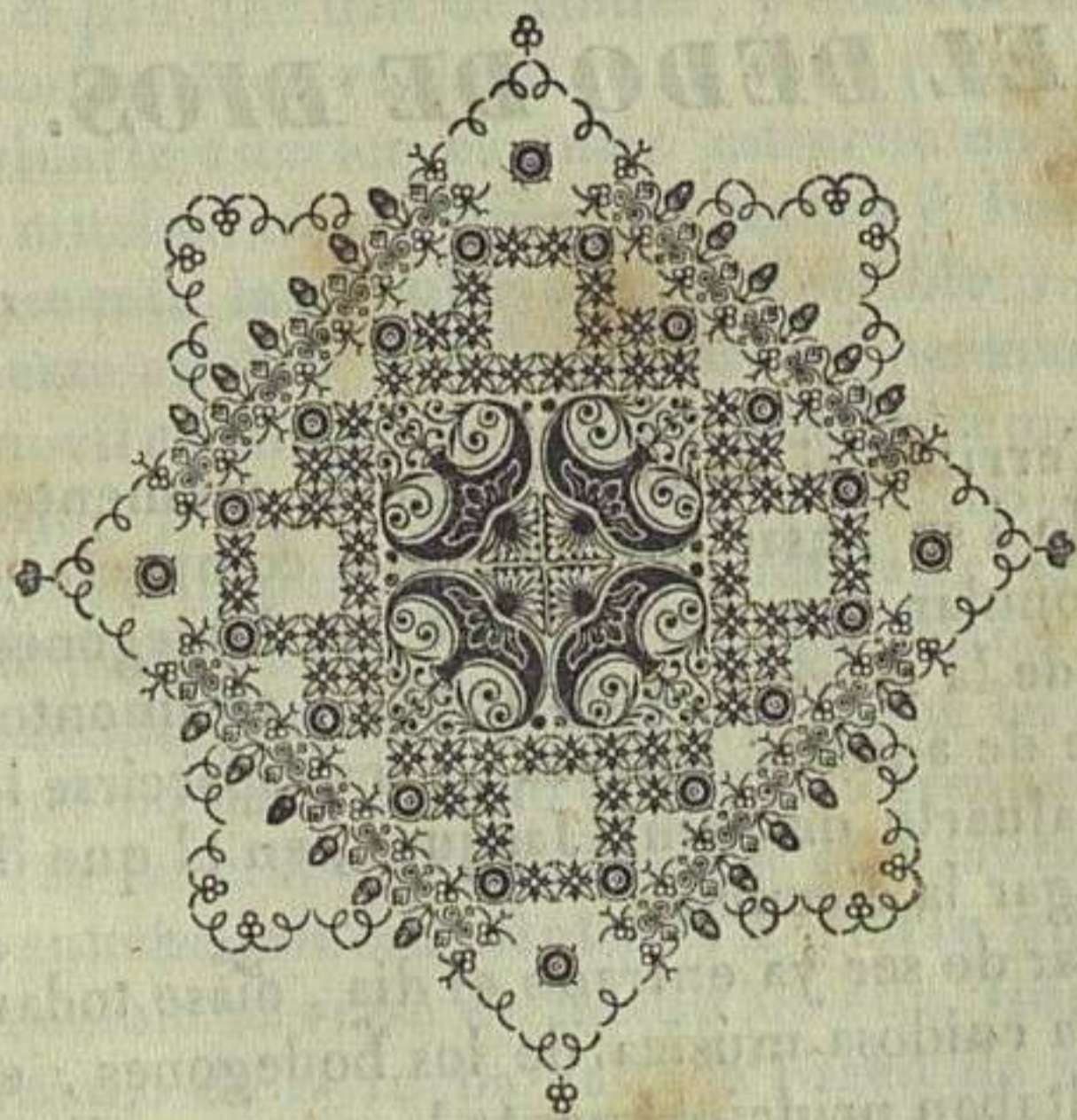
—Iré... pero ya hemos llegado muy cerca de París; voy á parar el coche porque iré á pié hasta Charenton, y aguardaré al señor Rodolfo para verle pasar.

El coche paró, y bajó el Terrible.

—No os descuideis.... á las cuatro, compañero, dijo Marcial.

—Hasta las cuatro.

El Terrible habia olvidado que era dia de Cena y le causó de consiguiente mucha estrañeza el espectáculo singular y odioso que se presentó á su vista cuando hubo recorrido una parte del arrabal exterior por el que andaba para ir á la barrera de Charenton.





CAPÍTULO X.



EL DEDO DE DIOS.

El Terrible al cabo de algunos momentos era impelido á su pesar por una masa compacta, torrente popular que bajando de los bodegones del arrabal de la Nevera, engruesaba y se amontonaba al borde de aquella barrera, para esparcirse luego por el baluarte de Saint-Jacques, en el que debía tener lugar la ejecucion.

A pesar de ser ya entrado el dia, oíase todavia á lo lejos la ruidosa música de los bodegones, en la que resaltaban principalmente las sonoras vibraciones de las cornetas de llaves. Solo el pincel de Callot, de Rembrand ó de Goya podria pintar el aspecto extraño, horrible y casi fantástico de aquella muchedumbre. Casi todos hombres, mugeres y ni-

ños, iban vestidos con trages viejos de máscaras; los que no habian podido alcanzar hasta este lujo, traian sobre sus vestidos sucios, guiñapos de colores abigarrados; algunos jóvenes se habian arrebuñado con vestidos de mugeres medio rotos y enlodados; todas aquellas caras ajadas por el desorden y el vicio, y que la borrachera hacia parecer de mármol, brillaban con una alegría salvaje al pensar que despues de una noche de crapulosa orgía, iban á presenciar la ejecucion de dos mugeres para quienes estaba ya levantado el cadalso (1).

Aquella inmensa turba, espuma fangosa y fétida de la poblacion de París, se componia de bandidos y mugeres públicas, que piden todos los dias al crimen el pan que han de comer, y que entran todas las noches bien repletos en su cubil (2).

El baluarte exterior es muy estrecho en aquel sitio; la muchedumbre apretada reflua é impedia absolutamente la circulacion. El Terrible á pesar de su fuerza atlética, se vió precisado á permanecer casi inmóvil en medio de aquella masa compacta... Se resignó, porque como le habian dicho que el príncipe no salia de la calle de Plumet hasta las diez, no debia pasar por la barrera de Charenton hasta cerca las once, y no eran entonces mas que las siete.

Aunque no hacia mucho que habia frecuentado por fuerza las clases degradadas á que pertenecia aquella muchedumbre, sentia el Terrible un horror invencible al verse en medio de ella. Impelido por el reflujo de la turba hasta la pared de uno de los bodegones de que están llenos aquellos arraba-

(1) La ejecucion de Norbert y Després se ha verificado este año el dia de ceniza.

(2) Segun Mr. Fregier, el escelente historiador de las clases perjudicales á la sociedad, existen en París cerca de treinta mil personas, que no tienen otro medio de vivir que el robo.

les, presenció á su pesar un extraño espectáculo, que forzosamente tuvo que ver por la ventana que estaba abierta, y por la que salian los ruidosos sonos de una orquesta de instrumentos de laton.

En una vasta sala baja, á uno de cuyos extremos estaban colocados los músicos, rodeada de bancos y de mesas llenas de los restos de una cena, platos rotos y pedazos de botellas, una docena de hombres y mugeres disfrazados y medio borrachos, se entregaban con furor á ese baile loco y obsceno llamado *la chahut*, al cual no se abandonan sino una pequeña parte de los parroquianos de aquellos sitios, y todavia al fin del baile, cuando los guardias municipales de vigilancia se han retirado.

Entre las infames parejas que figuraban en aquella saturnal, el Terrible observó dos que se hacian aplaudir sobre todo por el escandaloso cinismo de sus posturas, gestos y palabras. La primera se componia de un hombre disfrazado como de oso, con un pantalon y chaqueta de piel de carnero negro; en lugar de cabeza del animal, traia una caperuza de pelo muy largo que le cubria enteramente el rostro, permitiéndole ver y respirar dos agujeros abiertos á la altura de los ojos, y otro á la de la boca.... Aquel hombre enmascarado, uno de los presos que escaparon de la cárcel, (estaba tambien alli Barbillon y los dos asesinos arrestados en la taberna del Conejo Blanco al principio de nuestra relacion) era Nicolás Marcial, hijo y hermano de las dos mugeres cuyo patíbulo estaba ya levantado. Arrastrado á aquel acto de insensibilidad atroz y de audaz impudencia por uno de sus compañeros, bandido temible, disfrazado tambien, se atrevia el miserable á entregarse desenfrenadamente con la ayuda de aquel disfráz, á los últimos placeres del Carnaval.

La muger que bailaba con él , vestida de cantinera , llevaba un sombrero de cuero abollado con cintas deshilachadas, una especie de justillo de bayeta encarnada, muy viejo, adornado con tres hileras de botones de cobre á lo húsar; una saya verde, y pantalones de calicó blanco; sus negros cabellos le caian en desórden sobre la frente, y sus facciones macilentas y aplomadas respiraban la desvergüenza y la absoluta falta de pudor.

La pareja de enfrente no era menos horrible. El hombre , de elevada talla , disfrazado de Roberto Macaire , llevaba embadurnada de tal modo la cara con hollin , que estaba desconocido ; y ademas cubriale el ojo izquierdo una ancha venda, y el blanco mate del globo del derecho , se destacaba sobre aquella faz negruzca, haciéndola mas asquerosa todavia. La parte inferior del rostro del Esqueleto (el lector le habrá ya reconocido) desaparecia enteramente bajo una alta corbata hecha con un viejo chal encarnado. Llevaba en la cabeza , segun la tradicion de la moda, un sombrero gris raído, chato, sucio y sin fondo; vestia casaca verde hecha girones , y un pantalon estrecho lleno de remiendos, y atado á los tobillos ; y exagerando las posiciones mas grotescas y cinicas del chahút , lanzando á derecha é izquierda , adelante y atrás, sus largos miembros duros como el hierro , los soltaba y replegaba con tanto vigor y elasticidad, que parecian movidos por resortes de acero.

Su pareja, digno corifeo de esta inmunda saturnal, alta y lista, de cara impudente y avivada, vestida de leñador, con un casquete de manga , echado de lado sobre una peluca de larga cola , empolvada , llevaba un pantalon y chaqueta de paño verde raído, sujeto al cuerpo por una faja de color de naranja, cuyos largos cabos flotaban á su espalda.

Una muger gorda, alta y hombruna, que no era menos que la tabernera del Conejo Blanco, sentada sobre uno de los bancos, guardaba en su falda los ropones de tartan de aquella muger y de la cantinera, mientras que las dos jugaban á quien ganaria en saltos y posturas cínicas con el Esqueleto y Nicolás Marcial.

Entre los otros danzantes notábase un chiquillo cojo vestido de diablo con una chaqueta de punto negra demasiado ancha y larga para él, unos calzoncillos encarnados, y una mascarilla verde, horrible y llena de muecas. A pesar de su cogera, este pequeño mónstruo tenia una agilidad sorprendente; su depravacion precoz era tanta, sino mayor, como la de sus horribles compañeros, y perneaba con tanto descaro como el primero frente de una mugerona gorda disfrazada de pastora que escitaba todavia su impudencia con lúbricas risotadas. Como no se habia formalizado ningun cargo contra Jorobeta (á quien se habrá reconocido tambien), y habiendo sido depositado Zurdillo provisionalmente en la cárcel, habia reclamado al muchacho por encargo de su padre el señor Micou, encubridor de la calle de la Cerveceria, á quien sus cómplices no habian denunciado.

Supóngase el lector para figuras de segundo orden del cuadro que hemos tratado de pintar lo que hay de mas asqueroso, bajo y horrible en esa crápula ociosa, atrevida, rapáz, sanguinaria, atea, que se muestra mas hostil al orden social, y sobre la cual hemos querido llamar la atencion de los hombres pensadores al final de nuestra relacion.

¡Ojalá que pueda esta última y horrible escena simbolizar el peligro inminente que amenaza de continuo á la sociedad!

Sí, piénsese bien: la reaccion y el aumento ter-

rible de esa raza de ladrones y asesinos, es una especie de viva protesta contra lo defectuoso de las leyes represivas, y sobre todo con la falta de medidas preventivas, de una legislación previsorá, y de estensas instituciones preservativas, destinadas á vigilar y moralizar desde la infancia á esa inmensidad de infelices abandonados ó pervertidos por el mal ejemplo: lo repetimos, esos séres desheredados que Dios no ha hecho ni peores ni mejores que sus demas criaturas, no se gangrenan tan incurablemente por otra razon que porque se arrastran en el fango de la miseria, de la ignorancia y del embrutecimiento.....

.....
Escitados todavía por las risotadas y los bravos de la muchedumbre agolpada á las ventanas, los actores de la abominable orgía que referimos, gritaron á la orquesta que tocase un galop final.

Los músicos, contentos con ver el fin de una escena tan penosa para sus pulmones, se prestaron al voto general, y tocaron un galop con un compás precipitado.

Con estos acordes vibrantes de los instrumentos de laton redobló la exaltacion, y todas las parejas se apretaron, se chocaron, y siguiendo al Esqueleto y á la suya, dieron principio á una rueda infernal lanzando salvages aullidos.

Elevóse del piso de la sala una polvareda espesa, levantada por tan furioso pisoteo, que envolvió con una especie de nube roja y siniestra, aquel torbellino de hombres y mugeres entrelazados que giraban con una rapidéz vertiginosa.

Muy pronto no fué sola la borrachera la que se manifestó en aquellos rostros exasperados por el vino, por el movimiento y por sus propios gritos; estaban ya delirantes y frenéticos; el espacio les

faltó, y el Esqueleto gritó con voz agitada:

— ¡Eh!... ¡libre la puerta!... Vamos á salir por el Arrabal.

— Sí, sí, gritó la muchedumbre agolpada á las ventanas.... ¡Un galop hasta la barrera de Saint-Jacques!

— Pronto va á dar la hora en que han de sentenciar á las dos mugeres.

— ¡El verdugo es un tuno! mata hoy dos pájaros de un tiro.

— Y con acompañamiento de cornetas de llaves.

— Bailaremos la contradanza de la guillotina.

— ¡Adelante la descabezada! gritó Jorobeta.

— Así se alegrarán las sentenciadas.

— Yo bailo con la viuda.

— Yo con la hija.

— ¡Qué alegre se pondrá el verdugo!

— Bailaré el *chahut* sobre la tienda con sus dependientes.

— ¡Mueran los negros! ¡Vivan los bribones y los barahustadores! gritó el Esqueleto con voz atronadora.

Estas burlas, estas amenazas de caníbales, acompañadas de cantos obscenos, de gritos y silbidos, aumentaron todavía cuando la banda del Esqueleto hubo abierto con la impetuosa violencia de su empuje una ancha calle en medio de aquella muchedumbre compacta.

Entonces hubo una confusión espantosa, y se oyeron rugidos, blasfemias y risotadas, que no tenían nada de humano.

El tumulto llegó de repente á su colmo con dos incidentes que sobrevinieron.

El coche que contenía á las sentenciadas, acompañado de su escolta de caballería, apareció á lo lejos en el ángulo del Arrabal, y toda la muchedum-

bre se movió entonces en aquella direccion, dando un aullido de satisfaccion feróz.

Al mismo tiempo alcanzó á la turba un correo á caballo que llegaba por el arrabal de los Inválidos dirigiéndose á galope hácia la barrera de Charenton.

Iba vestido de frac azul celeste con cuello amarillo, guarnecido de dos galones de plata en todas las costuras; pero en señal de gran luto llevaba calzón negro con botas de montar, y su casquete, muy bordado tambien de plata, estaba cubierto de una gasa; por fin, en los tachones de los arreos veíanse en relieve las armas soberanas de Gerolstein.

El correo puso su caballo al paso; pero como su marcha se hiciese cada vez mas embarazosa, se vió casi obligado á pararse, cuando se encontró en medio de la oleada de populacho de que hemos hablado. Aunque gritase: ¡Paso!... y condujera su montura con la mayor precaucion, pronto se levantaron contra él gritos, injurias y amenazas.

— ¿Si querrá subírsenos en hombros con su camello?

— ¡Pues no trae poca plata sobre su cuerpo, gracias á Dios! exclamó Jorobeta bajo su máscara verde con lengua de á palmo.

— Si nos empuja metámosle á pie.

— Y le descoseremos los galones de la casaca para fundirlos, dijo Nicolás.

— Y hasta el vientre te descoseremos si no estás contento, lacayuelo... añadió el Esqueleto, dirigiéndose al correo y cogiendo por la brida á su caballo, porque la turba se habia hecho tan compacta, que el bandido renunciaba ya á su proyecto de galop hasta la Barrera.

El correo, como hombre vigoroso y resuelto, dijo al Esqueleto levantando el mango de su látigo:

— Si no dejas la brida de mi caballo, te cruzo la cara.

— ¿Tú, pillastron?

— Sí, voy al paso y aviso; ningun derecho tienes, pues, de pararme. El coche de monseñor viene detrás de mí.... y ya oigo el chasquido del látigo.... déjame pasar.

— ¿Tu señor? dijo el Esqueleto. ¿Y qué me importa á mí de tu señor?... Tambien le despachuraré si me da la gana. Nunca he muerto á ningun señor, y casi me vienen ganas.

— ¡Ya no hay mas señores!... ¡viva la Constitucion!... gritó Jorobeta, y taraleando este verso de la Parisiense: *En avant marchons contre leus canons*, se encaramó de repente á una de las botas del ginete, se dejó caer con todo su peso, y lo hizo bambolear en la silla. Un golpe con el mango del látigo, asestado con fuerza sobre la cabeza de Jorobeta, lo castigó de su audacia; pero el populacho enfurecido se precipitó inmediatamente sobre el correo, y por mas que le entrase la espuela en el vientre á su caballo para adelantarlo y desembarazarse, no pudo alcanzarlo, como ni tampoco sacar su cuchillo de monte. Desmontado y caido en medio de gritos y rechiflas rabiosas, alli quedaba sin la llegada del coche de Rodolfo, que distrajo el estúpido furor de aquellos miserables.

Hacia rato ya que el landó del príncipe, tirado por cuatro caballos, no iba mas que al paso, y uno de los lacayos vestido de luto (á causa de la muerte de Sarah) sentado sobre el asiento trasero, habia bajado y colocádose junto á la portezuela del coche que era muy bajo. Los postillones gritaban: ¡Paso!.. y avanzaban con precaucion.

Rodolfo, vestido de gran luto como su hija, cuya mano tenia cogida entre las suyas, la miraba con

satisfacción y ternura. Una capota de crespon negro hacia resaltar la deslumbrante blancura de la tez de la dulce y encantadora fisonomía de Flor Celeste, y los brillantes reflejos de su hermoso pelo rubio; dijérase que el azul de aquel hermoso día se reflejaba en sus grandes ojos, cuyo color jamás había sido tan suave y límpido. Aunque su fisonomía risueña, espresaba la calma y la felicidad cuando miraba á su padre, una tinta de melancolía y hasta de indefinible tristeza, derramaba á menudo su sombra sobre las facciones de la jóven, cuando los ojos de su padre no estaban fijos en ella.

— No estás enfadada conmigo por haberte hecho levantar tan de mañana y adelantado la hora de nuestra marcha, ¿no es verdad? la preguntó sonriendo Rodolfo.

— ¡Oh, no, padre mio; está tan hermosa la mañana!

— Lo he hecho porque he creído que distribuiríamos mejor la jornada marchando tempranito, y que tú te cansarías menos. Murph, mis ayudantes de campo, y el coche en que van tus camareras, nos alcanzarán en la primera parada donde descansarás.

— ¡Buen papá, siempre ocupado en mí!

— Sí, señorita, y sabed que me es imposible pensar en otra cosa, dijo el príncipe sonriendo, y luego añadió en un arrebató de ternura: ¡Oh, te quiero tanto, te quiero tanto!... dame tu frente.... pronto.

Flor Celeste se inclinó hácia su padre, y Rodolfo imprimió con delicia sus labios sobre su frente encantadora.

En aquel momento, era cuando acercándose el coche á la turba, empezaba á andar con mucha lentitud.

Sorprendido Rodolfo, bajó el cristal, y dijo en alemán al lacayo que iba junto á la portezuela:

- ¿Qué hay, Frantz?... ¿qué tumulto es ese?
- Monseñor, hay tanta gente, que el coche no puede pasar....
- ¿Y qué hace tanta gente?
- Monseñor....
- ¿Y bien, qué hay?
- Es que V. A....
- ¡Habla!
- Monseñor, acabo de oír que dicen que hay una ejecucion allá bajo.
- ¡Ah, esto es horroroso! exclamó Rodolfo echándose al fondo del coche.
- ¿Qué teneis, padre mio? dijo vivamente Flor Celeste sobresaltada.
- Nada.... nada, hija mia.
- Pero ¿y esos gritos amenazadores?... ¿ois? se acercan.... ¡Qué es esto, Dios mio!
- Frantz, manda á los postillones que den la vuelta y vayan á Charenton por otro camino, sea el que fuere, dijo Rodolfo.
- Monseñor, es tarde.... estamos ya en medio del tumulto, y gentes de mala catadura paran los caballos.
- Ya no pudo hablar mas el lacayo. La turba, exasperada por los sanguinarios dicterios del Esqueleto y de Nicolás, rodeó de repente y dando gritos al coche. A pesar de los esfuerzos y amenazas de los postillones, los caballos fueron detenidos y Rodolfo no vió por todos lados al nivel de las vidrieras mas que caras horribles, furiosas y amenazadoras, á las cuales dominaba con su altísima talla el Esqueleto, que se adelantó á la portezuela.
- ¡Tened cuidado, padre mio! exclamó Flor Celeste echando sus brazos al cuello de Rodolfo.
- ¿Sois vos el señor? dijo el Esqueleto adelantando.

do su cara asquerosa hasta meterla dentro del coche.

A tanta insolencia, hubiérase entregado Rodolfo á la violencia de su carácter, sin la presencia de su hija que le contuvo; y contestó:

— ¿Qué quereis, por qué deteneis mi coche?

— Porque nos da la gana, dijo el Esqueleto metiendo sus huesosas manos por la ventanilla.... Para todos hay un dia, ayer aplastabas tú á la canalla, y hoy la canalla te aplastará á tí si das un paso.

— ¡Estamos perdidos, padre mio! murmuró Flor Celeste en voz baja.

— Tranquilízate.... ahora caigo, dijo el príncipe, en que es hoy el último dia de Carnaval. Estos hombres están borrachos y voy á desembarazarme de ellos.

— Es menester hacerlos bajar á él y á la muger, gritó Nicolás: ¿qué derecho tienen para atropellar á los pobres?

— Me parece que aunque habeis bebido mucho, os quedan todavía ganas, dijo Rodolfo sacando una bolsa llena de oro. Ahí teneis para todos y no detengais mas mi coche. Y tiró la bolsa.

Jorobeta la cogió al vuelo.

— En verdad que yendo de camino sabes tener bien provistas las faltriqueras; saca mas dinero ó te mato. Nada arriesgo porque te pido el dinero ó la vida á la luz del dia.... ¡Está bueno esto! dijo el Esqueleto completamente borracho de vino y de rabia sanguinaria, abriendo bruscamente la portezuela.

La paciencia de Rodolfo se habia acabado: inquieto por Flor Celeste, cuyo espanto aumentaba á cada instante, y pensando que un acto de vigor impondría á aquel miserable que creia solamente borracho, saltó del coche para agarrar de la gar-

ganta al Esqueleto.... este se retiró de un salto, y sacando una larga navaja de resorte, se echó encima de Rodolfo.

Flor Celeste, viendo levantado sobre su padre el puñal del bandido, dió un grito de terror, se precipitó fuera del coche, y se le agarró con sus brazos.

Allí acababan ella y su padre, á no ser por el Terrible, que habiendo reconocido desde el principio de aquel tumulto la librea del príncipe, habia alcanzado con sobrehumanos esfuerzos colocarse junto al Esqueleto, y en el momento en que este amenazaba al príncipe con su puñal, le detuvo el brazo con una mano, echándole atrás con la otra.

Aunque sorprendido de improviso y por detrás, el Esqueleto pudo volverse, y reconociendo al Terrible, exclamó:

— ¡El hombre de la blusa gris de la cárcel! ¡Esta vez si que no escapas! y precipitándose furioso sobre el Terrible, le hundió el puñal en el pecho.

El Terrible tembló, pero no cayó, porque la muchedumbre le sostenia.

— ¡La guardia, la guardia! gritaron algunas voces con espanto.

Al oír aquellas palabras, y á la vista del asesinato del Terrible, toda aquella muchedumbre tan compacta, temiendo ser comprendida en el asesinato se dispersó como por encantamiento, y echó á huir en todas direcciones.... el Esqueleto, Nicolás, Marcial y Jorobeta, desaparecieron tambien.

Cuando la guardia llegó, guiada por el correo que habia podido escapar cuando la turba le abandonó para rodear el coche del príncipe, no quedaban en el teatro de aquella lúgubre escena, mas que Rodolfo, su hija, y el Terrible inundado de sangre, á quien habian sentado en el suelo y apoyado en un árbol los dos lacayos del príncipe.

Todo esto habia pasado mil veces mas rápidamente que es posible escribirlo, y á algunos pasos del bodegon de que habian salido el Esqueleto y su banda.

El príncipe, pálido y conmovido, sostenia en sus brazos á Flor Celeste, desfallecida, mientras los postillones arreglaban los correajes que habian sufrido mucho con aquel zipizape.

— ¡Pronto! dijo el príncipe á sus gentes, ocupadas en socorrer al Terrible, trasportad al infeliz á esa taberna.... y tú, añadió dirigiéndose al correo, monta á caballo, y á escape que te siga el coche, y que venga el doctor David que debe estar allí, porque no debia de marchar hasta las once.

Algunos minutos despues, el coche marchaba á galope, y los dos lacayos entraban al Terrible en la sala baja en que se habia celebrado la orgía, en donde permanecian todavía algunas de las mugeres que habian figurado en ella.

— Hija mia, dijo Rodolfo, voy á llevarte á un aposento de esta casa, y me esperarás en él, porque yo no puedo abandonar al solo cuidado de mis criados á ese bravo hombre, que acaba de salvarme otra vez la vida.

— ¡Ah, padre mio, no me dejeis por Dios! exclamó Flor Celeste aterrada, cogiendo del brazo á Rodolfo. No me dejeis sola.... moriria de miedo.... iré adonde vayais vos.

— ¡Pero este espectáculo es horrible!

— Pero gracias á este hombre vivís para mí, padre mio, permitidme al menos que me una á vos para agradecérselo y consolarle.

La perplegidad del príncipe era grande: su hija mostraba un miedo tan justo á permanecer sola en uno de los aposentos de aquella asquerosa taberna,

que se resignó por fin á entrar con ella en la sala baja donde estaba el Terrible.

El dueño del bodegon , y muchas de las mugeres que habian quedado en él (entre las cuales estaba la tabernera del Conejo-Blanco) habian tendido apresuradamente al herido sobre un colchon y restañado y tapado con servilletas sus heridas.

El Terrible acababa de abrir los ojos cuando entró Rodolfo. Al ver al príncipe , sus facciones cubiertas ya con la palidéz de la muerte, se reanimaron un poco , sonrió dolorosamente , y le dijo con voz débil:

— ¡Ah, señor Rodolfo, que fortuna que me haya encontrado yo allí!

— ¡Valiente y servicial como siempre , le dijo el príncipe con acento desesperado , otra vez me has salvado!...

— Iba á ir á la barrera de Charenton para veros partir.... Por fortuna esa turba me ha detenido aqui.... ademas de que , esto debia suceder.... Ya se lo he dicho á Marcial.... tenia un presentimiento.

— ¡Un presentimiento!

— Si , señor Rodolfo.... el sueño del sargento.... esta noche lo he tenido.

— Dejad esos pensamientos..... y esperad que vuestra herida no será mortal.

— ¡Oh! sí , el Esqueleto ha dado bien el golpe.... ¡qué razon tenia yo en decir á Marcial.... que un gusano de tierra como yo , podia á veces ser útil á un gran señor como vos!...

— Pero os debo la vida.... segunda vez me la habeis salvado.

— Estamos en paz, señor Rodolfo.... Vos me dijisteis que habia todavía en mí.... corazon y honor.... mirad , estas palabras.... ¡oh , me ahogo!...

Monseñor, hacedme la honra de... vuestra mano... conozco que me voy....

— No, es imposible.... exclamó el príncipe inclinándose hácia el Terrible y apretando en sus manos la mano helada del moribundo.... no; vivireis, vivireis.

— Señor Rodolfo.... mirad como hay algo allá arriba.... Yo maté de una cuchillada.... y de una cuchillada.... muero.... dijo el Terrible con voz mas débil y ahogada.

En aquel momento fijó sus ojos en Flor Celeste, en la cual no habia todavía reparado. La sorpresa se pintó sobre su faz moribunda, hizo un movimiento, y dijo:

— ¡Ah.... Dios mio.... la Guillabaora!....

— Sí, es mi hija, y os bendice porque le habeis conservado su padre.

— Ella.... vuestra hija.... aquí.... esto me recuerda nuestro conocimiento, señor Rodolfo.... y.... y los puñetazos finales.... pero.... esta cuchillada.... será tambien el fin.... Churiné.... y me han churinado.... es.... muy justo.

Y luego dió un profundo suspiro dejando caer hácia atrás la cabeza.... estaba muerto.

Oyóse á la parte de afuera el sonoro ruido de los caballos; el coche de Rodolfo habia encontrado al en que venian Murph y David, quienes con la prisa de alcanzar al príncipe, habian precipitado su marcha.

David y el gentil-hombre entraron en el bodegon.

— David, dijo Rodolfo enjugando sus lágrimas y señalando al Terrible, ¿no queda ninguna esperanza?

— Ninguna, monseñor, dijo el médico despues de un corto exámen.

Mientras duró esto, tuvo lugar una escena muda y espantosa entre Flor Celeste y la tabernera, en quien no habia reparado Rodolfo.

Cuando el Terrible pronunciara á media voz el nombre de la Guillabaora, la tabernera, levantando vivamente la cabeza, habia visto á Flor Celeste. Ya habia reconocido la horrible muger á Rodolfo; oía que le llamaban monseñor, y él llamaba hija suya á la Guillabaora. Semejante metamórfosis tenia estupefacta á la tabernera, que clavaba con terquedad sus ojos estúpidamente embobados en su antigua víctima.

Aquella mirada parecia que fascinase á Flor Celeste, pálida y aturdida.

La muerte del Terrible y la aparicion inesperada de la tabernera, que venia á despertar mas doloroso que nunca el recuerdo de su primera degradacion, le parecian un siniestro pronóstico.

Desde aquel momento hirió á Flor Celeste uno de esos presentimientos que tienen á menudo una influencia irresistible sobre caracteres tales como el suyo.....

Poco tiempo despues de pasados estos tristes sucesos, Rodolfo y su hija habian salido para siempre de París.



EPÍLOGO.



CAPÍTULO I.

Gerolstein.



EL PRINCIPE ENRIQUE DE HERKAUSEN-OLDENZAAL, AL
CONDE MAXIMILIANO KAMINETZ.

Ordenzaal á 25 agosto de 1840 (1).



Acabo de llegar de Gerolstein, en donde he pasado tres meses al lado del gran duque y su familia, y creia encontrar aqui una carta que me

(1) Advertiremos al lector que han pasado ya cerca de quince meses desde el dia en que Rodolfo salió de París por la barrera de Saint-Jacques despues del asesinato del Terrible.

anunciara vuestra llegada á Oldenzaal, querido Maximiliano. No podeis figuraros mi sorpresa y pesar al saber que estais detenido en Hungría todavia durante algunas semanas.

Hace cuatro meses que no he podido escribiros por no saber donde dirigiros las cartas, gracias á vuestro modo de viajar original y aventurero; sin embargo en Viena, y en el momento de nuestra separacion, me habiais prometido formalmente que nos veriamos en Oldenzaal el 1.º de agosto. Debo, pues, renunciar el placer de veros, cuando ahora mas que nunca hubiera tenido necesidad de desahogar mi corazon en el vuestro, mi buen Maximiliano, mi mas antiguo amigo, sí, antiguo, porque aunque muy jóvenes todavia, es antigua nuestra amistad, como que data de la infancia.

De tres meses á esta parte, amigo mio, no sé si os lo diga, se ha obrado en mí una revolucion completa; me acerco á uno de esos momentos que deciden de la vida de un hombre.... Juzgad si me harán falta vuestra presencia y consejos.... Pero no me faltarán por mucho tiempo, porque sean cuales fueren los intereses que os detengan en Hungría, vendreis, Maximiliano, vendreis, os lo suplico; necesitaré seguramente poderosos consuelos y yo no puedo ir á buscaros. Mi padre, cuya salud se debilita de dia en dia, me ha hecho venir de Gerolstein; cada dia se altera mas, y me es imposible dejarle....

Tengo tantas cosas que deciros, que seré prolijo; porque necesito contaros la historia de la época mas llena, mas romancesca de mi vida....

¡Estraña y triste casualidad! durante esta época una fatalidad nos ha separado al uno del otro, siendo como somos los inseparables, los dos hermanos, los dos mas ardientes apóstoles de la santísima amis-

tad! ¡Los dos hombres, por fin, que tanto orgullo tenemos en probar que el Cárlos y el Posa de nuestro Schíller no son quimeras, y que sabemos gozar como esas divinas creaciones del gran poeta de las suaves delicias de un tierno y mutuo afecto! ¡Oh, amigo mio! ¿por qué no estais aqui? ¿Por qué no habreis estado? Mi corazon está lleno de emociones suaves y tristes á la vez. Y estoy solo.... compadeceos de mí, vos que conoceis mi sensibilidad tan singularmente expansiva algunas veces, vos que habeis visto humedecerse á menudo mis ojos al oír la relacion sencilla de una generosa accion, ó al simple aspecto de una hermosa puesta de sol, ó de una noche de verano pacífica y estrellada. ¿Os acordais de nuestra escursion del año pasado á las ruinas de Oppenfeld, á orillas del gran lago? ¿de nuestras silenciosas meditaciones durante aquella magnífica noche, tan llena de calma, de poesia y serenidad?... ¡Contraste singular! Era cabalmente tres dias antes de aquel duelo sangriento en que no quise fuerais mi padrino, porque hubiera padecido demasiado por vos, si hubiese sido herido á vuestra vista..... De aquel duelo en que por una disputa de juego mató mi padrino á aquel jóven francés el vizconde de Saint Remy.... A propósito de eso, ¿sabeis lo que se ha hecho la peligrosa sirena que habia traído á Oppenfeld el vizconde, y que creo que se llama Cecilia David?

Debeis reiros de lástima, amigo mio, al verme divagar entre los recuerdos de cosas pasadas, en lugar de llegar de frente á las graves confiancias que os he anunciado; pues la razon de ello es, que al momento de ir á haceros estas confiancias retrocedo involuntariamente, conozco vuestra severidad y tengo miedo á que me riñais; sí, á que me riñais, porque en lugar de conducirme con reflexion y pru-

dencia (¡ ah! prudencia de veinte y un años!), me he conducido locamente, ó por mejor decir no me he conducido siquiera..... me he dejado llevar ciegamente de la corriente que me arrastraba, y solo despues de mi regreso de Gerolstein he despertado, por decirlo así, del sueño encantador en que me he mecido por espacio de tres meses, y este despertar es funesto....

Vamos, amigo mio, mi buen Maximiliano, vamos, me revisto de todo mi valor.... oidme con indulgencia. Empiezo bajando los ojos y sin miraros, porque al leer estas líneas vuestras facciones, hombre estóico, deben haberse puesto tan graves y severas....

Despues de haber obtenido una licencia de seis meses, salí de Viena, y permanecí aqui algun tiempo al lado de mi padre; su salud era buena entonces, y me aconsejó que fuera á visitar á mi escelente tia la princesa Juliana, superiora de la abadía de Gerolstein. Creo que os habré dicho alguna vez, amigo mio, que mi abuela era prima hermana del abuelo del gran duque actual; y que atendiendo Gustavo Rodolfo, á ese remoto parentesco, ha tenido siempre la bondad de tratarnos afectuosamente de primos á mí y á mi padre. Creo que sabeis tambien que durante un largo viage que hizo el primo á Francia, encargó á mi padre el gobierno del gran ducado. No temo que penseis que el orgullo me hace recordar esta circunstancia, amigo mio, hágolo solo para esplicaros las causas de la grande intimidación en que he vivido con el gran duque y su familia durante mi permanencia en Gerolstein. Os acordareis que en nuestro viage del año pasado á las márgenes del Rin, se nos dijo que el principe habia encontrado en Francia á la condesa Mac-Gregor, y se habia casado con ella *in ex-*

tremis, á fin de legitimar el nacimiento de una hija que habia tenido de ella cuando su primer matrimonio secreto, que fué anulado mas tarde por defecto en las fórmulas, y porque habia sido contraido contra la voluntad del gran duque reinante entonces.... Pues esa jóven tan solemnemente reconocida, es la encantadora princesa Amelia (1), de quien nos hablaba este invierno en Viena lord Dudley, que la habia visto en Gerolstein cosa de un año atrás, con un entusiasmo que acusábamos nosotros de exageracion.... ¡Estraña casualidad!.... ¡Quién me hubiese dicho entonces!... Pero aunque ya hayais adivinado poco mas poco menos mi secreto, permitidme que siga sin interrupcion el orden de los sucesos.

El convento de San Hermenegildo, de que mi tia es abadesa, dista apenas de Gerolstein medio cuarto de legua, como que los jardines de la abadia tocan á los arrabales de la ciudad: mi tia, que me ama, como sabeis, con una ternura maternal, habia puesto á mi disposicion una hermosa casa completamente aislada del claustro. El dia de mi llegada me participó que al siguiente habria recepcion solemne y fiesta en la córte, debiendo el duque anunciar oficialmente su próximo matrimonio con la señora marquesa de Harville, llegada hacia poco á Gerolstein con su padre el señor conde de Orbigny (2).

(1) Como el nombre de María escitaba tristes recuerdos en Rodolfo y su hija, la habia puesto el príncipe el de Amelia, que era uno de los de su madre.

(2) Recordaremos al lector, en honor de la verosimilitud de esta relacion, que la última princesa soberana de Curlandia, muger tan notable por la rara superioridad de su talento como por la gracia de su carácter y la adorable bondad de su corazon, era la señorita de Medem.

Unos criticaban al príncipe porque no había buscado otra vez una alianza soberana (la gran duquesa de quien era viudo el príncipe pertenecía á la casa de Baviera); otros al contrario, y de este número era mi tía, le felicitaban por haber preferido á las miras de ambiciosos proyectos, á una muger jóven y amable á quien adoraba, y que pertenecía á la mas alta nobleza de Francia. Ya sabeis, por otra parte, que mi tía ha tenido siempre el mas profundo afecto al gran duque Rodolfo, y mejor que nadie podia ella apreciar las eminentes cualidades del príncipe.

— Hijo mio, me dijo hablando de esta recepcion solemne, al que debia yo asistir al dia siguiente de mi llegada; hijo mio, os advierto que lo que vereis mas maravilloso en esa fiesta será la *Perla de Gerolstein*.

— ¿Por quién lo decis, querida tía?

— Por la princesa Amelia.

— ¿La hija del gran duque? En efecto, lord Dudley nos había hablado de ella en Viena con un entusiasmo que habíamos calificado de exageracion poética.

— A mi edad, con mi carácter y en mi posicion, repuso mi tía, se exalta una poco; de consiguiente, podreis creer en la imparcialidad de mi juicio, hijo mio. Pues bien; yo os digo que no he conocido en mi vida cosa mas encantadora que la princesa Amelia. Os hablaria de su hermosura angelical, sino estuviese dotada de un encanto inesplicable que es todavia superior á la hermosura. Figuraos el candor unido á la dignidad, y la gracia á la modestia. Desde el primer dia en que se me presentó á ella el gran duque, sentí por la jóven princesa una involuntaria simpatía. Y no soy yo sola; la archiduquesa Sofía está en Gerolstein hace algunos dias; á fé

que es la mas orgullosa y altiva princesa que yo sepa.

— Es verdad, tia, su ironía es terrible, y pocas personas hay que escapen de sus mordaces chanzas. En Viena se la temia como al fuego.... ¿Se habrá sabido captar su voluntad la princesa Amelia?

— Dias pasados estuvo aqui despues de haber visitado la casa de asilo puesta bajo la proteccion de la jóven princesa. — ¿Sabeis una cosa? me dijo la temible archiduquesa con su franqueza brusca; yo tengo el espíritu naturalmente inclinado á la sátira, ¿no es verdad? Pues bien; si viviera mucho tiempo con la hija del gran duque, estoy segura de que me volveria inofensiva: tan penetrante y contagiosa es su bondad.

— Conque, segun eso, mi prima es una encantadora, dije yo sonriendo á mi tia.

— Su mas poderoso atractivo, á lo menos á mis ojos, repuso mi tia, es esa mezcla de dulzura, de modestia y dignidad de que os he hablado, y que da á su rostro angelical la espresion mas interesante.

— Ciertamente, tia, que es la modestia una cualidad rara en una princesa tan jóven, tan bella y tan feliz.

— Y contemplad aun á que sienta tanto mejor á la princesa Amelia el gozar sin vanidosa ostentacion del elevado puesto que ha adquirido incontablemente, cuanto que su elevacion es muy reciente (1).

— ¿Y en su conversacion con vos, querida tia, hizo la princesa alguna alusion á su vida pasada?

— No; pero cuando, á pesar de mi avanzada edad,

(1) Al llegar á Alemania, Rodolfo habia dicho que Flo^r Celeste, creida muerta por mucho tiempo, nunca se habia separado de su madre la condesa Sarah.

la hablé con el respeto que le es debido, como á hija de nuestro soberano, su ingénuo turbacion, mezclada de reconocimiento y veneracion por mi, me conmovió profundamente; porque su reserva, llena de nobleza y afabilidad, me probaba que el presente no la deslumbraba lo bastante para que olvidase lo pasado, y que rindió á mi edad el homenaje que yo á su rango.

-- En efecto, es menester un esquisito tacto para observar esas tintas tan delicadas, dije yo á mi tia.

— Asi que, hijo mio, cuanto mas he visto de la princesa Amelia, tanto mas me he felicitado por mi primera impresion. Las buenas obras que ha hecho desde que está aqui son increíbles, y con una reflexion y madurez de juicio, que me confunden en una persona de su edad. Juzgad vos mismo: á petición suya ha fundado el gran duque en Gerolstein un establecimiento para las niñas huérfanas de cinco ó seis años, y para las jóvenes huérfanas tambien ó abandonadas que han llegado á los diez y seis años, edad tan fatal para las infelices á quienes nada defiende contra la seduccion del vicio y la obsesion de la miseria. Dirigen y enseñan á las pensionistas de este establecimiento algunas nobles religiosas de mi abadía; y al irlo á visitar, he tenido muchas veces ocasion de juzgar de la adoracion que esas pobres criaturas desheredadas tienen por la princesa Amelia, que va todos los dias á pasar algunas horas en el establecimiento, colocado bajo su proteccion especial; y os lo repito, no es solo respeto y reconocimiento lo que sienten las pensionistas por su alteza, es casi un fanatismo.

—Pues entonces la princesa Amelia es un ángel, dije yo á mi tia.

—Un ángel, sí, un ángel repuso ella, porque no podeis vos imaginar la tierna bondad con que trata

á sus protegidas, y la piadosa solicitud de que las rodea. Jamás he visto tratar con mas delicadeza la susceptibilidad de la desgracia: no parece sino que la princesa se sienta inclinada por una simpatía irresistible hácia esa clase de pobres abandonadas. Para decíroslo todo en una palabra, ¿creeríais que ella, hija de un soberano, no llama á esas infelices sino con el nombre de hermanas?

Os confieso, Maximiliano, que al oír á mi tia estas palabras se me vinieron las lágrimas á los ojos. ¿No encontrais en efecto hermosa y santa la conducta de esa jóven princesa? Conoceis mi sinceridad, y os juro que todo lo que os digo y os diré en adelante será casi la copia de las propias palabras de mi tia.

—Teniendo la princesa tan bellas dotes como decís, díge yo á mi tia, he de turbarme mucho cuando seré presentado á ella mañana; vos conoceis mi invencible timidéz, y sabeis que la elevacion de caracter me impone mas todavia que el rango; de consiguiente, estoy seguro de que mañana me toma la princesa por un estúpido y torpe; pero ya me resigno antes de que suceda.

—Vamos, vamos, me dijo mi tia sonriendo, se compadecerá de vos, tanto mas, cuanto que vos no sereis para ella un nuevo conocimiento.

—¿Yo, tia?

—Seguramente.

—¿Pero cómo?

—Os acordais de que cuando salisteis de Oldenzaal á los diez y seis años para hacer un viage por Rusia é Inglaterra con vuestro padre, os mandé retratar con el traje que llevabais en el primer baile de máscara dado por la gran duquesa difunta?

—Sí, tia, me acuerdo, un traje de page aleman del siglo XVI.

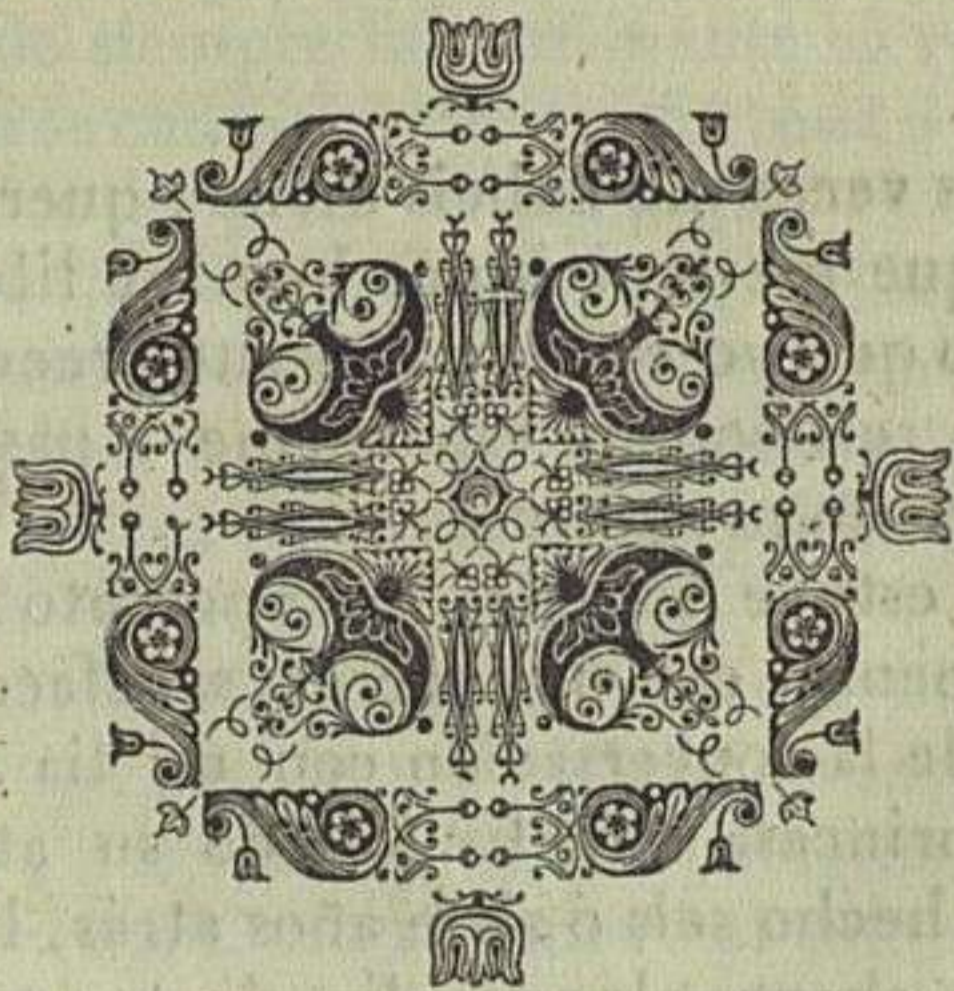
Nuestro escelente pintor Fritz Mocker no se contentó con reproducir fielmente vuestras facciones en el traje de un personage del siglo XVI, sino que por un capricho de artista, se complació en imitar las maneras y hasta la tinta de vetustéz de las pinturas de aquella época. Algunos dias despues de su llegada á Alemania vino la princesa Amelia á visitarme acompañada de su padre, y reparando en vuestro retrato, preguntó quien era aquella hermosa figura de los tiempos pasados. Su padre se sonrió, me hizo una seña y contestela:—Este es el retrato de uno de vuestros primos, que segun podeis ver en su traje, contaria ahora unos trescientos años, mi querida Amelia; pero que tan jóven como le veis habia demostrado ya una rara intrepidez y un corazon escelente: ¿no distinguís en efecto el valor en su mirar, y la bondad en su sonrisa?

(Os suplico, amigo Maximiliano, que no os encojais de hombros con impaciente desden al verme escribir de mí mismo tales cosas; podeis creer que me cuesta el hacerlo; pero la continuacion de esta relacion os probará que estos pueriles detalles, cuya amarga ridiculéz conozco, son por desgracia indispensables. Cierro este parentesis, y prosigo).

—La princesa Amelia, repuso mi tia, engañada por esta broma inocente, fué del parecer de su padre acerca lo suave y altivo de la espresion de vuestra fisonomía, cuando hubo considerado el retrato con mas atencion; y cuando despues fui á verla á Gerolstein, me pidió sonriendo noticias de su primo de los tiempos pasados. Yo la confesé entonces nuestra superchería, diciéndola que el hermoso page del siglo XVI no era otro que nuestro primo el príncipe Enrique de Herkausen-Oldenzaal, que tenia en la actualidad veinte y un años, capitán de la guardia de S. M. el emperador de Austria, y

muy parecido en todo al retrato, á excepcion del trage. Al oír esto, repuso mi tia, se sonrojó la princesa Amelia y se puso seria como está casi siempre. Desde entonces no me ha vuelto á hablar del retrato como era natural; pero con todo, ya veis, querido sobrino, que no sereis enteramente desconocido, que no sereis una cara nueva para vuestra prima como la llama el gran duque. Conque tranquilizaos, y sostened la honra de vuestro retrato, añadió mi tia sonriendo.

Esta conversacion tuvo lugar, como os he dicho, la vispera del dia en que debia ser presentado á la princesa mi prima: degé, pues, á mi tia y entré en mi aposento. Nunca os he ocultado mis mas secretos pensamientos, fuesen buenos ó malos; voy pues, á confesaros las absurdas y locas imaginations á que me abandoné despues de la conversacion que acabo de contaros.





II.

Muchas veces me habeis dicho , querido Maximiliano , que me teniais por hombre libre de toda vanidad; lo que yo creo, y necesito creerlo al continuar esta relacion sin esponerme á pasar á vuestros ojos por un presuntuoso.

Cuando estuve solo en mi aposento , no pude menos de pensar con una secreta satisfaccion, acordándome de la conversacion con mi tia , que habiendo la princesa Amelia parado su atencion en mi retrato hecho seis ó siete años atrás, habia preguntado en chanza algunos dias despues por su primo de los pasados tiempos. Convengo en que era la mayor necedad el fundar la mas mínima esperanza en una circunstancia tan insignificante; ya os

he dicho que tendré siempre con vos la mas cabal franqueza : ¡ pues bien! esta insignificante circunstancia me trasportó de gozo. Seguramente que las alabanzas de la princesa Amelia que habia oido de boca de una muger tan grave y tan austera como mi tia , me hacian mas sensible la distincion con que se habia dignado honrarme, ó por mejor decir con que se habia dignado honrar á mi retrato, por lo que elevaban á mis propios ojos la princesa..... Con todo, no sé cómo deciros que aquella distincion despertó en mí locas esperanzas , que consideradas ahora tranquilamente, no puedo esplicarme á mí mismo cómo me dejé arrastrar por ellas , cuando inevitablemente debian conducirme á un abismo; porque aunque pariente del gran duque y perfectamente recibido siempre por él, érame imposible concebir la menor esperanza de matrimonio con la princesa, aunque hubiera correspondido á mi amor lo que era mas que improbable. Nuestra familia ha sostenido siempre honrosamente su rango; pero es pobre si se compara nuestra fortuna á los inmensos dominios del gran duque , que es el mas rico de los principes de la Confederacion Germánica; y ademas, tenia yo veinte y un años apenas, y era simple capitan de guardias sin nombre ni posicion personal : en una palabra, jamás podia el gran duque pensar en mí para su hija.

Todas estas reflexiones hubieran debido preservarme de una pasion que no sentia aun, pero de la cual tenia , por decirlo así , un singular presentimiento: pero ¡ah! me abandoné al contrario á nuevas puerilidades. Traia en el dedo una sortija que me diera en otro tiempo Tecla , la buena condesa que vos conoceis; y aunque esa prenda de mi amor aturdido, fácil y ligero , no pudiera embarazarme mucho , la sacrifiqué heróicamente á mi naciente

amor , y la pobre sortija [desapareció en la rápida corriente del riachuelo que corre bajo de mis ventanas.

Inútil es decirnos cómo pasé la noche, porque vos lo adivináis. Sabía que la princesa Amelia era rubia de angelical belleza; procuraba, pues, figurarme sus facciones, su talle, su porte, el sonido de su voz y la espresion de su mirada, y pensando luego en mi retrato en que ella habia reparado, noté con disgusto que el maldito artista me habia peligrosamente favorecido, y comparaba desesperado el traje pintoresco del page del siglo XVI, al severo uniforme del capitán de la guardia de S. M. I. Mas sucedian tambien algunas veces á esas necias preocupaciones algunos pensamientos generosos, algunas nobles inspiraciones del alma; os lo aseguro, amigo mio, me sentia conmovido, ¡oh! profundamente conmovido, al recuerdo de aquella adorable bondad de la princesa Amelia que llamaba hermanas, segun me habia dicho mi tia, á las pobres huérfanas á quienes dispensaba su proteccion.

Vos sabeis la humilde opinion que tengo de mí mismo, pues por un singular é inesplicable contraste, era entonces bastante vanidoso para suponer que la vista de mi retrato habia hecho impresion en la princesa: conservaba bastante sentido comun para conocer que me separaba de ella una distancia infinita; y con todo me preguntaba á mí mismo con una verdadera impaciencia si me encontraria demasiado indigno de mi retrato. Por fin, no la habia visto jamás; estaba convencido de antemano de que apenas fijaria su atencion en mí, y á pesar de esto me creia con derecho á sacrificarle la prenda de mi primer amor.

Pasé en verdaderas angustias la noche de que os hablo y una buena parte del dia siguiente: llegó

por fin la hora de la recepcion. Probéme dos ó tres uniformes, encontrándolos siempre peor hecho uno que otro, y fui al palacio del gran duque muy descontento de mí mismo.

Aunque Gerolstein dista apenas un cuarto de legua de la abadía de San Hermenegildo, mil pensamientos me asaltaron en el camino, y todas las puerilidades que me habian ocupado tanto desaparecieron ante una idea grave, triste y casi amenazadora.... Un invencible presentimiento me anunciaba una de esas crisis que deciden de la vida entera... Una especie de revelacion me decia que iba á amar... pero amar apasionadamente, amar como no se ama mas que una sola vez.... y por colmo de fatalidad, ese amor tan elevado y dignamente colocado debia ser desgraciado siempre para mí. Estas ideas me espantaron de tal modo, que tomé de repente la prudente resolucion de mandar parar mi coche, volverme al monasterio, y de allí á casa de mi padre, dejando á mi tia el encargo de escusarme con el gran duque por mi brusca partida.... Por desgracia una de esas causas vulgares cuyos efectos son á veces inmensos, me impidió el poner en ejecucion mi primer designio. Habiéndose parado mi coche en la entrada de la avenida que conduce al palacio, cuando me asomé á la portezuela para dar órden á mis gentes de volver atrás, el baron y la baronesa Koller que se dirigian á él como yo, me vieron y mandaron parar el suyo; y al verme de uniforme el baron, me dijo: —¿Podré seros útil en algo, querido príncipe? Si les ha sucedido algo á vuestros caballos, podeis ir á palacio en nuestro coche.

Nada me era mas fácil que burcar una salida para dejar al baron y volverme al monasterio, ¿no es verdad, querido amigo? Pues bien; fuese impo-

tencia ó secreto deseo de evadir la saludable resolución que acaba de tomar, contesté cortado que daba orden á mi cochero de que se informase en el rastrillo del palacio de si se entraba por el pabellon nuevo ó por el patio de mármol.— Por el patio de mármol se entra, querido príncipe, me contestó el baron; porque es un recibimiento de gran gala. Decid á vuestro cochero que siga al mio, y yo os enseñaré el camino.

Ya sabes, Maximiliano, cuan fatalista soy: queria volverme al monasterio para evitarme los disgustos que presentia; pero la suerte se oponia á ello, y me abandoné á mi estrella. ¿ Vos no conocéis el palacio gran-ducal de Gerolstein, amigo mio? Pues segun el voto de todos los que han visitado las capitales de Europa, no hay, á escepcion de Versailles, otra residencia real cuyo conjunto y alrededores tengan un aspecto mas magestuoso. Si entro aqui en algunos detalles sobre este objeto, es porque al acordarme ahora de tan imponente esplendor, me pregunto á mí mismo: ¿ cómo es posible que en el momento no me haya recordado mi nada? porque al fin, la princesa Amelia era la hija del soberano, dueño de aquel palacio, de aquellos guardias, de aquellas maravillosas riquezas.

El patio de mármol es un vasto semicírculo, llamado asi porque, á escepcion de un ancho andel que le da vuelta y por donde pasan los coches, está todo empedrado de mármoles de todos colores formando magníficos mosaicos, en el centro de los cuales se eleva un inmenso pilon cubierto de antiguos pórfidos, alimentado por el abundante chorro de un hermosísimo surtidor. Al rededor de este patio de honor hay una fila de estátuas de mármol blanco del mejor estilo, y que llevan todas antorchas de bronce dorado, de que brotan deslumbran-

tes chorros de gas. Alternan con las estatuas ricos vasos de Médicis, sobre zócalos ricamente esculpidos, en los cuales están plantadas enormes acacias, rosas de grandes copas floridas, y cuyo lustroso follage visto al resplandor del gas, brilla con un verde metálico. Paraban los coches al pie de una espaciosa escalera de dos ramos que conduce al peristilo del palacio. Estaban al pie de esta escalera dos centinelas de á caballo, montados sobre alazanes negros, pertenecientes al regimiento de guardias del gran duque, que escoge esos soldados entre los mas altos subtenientes de su ejército. A vos, amigo mio, que gustais tanto de milicia, os hubiera sorprendido el porte severo y marcial de aquellos dos colosos, cuya coraza y acerado casco de forma antigua, sin cimera ni penacho, reflejaban todas aquellas luces. El color de su uniforme era azul con cuello amarillo, pantalon de ante blanco y bota de montar hasta la rodilla. Añadiré, por fin, para satisfacer vuestro gusto con estos detalles militares, que á lo alto de la escalera estaban de faccion dos granaderos por cada lado, del regimiento infantería de la Guardia Ducal, cuyo uniforme, á excepcion del color del peti y de las vueltas, me dijeron que se parecia al de los granaderos de Napoleon.

Despues de haber atravesado el vestíbulo, en que estaban con su alabarda en mano los suizos de librea del príncipe, subí una imponente escalera de mármol blanco, que terminaba en un pórtico adornado con columnas de jaspe y coronado por una cúpula pintada y dorada. Habia en él dos largar filas de lacayos. Entré en seguida en la sala de Guardias, en que habia siempre de servicio un chambelan y un edecan encargado de acompañar hasta la sala donde estaba S. A. R. á las personas que tenian derecho á serle presentadas particularmente. Mi parentes-

co, aunque lejano, me valió este honor, y entré precedido por un edecan en una larga galería llena de hombres en traje de corte ó de uniforme, y de señoras ricamente ataviadas

Mientras atravesaba lentamente aquella brillante muchedumbre, oí algunas espresiones que aumentaron todavía mi turbacion: por todas partes se admiraba la angelical belleza de la princesa Amelia, las encantadoras facciones de la marquesa de Harville, y el porte verdaderamente imperial de la archiduquesa Sofía, que llegada recientemente de Munich con el archiduque Estanislao, iba á partir muy pronto para Varsovia; pero al mismo tiempo que se rendian homenajes á la altiva dignidad de la archiduquesa, y á la graciosa distincion de la marquesa de Harville, reconocian todos que era mas el valor de lo ideal del rostro encantador de la princesa Amelia.

A medida que me iba acercando al salon en que estaban el gran duque y su hija, sentia latir con violencia mi corazon; y al momento en que llegué á su puerta (se me ha olvidado de deciros que habia baile en la corte), acababa de sentarse al piano el ilustre Liszt, y por consiguiente, habia sucedido al murmullo de las conversaciones el silencio mas recogido. Yo me quedé en el hueco de una puerta esperando el fin de la pieza que desempeñaba el grande artista con su acostumbrada superioridad.

Entonces, querido Maximiliano, fué cuando ví por primera vez á la princesa Amelia... Permitidme que os pinte esta escena, porque siento un placer indefinible al recordar todos estos pormenores.

Figuraos, amigo mio, un vasto salon amueblado con una suntuosidad regia, deslumbrante de luces, y colgado con un tapiz de seda carmesí sem-

brado de un follage de oro bordado en relieve. En primera fila estaban sentadas en grandes sillones dorados la archiduquesa Sofía, á la cual cedia el príncipe los honores de su palacio; á su izquierda la marquesa de Harville, y á su derecha la princesa Amelia; de pie detrás de ellas estaba el gran duque de gran uniforme de coronel de su guardia: parecia rejuvenecido por la felicidad, y no aparentaba mas de treinta años; el uniforme militar daba mayor realce á la elegancia de su talle y belleza de sus facciones; estaba á su lado el archiduque Estanislao en trage de Feld-Mariscal; luego venian las damas de honor de la princesa Amelia, las señoras de los grandes dignatarios de la córte, y despues estos.

No creo que haya necesidad de deciros que la princesa Amelia dominaba á todo aquel brillante cortejo; no tanto por su rango como por su gracia y hermosura. No me condeneis, amigo mio, sin leer este retrato.... Aunque mil veces inferior á la realidad, os hará comprender no obstante mi adoracion, y como desde el momento que la ví la amé con una pasion cuya rapidéz no es comparable sino á su violencia y eterna duracion.

La princesa Amelia, vestida sencillamente de raso blanco, llevaba como la archiduquesa Sofía el gran cordon de la órden de San Nepomuceno, que le habia enviado últimamente la emperatriz. Ceñia su frente noble y cándida una diadema de perlas, que formaba hermosísima armonía con las dos franjas de cabellos de un magnífico rubio ceniciento que orlaba sus megillas ligeramente sonrosadas; sus preciosos brazos que sobrepujaban en blancura á la profusion de encajes por donde salian, estaban medio ocultos en los guantes que la llegaban hasta debajo del codo; nada puedes figurarte mas perfecto

que su talle, nada más lindo que su pié calzado de raso blanco. En el momento en que la ví, sus ojos, del azul mas puro, estaban distraídos, y no sé si en aquel instante estaba bajo la influencia de algun pensamiento serio, ó si la hacia viva impresion la triste armonía de la pieza que ejecutaba Liszt; pero su sonrisa me pareció tener una dulzura y melancolía indecibles.... Con la cabeza inclinada encima del pecho, deshojaba maquinalmente un gran ramo de claveles y rosas que tenia en la mano....

Lo que entonces sentí no podré espresarlo nunca: vínome luego al pensamiento todo lo que me habia contado mi tia de la inefable bondad de la princesa Amelia. Sonreíos, amigo, pero á pesar mio sentí humedecérseme los ojos al ver pensativa y triste á una jóven tan admirablemente hermosa, y rodeada de honores, respetos é idolatria por un padre como el gran duque.

Muchas veces lo he dicho, Maximiliano, asi como creo al hombre incapáz de gozar de ciertas felicidades demasiado completas, por decirlo asi, demasiado inmensas para sus limitadas facultades, lo mismo creo, que hay ciertos séres dotados demasiado vivamente para no sentir con amargura algunas veces su aislamiento aqui bajo, y para no quejarse vagamente entonces de su esquisita delicadeza, que los espone á tantas decepciones y á tantos roces ignorados de naturalezas menos escogidas.... Parecíame que en aquel momento sufría la princesa Amelia la reaccion de uno de esos pensamientos.

Por una estraña casualidad (todo es fatalidad en esto) volvió de repente sus ojos al sitio en que estaba yo.... Sabeis cuan escrupulosamente se observa entre nosotros la etiqueta de la gerarquía de rangos; no estrañareis, pues, que, gracias á mi título y á los lazos de parentesco que me unen al gran du-

que, se hubiesen ido poco á poco retirando las personas entre las cuales me habia colocado; de modo que quedé casi solo y muy visible en la primera fila, y en el corte de la puerta de la galería. Sin esta circunstancia no hubiera reparado en mí la princesa, ni reconocidome, como creo que me reconoció, porque hizo un ligero movimiento y se sonrojó.

Habia visto en el aposento de mi tia, en la abadía, mi retrato, y me reconocia, nada mas sencillo que eso.... Apenas miró por espacio de un segundo, pero aquella mirada me causó una conmocion violenta y profunda: sentí abrasarse mis mejillas, bajé los ojos, y permanecí algunos minutos sin atreverme á levantarlos para mirar á la princesa.... Cuando me resolví á hacerlo, estaba hablando en voz baja con la archiduquesa Sofia, que parecia escucharla con el mas afectuoso interés.

Habiendo hecho Liszt una pausa de algunos minutos entre las dos piezas que debia ejecutar, aprovechó el gran duque este momento para manifestarle del modo mas gracioso su admiracion. Vuelto á su sitio, reparó el príncipe en mí, me hizo una señal de cabeza llena de benevolencia, y dijo á la archiduquesa algunas palabras señalándome con los ojos. Despues de haberme mirado aquella señora un instante, se dirigió al gran duque, que no pudo menos de sonreír contestándola y dirigiendo la palabra á su hija, que me pareció que se cortaba, porque volvió á sonrojarse.

Yo estaba en un potro: la etiqueta, por desgracia mia, no me permitia dejar el sitio en que estaba antes de que concluyera el concierto, que pronto empezó de nuevo. Miré dos ó tres veces á hurtadillas á la princesa Amelia, y me pareció pensativa y triste: mi corazon se oprimió, y padecia por la li-

gera contrariedad que involuntariamente acababa de causarla y creía adivinar: seguramente la habría preguntado en chanza el gran duque, si me encontraba alguna semejanza con su primo de los pasados tiempos, y ella en su ingenuidad se acusaría de no haber dicho á su padre que me había reconocido.

Concluido el concierto, seguí al edecan de servicio, y me condujo junto al gran duque, que tuvo la bondad de adelantarse algunos pasos para recibirme, me tomó cordialmente la mano, y dijo á la archiduquesa presentándome:

— He pedido permiso á V. A. R. para presentarla á mi primo el príncipe de Herkausen-Oldenzaal.

— Conocí ya en Viena al príncipe, y tengo el mayor gusto en encontrarle aquí, contestó la archiduquesa, ante la cual me incliné profundamente.

— Querida Amelia, añadió el príncipe dirigiéndose á su hija, os presento á vuestro primo el príncipe Enrique, hijo del príncipe Pablo, uno de mis mas venerables amigos, y que siento mucho no tener hoy en Gerolstein.

— Os ruego, señor, que hagais presente al príncipe Pablo, que acompaño vivamente á mi padre en el sentimiento que acaba de manifestar, porque me consideraré siempre muy feliz en conocer á sus amigos, me contestó mi prima con una sencillez llena de gracia.

Jamás había oído el metal de la voz de la princesa: imaginaos, amigo mio, el timbre mas dulce, fresco y armonioso, una de esas voces que hacen vibrar las cuerdas mas delicadas del alma.

— Espero, querido Enrique, que permaneceréis algun tiempo en casa de vuestra tia, á quien sabeis que amo y respeto como á madre, me dijo bonda-

dosamente el gran duque. Venid á vernos á menudo, como de la familia, á eso de las tres; si salimos á paseo, vendreis con nosotros: ya sabeis que siempre os he querido porque sois uno de los corazones mas nobles que conozco.

— No sé cómo espresar á V. A. R. mi gratitud por el benévolo acogimiento que se digna dispensarme.

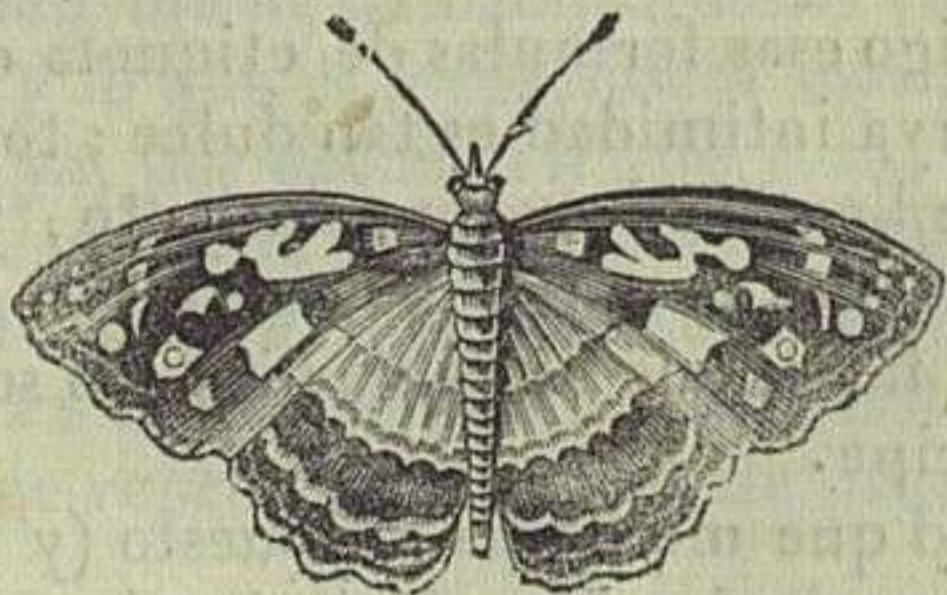
— Pues bien, para probármelo, dijo el príncipe sonriendo, pedid á vuestra prima la segunda contradanza, porque la primera pertenece de derecho al archiduque.

— ¿Se dignará V. A. concederme este favor? dijo á la princesa Amelia inclinándose hácia ella.

— Llamaos simplemente primo y prima, segun la antigua usanza alemana, dijo alegremente el gran duque; el ceremonial no está bien entre parientes.

— ¿Mi prima querrá honrarme bailando conmigo esa contradanza.

— Sí, primo: me dijo la princesa Amelia.



III.

No podré deciros, amigo mio, cuánta felicidad y pena me causó la paternal cordialidad del gran duque, la confianza que me mostraba, la afectuosa bondad con que habia inducido á su hija á sustituir con migo esas fórmulas de etiqueta el trato de familia, cuya intimidad es tan dulce; todo en una palabra me llenaba de reconocimiento, y aumentaba la amargura con que me acusaba á mí mismo de un amor fatal, que ni debia ni podia ser agradable al príncipe.

Es verdad que me habia propuesto (y no he faltado á esta resolucion) no decir jamás una palabra que pudiera hacer sospechar á mi prima el amor que por ella sentia; pero temia que mi emocion y mis

miradas me harian traicion , y á pesar mio me parecia culpable aquel sentimiento por oculto que debiese ser. Estas reflexiones hacia mientras bailaba la princesa Amelia la primera contradanza con el archiduque Estanislao. El baile , que no es aqui lo mismo que en todas partes, mas que una especie de andar al compas de la orquesta, daba realce al porte sério de mi prima.

Esperaba yo con ansia el rato de conversacion de que la libertad de una contradanza iba á permitirme con ella; pero temí no dominarme lo bastante para ocultar mi turbacion cuando fui á buscarla al lado de la marquesa de Harville. Acordándome de las circunstancias del retrato, esperaba ver á mi prima participar de mi turbacion. No me engañé; acuérdome casi palabra por palabra de nuestra primera conversacion: permitidme que os la repita, amigo mio.

— ¿V. A., la digo, me permitirá que la llame mi prima como me autoriza á ello el gran duque?

— Cierto que sí, primo mio, me contestó con mucha gracia; siempre es para mí un placer el obedecer á mi padre.

— Y me envanezco tanto mas por esta familiaridad, prima mia, cuanto que mi tia me ha enseñado á conocerlos, es decir á apreciarlos.

— Tambien me ha hablado muchas veces de vos mi padre; y lo que os sorprenderá mas , es que yo os conocia ya, por decirlo asi , de vista, añadió con timidez.... la señora superiora de San Hermenegildo, á la que tengo el mas respetuoso afecto, nos enseñó un dia á mi padre y á mí un retrato.

— ¡Que me representa vestido de page del siglo XVI!

— Cabal , primo mio, y mi padre cometió la pequeña superchería de decirme que aquel retrato era

de uno de nuestros parientes de los pasados tiempos, añadiendo además espresiones tan benévolas en favor de nuestro primo del otro tiempo, que nuestra familia debe felicitarle por contarle entre los del presente.

—¡Ah prima mia! ¡temo no parecerme mas al retrato moral que el príncipe hizo de mí, que al page del siglo XVI!

—Estais equivocado, primo mio, contestó la princesa, porque al fin del concierto os he reconocido en seguida al echar por casualidad una mirada al lado de la galería, á pesar del cambio de trage. Pero queriendo seguramente cambiar un asunto de conversacion que la embarazaría, me dijo: Es un talento admirable el de Mr. Liszt, ¿no es verdad?

—Admirable: ¡con qué placer le escuchabais vos!

—Es que á mí me parece que hay un doble encanto en la música sin palabras; porque no solo se goza de una escelente ejecucion, sino que puede aplicarse á las melodías que se oyen el pensamiento de aquel momento, y formar por decirlo así su acompañamiento... ¡No sé si me comprendéis, primo mio!

—Perfectamente: los pensamientos son entonces las palabras que se aplican mentalmente á la música que se escucha.

—Esto es, esto es; veo que me comprendéis, dijo con gracioso movimiento de satisfaccion; temia esplicar mal lo que sentia hace un momento durante aquella melodía tan triste é interesante.

—Gracias á Dios, prima mia, la contesté sonriendo, no tendreis vos palabra alguna que aplicar á tan triste melodía.

Sea porque mi pregunta la pareciese indiscreta y quisiese evitar el contestarla, ó porque no la hubiese oido, la princesa Amelia cambió de repente

de conversacion, y me dijo, señalándome al gran duque, que dando el brazo á la archiduquesa Sofia atravesaba entonces la galeria donde se bailaba:

—Mirad, primo mio, ¡qué hermoso es mi padre! ¡qué aire tan bueno y noble! ¡con qué solicitud le miran todos! Me parece que le aman todavia mas que le respetan.....

—¡Ah! exclamé, no es solamente aqui en medio de su córte donde se le quiere! ¡Si las bendiciones del pueblo se dejasen oír de la posteridad, el nombre de Rodolfo de Gerolstein seria justamente inmortal!

Mi exaltacion era sincera al pronunciar estas palabras; vos sabeis, amigo mio, que los estados del príncipe son llamados con razon el paraíso de Alemania. Pero imposible me es pintaros la mirada de gratitud que me echó mi prima al oírmelas pronunciar.

—El apreciar de este modo á mi padre, me dijo con emocion, es haceros muy digno del aprecio que os tiene.

—¡Es que no hay quien le quiera y admire mas que yo; porque ademas de las raras cualidades que hacen grandes á los príncipes, tiene el génio de la bondad que los hace adorados!

—¡No sabeis hasta qué punto son verdaderas vuestras palabras!... exclamó la princesa, cuya emocion iba en aumento.

—¡Oh! lo sé, lo sé, y todos los súbditos lo saben como yo.... Es tan querido, que cualquier pena suya seria un general disgusto, lo mismo que sus dichas alegran á todos: el celo con que todos se han apresurado á venir á ofrecer sus respetos á la señora marquesa de Harville, consagra á la vez la eleccion de S. A. y el mérito de la futura gran duquesa.

— La señora marquesa es la persona mas digna del afecto de mi padre, que es el mejor elogio que puedo hacer de ella.

— Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se la vino á la imaginacion á la princesa Amelia no sé qué súbita idea, bajó los ojos, y sus facciones tomaron durante un segundo una espresion triste que me enmudeció de sorpresa.

Estábamos al fin de la contradanza, y la última figura me separó un instante de mi prima: cuando la acompañé al lado de la señora de Harville, me pareció que sus facciones estaban todavia alteradas. Creí, y creo todavia, que mi alusion á su permanencia en Francia la habia recordado la muerte de su madre, y producido la penosa impresion de que os he hablado.

Noté aquella noche una circunstancia que os parecerá pueril quizás, pero que fué para mí una nueva prueba del interés que inspira á todos esta jóven. Su diadema de perlas se la habia descompuesto un poco, y la archiduquesa Sofía, á la cual daba entonces el brazo, quiso arreglar con sus propias manos la joya sobre su frente. Ahora bien, al que conoce la proverbial altanería de la archiduquesa, parece increíble semejante prueba de distincion, que era mas que un cumplimiento; y la princesa Amelia, en quien tenia yo los ojos fijos en aquel momento, pareció tan confusa á la par que reconocida á aquella graciosa atencion, que creí ver brillar en sus ojos una lágrima.

Tal fué, amigo mio, la primera tertulia á que asistí en Gerolstein: si os la he contado con tantos pormenores, es porque todas esas circunstancias han tenido mas tarde sus consecuencias. Desde ahora seré mas breve, y no os hablaré mas que de algunos hechos capitales relativos á mis frecuentes en-

trevistas con mi prima y su padre.

Dos dias despues de esta fiesta, fui del cortísimo número de personas convidadas á la celebracion del matrimonio del gran duque con la marquesa de Harville. Jamás he visto mas radiante y serena la fisonomía de la princesa Amelia, que durante esta ceremonia: centemplaba á su padre y á la marquesa con una especie de religioso éxtasis, que añadía un encanto á sus facciones; parecia que reflejasen la inefable felicidad del príncipe y la marquesa. Estuvo muy alegre ese dia y habladora por demás; yo la di el brazo en un paseo que dimos despues de comer por los jardines de palacio magníficamente iluminados, y hablando del casamiento de su padre, me dijo que la parecia que la felicidad de aquellas personas á quienes queremos, nos es mas dulce todavia que la nuestra propia; porque hay siempre una tinta de egoismo en el goce de nuestra felicidad personal.

Si os cito, entre mil, esta reflexion de mi prima, amigo mio, es para que juzgueis de la bondad del corazon de esta criatura adorable que tiene el génio bondadoso de su padre.

Algunos dias despues del matrimonio del gran duque, tuve con él una conversacion muy larga: me preguntó sobre lo pasado y sobre mis proyectos para el porvenir; me dió los mas prudentes consejos, y me animó á concebir las mas lisongeras esperanzas; y hasta me habló de muchos proyectos suyos de gobierno con una confianza, que me halagó y envaneció: por fin, te lo diré, hubo un momento en que atravesó por mi imaginacion la idea mas loca: crei que el príncipe habia adivinado mi amor, y que en aquella conversacion queria estudiarme, conocerme y llevarme quizás á una declaracion. Por desgracia no duró mucho esta descabellada espe-

ranza ; porque el príncipe terminó la conversacion diciéndome que el tiempo de las grandes guerras habia pasado , y que debia aprovecharme de mi nombre , de mis alianzas , de la educacion que habia recibido , y de la estrecha amistad que unia á mi padre con el príncipe de M.... primer ministro del emperador , para recorrer la carrera diplomática en lugar de la militar ; añadiendo que en adelante se decidirian en los congresos todas las cuestiones que antes se decidian en el campo de batalla ; que las tortuosidades y perfidias de la antigua diplomacia habian de ceder pronto el puesto á una política mas ancha y *humana* , que atendiera á los verdaderos intereses de los pueblos que cada dia adquirian mayor conocimiento de sus derechos , y que un espíritu leal , generoso y elevado , podria representar dentro de pocos años un papel muy noble y grande en los negocios políticos , y hacer en ellos mucho bien . Por fin , me ofreció el concurso de su soberana proteccion para facilitarme los primeros pasos en la carrera que me inducia vivamente á recorrer .

Vos comprendéis , amigo , que si algun proyecto hubiese tenido el príncipe conmigo , no me hubiera hecho tales insinuaciones . Le agradecí con vivo reconocimiento sus ofertas , y añadí que conocia todo el peso de sus consejos , que estaba decidido á seguir .

Al principio habia hecho con la mayor reserva mis visitas á palacio ; pero gracias á las continuas instancias del gran duque , pronto fui casi todos los dias á las tres de la tarde . Vivíase en él con toda la seductora familiaridad de nuestras córtes germánicas . Era la vida de los grandes castillos de Inglaterra , mas atractiva por la cordial sencillez y dulce libertad de nuestras costumbres alemanas . Cuando

lo permitia el tiempo, dábamos largos paseos á caballo con el gran duque, la gran duquesa, la princesa Amelia, y las personas de su casa; cuando nos quedábamos en palacio, nos ocupábamos en la música; yo cantaba con la gran duquesa y mi prima, que tenia un metal de voz de una pureza y suavidad sin igual, y que no he podido nunca oír sin sentirme conmovido hasta el fondo del alma: otras veces, visitábamos minuciosamente las maravillosas colecciones de pinturas y objetos de artes, ó las admirables bibliotecas del príncipe, que, como sabeis, es uno de los hombres mas sábios é ilustrados de Europa. Muchas veces iba á comer á palacio, y las noches de ópera acompañaba al teatro á la familia ducal.

Pasaban los dias como un sueño; poco á poco mi prima me trató con una familiaridad fraternal, no me ocultaba el placer que la causaba mi vista, y me confiaba todo lo que la era interesante; dos ó tres veces me pidió que la acompañara cuando iba con la gran duquesa á visitar á sus jóvenes huérfanas; hablábame á veces tambien de mi porvenir con una madurez de juicio, y con un interés tan serio y reflexivo, que me admiraba en una jóven de su edad, y gustaba mucho el preguntarme sobre recuerdos de mi infancia, y de mi madre en particular, de mi madre, ¡ah! tan llorada. Cada vez que escribia yo á mi padre, me rogaba la recordase á su memoria; y como bordaba con primor, me entregó un dia para él una alfombra en que habia trabajado mucho tiempo. Dos hermanos que se hubiesen vuelto á ver despues de una larga separacion no gozarian de una intimidad mas dulce. Y por otra parte, cuando por una gran casualidad quedábamos solos, la llegada de un tercero no hubiera cambiado

ni el asunto ni el tono siquiera de nuestra conversacion.

Os sorprenderá quizás esta fraternidad entre dos jóvenes, mayormente teniendo en consideracion la confesion que os hago ; pero cuanta mas confianza y fraternidad me manifestaba mi prima, tanto mas me observaba yo y me contenia, temeroso de romper aquella adorable familiaridad : y sobre todo, lo que aumentaba mi reserva era la franqueza y noble confianza que tenia la princesa en nuestras relaciones. Una sola duda me queda acerca de esto por una circunstancia que voy á contaros luego. Si esta fraternal intimidad hubiese debido durar siempre, quizás me hubiera contentado con aquella felicidad ; pero por la misma razon de la delicia con que gozaba de ella, pensaba siempre en que el servicio ó la nueva carrera que el príncipe me inclinaba á recorrer, me llamaria pronto á Viena ó al extranjero ; finalmente, pensaba que quizás no tardaria mucho el gran duque en proporcionar á su hija un casamiento digno de ella. Estas ideas se me hacian tanto mas penosas, cuanto se acercaba el momento de mi marcha. Mi prima notó luego el cambio que se habia obrado en mí, y la vispera del dia en que me separé de ella, me dijo que hacia algun tiempo que me encontraba sombrío y preocupado. Procuré eludir la cuestion, y atribuir mi tristeza á una vaga displicencia.

— No puedo creerlo, me dijo ; mi padre os trata casi como á un hijo, todos os quieren ; de consiguiente seria una ingratitud el que no os consideraseis feliz.

— Pues bien, dije sin poder dominar mi emocion, no es displicencia, sino un pesar profundo, lo que siento.

— ¿Y por qué? ¿Qué os ha sucedido? me preguntó con interés.

— Me habeis dicho, prima, que vuestro padre me trataba como á un hijo.... que todo el mundo me queria aqui.... pues bien; en breve tendré que renunciar á esas afecciones tan preciosas.... tendré en fin que.... salir de Gerolstein; y os confieso que este pensamiento me desespera.

— ¿Pues contais por nada, primo, el recuerdo de las personas que amamos?

— No, ciertamente.... ¡pero los años y los sucesos llevan tantos cambios imprevistos!...

— Pero hay afecciones que son invariables, como la que mi padre os ha tenido siempre, como la que siento yo por vos, ya lo sabeis, somos hermano y hermana.... para no olvidarnos jamás; añadió clavando los ojos en mí, sus grandes ojos azules humedecidos de lágrimas.

Aquella mirada me trastornó, y estuve á punto de hacer traicion á mis propósitos; pero afortunadamente me contuve.

— Es verdad que las afecciones duran, la contesté cortado; pero las posiciones varian.... ¿Vos creéis, prima, que cuando dentro de algunos años vuelva á veros, pueda durar todavía esta intimidad, cuyo encanto me es tan apreciable?

— ¿Por qué no habia de durar?

— Porque entonces estareis seguramente casada, prima mia, tendreis otros deberes.... y habreis olvidado á vuestro pobre hermano.....

.....
Os juro, amigo mio, que nada mas la dije; ignoro todavía si vió en estas palabras una declaracion que la ofendiese, ó si como á mí la causó una impresion dolorosa la idea de los inevitables cambios que el porvenir debia necesariamente acarrear en

nuestras relaciones; pero en lugar de contestarme, permaneció un momento silenciosa, abatida, y levantándose luego bruscamente con el rostro pálido y alterado, salió despues de haber mirado por espacio de algunos segundos la alfombra que la condesa de Oppenheim, una de sus damas de honor, trabajaba junto á una ventana de la sala en que habia tenido lugar nuestra conversacion. Por la tarde de aquel mismo dia recibí otra carta de mi padre que me llamaba precipitadamente. A la mañana siguiente fui á despedirme del gran duque, quien me dijo que su hija estaba indispuesta, y que él se encargaba de despedirme: me estrechó paternalmente en sus brazos, sintiendo, me dijo, mi pronta partida, y sobre todo el que fuese causa de ella el cuidado por la salud de mi padre; y recordándome luego con la mayor bondad sus consejos acerca de la nueva carrera que me inclina á abrazar, añadió que, fuese á la vuelta de mis misiones ó en las temporadas de licencias que se me concediesen, tendria el mayor gusto en verme en Gerolstein.

Por fortuna, al llegar aqui encontré muy mejorado á mi padre: guarda cama todavía, pero no infunde sérios temores. He tenido la desgracia de que mi padre haya reparado en mi abatimiento y sombría taciturnidad; y muchas veces me ha perdido en vano que le confiase la causa de mi profunda tristeza: no me atreveré jamás; vos sabeis su severidad por todo lo que es falta de franqueza y lealtad. Ayer le velaba; solo á su lado y creyéndole dormido, no pude contener mis lágrimas, que corrian silenciosas pensando en los bellos dias que habia pasado en Gerolstein. Vióme llorar, porque no estaba mas que adormecido, y yo completamente absorto en mi dolor. Preguntóme la causa de mi pesar con la mayor bondad; atribuí mi tris-

teza á las inquietudes que me habia causado su salud , pero no se dejó engañar con esta ficcion.

Ahora que lo sabeis todo , mi buen Maximiliano , decidme : ¿es mi suerte desesperada?... ¿Qué he de hacer , qué resolver?.....

¡Ah , amigo mio ! no puedo espresaros mi angustia : ¿qué va á suceder , Dios mio?... Todo está descubierto , y soy el mas infeliz de los hombres , si no renuncia mi padre á su proyecto.

Hé aqui lo que ha pasado.

Estaba hace un momento concluyendo esta carta , cuando con gran sorpresa mia , mi padre , que creía yo en cama , ha entrado en su gabinete donde yo os escribia : vió sobre un pupitre las cuatro grandes primeras páginas llenas ya , y la que tenia á la mano y que estaba á punto de concluir.

—¿A quién escribis tan largo? me preguntó sonriendo.

—A Maximiliano , padre mio.

—¡Oh ! me dijo con una espresion de reconvenccion afectuosa ; ya sé que posee toda tu confianza.... ¡es muy feliz él!!!!

Pronunció estas últimas palabras en un tono tan dolorosamente afectado , que conmovido por su acento , contesté dándole la carta sin reflexion.

—Leed , padre mio.

Amigo , lo leyó todo. ¿Sabeis lo que me dijo despues y cuando hubo permanecido un rato en meditacion?

—Enrique , voy á escribir al gran duque lo que ha pasado durante vuestra permanencia en Gerolstein.

—Por favor , padre mio , no hagais eso.

—¿Es escrupulosamente cierto lo que contais á Maximiliano?

—Sí , padre mio.

—Siendo así, vuestra conducta ha sido hasta aquí leal, y el príncipe la apreciará. Pero es menester que no os mostreis en adelante indigno de su confianza, lo que sucedería si aprovechándoos de sus ofertas, volviais mas tarde á Gerolstein con la intencion de haceros amar de su hija.

—¿Podeis creer, padre mio?...

—Creo que amais con pasion, y que tarde ó temprano la pasion es muy mala consejera.

—¿Pero cómo, padre mio, escribiréis al príncipe que?...

—Que amais perdidamente á vuestra prima.

—Os pido en nombre del cielo, padre mio, que no hagais tal.

—¿Amáis á vuestra prima?

—La idolatro, pero....

—En este caso, me interrumpió mi padre, voy á escribir al gran duque, y pedirle para vos la mano de su hija.

—Pero, padre mio, semejante pretension es en mí una locura.

—Teneis razon; pero con todo debo hacer francamente al príncipe esta peticion, enterándole de las razones que me obligan á dar este paso. Os ha acogido con la mas leal hospitalidad, ha tenido con vos una bondad paternal; seria, pues, indigno de mí y de vos el engañarle. Conozco la elevacion de su alma, y sé que será sensible á mi honrado proceder: si se niega á daros su hija, como es casi indudable, sabrá á lo menos que si en lo sucesivo volveis á Gerolstein, no debeis vivir con ella en la misma intimidad. Me habeis enseñado voluntariamente la carta que escribiais á Maximiliano, ahora estoy instruido de todo: mi deber, pues, es escribir al gran duque, y voy á hacerlo al momento.

Ya sabeis, amigo mio, que mi padre es el mejor

de los hombres ; pero su voluntad es tenaz é inflexible cuando se trata de lo que él considera como un deber : juzgad cuáles serán mis temores y angustias ; porque aunque el paso que va á dar es franco y honroso, no por eso me tiene menos inquieto, ¿Cómo recibirá el gran duque esa loca petición? ¿No le chocará su atrevimiento? ¿Y la misma princesa Amelia se resentirá de que haya permitido que tome mi padre semejante resolución sin su consentimiento?

--¡Ah! amigo mio, tenedme lástima ; no sé lo que pienso de eso. Me parece que estoy contemplando un abismo, y que me dá un vértigo....

Concluyo de prisa esta larga carta ; no tardaré en volveros á escribir. Os repito que me tengais compasion, porque en verdad temo volverme loco si me dura mucho la fiebre que me agita. Adios, adios, vuestro con toda el alma y eternamente

Enrique de H. O.

.....
El lector nos acompañará ahora al palacio de Gerolstein, donde vive Flor Celeste desde su vuelta de Francia.



CAPÍTULO II.



La princesa Amelia.

La habitación que ocupaba Flor Celeste (no la llamaremos la princesa Amelia sino *oficialmente*) en el palacio ducal, había sido amueblada bajo la dirección de Rodolfo con esquisito gusto y elegancia. Desde el balcón del oratorio de la jóven se descubrían á lo lejos las dos torres del monasterio de San Hermenegildo, que dominaba una inmensa llanura verde, y estaban construidas al pié de una elevada montaña cubierta de árboles.

Era una hermosa mañana de verano, y Flor Celeste dejaba errar sus miradas por el espléndido paisaje que se extendía á lo lejos. Sin otro adorno en la cabeza que sus solos cabellos; llevaba un vestido alto de una tela de primavera blanca con rayitas

azules, y un ancho cuello de batista muy sencillo, caído encima de los hombros, que dejaba ver los dos cabos y el nudo de una ligera corbata de seda del mismo azul que el cinturón de su vestido. Sentada en un gran sillón de ebano esculpido, con un alto respaldo de terciopelo carmesí, con un codo apoyado en el brazo del sillón y la cabeza algo baja, sostenía su mejilla con el envés de su linda manecita blanca, en que se veían las delicadas venas azules. Su actitud lánguida, lo fijo de su mirada, y la amargura de su sonrisa, revelaban una profunda melancolía.

Al cabo de algunos momentos se elevó su seno con un suspiro profundo y doloroso, y dejando caer la mano en que apoyaba la mejilla, inclinó más todavía la cabeza sobre el pecho. Dijérase que la infeliz la encorvaba al peso de alguna gran desgracia. En este momento entró tímidamente en el oratorio una señora de edad madra; de una fisonomía grave y distinguida, y vestida con elegante sencillez, y tosió ligeramente para llamar la atención de Flor Celeste, que saliendo de su meditación, levantó vivamente la cabeza, y dijo saludando á la señora con un movimiento lleno de gracia:

—¿Qué quereis, querida condesa?

—Vengo á prevenir á S. A. que monseñor la ruega que le espere aqui, porque va á venir dentro breve rato, contestó la dama de honor de la princesa Amelia con respetuosa formalidad.

—Ya me estrañaba el no haber abrazado hoy todavía á mi padre: ¡guardo con tanta impaciencia todas las mañanas su vista!... ¿Pero espero que no debo á una indisposicion de la señorita de Harneim el placer de veros dos dias seguidos en palacio, mi querida condesa?

—No tenga V. A. cuidado ninguno por eso: la

señora de Harneim me ha rogado la reemplazará hoy, y mañana tendrá el honor de volver á empezar su servicio al lado de V. A., que espero se dignará excusar esta variacion.

—Ciertamente que sí, porque nada pierdo en ello: despues de haber tenido el gusto de teneros dos dias seguidos, querida condesa, tendré otros dos á mi lado á la señorita de Harneim.

—V. A. nos favorece, dijo la dama de honor inclinándose de nuevo, y su estremada benevolencia me anima á pedirla una gracia.

—Hablad, hablad; sabeis cuánto gusto tengo en dároslo á vos.

—Es cierto que hace tiempo que V. A. me acostumbra á sus bondades; pero se trata de un asunto tan penoso, que no me sentiria con fuerzas para empezar, si no se tratara de una accion muy meritoria; y esto me hace esperar en la estremada indulgencia de V. A.

—No teneis necesidad de mi indulgencia, querida condesa; siempre acepto reconocida las ocasiones que se me dan de hacer bien.

—Se trata de una infeliz que por su desgracia habia salido de Gerolstein antes de que V. A. hubiese fundado su establecimiento tan caritativo y útil para todas las huérfanas ó jóvenes abandonadas que no tienen defensa contra las malas pasiones.

—Y ¿qué ha hecho? ¿qué pedis por ella?

—Su padre, hombre muy aventurero, habia ido á buscar fortuna en América, dejándola á ella y á su madre en una posicion bastante precaria. La madre murió, y sola ella, á la edad de diez y seis años salió de Viena para seguir á un seductor, cuyas promesas la engañaron, y que muy pronto la abandonó. Este primer paso en la carrera del vicio, condujo, como sucede siempre, á la infeliz á un abis-

mo de infamia, y al poco tiempo fué como tantas otras, el oprobio de su sexo.

Flor Celeste bajó los ojos, sonrojóse, y no pudo contener un ligero estremecimiento que no escapó á su dama de honor, la cual creyendo haber herido la casta susceptibilidad de la princesa hablándola de una criatura semejante, repuso con corte-
dad:

—Pido á V. A. mil perdones de haberla disgustado ocupando su atención en una criatura tan abatida; pero la infeliz manifiesta un arrepentimiento tan sincero, que creí poder solicitar para ella una mirada de compasión.

—Y habeis tenido razon: os ruego que prosigais, dijo Flor Celeste venciendo su dolorosa impresion; el extravío merece en efecto compasión cuando le sigue el arrepentimiento.

—Esto es lo que la sucede á la jóven de quien he hablado á V. A. Despues de dos años de esa vida abominable, la gracia ha iluminado á la infeliz abandonada, y sobrecogida de un remordimiento tardío, ha venido hasta aqui. La casualidad ha querido que al llegar fuera á alojarse á una casa que pertenece á una honrada viuda, cuya piadosa bondad es pública, y animada por ella, le ha confesado la pobre criatura sus faltas, añadiendo que se sentia poseida de un justo horror por su pasada vida, y que al precio de la mas áspera penitencia compraria la felicidad de entrar en una casa religiosa en que pudiera expiar sus extravíos y obtener su redencion. La buena viuda á quien hizo esta confidencia, sabia que tenia yo el honor de pertenecer al servicio de V. A. Me ha escrito para recomendarme á esa infeliz que con la poderosa intervencion de V. A. á cerca de la princesa Juliana podria esperar entrar en clase de hermana convertida en

el monasterio de San Hermenegildo; y pide como un favor el que se la emplee en los mas penosos trabajos para que su penitencia sea mas meritoria. Antes de permitirme hablar á V. A. de esa muger, he querido examinarla repetidas veces, y me he convencido completamente de que su arrepentimiento es sincero. No son ni los años ni la necesidad los que la vuelven al bien; tiene apenas diez y ocho, es muy linda, y posee una cantidad no muy crecida que quiere emplear en alguna obra de caridad, si obtiene el favor que solicita.

— Yo me encargo de vuestra protegida, dijo Flor Celeste sosteniendo con dificultad la conmocion que la produjera la semejanza de su vida pasada con la de la infeliz en cuyo favor se la solicitaba; y luego añadió: Es demasiado laudable el arrepentimiento de esa infeliz para que se deje de animarlo.

— No sé en qué términos espresar á V. A. mi gratitud: apenas me atrevia á esperar que se dignase interesarse en la suerte de semejante criatura.

— Ha sido culpable, pero se arrepiente, dijo Flor Celeste con un indecible acento de compasion y tristeza: es justo, pues, que se la compadezca. Cuanto mas sincero es su remordimiento, tanto mas doloroso ha de ser, mi querida condesa.

— Creo que oigo á monseñor, dijo de repente la dama de honor, sin reparar en la profunda y creciente emocion de Flor Celeste.

En efecto, entró Rodolfo en el salon que precedia al oratorio, con un enorme ramo de rosas en la mano, y la condesa se retiró discretamente al verlo. Apenas hubo desaparecido, echóse Flor Celeste al cuello de su padre, apoyó la frente en su hombro, y permaneció en esta actitud algunos momentos sin hablar.

— Buenos dias, buenos dias, hija querida, dijo Ro-

dolfo estrechándola afectuosamente en sus brazos, sin apercibirse todavía de su tristeza; mira ese ramo de rosas: ¡qué buen regalo te hago esta mañana! Esto es lo que me ha impedido ir antes á verte, espero que no te he traído nunca tan hermoso ramo. Toma.

Y sin dejar de la mano su enorme ramo, hizo un ligero movimiento hácia atrás para desprenderse de los brazos de su hija y mirarla; pero al verla romper en llanto, tiró encima de una mesa el ramillete, cogió de las manos á Flor Celeste, y exclamó:

— ¡Dios mio! ¡Lloras, hija mia! ¿qué tienes?

— Nada.... nada, padre mio; dijo Flor Celeste enjugando las lágrimas y procurando sonreír á su padre.

— Ruégote que me digas lo que tienes: ¿quién puede haberte entristecido?

— Os aseguro, padre mio, que no teneis porque inquietaros. La condesa habia venido á pedirme mi mediacion en favor de una pobre muger tan interesante, tan infeliz, que á mi pesar me he enternecido con su relacion.

— ¿De veras no es mas que eso?

— Nada mas, contestó Flor Celeste tomando de encima una mesa las flores que Rodolfo habia tirado: ¡pero cómo me mimais! añadió, ¡qué magnífico ramo! ¡y pensar que me traeis todos los dias uno igual cogido por vuestra mano!

— Hija mia, dijo Rodolfo contemplando ansioso á su hija, tú me ocultas algo.... Tu sonrisa es dolorosa y forzada; por Dios, dime qué es lo que te aflige; no te ocupes mas en esas flores.

— ¡Oh, bien sabeis vos que ese ramo es mi contento de todas las mañanas, y rosas mayormente, que yo las quiero y las he querido siempre tanto!..

¿Os acordais, añadió con una sonrisa que conmovió á Rodolfo.... os acordais de mi pobre rosalito, cuyos restos he conservado siempre?

— ¡Infeliz hija mia! exclamó Rodolfo al oír aquel recuerdo del tiempo pasado, ¿serian fundadas mis sospechas? ¿Pensarias, quizás, en medio del brillo que te rodea, en esa época horrible?... ¡Ah! habia creído hacértela olvidar á fuerza de ternura.

— ¡Perdon, perdon, padre mio! me han escapado esas palabras; perdonadme haberos afligido.

— Me aflijo, pobre ángel mio, dijo Rodolfo tristemente, porque esos recuerdos de lo pasado deben serte horribles; porque emponzoñarían tu vida, si tuvieses la debilidad de dejarte dominar por ellos.

— Es una casualidad, padre mio, desde nuestra llegada aqui, es la primera vez que me sucede.

— La primera que me hablas de ellos sí; pero no quizás la primera vez que te atormentan. Ya habia notado tus accesos de melancolía, y acusaba á veces de ellos á esos recuerdos de lo pasado: pero no estando cierto, no me atrevia ni á tratar de combatir su funesta influencia, demostrándote su injusticia y ningun valor; porque si tu pesar hubiese tenido otra causa, y lo pasado hubiera sido para tí mas que un sueño vano, como debiera, me esponia á despertar en tí las penosas ideas que queria destruir.

— ¡Qué bueno sois, cómo revelan esos temores vuestra inefable ternura!

— ¿Qué querias que hiciera en lo difícil y delicado de mi posicion? Nada te decia, pero me tenia constantemente preocupado el pensar en lo que te afectaria de tal modo; y al contraer un matrimonio que colmaba todos mis deseos, habia creído tambien dar una garantía mas á tu tranquilidad. Conocia demasiado la escesiva delicadeza de tu cora-

zon para esperar que jamás habias de acordarte ya de lo pasado; pero pensaba tambien que si alguna vez se fijaba por casualidad un momento tu imaginacion en ello, debias al verte maternalmente querida por la noble muger que te ha conocido y amado en lo mas profundo de tu desgracia, debias, digo, considerar lo pasado suficientemente expiado por tus atroces miserias, y ser indulgente, ó mejor dicho, justa contigo misma: porque, en fin, mi esposa tiene por sus raras cualidades un derecho al respeto de todos, ¿no es verdad? Pues bien; ¿no debe tranquilizarte el ver que te trata como á una hermana, como á una hija querida? ¿No hay una rehabilitacion completa en su tierno cariño? ¿No has oido de su boca que sabe tan bien como tú que fuiste víctima y no culpable, y que no puede echársete en cara mas que la fatalidad que te ha perseguido desde tu nacimiento? Aunque hubieses cometido grandes faltas, ¿no serian mil veces expiadas y rescatadas con todo el bien que has hecho y por todo lo que se ha desarrollado en tí de escelente y adorable?

— ¡Padre mio!...

— ¡Oh! déjame que te diga todo lo que pienso, puesto que la casualidad, que deberé seguramente bendecir, ha traído esta conversacion que hacia largo tiempo que deseaba y temia á la vez.... ¡Quiera Dios que tenga un resultado favorable!... Son tantos los horribles pesares que tengo que hacerte olvidar; es tan augusta y sagrada la mision que tengo que llenar junto á tí, que hubiera tenido valor de sacrificar á tu reposo mi amor por la marquesa de Harville, y mi amistad por Murp, si hubiese creído que su presencia te recordara demasiado dolorosamente lo pasado.

— ¡Oh, no creais eso, padre mio! la presencia de

esas dos queridas personas que saben lo que yo era... y que con todo me aman con ternura, personifican para mí el olvido y perdon.... Por fin, padre mio, mi vida hubiera sido un eterno desconsuelo, si hubieseis renunciado por mí á vuestro matrimonio con la marquesa de Harville.

— No creas, ¡ah! que hubiese sido solo en querer este sacrificio si hubiese debido asegurar tu felicidad.... Tú no sabes el desprendimiento que Clementina se habia ya voluntariamente impuesto.... porque ella conoce tambien toda la estension de los deberes que tengo que llenar contigo.

— ¡Deberes que teneis que llenar conmigo! ¿Y qué he hecho yo para merecer tanto, Dios mio?

— ¿Qué has hecho, pobre ángel querido? Tu vida hasta el momento en que te recobré, no fué mas que dolor, miseria y abandono; y de tus pasadas penas me culpo yo como si las hubiese causado. Asi es que cuando te veo sonreir alegre y satisfecha, creo que estoy perdonado.... Mi solo objeto, mi único deseo, es hacerte tan completamente feliz como desgraciada has sido, y elevarte tanto como has estado abatida; porque me parece que los últimos vestigios de lo pasado se borran cuando las personas mas eminentes y honradas te rinden el respeto que te es debido.

— ¿Respeto á mí?... No, no, padre mio, no, es á mi rango, ó por mejor decir, al que me habeis dado vos.

— ¡Oh! no es el rango lo que se ama y reverencia en tí, hija querida.... Eres tú, tú misma, tú sola... Hay homenajes que el rango impone, pero los hay tambien que no se deben sino al atractivo y al encanto. Tú no sabes distinguir estos, porque ignoras que por un prodigio de talento y de tacto que me tiene tan orgulloso como idólatra por tí, das á to-

das esas relaciones ceremoniosas, tan nuevas para tí, una mezcla de dignidad, de modestia y gracia, á la que no pueden resistir los caracteres mas altivos.

— Vos me amais tanto, padre mio, y se os ama tanto á vos, que todos están seguros de agradaros manifestando deferencia conmigo.

— ¡Oh, cuán terca eres! exclamó Rodolfo interrumpiendo á su hija y abrazándola con ternura. ¡Criatura terca, que no quiere conceder ninguna satisfaccion á mi orgullo de padre!

— ¿Pero no queda bastante satisfecho ese orgullo atribuyéndoos á vos solo toda la benevolencia que se me manifiesta á mí?

— Ciertamente que no, señorita, dijo el príncipe sonriendo á su hija, para arrojar lejos de ella la tristeza de que la veia poseida todavía; no, señorita, no es lo mismo; porque no me es permitido estar orgulloso de mí mismo, y puedo y debo estarlo de vos, orgulloso, sí. Te repito que no sabes las divinas dotes que hay en tí.... En quince meses se ha completado tan maravillosamente tu educacion, que ha aumentado todavía la influencia casi irresistible que sin saberlo ejerces en tu rededor.

— Padre mio, vuestras alabanzas me confunden.

— Digo la verdad, la verdad sola. ¿Quieres ejemplos? Hablemos de lo pasado sin temor; es un enemigo que quiero combatir cuerpo á cuerpo, y hay que mirarle de frente. Pues bien; ¿Te acuerdas de la Loba, de aquella animosa muger que te salvó? Recuerda aquella escena de la prision que me has contado: una multitud de presas mas estúpidas que malas, se encarnizaban en atormentar á una de sus compañeras, débil y enferma, que era su hazme reir; apareces tú, hablas.... y hé aqui que inmediatamente todas aquellas furias que en su cobarde

crueldad bramaban en derredor de su víctima, se vuelven tan caritativas, como malvadas habian sido.... ¿No es nada eso?... Por fin, ¿fué por influjo tuyo, ó no lo fué, el que la Loba, muger indomable, conociese el arrepentimiento y haya deseado una vida laboriosa y honrada? ¡Bah! Créeme, hija mia, la que habia dominado á la Loba y á sus turbulentas compañeras con el solo ascendiente de la bondad unido á una rara elevacion de espíritu, debia tambien, aunque en otras circunstancias y en una esfera enteramente opuesta (no os riais de la comparacion, señorita) fascinar con el mismo encanto á la altiva archiduquesa Sofía y á toda mi córte; porque todos, buenos y malos, grandes y pequeños, sienten casi siempre la influencia de las almas superiores.... No quiero decir que hayas nacido princesa en la acepcion aristocrática de la palabra, esto seria una pobre alabanza para tí, hija mia.... pero eres del corto número de séres privilegiados que han nacido para hacerse amar de una reina con una sola palabra, y para decir á una pobre criatura envilecida y abandonada, lo que se la debe decir para volverla mejor, consolarla y hacerse adorar de ella.

— Por favor, padre mio....

— ¡Oh! tanto peor para vos, señorita; hace demasiado tiempo que mi corazon rebosa. Piensa que con mis temores de despertar en tí esos recuerdos de lo pasado, que quiero destruir, y que arrancaré para siempre de tu espíritu, no me atrevia á hablarte haciéndote estos cotejos y comparaciones que te presentan tan adorable á mis ojos. ¡Cuántas veces Clementina y yo, nos hemos estasiado contigo! ¡Cuántas y cuántas me ha dicho ella tan enternecida que las lágrimas se le venian á los ojos: ¿No es una maravilla el que esa preciosa niña sea lo que

es, despues de la desgracia que la ha perseguido? ó por mejor decir ¿no es maravilloso el que lejos de alterar esta noble y rara naturaleza, haya dado al contrario la desgracia, mayor realce á lo que habia de escelente en ella?

Abrióse en este momento la puerta del salon, y entró Clementina, gran duquesa de Gerolstein, con una carta en la mano.

—Ahi teneis, amigo mio, dijo á Rodolfo, una carta de Francia que he querido entregaros yo misma para dar los buenos dias á mi perezosa hija, á quien todavia no he visto esta mañana, añadió abrazando tiernamente á Flor Celeste.

—Muy á tiempo llega esta carta, dijo alegremente Rodolfo despues de haber pasado los ojos por ella; cabalmente hablábamos de lo pasado, de ese mónstruo que vamos á combatir sin descanso, mi querida Clementina, porque amenaza á la tranquilidad y á la dicha de nuestra hija.

—¿Seria cierto, amigo mio! Estos escesos de melancolia que habiamos notado....

—No tenian otra causa que los malditos recuerdos; pero afortunadamente conocemos ya al enemigo, y triunfaremos de él. ¿Pero de quién es esta carta? preguntó Rodolfo.

—De la linda Rigolette..... de la esposa de German....

—¿De Rigolette! exclamó Flor Celeste; ¿qué dicha la de tener noticias tuyas!

—Amigo mio, dijo Clementina á Rodolfo en voz baja y señalando á Flor Celeste; ¿no temeis que esa carta la recuerde penosas ideas?

—Esos recuerdos son los que yo cabalmente quiero destruir, querida Clementina; es menester atacarlos de frente, y estoy seguro de encontrar en la carta de Rigolette escelentes armas contra ellos;

porque esa buena criatura adoraba á nuestra hija y la apreciaba como debe serlo.

Leyó Rodolfo en alta voz la carta siguiente:

Quinta de Bouqueval á 16 agosto de 1841.

MONSEÑOR:

«Me tomo la libertad de escribiros otra vez para participaros la gran felicidad que nos ha venido, y pidiros un nuevo favor despues de los muchos que os debemos, ó por mejor decir despues de deberos el paraíso en que vivimos mi German, su buena madre y yo.

«Se trata, monseñor, de que hace diez dias que estoy como loca de alegría, porque hace diez dias que tengo una niña como un ángel; á mí me parece que es todo el retrato de German; á él que es todo el mio, y nuestra querida mamá dice que se nos parece á los dos; lo cierto es que tiene unos lindísimos ojos azules como German, y cabellitos negros rizados como yo. Pero figuraos que, contra su costumbre, es injusto mi marido; porque siempre quiere tener á la niña en sus rodillas; mientras que yo, me parece que tengo mas derecho, ¿no es verdad, monseñor?

—¡Qué buenos y honrados jóvenes! ¡qué felices deben ser! dijo Rodolfo. Si alguna vez hubo una pareja bien combinada, fué esta.

—Y cómo ha merecido Rigolette su felicidad! dijo Flor Celeste.

—Así es que siempre he bendecido la casualidad que me la hizo encontrar, añadió Rodolfo, y continuó su lectura.

«Pero perdonadme, señor, que os haga perder

el tiempo contandoos esas disputas que acaban siempre con un beso. Por otra parte, los oídos os han de silbar mucho, monseñor, porque no pasa día en que no nos digamos con German, mirándonos uno á otro: — ¡Qué felices somos, Dios mio, qué felices! y naturalmente vuestro nombre sigue siempre á esas palabras.... Perdonad, monseñor, el borron que hay aquí detrás que parece un pastel, porque sin pensarlo habia escrito señor Rodolfo, como decia en otro tiempo. A propósito de esto, espeo que encontrareis que mi letra ha ganado mucho lo mismo que mi ortografía; porque German sigue enseñándome, y ya no hago aquellos grandes palos torcidos como cuando me cortabais vos las plumas.

— No puedo menos de confesar, dijo Rodolfo riendo, que mi protegida se hace un poco de ilusion, y estoy seguro que German pasa mas tiempo besando la mano de su discípula, que dirigiéndosela.

— Vamos que eso es un poco injusto, amigo mio, dijo Clementina mirando la carta; un poco gorda es la letra, pero muy legible.

— Ello es que hay adelanto, repuso Rodolfo; en otro tiempo hubiera necesitado ocho páginas para lo que ahora escribe en dos.

«Y con todo es verdad que vos me habeis cortado plumas, monseñor: cuando pensamos en ello con German nos avergonzamos recordando lo poco orgulloso que erais.... ¡ah! ¡Dios mio! Otra vez me sorprendo hablándoos de otra cosa, de lo que queremos pedir, monseñor, porque mi marido os lo pide tambien conmigo, y es ello muy importante; nosotros dos llevamos una idea... vais á ver.

«Os suplicamos, pues, monseñor, que tengais la bondad de escogernos y darnos un nombre para nuestra queridita; es cosa convenida ya con el padrino

y la madrina, ¿y sabeis quiénes son, monseñor? Dos de las personas que vos y la señora marquesa de Harville habeis sacado de pena para hacerlas bien felices, tan felices como nosotros..... En una palabra, son el lapidario Morel y Juana Duport, la hermana de un pobre preso llamado Vinagrillo, una buena muger, á quien habia visto yo en la cárcel cuando iba yo allá á ver á mi pobre German, y que mas tarde salió del hospital por favor de la señora marquesa.

«Ahora, monseñor, es preciso que sepais por qué hemos escogido á Morel por padrino y á Juana Duport por madrina. Nos hemos dicho con German: Será como una manera de agradecer al señor Rodolfo sus bondades, el tomar por padrino y madrina de nuestra hija á unas honradas gentes que se lo deben todo á él y á la señora marquesa... Prescindiendo de que Morel y Juana Duport son la nata de las gentes honradas.... son de nuestra clase, y ademas *parientes nuestros por la felicidad*, como decimos con German, puesto que son como nosotros, *de la familia de vuestros protegidos*, monseñor.

—¡Ah! ¿no encontrais que esta idea es preciosamente delicada, padre mio? dijo Flor Celeste conmovida. ¡Escoger por padrino y madrina de su hija á unas personas que os lo deben todo á vos y á mi segunda madre!

—Teneis razon, querida, me interesa vivamente este recuerdo, dijo Clementina.

—Y yo estoy muy satisfecho de haber colocado tan bien mis beneficios, dijo Rodolfo, y continuó leyendo.

«Con el dinero que vos le habeis hecho dar, señor Rodolfo, trabaja ahora Morel en piedras finas, y gana con que hacer educar á su familia dando un

oficio á sus hijos. La buena y pobre Luisa creo que va á casarse con un buen muchacho, buen trabajador, que la ama y respeta como debe serlo, porque es verdad que ha sido muy infeliz la pobre, pero no culpable; y el prometido de Luisa tiene bastante alma para comprenderlo así.

— ¡Bien seguro estaba yo, exclamó Rodolfo dirigiéndose á su hija, de encontrar en la carta de la buena Rigolette armas contra nuestro enemigo! Ya ves, esta es la espresion del simple buen sentido de aquella alma honrada y recta que dice de Luisa: *Ha sido, es verdad, bien infeliz pero no culpable*, y su prometido tiene bastante alma para comprenderlo así.

Flor Celeste, conmovida cada vez mas y entristecida por la lectura de esta carta, se estremeció á la mirada que su padre clavó en ella un momento al pronunciar la repeticion de las palabras de Rigolette.

El príncipe continuó:

«Añadiré todavía, monseñor, que gracias á la generosidad de la señora marquesa, ha podido Juana Dupont obtener la separacion de su marido, hombre ruin que se lo comia todo y la pegaba; ha recobrado á su hija mayor, y ha puesto una tienda de cordonería en que vende lo que fabrica con sus hijos, y su comercio prospera. Son la familia mas feliz del mundo; ¿y á quién lo deben? á vos, monseñor, á vos y á la señora marquesa, que ambos sabeis dar, y dar tan á tiempo.

«A propósito de eso, monseñor, German os escribe como cada fin de mes acerca *el banco de los operarios sin trabajo y de préstamos gratuitos*; casi nunca faltan á su tiempo los reintegros, y se deja ya conocer mucho el bien que hace esto en el cuartel. Al menos pueden ahora las familias pobres sopor-

tar las temporadas de falta de trabajo, sin depositar en el Monte de Piedad sus sábanas y colchones; y cuando el trabajo vuelve, da gusto el ver con qué ánimo lo emprenden; y están envanecidos de que se haya tenido confianza en su trabajo y probidad... Los pobres no poseen mas que eso, y así es que os bendicen á cada momento por haberles hecho prestar sobre ello. Sí, monseñor, os bendicen á vos, porque aunque dijeseis que no teniais parte ninguna en esta fundacion fuera del nombramiento de German para cagero director, y que el que ha hecho el gran bien era un desconocido, preferimos creer que es á vos á quien se debe: es mas natural así... Además de que hay una famosa trompeta para repetir de un cabo á otro de ciudad que sois vos, vos solo, á quien se debe bendecir; y esa trompeta es la señora Pipelet, que repite á todo el mundo que no puede ser otro que su rey de los inquilinos, (perdonad, señor Rodolfo, ella os llama siempre así) que pueda haber hecho esta obra de caridad; y su querido viejecito, Alfredo, es siempre de su opinion y está tan orgulloso y contento con su destino de conserge del Banco, que asegura que la persecucion de Cabrion le seria ahora indiferente. Para concluir con vuestra familia de reconocidos, añadiré, monseñor, que German ha leído en los diarios que un colono de la Algeria, llamado Marcial, habia sido citado con grandes elogios por el valor de que habia hecho prueba rechazando á la cabeza de sus mozos de labranza un ataque de árabes, y que su muger, tan intrépida como él, habia sido herida disparando á su lado fusilazos como un granadero: desde entonces, dice el Diario, se la ha dado el nombre de la *señora Carabina*.

«Perdonad lo largo de esta carta, monseñor, pero he creído que no os incomodaria saber por nuestro

conducto noticias de todos aquellos cuya providencia habeis sido.... Os escribo desde la quinta de Bouqueval, donde estamos desde la primavera con nuestra buena mamá. German sale por la mañana para sus negocios, y vuelve por la tarde; y al otoño nos volveremos á Paris. Es cosa singular, señor Rodolfo, que yo, que no gustaba nada del campo, tenga ahora una pasion por él.... Yo me esplico esto, diciendo que es porque á German le gusta mucho. A propósito de la quinta, señor Rodolfo, vos que sabeis seguramente donde pára la buena Guillaora, decidla siempre que se conserva por aqui muy buena memoria de ella como de lo mas dulce y mejor que hay en el mundo; y que en cuanto á mí no me acuerdo jamás de mi felicidad sin pensar que, puesto que mi señor Rodolfo era el mismo señor Rodolfo de mi querida Flor Celeste, debe ser dichosa gracias á él como lo somos nosotros, y esto me hace encontrar mas gusto en mi felicidad.

«¡Dios mio, Dios mio, que charla! ¿qué es lo que vais á decir de mí monseñor? ¡Pero bah, sois tan bueno!... A mas de que, creed que esculpa vuestra si gorjeo tanto y tan alegremente, que Papá Crestudo y Ramoneta no se atreven ya á luchar conmigo en el canto. Os aseguro, señor Rodolfo, que los dejo bien atrás.

«¿Con que no os negareis á nuestra demanda, no es verdad, monseñor? Si vos dais á nuestra queridita un nombre nos parece que esto la traerá la dicha y será como su buena estrella: mirad, señor Rodolfo, algunas veces llegamos á felicitarnos mi buen German y yo por haber conocido la necesidad, porque asi sentimos doblemente cuán feliz será nuestra hija en no saber qué es la miseria por que hemos pasado nosotros.

«Concluyendo, señor Rodolfo, os diré, que de

cuando en cuando socorremos , segun nuestros medios , á algunos pobres necesitados , y no para alabarnos sino para que sepais que no guardamos para nosotros solos la felicidad que vos nos habeis dado; y siempre decimos á los que socorremos: No es á nosotros á quienes debéis dar gracias y bendecir , sino al señor Rodolfo , que es el mejor y mas generoso de los hombres : y ellos os toman por una especie de santo.

«Adios , monseñor , creed que asi que empiece nuestra hija á deletrear , será el vuestro el primer nombre que leerá , señor Rodolfo; y luego , despues , aquellos que mandasteis grabar encima del canastillo de vuestro regalo de boda : *Trabajo y virtud.* — *Honor y dicha.*

«Con esas cuatro palabras , con nuestra ternura y cuidados , esperamos , monseñor , que nuestra hija será siempre digna de pronunciar el nombre de aquel que ha sido nuestra Providencia y la de cuantos infelices ha conocido.

«Perdonadme , monseñor , estos borrones , porque al concluir se me vienen gruesas lágrimas á los ojos.... pero son lágrimas dulces.... Perdonadme , porque no es culpa mia el que esto sean borrones , pues las lágrimas no me dejan ver claro.

«Tengo el honor de saludaros con tanto respeto como reconocimiento y ser vuestra

Rigolette German.

«P. D. ¡Ah , Dios mio! al leer mi carta , monseñor , veo que he puesto muchas veces señor Rodolfo. Me lo perdonareis , ¿no es verdad? Bien sabeis vos que con cualquier nombre os respetamos y bendecimos del mismo modo.»

— ¡Pobre Rigolette de mi vida! dijo Clementina enternecida por lo que acababa de leer Rodolfo, esta carta está llena de ingenua sensibilidad.

— Seguramente, repuso Rodolfo, no se podía colocar mejor un beneficio. Nuestra protegida tiene un natural excelente: es un corazón que vale más que el oro, y nuestra hija querida la aprecia tanto como nosotros, añadió dirigiéndose á su hija; mas admirado de su palidez y abatimiento, exclamó: ¿Qué tienes, querida?

— ¡Ah, que doloroso contraste forman la posición de Rigolette y la mía!... ¡Trabajo y virtud, honor y dicha! estas cuatro palabras dicen todo lo que ha sido, y todo lo que ha de ser su vida.... Jóven, laboriosa y buena, esposa querida, madre feliz, mujer honrada.... ¡tal es su destino!... Mientras que yo....

— ¡Gran Dios! ¿qué es lo que dices?

— Perdon, padre mio, no me acuseis de ingratitude; pero á pesar de vuestra inefable ternura y la de mi segunda madre, á pesar de los respetos y esplendores que me rodean.... y á pesar de vuestro soberano poder.... mi deshonor es incurable.... nada puede destruir lo pasado.... Os suplico de nuevo que me perdoneis, padre mio.... hasta ahora os lo habia ocultado; pero el recuerdo de mi primera degradacion me desespera y me mata.

— ¿La oís, Clementina? exclamó Rodolfo desesperado.

-- Pero infeliz, dijo Clementina cogiendo afectuosamente la mano de Flor Celeste; nuestra ternura y el afecto de todos los que os rodean, afecto que mereceis, ¿no os prueban que ese pasado no debe ser ya para vos más que un sueño vano?

— ¡Oh, fatalidad, fatalidad! exclamó Rodolfo, ahora maldigo mis temores y mi silencio, esta fu-

nesta idea ha echado raíces en su espíritu con el tiempo, ha hecho en él sin saberlo nosotros horribles estragos, y es tarde ya para combatir tan deplorable error.... ¡ah, soy bien infeliz!

—Valor, amigo mio, dijo Clementina á Rodolfo; vos mismo habeis dicho hace un momento que vale mas conocer al enemigo que nos amenaza. Ahora sabemos ya la causa del pesar de nuestra hija y triunfarémos, porque tenemos de nuestra parte la razon, la justicia y nuestra ternura.

—Y porque además verá ella que si su afliccion fuese incurable, haria tambien incurable la nuestra, añadió Rodolfo, porque en verdad habria para desesperar de toda justicia humana y divina, si esta infeliz no hubiese hecho mas que cambiar de tormentos.

Despues de un largo silencio, durante el cual Flor-Celeste pareció recogerse, cogió con una mano la de Rodolfo y con otra la de Clementina, y les dijo con voz profundamente alterada:

—Oidme, padre mio, y vos tambien, mi tierna madre.... Este dia es solemne.... Dios ha querido que me fuese imposible ocultaros por mas tiempo lo que siento, y le doy gracias por ello.... A mas de que dentro de poco os habria hecho la confesion que vais á oir. porque todo pesar tiene su término... y por oculto que fuese el mio, no hubiera podido callarlo por mas tiempo.

—¡Ah! todo lo comprendo, esclamo Rodolfo, no hay esperanza para ella.

—Espero en el porvenir, padre mio; y esta esperanza me da fuerza para hablaros así.

—¿Y qué puedes esperar del porvenir, pobre niña, cuando tu suerte presente no te causa mas que pesares y amarguras?

—Voy á decíroslo, padre mio; pero antes permi-

¿dime que os recuerde lo pasado, y os declare delante de Dios que me oye todo lo que he sentido hasta aquí.

—Habla, habla, te escuchamos, dijo Rodolfo sentándose con Clementina al lado de Flor-Celeste.

—Mientras permanecí en París á vuestro lado, dijo Flor Celeste, fui feliz; ¡oh! tan completamente feliz, que con muchos años de sufrimientos no pagaré la dicha de aquellos días!... Ya lo veis, al menos he conocido la felicidad.

—Por algunos días quizás.

—Sí, pero una felicidad pura y sin mezcla de pesar. Vos me prodigabais como siempre los mas tiernos cuidados.... y yo me entregaba á los impulsos de reconocimiento y afecto, que arrebatában á cada momento hácia vos mi corazón.... El porvenir me deslumbraba; tener un padre á quien adorar y una segunda madre á quien querer doblemente, porque debia reemplazar á la mia que no habia yo conocido.... y luego.... debo confesarlo todo.... mi orgullo se exaltaba á pesar mio por lo que me sentia honrada en perteneceros. Cuando el corto número de personas de vuestra casa que tenían lugar de hablarme en París, me llamaban *alteza*, no podia dejar de estar orgullosa con este título; y si entonces pensaba vagamente alguna vez en lo pasado, era para decirme á mí misma: Yo, tan envilecida antes, soy la hija querida de un príncipe soberano, á quien todos bendicen y respetan; yo, antes tan miserable, gozo de todos los esplendores del lujo y de una existencia casi real. ¡Ah! ¿qué queréis, padre mio? era tan imprevista mi fortuna, y vuestro poder me rodeaba de un brillo tan espléndido, que quizás podia disculpárseme por dejarme cegar así.

—¡Disculparte!.... nada mas natural, ángel mio.

¿Qué mal habia en que estuvieses orgullosa de un rango que era tuyo, y gozases de las ventajas de tu posicion que te habia yo devuelto? Asi es que recuerdo bien que en aquellos tiempos tenias una alegría encantadora: ¡cuántas veces te he visto echar-te en mis brazos como aturdida por la felicidad, diciéndome con un acento encantador: ¡Es demasiada... demasiada felicidad, padre mio! palabras, ¡ah! que no oiré ya mas!... Por desgracia esos recuerdos son los que me han tenido adormecido con una seguridad engañadora, y despues no me han dado bastante inquietud las causas de tu melancolía.....

—Pero decid, hija mia, repuso Clementina, ¿qué es lo que ha podido cambiar en tristeza aquella alegría tan pura y legítima ¿que sentiais al principio?

—¡Ah! una circunstancia bien funesta é imprevista.

—¿Cuál?

—¿Os acordais, padre mio, dijo Flor Celeste sin poder vencer un estremecimiento de horror, os acordais de la terrible escena que precedió á nuestra salida de París, cuando vuestro coche fué detenido junto á la Barrera?

—Sí, me acuerdo.... contestó tristemente Rodolfo. ¡Pobre Terrible!... despues de haberme salvado otra vez la vida, murió allí á nuestros ojos, diciendo: El cielo es justo... he matado, y me matan á mí!

—Pues bien, padre mio, en el momento que el infeliz espiraba, ¿sabeis á quién vi mirándome de fijo? ¡Oh! aquella mirada.... aquella mirada me ha perseguido siempre desde entonces, añadió Flor Celeste estremeciéndose.

—¿Qué mirada? ¿de quién hablas? exclamó Rodolfo.

—De la tabernera del Conejo Blanco, murmuró Flor Celeste.

—¿Volvisteis á ver ese mónstruo? ¿Y dónde?

—¿No la visteis en la taberna que murió el Terrible? Estaba entre las mugeres que le rodeaban.

—¡Ah, todo lo comprendo ahora! dijo Rodolfo abatido... ¡Atemorizada ya por la muerte del Terrible, habrás creído ver algo de providencial en aquel encuentro!!!

—Demasiado cierto es, padre mio; á la vista de la tabernera sentí un frio mortal: parecióme que mi corazon, radiante hasta entonces de dicha y esperanza, se helaba súbitamente bajo su mirada. Si, encontrar á aquella muger al mismo tiempo que el Terrible moria diciendo: ¡El cielo es justo!... Me pareció una sentencia providencial contra mi orgulloso olvido de lo pasado, que debia yo expiar á fuerza de humillacion y arrepentimiento.

—Pero ese pasado te ha sido impuesto, y no eres responsable de él ante Dios!

—Fuisteis obligada..... embriagada, y ninguna parte tuvo vuestra voluntad, infeliz criatura.

—Una vez precipitada á tu pesar en ese abismo, no podias salir ya de él á pesar de tus remordimientos, de tu espanto y desesperacion, gracias á la indolencia atroz de esa sociedad cuya víctima eras... Estabas encadenada para siempre en aquel abismo, para arrancarte del cual ha sido necesaria la casualidad que te ha colocado en mi camino.

—Y ademas, hija mia, vuestro padre os lo ha dicho, erais víctima y no cómplice de esa infamia, exclamó Clementina.

—Pero he pasado por ella, madre mia, repuso dolorosamente Flor Celeste. Nada puede borrar esos horribles recuerdos que me persiguen sin cesar, no

como otras veces en medio de los pacíficos habitantes de una quinta ó de mugeres degradadas, mis compañeras en San Lázaro, sino que me persiguen hasta dentro de este palacio donde se halla la flor de Alemania.... me persiguen por fin hasta en los brazos de mi padre, y hasta sobre las gradas de mi trono.

Y se echó á llorar diciendo esto. Rodolfo y Clementina quedaron mudos ante aquella espantosa espresion de un remordimiento invencible, y lloraban tambien porque conocian la impotencia de sus consuelos.

—Desde entonces, repuso Flor Celeste enjugándose sus lágrimas, no pasa un momento del dia sin que me diga llena de amarga vergüenza: Se me honra y venera, las personas mas eminentes y venerables me llenan de respetos, y la hermana de un emperador se ha dignado arreglar sobre mi frente mi diadema á vista de toda una córte.... ¡Y he vivido en el fango de la Cité, tuteada por ladrones y asesinos!... ¡Oh! perdonadme, padre mio, pero cuanto mas se ha elevado mi posicion, tanto mas me ha abatido la degradacion profunda en que estuve sumida, por cada homenaje que recibo me siento culpable de una profanacion! ¡Dios mio! pensadlo vos mismo, padre mio, despues de haber sido lo que he sido yo... sufrir que se inclinen delante de mí ancianos respetables, que tengan á orgullo al acercárseme nobles jóvenes y señoras justamente reputadas, y sufrir, por fin, que me colmen de obsequios y elogios princesas doblemente augustas por su edad y por su caracter sacerdotal.... ¿No es esto impio y sacrilego? Y si supierais todavia, padre mio, lo que he sufrido y sufro aun todos los dias pensando que si Dios queria que fuese conocido lo pasado.... ¡con qué desprecio se trataria á la

que elevan ahora á tanta altura!... ¡Qué justo y espantoso castigo!

— Pero infeliz, mi esposa y yo conocemos lo pasado, somos dignos de nuestro rango, y te queremos, te adoramos.

— Vosotros teneis hácia mí la ciega ternura de un padre y una madre.

— ¿Y todo el bien que has hecho durante tu permanencia aquí? ¿y esa santa y hermosa institucion, ese asilo abierto por tí á las huérfanas y pobres jóvenes abandonadas, esos admirables cuidados inteligentes y afectuosos de que las rodeas? ¿Y tu empeño en llamarlas hermanas, y querer que ellas te llamen así, porque en efecto las tratas como á tales? ¿No es nada todo eso para la redencion de unas faltas que no son tuyas?... ¿Y, por fin, no debes absolutamente á la elevacion de tu espíritu, á la belleza de tu alma, y á tu sincera piedad, el afecto que te manifiesta la digna abadesa de San Hermenegildo, que no te conoce sino desde tu llegada aquí?

— Mientras que las alabanzas de la abadesa de San Hermenegildo no se dirigen más que á mi conducta presente, las oigo sin escrúpulo, padre mio; pero cuando me cita como ejemplo á las nobles señoritas que están en el monasterio, y cuando considero que miran estas en mí un modelo de todas las virtudes, me siento morir de confusion como si fuese cómplice de un indigno embuste.

— Ya veo que no hay esperanza de persuadirte, exclamó Rodolfo despues de un grande silencio; nada pueden las razones contra una conviccion, tanto mas inmutable, quanto que tiene su origen en un sentimiento generoso y elevado, puesto que de continuo estás mirando á lo pasado.... El contraste de esos recuerdos y tu posicion presente de-

ben ser en efecto para tí un suplicio continuo....

¡A mi vez te pido tambien perdon, hija mia!

— ¡Vos pedirme perdon á mí, padre mio.... pedirme perdon á mí!... ¿y de qué, gran Dios?

— De no haber previsto tus susceptibilidades.... Conociendo la escesiva delicadeza de tu corazon, hubiera debido adivinarlas.... ¿Pero qué podia yo hacer?... Mi deber era reconocerte solamente por hija, y entonces por fuerza habias de verte necesariamente cercada de esos respetos cuyo homenaje te es tan doloroso.... Sí, pero yo he cometido una falta; me he envanecido demasiado; he querido gozar en demasia del encanto que tu belleza, talento y carácter inspiraban á cuantos te han rodeado.... Hubiera debido ocultar mi tesoro, vivir casi en un retiro con Clementina y contigo, y renunciar á esas fiestas y numerosas recepciones en que gustaba tanto de verte brillar, creyendo locamente elevarte tan alto, que lo pasado desapareciera enteramente á tu vista.... Pero ¡ah! ha sucedido lo contrario, y como tú misma digiste, cuanto mas te has elevado, tanto mas sombrío y profundo te ha parecido el abismo de que te he sacado yo.... Yo tengo la culpa, repito; ¡y con todo, habia creido acertar! dijo Rodolfo enjugándose los ojos: me equivoqué.... me equivoqué.... Y ademas me he creido demasiado pronto perdonado.... ¡la venganza de Dios no está satisfecha, y me persigue todavía en la felicidad de mi hija!....

Algunos golpes dados discretamente á la puerta del salon interrumpieron esta penosa conversacion. Rodolfo se levantó, entreabrió la puerta, y vió á Murph que le dijo:

— Pido perdon á V. A. R. por haberle interrumpido; pero acaba de llegar de Herkausen Oldenzaal un correo, con esta carta, que dice ser muy impor-

tante y debe ser entregada inmediatamente á V. A. R.

— Gracias, querido Murph; no te alejes, díjole Rodolfo con un suspiro: dentro de un momento tendré que hablar contigo.

Y habiendo cerrado la puerta, se quedó un momento en el salon para leer la carta que acababa de entregarle Murph, y estaba concebida en estos términos:

«MONSEÑOR:

«No sé si puedo prometerme que los lazos de parentesco que me unen á V. A. R. y la amistad con que se ha dignado siempre honrarme, escusarán un paso que seria en extremo temerario si no me fuese impuesto por mi deber de hombre honrado. Hace quince meses, monseñor, que habeis vuelto de París, trayendo con vos á una hija, tanto mas querida, quanto que la habiais creído perdida para siempre, mientras que no se habia separado jamás del lado de su madre, con la que casasteis en París *in-extremis* para legitimar de este modo el nacimiento de la princesa Amelia, que por este medio se ha hecho igual á las otras altezas de la Confederacion Germánica. Su nacimiento es, pues, soberano, su hermosura es incomparable, y su corazon tan digno de su nacimiento como su talento lo es de su belleza, segun me ha escrito mi hermana la abadesa del monasterio de San Hermenegildo, que tiene á menudo el honor de ver á la hija querida de V. A. R.

«Ahora diré ya francamente, monseñor, el motivo de esta carta, puesto que por mi desgracia me detiene en Oldenzaal una enfermedad que no me permite tener el honor de ver á V. A. R.

«En el tiempo que ha pasado mi hijo en Gerols-

tein ha visto casi diariamente á la princesa Amelia.... y la ama perdidamente, pero la ha ocultado siempre su amor. He creido deber instruiros de ello, monseñor; porque vos os habeis dignado acoger paternalmente á mi hijo, é invitádole á que volviera al seno de vuestra familia á vivir en esa intimidad que le era tan preciosa; y yo faltaria indignamente á la lealtad ocultando á V. A. una circunstancia que debe modificar la acogida que le está reservada á mi hijo.

«Sé que seria por nuestra parte una locura el atrevernos á esperar unirnos mas estrechamente á la familia de V. A. R.; sé que la hija por quien estais con razon tan orgulloso, debe aspirar á un elevado destino; pero sé tambien que sois el mas tierno de los padres, y que si juzgaseis digno á mi hijo de unirse á vos y de hacer la felicidad de la princesa Amelia, no os detendria la gran desproporcion que nos hace considerar como imposible semejante fortuna.

«No soy yo, monseñor, quien debe hacer el elogio de Enrique; pero me remito á las alabanzas y al estímulo que os habeis dignado darle tantas veces. No me atrevo ni debo atreverme á decir mas, monseñor; mi emocion es demasiado profunda: hacenos el honor de creer que sea cual fuere vuestra resolucion, nos someteremos respetuosamente á ella, y que yo seré siempre fiel á los rendidos sentimientos que siempre he abrigado por V. A. R.

«Tengo el honor de ser vuestro mas humilde y atento servidor

GUSTAVO PABLO,
principe de Herkausen Oldenzaal.»

Despues de haber leido la carta del príncipe padre de Enrique, permaneci6 Rodolfo triste y pen-

sativo un rato; mas iluminada de súbito su frente por un rayo de esperanza , volvió al lado de su hija á quien prodigaba en vano Clementina sus mas tiernos cuidados.

— Tú misma lo has dicho, hija mia, Dios ha querido que fuese este el dia de las esplicaciones solemnes; dijo á Flor Celeste: no preveia yo que una nueva y grave circunstancia debiese justificar tus palabras.

— ¿De qué se trata, padre mio?

— ¿Qué hay, amigo mio?

— Tengo nuevos motivos de temor.

— ¿Pero por quién , padre mio?

— Por tí.

— ¿Por mí?

— No nos has confesado mas que la mitad de tus penas, hija mia.

— Hacedme el favor de esplicaros, dijo Flor Celeste sonrojándose.

— Ahora puedo hacerlo; no he podido antes, porque ignoraba que desesperases hasta tal punto de tu suerte. Escucha, querida mia; tú te crees, ó por mejor decir , eres muy infeliz.... Cuando me hablaste al principio de nuestra conversacion de las esperanzas que te quedaban, te he comprendido, y se me ha despedazado mi corazon, porque se trataba de perderte para siempre.... de verte encerrar en un cláustro , de verte hajar viva á una tumba. ¿Quisieras entrar en un convento?

— Padre mio....

— ¿Es verdad , hija mia?

— Sí, si vos me dais permiso , contestó Flor Celeste con voz ahogada.

— ¡Dejarnos! exclamó Clementina.

— El monasterio de San Hermenegildo dista poco de Gerolstein, y os veré á menudo á vos y á mi padre.

— Pensad en que esos votos son eternos, hija mía; no teneis aun diez y siete años, y quizás un día....

— ¡Oh! no me arrepentiré jamás de la resolución que tomo.... no puedo encontrar el reposo y olvido sino en la soledad de un cláustro, si es que vos y mi madre continuais dispensándome vuestro afecto.

— En efecto, dijo Rodolfo, los deberes y consue- los del cláustro podrian, sino curar, calmar al me- nos los dolores de tu pobre alma abatida y destro- zada.... y aunque se trate de la mitad de la felici- dad de mi vida, puede ser que apruebe tu resolu- cion.... Sé lo que padeces, y no digo que el térmi- no fatalmente lógico de tu existencia no deba ser el renunciar al mundo.

— ¡Cómo! ¿vos tambien, Rodolfo? exclamó Cle- mentina.

— Permitidme que esplique todo mi pensamiento, querida mia, contestó Rodolfo, y dirigiéndose lue- go á su hija; pero antes de tomar esta resolución estremada, es menester examinar si hay otro por- venir mas arreglado á tus votos y á los nuestros. En este caso ningun sacrificio me seria costoso para asegurarte ese porvenir.

Flor Celeste y Clementina hicieron un movi- miento de sorpresa, y Rodolfo continuó mirando fijamente á su hija.

— ¿Qué piensas de tu primo el príncipe Enrique?

Flor Celeste tuvo un estremecimiento, se sonro- jó, y despues de un momento de duda se echó llo- rando en los brazos del príncipe.

— ¿Conque le amas?

— ¡No me lo habeis preguntado jamás, padre mio! contestó Flor Celeste enjugando sus lágrimas.

— Amigo mio, no nos habíamos engañado: dijo Clementina.

— ¿Conque le amas?... añadió Rodolfo cogiendo

las manos de su hija ; le amas mucho hija mia, ¿no es verdad?

— ¡Oh! si supierais lo que me ha costado ocultar este sentimiento asi que lo descubrí en mi corazon, repuso Flor Celeste. ¡Ah! á la menor pregunta que me hubierais hecho os lo hubiera confesado todo; pero la vergüenza me contenia, y me hubiera contenido siempre.

— ¿Y crees que Enrique conozca el amor que le tienes?

— ¡Gran Dios, no lo pienso, padre mio! exclamó Flor Celeste con espanto,

— ¿Y crees que te ame él?

— No.... no.... ¡oh! espero que no.... padecería demasiado.

— Y cómo diste cabida á ese amor, ángel mio?

— ¡Ah! casi sin saberlo.... ¿Os acordais de un retrato de page...?

— ¡Que habia en el aposento de la abadesa de San Hermenegildo!... Era de Enrique.

— Sí, padre mio.... Creyendo de otra época aquella pintura, un dia, en vuestra presencia, manifesté á la superiora que me admiraba la hermosura de aquel retrato: vos me dijisteis entonces en chanza que aquel cuadro representaba á uno de nuestros parientes de otro tiempo, que muy jóven todavía, habia dado muestra de un gran valor y de excelentes cualidades. La gracia de aquella figura reunida á lo que me dijisteis vos acerca el noble carácter de aquel pariente, aumentó la fuerza de mi primera impresion... Desde aquel dia habia gustado de pensar en aquel retrato, y esto sin el menor escrúpulo, creyendo que se trataba de uno de nuestros primos que habia muerto hacia mucho tiempo, y poco á poco me acostumbré á esos dulces pensamientos sabiendo que no me era permitido amar sobre esta

tierra.... añadió Flor Celeste con una espresion dolorosa , y dejando correr de nuevo sus lágrimas. Llegué á formarme con tan estraños sueños una especie de melancólico interés, medio risueño y medio triste , miraba al hermoso paje de los tiempos pasados, como un prometido esposo del otro mundo á quien encontraria quizás un dia en la eternidad, y me parecia que semejante amor era el único digno de un corazon que os pertenece por entero , padre mio.... Pero perdonadme estas tristes niñerías.

— ¡No las llameis tales, hija mia! al contrario, nada hay mas interesante que ellas , dijo Clementina profundamente conmovida.

— Ahora comprendo , repuso Rodolfo , la causa porque un dia me echaste en cara con aire resentido el haberte engañado con aquel retrato.

— ¡Ah! sí , padre mio. Juzgad cuál seria mi confusion , cuando despues me dijo un dia la abadesa del convento que aquel retrato era de uno de nuestros parientes.... Entonces mi turbacion fué estremada , y procuraré olvidar mi primera impresion; pero cuanto mas lo procuraba , tanto mas se arraigaba en mi corazon, á consecuencia de mis mismos esfuerzos.... Por desgracia os oí muchas veces todavia alabar el corazon , el talento y el carácter del príncipe Enrique.

— ¿Le amabas ya , hija mia , cuando no habias visto mas que su retrato y oido hablar de sus raras cualidades?

— Sin amarle , padre mio , sentia hácia él una atraccion que yo misma me echaba en cara amargamente ; pero me consolaba pensando que nadie en el mundo sabia ese triste secreto que me llenaba de vergüenza á mis propios ojos. ¡Atreverme yo á amar! ¡yo!... ¡Y no contentarme con vuestra t...

nura y la de mi segunda madre! ¿No os debía lo bastante para que la gratitud me obligara á emplear en amaros á los dos todas las fuerzas y recursos de mi corazón?... ¡Oh! creedme: entre todas mis reconvenciones eran estas últimas las mas dolorosas. Por fin, ví por primera vez á mi primo en la fiesta que dabais á la archiduquesa Sofía; el príncipe Enrique se parecia de un modo tan notable á su retrato, que inmediatamente lo reconocí.... La misma noche, padre mio, me lo presentasteis, autorizando entre los dos la intimidad que permite el parentesco.

— Y pronto os amasteis, ¿no es verdad?

--¡Ah! padre mio, ¡con tanta elocuencia expresaba su respeto, su afecto y su admiracion hácia vos! ¡Vos mismo me habiais dicho tanto bien de él!

—Lo merecia; porque no hay un caracter mas elevado ni un corazón mejor ni mas valiente.

—¡Ah! por favor, padre mio, no le ensalceis así... bastante infeliz soy ya.

—Pues yo quiero convencerte de todas las raras cualidades de tu primo.... conozco que te sorprende lo que te digo, hija mia.... prosigue...

—Conocia el riesgo que corria viendo todos los dias al príncipe Enrique, y no podia sustraerme á él; á pesar de mi ciega confianza en vos, padre mio, no me atrevia á manifestaros mis temores.... Empleé todo mi valor, toda mi fuerza en ocultar este amor, y confieso con todo que á pesar de mis remordimientos, olvidando á veces lo pasado en aquella fraternal intimidad de todos los dias, sentia momentos de felicidad desconocida hasta entonces para mí..... pero seguidos ¡ah! muy pronto de una desesperacion sombría así que volvía á caer bajo la influencia de mis tristes recuerdos... porque si ellos me perseguían en medio de los homenajes y res-

peto de personas casi indiferentes , juzgad , padre mio, cuales habian de ser mis tormentos cuando el príncipe Enrique me prodigaba las mas delicadas alabanzas ; me trataba con una adoracion tan cándida y piadosa , y ponía , decíame él, el fraternal afecto que sentia por mí bajo la proteccion de su madre, á quien habia perdido muy jóven. Al menos procuraba mecer ese dulce nombre de hermana que él me daba , aconsejándole sobre su porvenir hasta donde me permitian mis escasas luces, interesándome en todo lo que le interesaba á él, y haciendo propósito de pedirlos siempre en su favor vuestro benévolo apoyo.... ¡Pero cuántos tormentos, cuántas lágrimas he devorado tambien , cuando por casualidad me preguntaba el príncipe Enrique por mi infancia y por mi primera juventud! ¡Oh! ¡haber de engañar!..... ¡engañar siempre!..... ¡siempre temer!... mentir siempre!... ¡siempre haber de temblar delante de la mirada de aquel á quien se ama y respeta, como tiembla el criminal ante la mirada inexorable de su juez!... ¡Oh! padre mio, era culpable, lo sé, no tenia el derecho de amar ; pero ese triste amor lo expiaba con muy crueles tormentos!... ¿Qué os diré en fin? La marcha del príncipe Enrique , al mismo tiempo que me ha causado un nuevo y violento pesar , me ha abierto los ojos , y he visto que le amaba mas aun de lo que creia.... así que , pronto os hubiera hecho esta declaracion, añadió Flor Celeste con abatimiento, y como si la confesion que acababa de hacer hubiese agotado sus fuerzas; porque este fatal amor ha colmado la medida de mi sufrimiento. ¡Decid, padre mio, decidme ahora que lo sabeis todo , si hay para mí otro porvenir que el del cláustro!....

—Otro hay, hija mia, si otro, y tan dulce, alegre

y feliz, como triste y siniestro es el del convento.

—¿Qué decis, padre mio?

—A tu vez escuchame... Tú conoces bien que te amo demasiado, y que veo demasiado claro en mi ternura para no haber reparado en tu amor y el de Enrique: al cabo de pocos dias estuve cierto de que te amaba, y quizás mucho mas de lo que tú le amas á él.

—¡Ah! no, padre mio... no, es imposible que me ame hasta tal punto.

—Digo que te ama... te ama con pasion, con delirio...

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Escúchame... Cuando gasté aquella chanza del retrato, ignoraba que Enrique debia venir pronto á ver á su tia á Gerolstein; cuando vino cedí á la inclinacion que me ha inspirado siempre, y le invité á que nos visitara á menudo; hasta entonces le habia tratado siempre como á un hijo, y no quise cambiar nada en este trato.... A los pocos dias Clementina y yo estábamos convencidos de la simpatía que sentiais uno por otro.... Si tu posicion era dolorosa, hija mia, era penosa tambien la mia, y sobre todo habia en ella una delicadeza estremada.... Como á padre, no podia dejar de alegrarme profundamente de vuestro amor, porque conociendo las escelentes cualidades de Enrique, no podia escogerte un esposo mas digno de tí.

¡Ah! ¡piedad!.... ¡piedad, padre mio!

—Pero como hombre de honor pensaba en el triste pasado de mi hija.... y lejos de animar las esperanzas de Enrique, le di en muchas conversaciones que tuvimos, consejos enteramente opuestos á los que hubiera debido oír de mi boca si hubiera tratado de concederle tu mano. En circunstancias tan delicadas, debia como padre y como hombre de

honor, observar una rigurosa neutralidad tratando á tu primo con la misma familiaridad que antes, sin dar por esto esperanzas á su amor..... Tú has sido hasta ahora tan infeliz, hija mia, que al verte reanimar por decirlo así bajo la influencia de este noble y puro amor, no hubiera querido por nada de este mundo arrebatarte esta rara y divina satisfacción.... porque aun admitiendo que este amor debiera romperse mas tarde, habrias al menos conocido algunos dias de inocente felicidad... y por fin, este amor podia asegurarte tu reposo futuro.

¿Mi reposo?

—Escúchame hasta el fin, hija mia... El príncipe Pablo, padre de Enrique, acaba de escribirme: hé aqui su carta.... y aunque considera como un favor inesperado esta alianza, me pide tu mano para su hijo, que dice sentir por tí el amor mas respetuoso y apasionado.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Flor Celeste ocultando el rostro entre sus manos: ¡cuán feliz hubiera podido ser!

—¡Valor, hija mia, valor! esta felicidad es tuya si la quieres: dijo tiernamente Rodolfo.

—¡Oh! ¡jamás!... ¡jamás!... ¿Olvidais?....

—Nada olvido.... pero si mañana entras en el convento, no solamente te pierdo para siempre, sino que me dejas por una vida de lágrimas y austeridad... Pues bien, por haberte de perder de todos modos, prefiero que sea casándote con aquel á quien amas y que te adora.

—¿Casarme con él.... yo padre mio?

—Sí... pero con la condicion que inmediatamente de vuestro casamiento contraído aqui, de noche, sin otros testigos que Murph por tu parte y el baron de Graun por la de Enrique, partireis para algun retiro tranquilo en Suiza ó Italia donde vivi-

reis incógnitos como ricos hidalgos. ¿Y sabes hija mia, por qué me resigno á alejarte de mí? ¿Sabes por qué deseo que dege Enrique su título al salir de Alemania? Porque estoy seguro que en medio de una felicidad solitaria concentrada en una existencia despojada de todo fausto, olvidarás poco á poco lo pasado, cuyo recuerdo se te hace penoso sobre todo por el contraste amargo que hay entre él y los ceremoniosos homenajes de que te ves continuamente rodeada.

—Tiene razon Rodolfo, exclamó Clementina. Sola con Enrique, feliz continuamente con su dicha y la vuestra, no os quedaria tiempo para pensar en vuestras pasadas penas hija mia.

—Y ademas, como me seria imposible pasar mucho tiempo sin verte, iriamos Clementina y yo todos los años á visitaros.

—Y un dia.... cuando estaria cicatrizada la llaga que tanto os duele, hija mia. Cuando hubieseis encontrado en la felicidad el olvido... Y este momento llegará mas pronto de lo que pensais... ¡volveriais á nuestro lado para no separaros nunca!

—Encontrar el olvido en la felicidad! murmuró Flor Celeste, que se dejaba mecer á pesar suyo por aquel sueño encantador.

—Sí, sí, hija mia, repuso Clementina, cuando os veriais á cada momento bendecida, respetada y adorada por el esposo que habiais elegido, por el hombre cuya nobleza y generosidad de corazon os ha ensalzado mil veces vuestro padre... ¿tendriais ocasion de pensar en lo pasado? ¿Y aun cuando penséis en él, podria esto entristeceros? ¿Cómo podria ese pasado impedir os creer en la radiante felicidad de vuestro marido?

—Es cierto.... porque dime, hija mia, añadió Rodolfo pudiendo apenas contener sus lágrimas de ale-

gria al ver la conmocion de su hija ; al presenciar la idolatría de tu esposo hácia tí, cuando tendrás el conocimiento y la prueba de la felicidad que te debe , ¿qué podrás echarte en cara?

—¿Seria verdad, padre mio, dijo Flor Celeste olvidando lo pasado por esta esperanza inefable , seria verdad que me estuviese reservada todavia tanta felicidad?

—¡Ah! ¡seguro estaba yo! exclamó Rodolfo en un acceso de satisfaccion triunfante : ¿no ha de poder un padre cuando lo quiere , volver la felicidad á una hija adorada?...

—Merece tanto , que Dios debia oír nuestras súplicas , amigo mio , dijo Clementina participando del entusiasmo del príncipe.

—¡Ser esposa de Enrique y pasar un dia mi vida entre él, mi segunda madre y mi padre!... repitió Flor Celeste enagenada cada vez mas por la dulce embriaguéz de estas ideas.

—¡Sí, ángel mio, todos seremos felices! Voy á contestar al padre de Enrique que consiento en el casamiento, exclamó Rodolfo estrechando á Flor Celeste en sus brazos con indecible emocion. Tranquilízate, nuestra separacion será corta... Los nuevos deberes que va á imponerte el matrimonio fortalecerán todavia tus pasos en esta senda del olvido y felicidad que vas á emprender para siempre..... porque en fin, si un dia eres madre, no será ya solo por tí por quien deberás ser feliz....

—¡Ah! exclamó Flor Celeste dando un grito que conmovió á los que la oían , porque la palabra madre la despertó del sueño encantador que la meciera. ¿Madre yo?... ¡Oh! jamás , soy indigna de este santo nombre.... Moriria de vergüenza delante de mi hijo, si es que no me hubiese muerto ya delante de su padre, al hacerle la confesion de lo pasado...

—¡Qué dice Dios mio! exclamó Rodolfo aterrado por ese brusco cámbio.

—¡Yo madre! repuso Flor Celeste con amarga desesperacion; ¡yo respetada y bendecida por una criatura inocente y cándida! ¡yo, objeto en otro tiempo del desprecio de todos, habia de profanar de este modo el sagrado nombre de madre!... ¡Oh! ¡jamás!... ¡jamás!... ¡he sido una miserable loca en dejarme arrastrar por una esperanza indigna!

—Hija mia, escúchame por piedad.

Flor Celeste se levantó pálida y bella con la magestad de un dolor incurable...

—Padre mio, olvidamos que antes de ser mi esposo.... debe el príncipe Enrique estar enterado de mi vida pasada....

—No, no lo habia olvidado, contestó Rodolfo; debe saberlo todo.... y lo sabrá.

—¿Y creéis que yo no moriré al verme hasta tal punto degradada á sus ojos?

—Pero sabrá tambien la irresistible fatalidad que te ha sumido en el abismo.... y sabrá cuál ha sido tu rehabilitacion.

—Y conocerá por fin, añadió Clementina estrechando á Flor Celeste en sus brazos, que cuando yo os llamo hija, puede él llamaros sin rubor esposa.

—Y yo, madre mia, amo demasiado... estimo demasiado al príncipe Enrique, para entregarle jamás una mano que han tocado los bandidos de la Cité.....

.....

Algun tiempo despues de esta dolorosa escena, leíase en la *Gaceta oficial de Gerolstein*:

«Ayer tuvo lugar en la abadía ducal de San Hermenegildo, en presencia de S. A. R. el gran duque reinante y de toda su córte, la profesion de la muy

alta y poderosa princesa S. A. Amelia de Gerolstein.

Consagró el noviciado el reverendísimo señor monseñor Carlos Máximo, arzobispo-duque de Oppenheim, y monseñor Aníbal Andrés Montano, príncipe de Delfos, arzobispo de Ceuta *in partibus infidelium*, nuncio apostólico, ha dado á la ceremonia la *bendición papal*.

Pronunció el sermón el reverendísimo señor Pedro de Asfeld, canónigo del cabildo de Colonia y conde del Sacro Imperio Romano.

«*Veni Creator optimè.*»



CAPÍTULO III.



LA PROFESION.

RODOLFO A CLEMENTINA.

Gerolstein 12 enero de 1842 (1).



Al tranquilizarme hoy completamente sobre el estado de salud de vuestro padre, me dejais esperar, amiga mia, que antes de concluir esta semana podreis acompañarle aqui. Yo le habia advertido que en el castillo de Rosenfeld, situado en medio de los bosques, se veria espuesto, á pesar de todas las precauciones posibles, al áspero rigor de nuestros frios; desgraciadamente su pasion por la caza ha hecho inútiles nuestros consejos. Ruégoos, Cle-

(1) Han trascurrido cerca de seis meses desde que Flor Celeste entró de novicia en el monasterio de San Hermenegildo.

mentina, que así que pueda vuestro padre soportar el movimiento del coche os pongais en camino. Salid de ese país salvaje, y de esa agreste habitación, que solo podrían habitar los germanos de férreos cuerpos, cuya raza ha desaparecido. Temo que á vuestra vez no os pongais enferma: las fatigas de ese viage precipitado y las inquietudes de que habeis sido presa hasta llegar al lado de vuestro padre, son causas todas que han de haber obrado en vos una cruel reaccion. ¡Que no haya podido yo acompañaros!.....

«Os suplico, querida Clementina, que no cometais una imprudencia; sé cuán animosa y apasionada sois, y de qué afectuosos cuidados vais á rodear á vuestro padre; pero pensad que le desesperaría á él tanto como á mí, que vuestra salud se alterase en ese viage. La enfermedad del conde me es doblemente sensible, porque os aleja de mí en un momento en que hubiera encontrado gran consuelo en vuestra ternura.

«La ceremonia de la profesion de nuestra pobre hija tendrá lugar el día de mañana.... Mañana 13 de enero, aniversario fatal... porque en 13 de enero saqué la espada contra mi padre.... ¡Ah! amiga mia, me habia creído perdonado demasiado pronto!... La seductora esperanza de pasar mi vida entre vos y mi hija me habia hecho olvidar que no era yo sino ella quien habia sufrido el castigo hasta ahora, y que el mio no habia llegado aun.

«Llegó ya.... el día en que, seis meses atrás, nos descubrió la infeliz el doble tormento de su corazón.... *Su incurable vergüenza por lo pasado y su desgraciado amor á Enrique.* Esos dos amargos y ardientes sentimientos exaltados el uno por el otro, debian traer como consecuencia fatalmente lógica su inalterable resolucion de tomar el velo. Ya sa-

beis, amiga mia, que al combatir esta determinacion con todas las fuerzas de nuestro amor hácia ella, no podiamos disimular que su noble y animosa conducta hubiera sido la que en su lugar hubiésemos tomado.... ¿Qué contestacion podia darse á esas terribles palabras? *Amo demasiado al principe Enrique para entregarle una mano que han tocado los bandidos de la Cité....*

Debió sacrificarse á sus nobles escrúpulos y al recuerdo indeleble de su deshonor, y lo ha hecho con valor.... Ha renunciado á los esplendores del mundo; ha bajado de las gradas del trono para arrodillarse vestida de un sayal sobre las losas del templo; ha cruzado sus manos sobre el pecho, inclinando su cabeza de ángel.... y sus hermosos cabellos rubios, que conservo como un tesoro, han caido cortados por la tiguera... ¡Oh! vos sabeis, amiga mia, cuál fué nuestra desconsolada emocion en aquel momento lúgubre y solemne, y esa emocion es tan viva ahora como fué entonces... Al escribiros estas líneas lloro como un niño.....

«La he visto esta mañana, y aunque me haya parecido menos pálida de lo que acostumbra estar, y aunque ella pretende que no padece, su salud me tiene en una mortal inquietud. ¡Ah! cuando hallo el velo y las tocas que ciñen su noble frente, veo su rostro demacrado que tiene la fria blancura del mármol, y hace parecer mayor todavía sus grandes ojos azules, no puedo menos de pensar en el puro esplendor que tenia su belleza cuando nuestro casamiento. Jamás la habiamos visto mas hermosa, ¿no es verdad? Su delicioso rostro parecia reflejar nuestra felicidad.

«La he visto, pues, esta mañana, como os decia, sabe aun de que la princesa Juliana hace volunta-

riamente dimision en su favor de la dignidad de abadesa: mañana, dia de su profesion, será elegida, puesto que todas las nobles hermanas de la comunidad están unánimes en conferirle este cargo (1) desde el principio de su noviciado: no hay mas que un voto opinion general sobre su piedad, su caridad y religiosa exactitud en cumplir todas las reglas de su órden, cuya austeridad exagera por desgracia... Ha ejercido en el convento la influencia que, sin pretenderla y aun ignorándola, lo que aumenta aun su valor, ejerce en todas partes.

«La conversacion que he tenido con ella esta mañana me ha confirmado en mis sospechas de que no ha encontrado en la soledad del cláustro y en la práctica austera de la vida monástica el reposo y olvido que buscaba... Mas con todo, se felicita por su resolucion, que considera como el cumplimiento de un deber imperioso; pero padece siempre, porque no ha nacido para esas contemplaciones místicas en medio de las cuales hay personas que olvidando todas las afecciones y recuerdos terrestres, se pierden en éxtasis ascéticos. No; Flor Celeste cree, ora y se somete á la rigurosa y dura observancia de su órden; y se distrae prodigando los mas evangélicos consuelos y cuidados mas humildes á las pobres enfermas que yacen en el hospital del monasterio. Hasta ha rehusado el servicio de una hermana convertida para aquella triste celda, fria y desnuda en la que reparamos con tan dolorosa

(1) En algunas circunstancias se elevaba á una religiosa á la dignidad de Abadesa el mismo dia de su profesion. Véase la vida de la muy alta y religiosa princesa la señorita Carlota Flandina de Nassau, muy digna Abadesa del Real Monasterio de santa Cruz, que fué elegida Abadesa á la edad de 19 años.

sorpresa en las ramas secas de su pequeño rosal suspendidas debajo del crucifijo. Es, en una palabra, el ejemplo querido y el respetable modelo de la comunidad.... Pero esta mañana me ha confesado, echándose amargamente en cara esta debilidad, que la práctica y las austeridades de la vida religiosa no la absorven tanto, que no se la represente sin cesar lo pasado, no solamente tal como ha sido, sino tal como hubiera podido ser.

«Me acuso de ello, padre mio, me decia con aquella calma y dulce resignacion que la conoceis; me acuso, sí; pero no puedo evitar el pensar muy á menudo que si Dios hubiese querido ahorrarme la degradacion que ha manchado para siempre mi porvenir, hubiera podido pasar toda mi vida junto á vos, querida por el esposo que me hubieseis elegido. Mi vida se parte á pesar mio entre estos dolorosos pesares y los espantosos recuerdos de la Cité; en vano pido á Dios que me libre de estas obsesiones, que llene de su piadoso amor y santas esperanzas todo mi corazon, y que me tome por fin toda entera, ya que quiero entregarme enteramente á él.... No oye mis votos... sin duda porque mis terrestres preocupaciones me hacen indigna de entrar en comunicacion con él.

«Pero entonces, exclamé yo sobrecogido con una débil luz de esperanza, todavía es tiempo, hoy acaba tu noviciado, pero tu profesion no debe tener lugar hasta mañana, eres libre todavía, renuncia, pues, á esta vida áspera y austera, que no te ofrece los consuelos que de ella esperaste; habiendo de sufrir de todos modos, vale mas que sufras en nuestros brazos, porque nuestra ternura suavizará tus penas.

«Sacudiendo entonces tristemente la cabeza, me contestó con aquella inflexible presicion de juicio

que nos ha admirado tantas veces:

« Seguramente, padre mio, que la soledad del cláustro es bien triste para mí, acostumbrada ya á vuestra continua ternura; no negaré que me veo perseguida por amargos deseos y desconsoladores recuerdos; pero al menos tengo la conviccion de que cumplo un deber.... Porque comprendo y sé muy bien que en cualquier otra parte estaria fuera de mi lugar, y volveria á encontrarme en aquella posicion tan cruelmente falsa que me ha hecho sufrir tanto por mí y por vos.... porque tambien tengo mi orgullo. Vuestra hija será lo que debe ser... hará lo que debe hacer, y sufrirá lo que debe sufrir.... Si mañana se hiciese público que vos me habeis sacado del inmundo fango en que yacia, se me perdonaria quizás lo pasado al ver mi humildad presente y al considerarme arrepentida al pie de la cruz.... y, ¿no es verdad, querido padre, que no seria lo mismo si me vieran como hace algunos meses brillando en medio de los esplendores de vuestra córte? Por otra parte, satisfaciendo las justas y severas exigencias del mundo, me satisfago á mí misma; asi doy gracias á Dios con toda la efusion de mi alma, al pensar que él solo podia ofrecer á vuestra hija un asilo y una posicion dignos de ella y de vos.... Una posicion, por fin, que no formará un doloroso contraste con mi degradacion primera, y que pudiera merecerme el solo respeto que puedo pretender, que es el que se concede al arrepentimiento y á la sincera humildad.

« ¡Ah! Clementina.... ¿qué habia que contestar á esto?... ¡Fatalidad.... fatalidad!... porque esa infeliz criatura está dotada de una lógica inexorable, si puede decirse asi, en todo lo que tiene relacion con la delicadeza del corazon y del pundonor. Con un talento y un alma semejantes no hay que pen-

sar en encubrir las posiciones falsas , sino que hay que sufrir sus implacables consecuencias.

«La he dejado como siempre, con el corazón destrozado.... Sin fundar la mas mínima esperanza en esta entrevista, que será la última antes de su profesion, me decia yo á mí mismo: Hoy puede todavía renunciar al cláustro; pero ya lo veis, amiga mia, su voluntad es irrevocable, y yo debo convenir con ella, repitiendo estas palabras: Dios solo puede ofrecerle un asilo y una posicion dignas de ella y de mí.

«Su resolucion, repito, es admirablemente acertada y lógica, bajo el punto de vista de la sociedad en que vivimos.... Con la esquisita sensibilidad de Flor Celeste, no hay para ella otra condicion posible. Pero muchas veces os lo he dicho ya, amigo mio, si deberes sagrados, mas aun que los de familia, no me detuviesen en medio de ese pueblo que me ama y cuya providencia soy hasta cierto punto, me hubiera ido con vos, mi hija, Enrique y Murph, á vivir oscuro y feliz en algun retiro ignorado. Lejos entonces de una sociedad que no tiene poder para curar los males que ha hecho, hubiéramos por fuerza obligado á la infeliz á la felicidad y al olvido, mientras que aqui, en medio de este brillo y ceremonial, por limitado que fuese, era imposible hacerlo.... Pero.... ¡fatalidad, fatalidad! repito, no puedo abdicar mi poder sin comprometer la felicidad de este pueblo que cuenta conmigo.... ¡Buenas y honradas gentes.... ah, ellas ignoran lo que su felicidad me cuesta!...

«Adios, adios con toda la ternura de mi alma, querida Clementina; es casi un consuelo para mí el veros tan afligida como yo por la suerte de nuestra hija; porque asi puedo decir nuestro pesar, y quitto del mio el egoismo. Algunas veces me pregunto

con espanto lo que sin vos hubiera sido de mí, puesto en tan dolorosas circunstancias.... y á veces estos mismos pensamientos me hacen compadecer mas la suerte de Flor Celeste, porque á mí me quedais vos.... ¿y á ella, quién la queda?

«Adios otra vez, noble amiga mia, buen ángel de mis malos dias. Volved pronto, porque esta ausencia os ha de pesar tanto como á mí.... Vuestros sabeis que son, mi alma y corazon.

R.

«Os envio esta carta por un correo: mañana, despues de la triste ceremonia, os despacharé otro, á menos que haya algun cambio imprevisto. Manifestad á vuestro padre mis votos y esperanzas por su pronto restablecimiento. Me olvidaba daros noticias del pobre Enrique; su situacion mejora y no inspira ya serios temores. Su escelente padre, enfermo tambien, ha recobrado fuerzas para velarlo y cuidarlo: milagro de amor paternal que no nos admira á los que somos padres.

«Conque hasta mañana, querida, hasta mañana, ¡dia siniestro y nefasto para mí!... Vuestro siempre,

R.»

Abadía de San Hermenegildo á las cuatro de la mañana.

«Tranquilizaos, Clementina, tranquilizaos, aun que la hora en que os escribo, y el lugar de donde data esta carta debe sorprenderos.... Gracias á Dios el riesgo ha cesado; pero la crisis ha sido terrible...

«Despues de haberos escrito ayer, agitado por no sé que funesto presentimiento, recordando la

palidéz y lánguido quebranto de mi hija, de algun tiempo á esta parte, pensando, en fin, que debia pasar en oracion en una inmensa y glacial iglesia casi toda esta noche que precede á su profesion, envié á Murph y David al monasterio, para que suplicasen á la princesa Juliana que les permitiese pasar hasta mañana en la casita exterior en que acostumbraba habitar Enrique. De este modo podia mi hija tener pronto socorro, y yo noticias suyas, si como temia, la faltasen las fuerzas para cumplir con la rigurosa.... no quiero decir cruel, obligacion de pasar en oracion toda una noche de enero escesivamente fria. Habia escrito tambien á Flor Celeste, que al mismo tiempo que respetaba el ejercicio de sus deberes religiosos, la suplicaba que pensase en su salud, é hiciera su vispera de oracion en su celda y no en la iglesia. Ahí teneis lo que me contestó:

«Querido padre: os agradezco de todo corazon esta nueva y tierna prueba de vuestro interés; no paseis cuidado ninguno, porque me creo en estado de cumplir mi deber.... vuestra hija, querido padre, no puede mostrar debilidad ni temor: tal es la regla, y debo someterme á ella: si me produjese esta sujecion algun sufrimiento físico, tendria un placer en ofrecerlo á Dios. Espero que vos que habeis ejercitado siempre con tanto valor el desprendimiento y el deber, aprobareis mi conducta.... Adios, padre mio, no os diré que voy á rogar á Dios, ruego siempre á vos tambien; porque no puedo dejar de confundiros con la divinidad que imploro, puesto que habeis sido para mí en la tierra, lo que será Dios en el cielo, si llego á merecerlo.

«Dignaos bendecir con el pensamiento esta noche á vuestra hija, padre mio; mañana será esposa

del Señor.... y os besa la mano con reverente respeto

Sor Amelia.»

«Esta carta, que no pude leer sin derramar lágrimas, me tranquilizó, con todo, un poco; también debía yo cumplir una siniestra vela.

«Llegada la noche, fui á encerrarme en el pabellon que mandé construir no lejos del monumento elevado á la memoria de mi padre, en expiacion de aquella noche fatal.... A cosa de la una de la madrugada, oí la voz de Murph, que llegaba á toda prisa del convento, y me estremecí de espanto.... A pesar de su valor y voluntad, no tuvo la infeliz, como habia yo previsto, fuerza bastante para cumplir hasta el fin con esa práctica bárbara, de la que no habia podido dispensarla la princesa Juliana, porque la regla estaba terminante en aquel punto.

«A las ocho de la noche se arrodilló Flor Celeste encima de la piedra de aquella iglesia, y ha orado hasta mas de media noche.... Pero al llegar esta hora, sucumbiendo á su debilidad, á aquel frio horrible y á su emocion, porque ha llorado mucho y en silencio, se desmayó, y dos religiosas que por orden de la princesa Juliana la habian acompañado en su vela, la levantaron, y trasportaron á su celda.... David fué avisado al instante; Murph subió en coche corriendo á buscarme, y volé al convento donde me recibió la princesa Juliana, la cual me dijo que David temia no causase mi vista una impresion demasiado viva en mi hija; que su desmayo, del que habia vuelto, no presentaba nada alarmante, habiendo sido causado únicamente por una estremada debilidad.

«Un pensamiento terrible me vino en el momento.... Creí que se me queria ocultar alguna desgra-

cia, ó al menos prepararme para oirla; pero la abadesa me tranquilizó asegurándome que Amelia no corría ningun riesgo, y que habia recobrado el sentido á beneficio de un ligero cordial que la habia suministrado David. No podia dudar de lo que afirmaba la abadesa; creíla, pues, y con dolorosa impaciencia esperé noticias de mi hija. Al cabo de un cuarto de hora de crueles angustias salió David. Iba mejor, gracias á Dios, y habia querido continuar en la iglesia su oracion, consintiendo únicamente en arrodillarse encima de un cogen; y como yo me enojaba é indignaba de que la abadesa y él hubiesen accedido á su deseo, y me oponia á él formalmente, me contestó David que hubiera sido arriesgado el contrariar la voluntad de mi hija en un momento en que estaba bajo la influencia de una viva emocion nerviosa; y que estaba ademas convenido con la princesa Juliana, que la pobre niña saldria de la iglesia á la hora de maitines para tomar algun descanso y prepararse para la ceremonia.

— ¿Conque está en la iglesia ahora? le pregunté.

— Sí, monseñor; pero antes de media hora habrá salido de ella.

«Inmediatamente mandé que me condujeran á nuestra tribuna del norte, desde la que se domina todo el coro.... y en medio de las tinieblas de aquel vasto templo, iluminado solamente con la pálida luz de la lámpara del santuario, la ví de rodillas junto á la reja, con las manos juntas, y orando todavía con fervor.

«Yo me arrodillé tambien pensando en mi hija... Dieron las tres, y dos hermanas, que habian permanecido sentadas en las sillas del coro, sin perderla de vista, fueron á hablarla en voz baja.... A los pocos momentos se persignó, levantóse, y atravesó el coro con paso bastante firme: y con todo,

amiga mia, cuando pasó por junto á la lámpara, su rostro me pareció tan pálido como el velo que flotaba en su derredor....

«Salí luego de la tribuna con intencion de ir á verla ; pero desistí temiendo que una nueva emocion la privase de algunos momentos de reposo.... Envié á David á saber cómo se encontraba , y volvió diciéndome que estaba mejor, y que iba á procurar dormirse un poco.

«Me quedé en la abadía para la ceremonia que ha de celebrarse esta mañana.... Ahora pienso, amiga mia , que es inútil el enviaros incompleta esta carta.... Mañana la concluiré, pues, con la relacion de los sucesos de este triste dia.

«Hasta luego , querida Clementina.... El dolor me tiene postrado.... Compadeceos de mí.»



EL TRECE DE ENERO.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

—KOK—

Rodolfo á Clementina.

Trece de enero!... ¡Aniversario doblemente siniestro ya!... ¡Amiga mia, la perdimos para siempre!... ¡Todo se acabó!... Escuchad esta relacion.

«¡Ah, cuán cierto es que se siente un placer atróz en contaros un dolor horrible!

«Quejábame ayer de la casualidad que os tiene lejos de mí.... y hoy me felicito, Clementina, me felicito de que no esteis aqui.... padeceriais demasiado....

«Acababa de dormirme ligeramente esta mañana, cuando me despertó el ruido de las campanas...

Me he estremecido de espanto.... se me ha hecho fúnebre aquel sonido, que parecia tocar á muertos... En efecto, nuestra hija murió para nosotros.... murió.... ¿lo oís?... ¡murió!... Desde hoy, Clementina, debeis empezar á vestir su luto en vuestro corazon, que fué siempre para ella el de una madre... ¿Qué diferencia hay para nosotros en que nuestra hija esté encerrada bajo el mármol de un sepulcro, ó la bóveda de un cláustro?

«Desde hoy, Clementina, hemos de considerarla muerta.... por otra parte, su debilidad es tan grande.... su salud alterada por tantos pesares y por tantos sacudimientos, es tan débil.... ¿Por qué no ha de venir esotra muerte mas completa todavia?... La fatalidad no está satisfecha ni cansada, y luego, con mi carta de ayer, debeis comprender que seria probablemente mayor felicidad para ella el estar muerta....

«¡Muerta!... ¿No os parece que esas seis letras tienen una fisonomía estraña?... Cuando se las escribe tratándose de una hija idolatrada.... de una hija tan hermosa y encantadora.... cuya bondad era tan angelical.... de diez y ocho años apenas.... ¡y muerta ya para el mundo!... Pero ello es, que ¿de qué nos sirve á nosotros y á ella el que viva vegetando en el sombrío silencio de un cláustro? ¿Qué importa que viva si está perdida para nosotros? ¡Por qué debe ella amar la vida que la fatalidad le ha dado!...

«¡Ah, conozco que es horroroso lo que estoy diciendo!... ¡Hay un egoismo tan bárbaro en el amor paternal.....

.....
 «Su profesion ha tenido lugar á medio dia con una pompa solemne.... Yo he asistido oculto tras las cortinas de nuestra tribuna, y he vuelto á sen-

tir , pero con mayor intensidad todavía, las emociones agudas que sentimos cuando su noviciado.

«¡Cosa admirable! se la adora, y se cree generalmente que una vocacion irresistible la llama á la vida monástica ; debiérase de consiguiente ver en su profesion un suceso afortunado para ella ; pues al contrario , pesaba sobre todos una tristeza estremada.

«En el fondo de la iglesia y entre el pueblo, he visto á dos oficiales de mi guardia , viejos y rudos soldados, inclinar la cabeza y llorar.

«Dijérase que habia en el recinto un doloroso presentimiento.... al menos si era fundado , no se ha realizado sino á medias.

«Concluida la profesion, ha sido conducida nuestra hija á la sala capitular , donde debia tener lugar la eleccion de la nueva abadesa.... y gracias á mi privilegio soberano , fuí á esta sala para esperar á Flor Celeste á la vuelta del coro.... Pronto la ví entrar.... Su emocion y debilidad eran tan grandes, que la iban sosteniendo dos hermanas.... Quedé espantado, menos de su palidéz, que de la profunda alteracion de su facciones y de la espresion de su sonrisa, que me pareció tania impresa una especie de satisfaccion siniestra....

«Os lo advierto, Clementina, pronto quizás, muy pronto necesitaremos mucho valor.... Siento, por decirlo asi, dentro de mí, que nuestra hija está herida de muerte.... Su vida seria tan infeliz, que bien considerado....

«Esta es la segunda vez ya que pensando en la posibilidad de la muerte de nuestra hija, me digo, que al menos la muerte pondría un término á su cruel existencia.... Y esta idea es un síntoma horrible.... Pero si hemos de sufrir este golpe fatal, mas vale que estemos preparados : ¿no es verdad,

Clementina?... Prepararse á tal desgracia, es saborear anticipadamente todas sus angustias.... es un refinamiento inaudito de dolor, y este es mil veces mas horrible que el golpe que hiere de improviso; porque al menos el estupor y el abatimiento ahorran una parte de este dolor atróz.... Mas la costumbre de la compasion exigen que os prepare, y probablemente no lo haria yo de otro modo, si tuviese que comunicaros, amiga mia, la funesta nueva de que os hablo.... Asi, pues, cuando veais que os hable de ella con rodeos y miramientos de una tristeza desesperada, despues de haberos dicho que su salud no me inspiraba graves inquietudes.... espantaos.... sí, espantaos el dia que os hable como os escribo ahora.... porque aunque la he dejado hace una hora bastante tranquila, para venir á concluir esta carta, os lo repito, Clementina, me parece que siento dentro de mí mismo algo que me dice que padece mas de lo que aparenta.... ¡Quiera Dios que me engañe, y que tome por presentimientos la desesperante tristeza que me inspiró la lúgubre ceremonia!

«Entró, pues, Flor Celeste en la sala capitular, y todos los sillones fueron ocupados sucesivamente por las religiosas. Ella fué á colocarse modestamente en el último de la fila izquierda, apoyada en el brazo de una de las hermanas, porque parecia seguir muy debil. La princesa Juliana, estaba sentada un poco elevada al extremo de la sala entre la priora y otra dignataria, con el báculo de oro, signo de la autoridad abacial. Hubo un profundo silencio; levantóse la princesa, tomó en la mano el báculo, y dijo con voz grave y conmovida:

— Hijas queridas, mi avanzada edad me obliga á confiar á manos mas jóvenes este emblema de mi autoridad esperitual, y señaló al decir esto al báculo.

lo. Una bula de nuestro santo Padre me autoriza á ello; presentaré, pues, á la bendicion de monseñor el arzobispo de Oppenheim y á la aprobacion de su alteza real el gran duque nuestro soberano, á aquella de entre vosotras, mis queridas hijas, que designáreis vosotras mismas por mi sucesora. Nuestra gran Priora nos hará conocer el resultado de la eleccion, y yo pondré en manos de la que elijais mi báculo y anillo.

«Yo no quitaba los ojos de mi hija.

«Recostada en un sillón, de pié, con las dos manos juntas sobre el pecho, bajos los ojos, medio envuelta en su velo blanco, y en los rozagantes pliegues de su vestido, manteníase ella inmóvil y pensativa, sin sospechar que pudiese elegirsela, pues la abadesa no habia confiado sino á mí su próxima elevacion.

«La gran priora tomó un registro, y leyó:

«Habiendo sido invitada cada una de nuestras hermanas hoy hace ocho dias, segun nuestra santa regla, á depositar su voto en manos de nuestra santa madre, y á guardar hasta este momento el secreto de su eleccion, declaro en nombre de nuestra santa madre, que una de vosotras, hermanas mias, ha merecido por su piedad ejemplar y sus virtudes evangélicas el voto unánime de la comunidad, y esta es nuestra hermana Amelia, que fué en vida muy alta y muy poderosa princesa de Gerolstein.»

«Al oír estas palabras, circuló en la sala un murmullo de suave y satisfecha aprobacion: y fijáronse en mi hija todas las miradas de las religiosas con una espresion de tierna simpatía. Yo mismo, á pesar de mis desconsoladas preocupaciones, me sentí vivamente conmovido por aquel nombramiento, que aunque hecho separada y secretamente, presentaba una unanimidad tan interesante.

«Flor Celeste, sorprendida, se puso mas pálida todavía, y sus rodillas temblaban con tanta fuerza, que se vió precisada á apoyarse en el respaldo del sillón, mientras añadía la abadesa en voz alta y grave:

— Queridas hijas: ¿es en efecto la hermana Amelia la que creéis mas digna y de mas mérito entre vosotras todas? ¿Es ella la que reconocéis por vuestra superiora espiritual? Respondedme cada una á su vez, queridas hijas.

«Y cada religiosa contestó en alta voz:

— Libre y voluntariamente elegí y elijo á la hermana Amelia para santa madre y superiora mia.

«Mi pobre hija, sobrecogida de una admiración inesplicable, cayó de rodillas, juntó ambas manos, y permaneció en aquella postura hasta que fueron emitidos todos los votos.

«Entonces la abadesa, deponiendo el báculo y el anillo en manos de la gran priora, se adelantó hácia mi hija para cogerla de la mano y conducirla á la silla abacial.....

«Amiga mia, mi tierna amiga, me he interrumpido un momento porque he necesitado cobrar aliento para acabar de contaros esta dolorosa escena.

— Levantaos, hija querida, la dijo la abadesa, venid á ocupar el puesto que os pertenece y que os han valido vuestras evangélicas virtudes y no vuestro rango.

«Y diciendo estas palabras, se inclinó la princesa hácia mi hija para ayudarla á levantarse; Flor Celeste dió temblando algunos pasos, mas al llegar á la mitad de la sala capitular, paróse, y dijo con una voz cuya calma y firmeza me sorprendieron:

— Perdonad, santa madre, quisiera hablar á mis hermanas.

— Antes subid , querida hija , á vuestra silla abacial, dijo la princesa, desde allí es de donde las debéis hacer oír vuestra voz.

— Ese lugar , santa madre , no puede ser mio, contestó Flor Celeste con voz baja y trémula.

— ¿Qué dices, querida hija?

— No se ha hecho para mí tan alta dignidad, santa madre.

— Pero os llama á ella el voto de todas nuestras hermanas.

— Permitidme , santa madre , que haga aqui de rodillas una confesion solemne: verán bien mis hermanas, y vos tambien, santa madre, que la condicion mas humilde no lo es bastante para mí.

— Vuestra modestia os engaña, querida hija; dijo la abadesa con bondad , creyendo en efecto que la infeliz criatura cedia á un sentimiento de modestia exagerada ; pero yo adivinaba la confesion que iba á hacer Flor Celeste, y sobrecogido de espanto, exclamé con vos suplicante:

— Por favor , hija mia....

«Imposible me seria, amiga mia, deciros todo lo que leí en la mirada que me echó Flor Celeste al oír estas palabras.... Me habia comprendido, como sabreis dentro de un instante. Si , habia comprendido que debía alcanzarme á mí el rubor de su revelacion, y que despues de las declaraciones que iba á dar podia acusarme á mí de embuste.... porque debí dejar que todos creyeran siempre que mi hija no se habia separado del lado de su madre.... A esta idea habíase creído culpable de negra ingratitud para conmigo, faltáronla fuerzas para continuar , y calló bajando la cabeza con abatimiento.

— Os repito, hija querida, repuso la abadesa, que vuestra modestia os engaña : la unanimidad de la eleccion de vuestras hermanas debe probaros cuan

digna sois de reemplazarme; y por la misma razon de que habeis tomado parte en los goces del mundo, vuestra renuncia á ellos es mas meritoria todavia.... No es á su alteza real la princesa Amelia á quien se elige, sino á la hermana Amelia.... Para nosotras vuestra vida ha empezado desde el dia en que pusisteis el pié en la casa del Señor, y esta santa y ejemplar vida es la que recompensamos.... Mas os diré, querida hija; aunque vuestra existencia antes de entrar en el asilo del Señor, hubiese sido tan estraviada y pervertida, como al contrario ha sido pura y laudable, las virtudes evangélicas de que habeis dado ejemplo desde que permanecéis aqui, expiarían y rescatarían á los ojos de Dios toda una vida por culpable que fuese. Despues de esto, juzgad, hija mia, si vuestra modestia debe estar tranquila.

«Estas palabras de la abadesa fueron tanto mas preciosas para Flor Celeste, cuanto que creia indeleble lo pasado. Por desgracia la habia conmovido profundamente esta escena, y aunque afectase tranquilidad y firmeza, vi alterarse sus facciones de un modo que me puso en cuidado.... Dos veces se estremeció, y pasó por la frente su pobre mano demacrada.

—Creo haberos convencido, mi querida hija, repuso la princesa Juliana, y estoy segura de que no querreis dar á vuestras hermanas un vivo pesar rehusando esta prueba de su confianza y afecto.

—No, santa madre, contestó ella con una espression que me sorprendió, y con voz cada vez mas débil, ahora creo poder aceptar..... Pero como me siento muy fatigada y algo indispuesta, desearia que me permitieseis, santa madre, retardar algunos dias la ceremonia de mi consagracion.

—Se hará como lo deseais, querida hija, pero

mientras se espera la bendición y consagración de vuestra dignidad.... tomad este anillo, y venid á ocupar vuestro lugar, para que nuestras queridas hermanas os rindan homenaje como prescribe nuestra regla.

«Y poniendo la abadesa en el dedo de Flor Celeste su anillo pastoral, la condujo á la silla abacial.

«El espectáculo que siguió fué sencillo é interesante. Estaban de pié junto al sillón en que se sentó ella, la gran priora con el báculo de oro á un lado, y al otro la princesa Juliana. Todas las religiosas fueron á inclinarse ante nuestra hija y la besaron respetuosamente la mano.

«A cada instante veía yo aumentar su emoción, y descomponerse mas y mas sus facciones; al fin esta escena fué sin duda superior á sus fuerzas, porque se desmayó antes que acabara la procesion de las hermanas. ¡ Juzgad cuál sería mi espanto!... La trasportamos al aposento de la abadesa, y David que no habia salido del convento, se presentó inmediatamente y la suministró los primeros auxilios. ¡ Dios quiera que no me haya engañado! Pero me ha asegurado que este nuevo accidente no tenia otra causa que una estremada debilidad producida por el ayuno, las fatigas y la privación de sueño que ella misma se habia impuesto durante su áspero y largo noviciado.... Lo creí, porque en efecto sus angélicas facciones, aunque espantosamente pálidas, no manifestaban ningun dolor cuando recobró su conocimiento... Al contrario, me maravilló la serenidad que brillaba en su hermosa frente.... pero esta quietud me espantó de nuevo, porque me pareció que ocultaba la secreta esperanza de una pronta redención.

«Habiendo vuelto la abadesa á la sala del capítulo para levantar la sesión, quedé solo con mi hija;

la que despues de haberme mirado en silencio un buen rato, me dijo:

—¿Podreis olvidar, padre mio, mi ingratitude? ¿Podreis olvidar que en el momento en que iba á hacer aquella penosa confesion, me pedisteis perdon?....

—Por favor calla, hija mia...

—Yo no habia pensado, repuso con amargura, que al decir á la faz de todos el abismo de depravacion de que me sacasteis, era revelar un secreto que vos habias tenido oculto por amor á mí. Era acusaros públicamente á vos, padre mio, de un disimulo á que no os resignasteis sino para asegurarme una existencia brillante y honrada... ¡Oh! ¿podreis perdonarme?

«En lugar de contestarla, clavé en su frente mis lábios, y sintió ella correr abundantemente mis lágrimas. Despues de haber besado mis manos muchas veces, me dijo:

—Ahora me siento mejor, padre mio... y ya que me veo, como dice nuestra regla, muerta para el mundo.... quisiera hacer algunas disposiciones en favor de muchas personas... pero como todo lo que poseo es vuestro.... ¿Me autorizareis á ello, padre mio?...

—¿Puedes dudarlo?... pero por Dios, la digo, no tengas esos tristes pensamientos.... Mas tarde te ocuparás de esto... tiempo te queda...

—Seguramente, padre mio, que me queda mucho tiempo que vivir, añadió con un acento que sin saber por qué me hizo estremecer de nuevo. Miréla con mas atencion, pero ningun cambio en sus facciones justificó mi temor.... Sí, mucho tiempo me quedará de vida todavia, repuso; pero no podré ocuparme mas en cosas terrestres, porque hoy renuncio á todo lo que me une al mundo.... Por favor, no me negueis esta gracia.

—Manda, y haré lo que desees.

—Quisiera que mi tierna madre guardase siempre en la salita donde acostumbré vivir.... mi telar de bordar con la alfombra que tenia empezada.

—Tu deseo será cumplido, hija mia. Tu aposento ha quedado del mismo modo que estaba el dia que salistes del palacio, porque todo lo que ha sido tuyo es para nosotros objeto de un culto religioso... Clementina te agradecerá mucho tu recuerdo.

—Vos, padre mio, os ruego que tomeis mi gran sillón de ébano en el que tanto he pensado y desvariado.

—Será colocado al lado del mio en mi gabinete de trabajo, y te veré en él todos los dias sentada junto á mí, como te sentaste tantas veces... la digo, sin poder contener mis lágrimas.

—Ademas, quisiera dejar algun recuerdo mio á los que me han mostrado tanto interés cuando era desgraciada. Quisiera dar á la señora Jacinta la escribania de que me servia últimamente. Este don tendrá alguna oportunidad, añadió con una dulce sonrisa, porque ella fué la que me dió en la quinta las primeras lecciones de escribir. En cuanto al venerable cura de Bouqueval, que me instruyó en la religion, le destino el hermoso Cristo de mi oratorio.

—Muy bien, hija mia.

—Tambien desearia enviar á mi querida Rigolette mi diadema de perlas... es una joya muy sencilla que podrá llevar sobre sus hermosos cabellos negros.... y ademas si fuese posible, toda vez que sabeis el paradero de Marcial y la Loba en la Algeria, quisiera que aquella animosa muger que me salvó la vida, tuviese mi cruz de oro esmaltada.... Todas esas prendas de mi recuerdo, podrian ser en-

viadas, padre mio, á las personas á quienes las dirijo, de parte de Flor Celeste.

—Ejecutaré tu voluntad..... ¿pero no olvidas á nadie?

—Creo que no, padre mio.

—Piénsalo bien... ¿no hay entre los que te aman, alguno que es muy infeliz, tan infeliz como tu madre y yo... alguno en fin que siente con tanto dolor como nosotros tu entrada en el cláustro?

«La infeliz me comprendió, me estrechó la mano, y un ligero sonrosado coloreó un instante su rostro pálido.

«Adelantándome á una pregunta que sin duda temeria ella hacerme, la dije:

—Va mejor y no se teme ya por su vida.

—¿Y su padre?

—Siente la influencia de la mejoría de su hijo, y va mejor tambien... ¿Y á Enrique qué le das?..... ¡Le seria tan querido y precioso consuelo un recuerdo tuyo!...

—Padre mio... ofrecedle mi libro de oraciones... ¡ah! mis lágrimas lo han mojado muy á menudo pidiendo al cielo fuerza para olvidar á Enrique, toda vez que era indigna de su amor.

—¡Qué feliz será al ver que has tenido un pensamiento para él!...

—En cuanto á la casa de asilo para las huérfanas y jóvenes abandonadas de sus parientes, desearia, padre mio, que.....

.....
Aqui estaba interrumpida la carta de Rodolfo por esas palabras casi ilegibles.

—Clementina.... Murph concluirá esta carta.... yo no puedo con mi cabeza, estoy loco... ¡Ah! ¡el 13 de enero!!.....

.....

El fin de esta carta , de letra de Murph , estaba concebido en estos términos:

SEÑORA:

«Por orden de S. A. R. concluyo esta triste relacion. Las dos cartas de monseñor han de haber preparado de V. A. R. para la desconsoladora noticia que tengo que darla.

«Hace tres horas que estaba monseñor ocupado en escribir á V. A. R., y yo esperaba en una pieza vecina á que me entregase la carta para despacharla inmediatamente por un correo ; cuando de repente he visto entrar á la princesa Juliana con aire consternado.—¿Dónde está S. A. R.? me dijo con voz conmovida.—Princesa , monseñor escribe á la señora gran duquesa los sucesos de este dia.—Sir Walter , hay que participar á monseñor un suceso terrible.... Vos sois su amigo.... Hacedme el favor de decírselo.... El golpe será menos grave...

«Todo lo comprendí, y creí lo mas prudente encargarme yo de la funesta mision, pues la superiora habia añadido que la princesa Amelia estaba espirando lentamente, y que debia apresurarse monseñor, si queria recibir el último suspiro de su hija. Por desgracia no tenia tiempo para emplear ningun rodeo ; entré, pues, en el salon, y S. A. R. notó mi palidéz.—¡Tú vienes á participarme una desgracia!...—Una desgracia irreparable, monseñor... ¡ánimo!....

—¡Ah!... ¡mis presentimientos!.... exclamó, y sin añadir una palabra corrió á la abadía, y yo le seguí.

«La princesa Amelia habia sido trasladada del aposento de la superiora á su celda despues de su última entrevista con monseñor. Velábala una de

las hermanas , y al cabo de una hora reparó que la voz de la princesa Amelia que le hablaba por intervalos , se debilitaba y se volvía cada vez mas oprimida. La hermana se apresuró á avisar á la abadesa. Fué llamado inmediatamente el doctor David, que creyó remediar con un cordial este nuevo desvanecimiento; pero en vano , el pulso era apenas sensible.... Entonces conoció desesperándose, que gastadas probablemente las pocas fuerzas de la princesa Amelia por las reiteradas emociones, ninguna esperanza quedaba de salvarla.

«Entonces fué cuando llegó monseñor. La princesa Amelia acababa de recibir los últimos sacramentos, y conservaba todavia un poco de conocimiento.... Tenia en una de sus manos cruzadas sobre su seno, los restos de su pequeño rosal.

«Monseñor cayó de rodillas y sollozando á la cabecera de su cama.

—¡Hija mia!.... ¡Mi hija querida!.... exclamó con voz desesperada.

«La princesa Amelia lo oyó, volvió ligeramente el rostro hácia él, abrió los ojos, y procurando sonreír, dijo con voz desfallecida.

—Mi buen padre.... perdon.... á Enrique y á mi buena madre... se lo pido tambien....

«Estas fueron sus últimas palabras; y despues de una hora de agonía, por decirlo asi, pacífica, entregó su alma á Dios.

«Cuando hubo dado su hija el último suspiro, monseñor no dijo una palabra... Su tranquilidad y silencio eran espantosos... Cerró los párpados de la princesa , la besó muchas veces en la frente , tomó religiosamente los restos del rosal, y salió de la celda. Yo le seguí, volvióse á la casita exterior del monasterio, y enseñándome la carta que habia empezado á escribir á V. A. R., y á la cual quiso en vano

añadir algunas palabras, porque su mano temblaba convulsivamente, me dijo:

—No puedo escribir... estoy abatido, y la cabeza se me va... ¡Escribe á la gran duquesa que no tengo ya hija!...

«He cumplido con la órden de monseñor. Séame permitido como á su mas antiguo servidor, suplicar á V. A. R., que apresure su vuelta cuanto lo permita la salud del señor conde de Orbigny. Solo la presencia de V. A. R. podrá calmar la desesperacion de monseñor.... Quiere velar todas las noches á su hija, hasta que se la deposite en la capilla ducal.

«He cumplido mi triste deber, señora, hacedme el favor de disimularme la incoherencia de esta carta, y recibir la espresion del respetuoso afecto con que tengo el honor de ser de V. A. R. el mas humilde servidor

Walter Murph.

.....
 La vispera de la ceremonia fúnebre de la princesa Amelia llegó Clementina á Gerolstein con su padre, y Rodolfo no estuvo solo el dia de los funerales de Flor Celeste.





INDICE

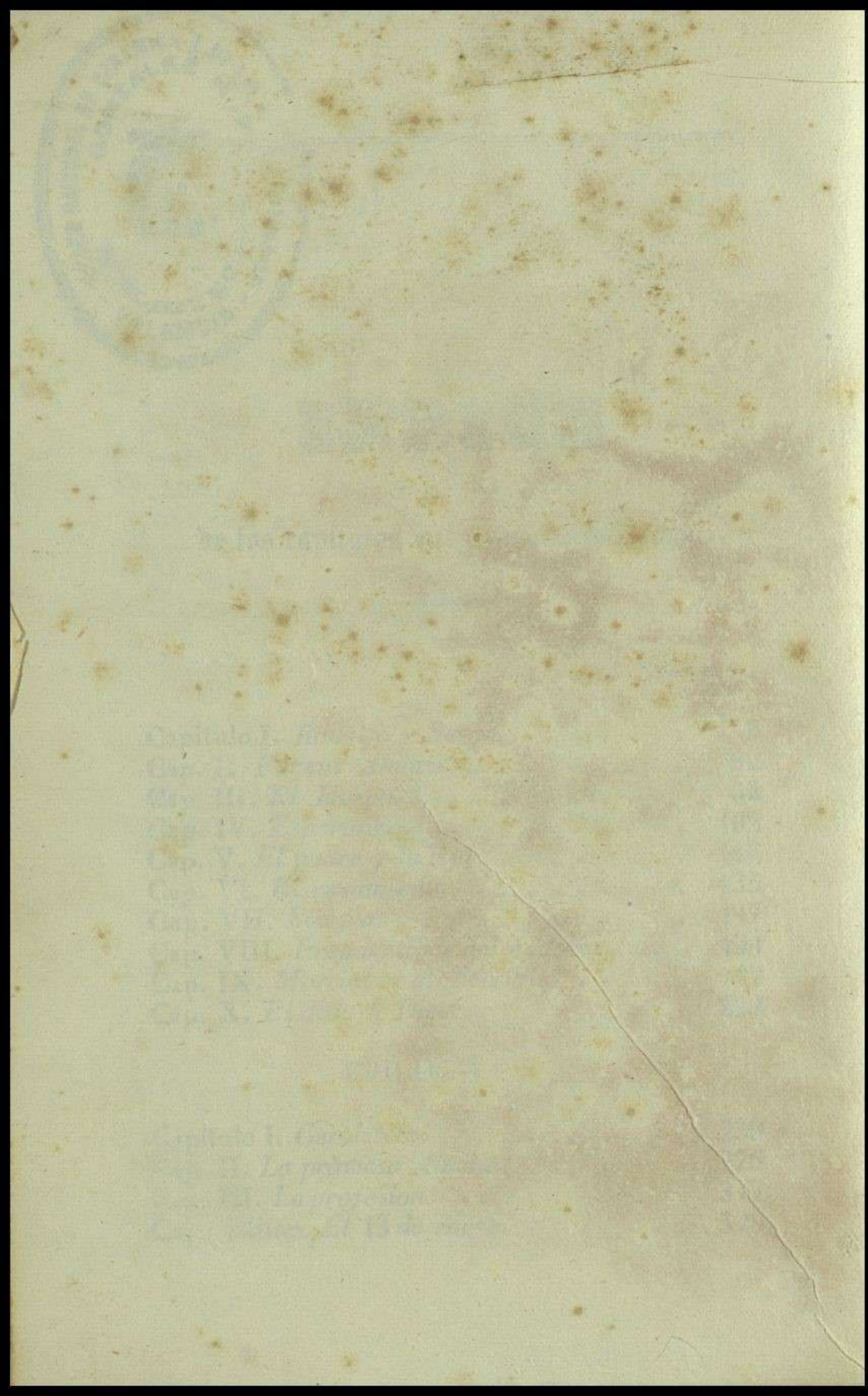
de los capítulos que contiene este tomo.

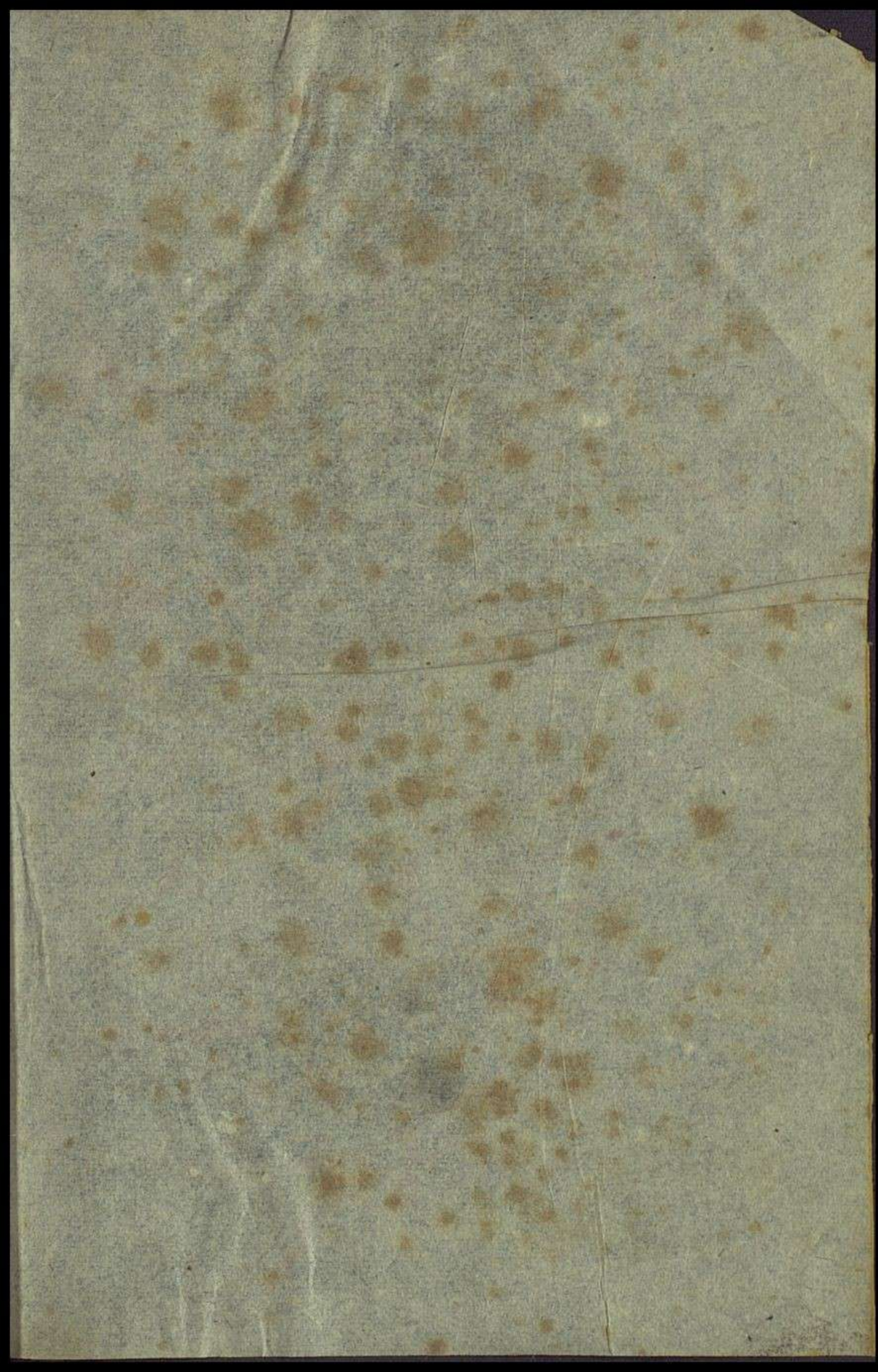
	<u>PAGINAS.</u>
Capítulo I. <i>Rodolfo y Sarah.</i>	5
Cap. II. <i>Furens Amoris.</i>	32
Cap. III. <i>El Hospital.</i>	52
Cap. IV. <i>Esperanza.</i>	102
Cap. V. <i>El padre y la hija.</i>	117
Cap. VI. <i>El casamiento.</i>	135
Cap. VII. <i>Bicetra.</i>	147
Cap. VIII. <i>Preparativos del cadalso.</i>	194
Cap. IX. <i>Marcial y el Terrible.</i>	112
Cap. X. <i>El dedo de Dios.</i>	222

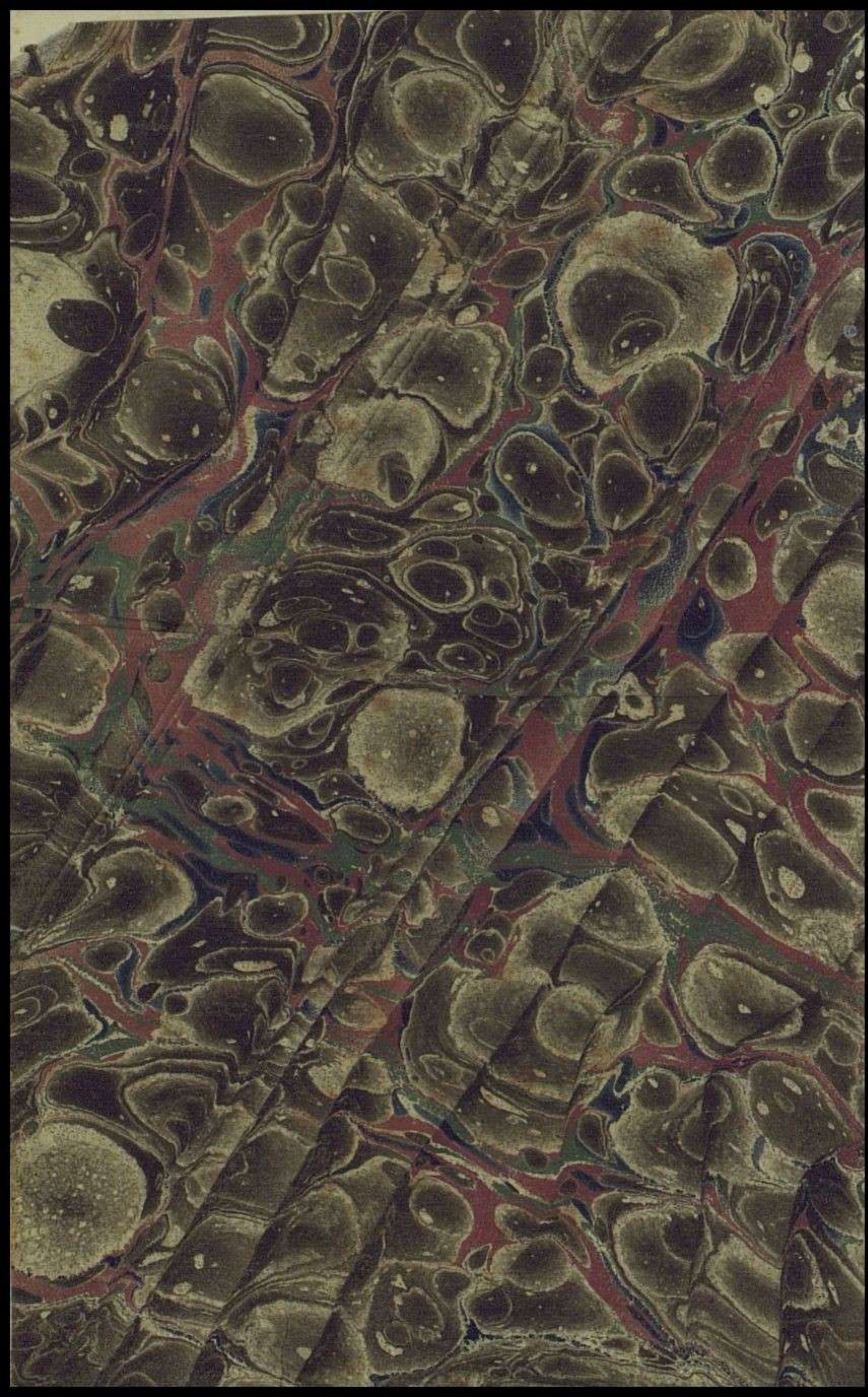
EPILOGO.

Capítulo I. <i>Gerolsteín.</i>	239
Cap. II. <i>La princesa Amelia.</i>	276
Cap. III. <i>La profesion.</i>	317
Cap. último. <i>El 13 de enero.</i>	329

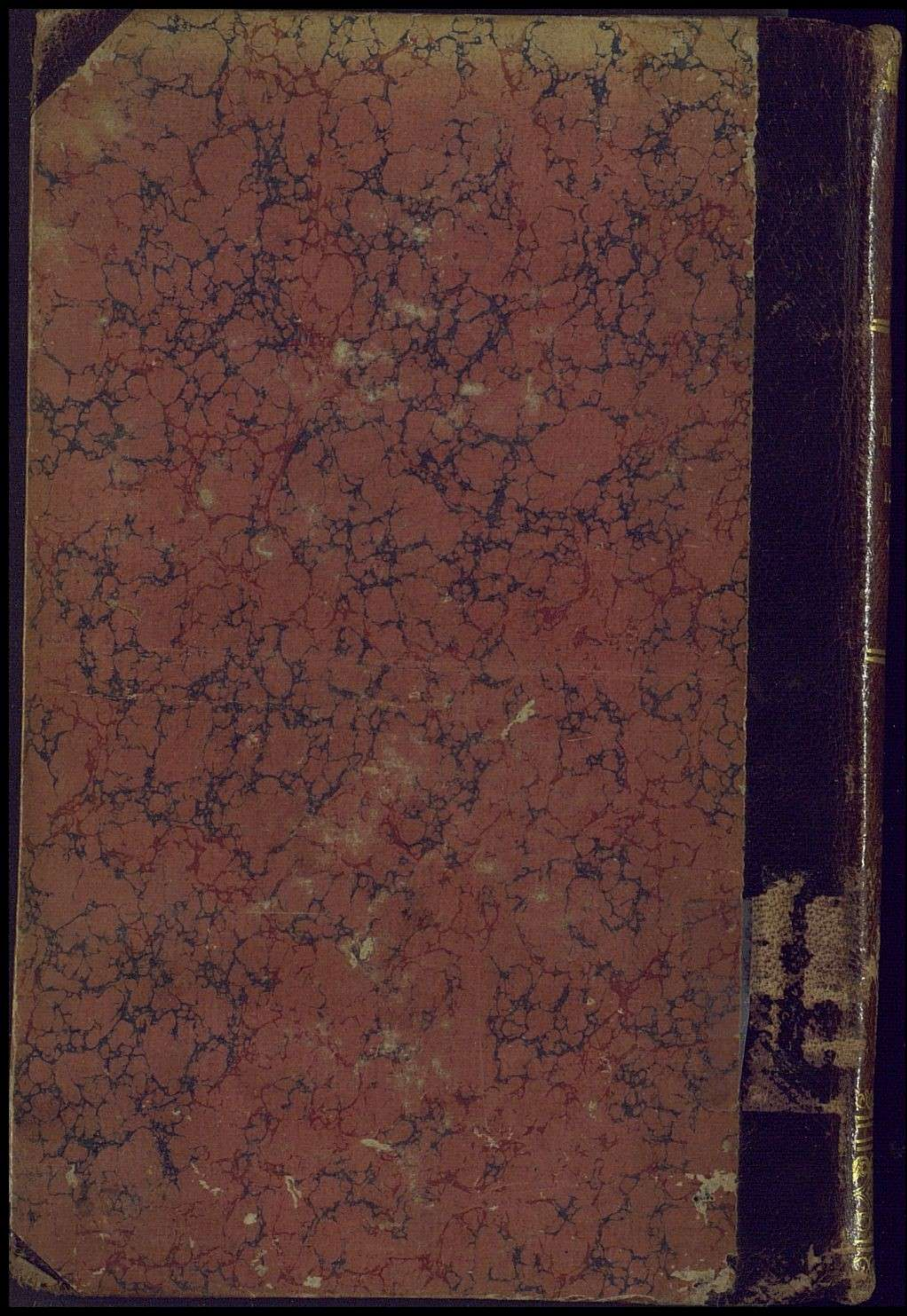














LOS

MISTERIO

DE PARIS

